



**El lenguaje del Paraíso:
Una muestra de poesía chilena contemporánea**

Tesis para optar al grado de Licenciado en Lingüística y Literatura hispánica con
mención en Literatura

Vicente Salinas Ramírez

Profesor guía: Javier Bello

Seminario de Grado: Poesía latinoamericana contemporánea

Santiago, Chile 2023

Agradecimientos

A mi familia, por su permanente consejo, cariño y empuje.

A Javier Bello, maestro poeta, por guiarme y apoyarme con este proyecto.

A don Cristian Moroso, por su amistad y continuo trabajo de impresiones.

A mis amigos Susana, Nahuel, Matías, Camila, Alex, quienes permanentemente me facilitaron los libros que utilicé y me nutrieron de sus reflexiones.

A todas y todos mis profesores de Lenguaje y Comunicación.

A Raúl Zurita, por su generosidad y confianza.

A Darío, Daniel y Tomás, amigos que me acompañaron en la etapa final.

A Camila Victoria, de corazón.

A Chile entero. Regresaremos al Paraíso.

Índice general

1. Introducción.....	19
1.1 El mito.....	21
1.2 El Paraíso como mito.....	23
A) El Paraíso perdido.....	24
B) Habitar el Paraíso: redención y utopías.....	27
2. Los mitemas del Paraíso.....	31
3. La cuestión de las generaciones.....	36
4. Conclusiones.....	43
5. Sobre los criterios de selección.....	45
6. Listado de generaciones presentes.....	46
<i>El lenguaje del Paraíso: una muestra de poesía chilena contemporánea.....</i>	<i>50</i>
Pedro Prado.....	52
De <i>La casa abandonada</i> (1912)	
Las pataguas.....	53
De <i>Camino de las horas</i> (1934)	
Con un lento vagar.....	54
¿Recuerdas aquel pueblo?.....	54
De <i>No más que una rosa</i> (1946)	
La rosa inalcanzable.....	54
De <i>Viejos poemas inéditos</i> (1949)	
Voy por las alamedas.....	55
Gabriela Mistral.....	56
De <i>Los sonetos de la muerte</i> (1915)	
II.....	57
De <i>Tala</i> (1938)	
La fuga.....	57
La memoria divina.....	58
Paraíso.....	59
Sol del trópico.....	60

De <i>Lagar</i> (1954)	
El regreso.....	63
De <i>Poesías completas</i> (1958)	
Cuatro tiempos del huemul.....	65
De <i>Poema de Chile</i> (1967)	
El valle del Elqui.....	68
Flores.....	70
Mariposas.....	80
Reparto de tierra.....	81
Winétt de Rokha.....	84
De <i>Cantoral</i> (1936)	
Fotografía en oscuro.....	85
Trayectoria cotidiana.....	85
Rueda de fuego sin lágrimas.....	85
Cuento de provincia.....	86
Niños de la URSS.....	86
Rosa de fuego.....	87
De <i>Oniromancia</i> (1943)	
Cadena de verbos.....	87
Frente Popular en 1937.....	93
Vicente Huidobro.....	94
De <i>Adán</i> (1916)	
El himno del sol.....	95
La tierra.....	97
Adán.....	99
Primer amor.....	104
Nueva vida.....	106
De <i>Altazor</i> (1931)	
Prefacio.....	107
Canto I (fragmentos).....	110
De <i>Temblor de cielo</i> (1931)	
Fragmentos.....	123
Ángel Cruchaga Santa María.....	127

De <i>Job</i> (1922)	
La evocación de Job.....	128
A la venida de Jesús.....	128
La aparición.....	129
Luzbel bajo el cielo nocturno.....	130
De antología: <i>Índice de la nueva poesía americana</i> (1926)	
Milagro.....	131
Mi reino.....	132
Teresa Wilms Montt.....	133
De <i>Inquietudes Sentimentales</i> (1917)	
VIII.....	134
X.....	134
De <i>Los tres cantos</i> (1917)	
La mañana.....	134
¡Naturaleza! Por el ruido de tu mar.....	135
De <i>En la quietud del mármol</i> (1918)	
V.....	136
VIII.....	136
XII.....	137
XVII.....	137
Pablo de Rokha.....	139
De <i>U</i> (1927)	
Yo soy el hombre casado... (fragmento).....	140
De <i>Satanás</i> (1927)	
Fragmento.....	141
De <i>Epopeya de las comidas y bebidas de Chile</i> (1949)	
Fragmento.....	141
Olga Acevedo.....	143
De <i>Los himnos</i> (1962)	
Himno 4.....	144
Himno 7.....	145
Himno 12.....	145
De <i>La víspera irresistible</i> (1968)	

Lejos.....	146
Primavera.....	147
Matinal.....	147
La víspera irresistible (I).....	148
De antología: <i>Antología de poetas chilenas: confiscación y silencio</i> (1998)	
Tránsito.....	149
Juan Sebastián Bach.....	150
Luz fuerte.....	151
José Domingo Gómez Rojas.....	153
De <i>Elegías</i> (1935)	
Madre, cuando hayan muerto.....	154
Divinidad.....	154
Eternidad.....	154
Yo que tengo lejanos jardines en la luna.....	155
Juvencio Valle.....	156
De <i>El nimbo de piedra</i> (1941)	
Árbol del paraíso.....	157
De <i>El hijo del guardabosque</i> (1951)	
Agua profunda.....	157
Rosamel del Valle.....	159
De <i>Poesía</i> (1939)	
Más bello que el árbol del paraíso.....	160
Inscripción en la puerta del tiempo.....	160
De <i>Orfeo</i> (1944)	
I.....	161
II.....	163
IX.....	164
X.....	165
De <i>El joven del olvido</i> (1949)	
La copa terrestre.....	167
Verónica.....	169
Del libro de los sueños.....	173
El amor mágico.....	174

De <i>La visión comunicable</i> (1956)	
Mano tornasol.....	176
Coronación.....	177
Las horas danzan desnudas.....	178
Cántico de la visitación.....	179
Eurídice es la estrella olvidada.....	183
Introducción a una metamorfosis (I, VIII).....	184
Chela Reyes.....	185
De <i>Ola nocturna</i> (1945)	
Ola nocturna.....	186
Deseo.....	186
De <i>Elegías</i> (1962)	
Pánico.....	187
Ventana ciega.....	187
Pablo Neruda.....	189
De <i>Residencia en la tierra II</i> (1935)	
Entrada a la madera.....	190
De <i>Residencia en la tierra III</i> (1947)	
Naciendo en los bosques.....	191
Reunión bajo las nuevas banderas.....	192
Explico algunas cosas.....	193
La victoria de las armas del pueblo.....	195
Triunfo.....	195
Un canto para Bolívar.....	195
Canto al Ejército Rojo en su llegada a las puertas de Prusia.....	197
De <i>Canto general</i> (1950)	
Amor América (1400).....	199
Vegetaciones.....	200
Los ríos acuden.....	201
Los hombres.....	203
<i>Alturas de Macchu Picchu</i>	
I.....	206
VI.....	207

IX.....	208
XII.....	209
<i>Los conquistadores</i>	
Vienen por las Islas.....	210
<i>De La espada encendida (1970)</i>	
El poeta comienza a cantar.....	211
Desde las guerras.....	211
El amor (1).....	212
Rosía liberada.....	213
La claridad.....	213
Los dioses.....	214
Humberto Díaz-Casanueva.....	215
<i>De Requiem (1945)</i>	
I.....	216
XII.....	216
<i>De El sol ciego (1966)</i>	
Ofrenda para hacerlo presente.....	217
<i>De antología: Antología de la poesía religiosa chilena (2000)</i>	
La visión.....	219
Julio Barrenechea.....	220
<i>De Rumor de mundo (1942)</i>	
Ciudad perdida.....	221
<i>De Diario morir (1954)</i>	
He visto viejos troncos.....	221
<i>De Ceniza viva (1968)</i>	
El ángel recuperado.....	222
Óscar Castro.....	223
<i>De Viaje del alba a la noche (1938)</i>	
Raíz del canto.....	224
<i>De Rocío en el trébol (1950)</i>	
Ángel y volantín.....	225
Stella Corvalán.....	227
<i>De antología: Antología de poetas chilenas: confiscación y silencio (1998)</i>	

Poemas para el hijo en los aires.....	228
Últimas palabras.....	230
Nicanor Parra.....	231
De <i>Poemas y antipoemas</i> (1954)	
Sinfonía de cuna.....	232
Defensa del árbol.....	233
Hay un día feliz.....	234
Se canta al mar.....	235
Solo de piano.....	237
Soliloquio del individuo.....	237
De <i>Versos de salón</i> (1962)	
Viaje por el infierno.....	240
De <i>Canciones rusas</i> (1967)	
Atención.....	241
De <i>Obra gruesa</i> (1969)	
Defensa de Violeta Parra.....	242
Eduardo Anguita.....	246
De <i>Poesía entera</i> (1971)	
Única razón de la pasión de N.S.J.C. (fragmento).....	247
Gonzalo Rojas.....	250
De <i>La miseria del hombre</i> (1948)	
El sol y la muerte.....	251
La eternidad.....	251
La poesía es mi lengua.....	252
Himno a la noche.....	254
La cordillera está viva (I).....	255
El abismo llama al abismo (II).....	256
Rotación y traslación.....	257
Descenso a los infiernos.....	259
De <i>Contra la muerte</i> (1964)	
Al silencio.....	261
Contra la muerte.....	261
La loba.....	262

¿Qué se ama cuando se ama?.....	263
De <i>Del relámpago</i> (1981)	
Miedo al arcángel.....	264
Algo, alguien.....	264
De <i>El alumbrado y otros poemas</i> (1988)	
Si de mi baxa lira.....	265
Retroimpulso.....	265
La risa.....	265
Violeta Parra.....	267
De <i>Décimas, autobiografía en verso</i> (1970)	
Dejemos lo triste a un lado.....	268
Para el que deja la tierra.....	269
Me falta comprensión.....	270
Rosita se fue a los cielos.....	271
Hoy día se llora en Chile.....	273
María Silva Ossa.....	274
De <i>De la tierra y el aire</i> (1942)	
Maternidad.....	275
Primavera.....	275
De <i>Tiempo de poesía</i> (1984)	
Natividad del mar.....	275
Eliana Navarro.....	277
De <i>Antiguas voces me llaman</i> (1955)	
Angelus de mediodía.....	278
De <i>La pasión según San Juan</i> (1980)	
Junto a la cruz (fragmentos).....	278
Carlos de Rokha.....	283
De <i>Cántico profético al primer mundo</i> (1943)	
I.....	284
Miguel Arteche.....	286
De <i>Destierros y tinieblas</i> (1963)	
Navidad.....	287
De <i>Noches</i> (1976)	

Este es el fin del Cristo abandonado.....	288
Bienaventurado porque abrió una puerta.....	289
De <i>Fénix de madrugada</i> (1994)	
La ascensión.....	289
La última casa.....	290
Stella Díaz Varín.....	293
De <i>Razón de mi ser</i> (1949)	
Razón de ser.....	294
De <i>Sinfonía del hombre fósil</i> (1953)	
Cantos de anadir I.....	294
Ella.....	295
Sinfonía hombre fósil.....	295
De <i>Tiempo, medida imaginaria</i> (1959)	
Ven de la luz, hijo.....	297
De <i>Los dones previsibles</i> (1988)	
Promesa.....	299
Los dones previsibles I.....	299
Guillermo Trejo.....	300
De antología: <i>Antología de la poesía religiosa chilena</i> (2000)	
Carta a Eva.....	301
Paradise.....	301
Cecilia Casanova.....	302
De antología: <i>Antología de poetas chilenas: confiscación y silencio</i> (1998)	
Ante la llama de la libertad.....	303
El despertar de una montaña.....	303
De <i>El sonido de las estrellas</i> (1998)	
Domingo.....	305
Quitapenas.....	305
Si Dios me hubiera preguntado.....	305
Ludwig Zeller.....	306
De <i>Exodo y otras soledades</i> (1957)	
A un demonio. Lamento.....	307

David Rosenmann Taub.....	308
De <i>Cortejo y epinicio</i> (1949)	
Genetrix.....	309
Inmortalis.....	309
‘Crece el aire. Es de noche’.....	309
Alberto Rubio.....	311
De <i>La greda vasija</i> (1952)	
Autorretrato retrospectivo hasta el bosque.....	312
Tierra.....	312
Invierno.....	313
El estero.....	313
Enrique Lihn.....	314
De <i>La pieza oscura</i> (1963)	
La pieza oscura.....	315
Elegía a Gabriela Mistral.....	316
Fin de semana.....	318
Zoológico.....	319
Efraín Barquero.....	321
De <i>La piedra del pueblo</i> (1954)	
Mimbres y poesía.....	322
De <i>La compañera</i> (1956)	
Mi amada está tejiendo.....	323
Otros poemas:	
La miel heredada.....	323
Rosa Cruchaga.....	325
De antología: <i>Antología de la poesía religiosa chilena</i> (2000)	
Por encima.....	326
Creo.....	326
Delia Domínguez.....	327
De <i>Pido que vuelva mi ángel</i> (1982)	
Silla de Viena.....	328
De antología: <i>Antología de poetas chilenas: confiscación y silencio</i> (1998)	
Del agua y de nosotros.....	328

Parlamento I – Invocación.....	329
Del amor humano.....	331
Hablaremos con calma este día.....	332
Rolando Cárdenas.....	333
De <i>Poemas migratorios</i> (1974)	
Las noches blancas.....	334
Edelweiss.....	334
Selk' nam.....	335
Armando Uribe.....	337
De <i>Transeúnte pálido</i> (1954)	
Mi amor se aquieta entero.....	338
Lo visto por mis ojos es un fraude.....	338
Mañana el diluvio.....	338
Cómo desapareces, cómo no estás.....	339
Llama.....	339
Yo estoy ausente, lejos del mundo, solo.....	339
De <i>El engañoso laúd</i> (1956)	
Las hojas que caen de los árboles.....	339
Antes de llamarme como me llamo.....	340
Perdido en la floresta.....	340
Nada es demasiado cierto.....	340
Antes de nacer.....	341
Voy a subirme a una montaña.....	341
Cuentan los hombres.....	342
De <i>Los obstáculos</i> (1961)	
Después de muerto, hierbas.....	342
De <i>No hay lugar</i> (1970)	
En el principio estaba, Dios mío.....	342
De <i>Por ser vos quien sois</i> (1989)	
El ángel de mi guarda, el más querido.....	342
El Dios que me huasquea no es un Dios.....	342
La mala fe, la estupidez, la lata.....	343
De <i>Lo que no tiene nombre</i> (1998)	

Me dicen que hable del infierno.....	343
Somos de los que vimos en los campos.....	343
Jorge Teillier.....	344
De <i>Para ángeles y gorriones</i> (1956)	
Otoño secreto.....	345
Bajo un viejo techo.....	345
Fiesta.....	346
Epílogo.....	347
Dale la llave al viejo otoño.....	347
El aroma.....	348
De <i>El cielo cae con las hojas</i> (1958)	
Edad de oro.....	348
Alegría.....	349
De <i>El árbol de la memoria</i> (1961)	
Cuando todos se vayan.....	350
De <i>Los trenes de la noche y otros poemas</i> (1961)	
2.....	350
Bajo el cielo nacido tras la lluvia.....	351
De <i>Poemas del país de nunca jamás</i> (1963)	
Un desconocido silba en el bosque.....	352
El fin del mundo.....	352
En la secreta casa de la noche.....	353
Historia de hijos pródigos.....	354
De <i>Poemas secretos</i> (1965)	
La portadora.....	355
Darí­a todo el oro del mundo.....	356
De <i>Crónica del forastero</i> (1968)	
I.....	357
XVI.....	357
XVII.....	358
XX.....	358
XXI.....	359
XXII.....	359

De <i>muertes y maravillas</i> (1971)	
Poema de invierno.....	360
El retorno de Orfeo.....	361
De <i>Para un pueblo fantasma</i> (1978)	
Paisaje de clínica.....	362
En el mes de los zorros.....	363
De <i>En el mudo corazón del bosque</i> (1997)	
Eras una candelilla en tu casa.....	364
Hernán Montealegre.....	366
De antología: <i>Antología de la poesía religiosa chilena</i> (2000)	
Destino de ángel.....	367
Aves del paraíso.....	367
Virgen arrodillada.....	368
Hernán Lavín Cerda.....	369
De antología: <i>Antología de la poesía religiosa chilena</i> (2000)	
‘Soberana reina del cielo ayúdame’.....	370
Música de fin de siglo.....	370
La creación.....	370
Donde se declara que la muerte no existe.....	371
Jonás.....	372
De <i>Signos</i> (1978)	
El nacimiento de Adán.....	373
De antología: <i>Antología de la poesía religiosa chilena</i> (2000)	
Estaba Dios ahí.....	373
De <i>La tierra madre</i> (1980)	
El espantapájaros.....	374
El ángel caído.....	374
Soledad Fariña.....	376
De <i>El primer libro</i> (1985)	
Todo tranquilo, inmóvil.....	377
Bandada de alas verdes.....	378
En esta oscuridad.....	379
De <i>Albricia</i> (1988)	

Viajo en mi lengua.....	379
Entonces celebraron el consejo.....	380
De <i>En amarillo oscuro</i> (1994)	
He traído toda la luz.....	380
Soy el pórtico a la luz.....	380
Paz Molina Venegas.....	381
De antología: <i>Antología de poetas chilenas: confiscación y silencio</i> (1998)	
Historia de ángeles I.....	382
Historia de ángeles III.....	382
Historia de ángeles V.....	382
Juan Pablo Riveros.....	384
De <i>De la tierra sin fuegos</i> (1986)	
Archipiélago I.....	385
Aves.....	385
Discurso de Quenós.....	386
Oráculo ona.....	387
Carmen Berenguer.....	388
De <i>Bobby Sands desfallece en el muro</i> (1983)	
Yo no lo quise amada Irlanda.....	389
Día 14.....	389
Día 44.....	389
Raúl Zurita.....	390
De <i>Purgatorio</i> (1979)	
XXXIII.....	391
XLII.....	391
XCII.....	391
A las inmaculadas llanuras.....	392
PARADISO.....	393
De <i>Anteparaíso</i> (1982)	
Las playas de Chile VII.....	394
Idilio general.....	395
Allí están.....	396
De <i>Canto a su amor desaparecido</i> (1985)	

Canto a su amor desaparecido (fragmento).....	397
De <i>El amor de Chile</i> (1987)	
Queridas todas las cosas.....	399
Amadas planicies nevadas.....	399
De <i>La vida nueva</i> (1994)	
El nacimiento de Chile.....	400
Las aguas del aire (XIX).....	400
A la creación, al santuario de todas las cosas.....	401
Elicura Chihuailaf.....	402
De antología: <i>Antología de la poesía religiosa chilena</i> (2000)	
Porque soy la fuerza de lo innombrado.....	403
Hablando con la gente de la tierra de arriba.....	403
Desde tus sueños padre azul.....	404
Armando Rubio.....	405
De antología: <i>Antología de la poesía religiosa chilena</i> (2000)	
Renunciación.....	406
Andrés Morales.....	407
De antología: <i>Antología de la poesía religiosa chilena</i> (2000)	
Breviario.....	408
Nadia Prado.....	409
De antología: <i>Antología de poetas chilenas: confiscación y silencio</i> (1998)	
Un hermoso lugar al final del camino.....	410
Javier Bello.....	412
De <i>Las jaulas</i> (1998)	
Ahora están los signos en el lugar de la miseria.....	413
De donde viene la risa.....	416
La jaula de los espejos.....	417
Jaula sin Lázaro.....	419
Alejandra del Río.....	421
De <i>Escrito en braille</i> (1999)	
Nunca fue el Hombre Nuevo.....	422
El paraíso estaba salpicado de vino tinto.....	422

David Preiss.....	423
De <i>El señor del vértigo</i> (1994)	
Génesis.....	424
Jerusalem.....	424
Antonia Torres.....	425
De <i>Las estaciones aéreas</i> (1999)	
Primera inmersión I.....	426
En el pueblo sin límites.....	426
7. Bibliografía.....	427

1. Introducción

El paraíso, lugar donde reposan y gozan eternamente las almas bienaventuradas, es una idea presente en prácticamente todas las culturas del mundo. Si bien la concepción más difundida en Occidente nos remite al *Antiguo testamento*, y al jardín que dio Dios a Adán y Eva, lo cierto es que ésta es sólo una más dentro de una amplia variedad de lugares ideales, donde los miembros de una cultura visualizan un lejano pasado perdido, o bien, proyectan la vida después de la muerte.

A la representación del *Antiguo testamento*, donde la pareja original es arrojada del Jardín del Edén, debemos sumarle más tarde las visiones del *Nuevo testamento*, donde el Hijo del Hombre, Jesús, viene a la tierra para transmitir un mensaje de perdón y salvación. Anuncia el reino de los cielos como un lugar al que retornaremos.

Además de la visión cristiana –que será nuestra principal referencia, dado nuestra cercanía cultural con ella, al ser la religión predominante en Chile y en nuestra región–, debemos considerar también reflexiones proféticas posteriores al anuncio de Cristo, que han extendido su influencia hacia la literatura. Tales son, por ejemplo, las ideas de Emanuel Swedenborg (1688 - 1772), William Blake (1757 – 1827) o las proyecciones utópicas de distintos autores, que plantean la posibilidad de construcción de una especie de paraíso en la tierra, mediante la transformación social y el trabajo de los propios humanos.

Pero el Paraíso no queda solamente en el plano religioso. Sus características son universales, y no responden a un dogma específico. Mucho antes del ascenso del cristianismo, en la tradición griega, ya había llegado Ulises a conocer el Palacio de Alcínoo, un lugar de evidentes características paradisiacas, y, por lo demás, la primera representación rastreable del *locus amoenus* en la historia de la literatura. Más tarde sería Dante quien, en su viaje hacia la redención, plantearía una clara visión del paraíso, de sus cielos, incluso un atisbo de Dios. Estos son sólo algunos de los antecedentes más importantes.

“Y, cuando la edad adulta haya hecho de ti un gran hombre,
el viajero por sí mismo renunciará al mar, y el pino flotante
no intercambiará mercancías: toda tierra producirá de todo.
El campo no sufrirá más las azadas, ni la viña los podones.

También el robusto labrador desatará el yugo a los toros;
la lana no aprenderá a mentir con polícromas tinturas,
sino que, en los prados, tomará el vellón de los carneros
el delicado color del múrice o el amarillo de la gualda;
por sí solos, los corderos en el pasto se revestirán de escarlata” (Virgilio, 56)

En última instancia, asociaremos el tema del paraíso en la literatura, al tópico latino del *locus amoenus*. Este *paraje ameno* comparte un rasgo fundamental a la hora de referirnos al Paraíso, y es que se trata de un lugar, un espacio *físico* (ideal), dentro del cual se posiciona un sujeto. Como propone Ernst Robert Curtius: “La épica filosófica de fines del siglo XII adopta el *locus amoenus* en sus descripciones del paraíso terrenal, dándole diversas formas” (Curtius, 283).

A partir de la llegada de los europeos a América, rápidamente se comienza a esparcir la idea de que el Nuevo Mundo es el Paraíso Terrestre. No en vano, dijo Colón, con una profunda sorpresa a los reyes de Castilla: “Crean Vuestras Altezas que es esta la tierra la mejor e más fértil y temperada y llana que aya en el mundo” (Colón, 39). La conmoción es evidente. Casi un siglo más tarde, el español Alonso de Ercilla, en su libro fundacional, *La araucana*, entregaba una impresión muy similar sobre el paisaje chileno:

“donde se muestra el campo más hermoso
de infinidad de flores guarnecido;
allí de un viento fresco y amoroso
los árboles se mueven con ruido,
cruzando muchas veces por el prado
un claro arroyo limpio y sosegado” (Ercilla, 74)

Será en el primer poema de nuestra historia nacional donde encontremos la primera referencia y caracterización del país como una tierra ideal (si bien es cierto que el poeta y soldado español también caracteriza nuestra tierra como “territorio de Marte”, él mismo realizará un gesto que trasciende en la dirección opuesta, mostrando que el anterior calificativo no es absoluto: permitir y ayudar a una viuda mapuche a encontrar el cadáver de su esposo muerto en batalla). Sin embargo, esta será sólo la primera de muchas, pues, según veremos en el transcurso de esta investigación, es vasta la cantidad de poemas asociados con este tema literario. De esta manera, resulta necesario, para

efectos de esta antología, realizar una selección de las expresiones poéticas más importantes dentro de este panorama, que sigue en expansión.

Teniendo como principal referencia el mito de América como tierra del Paraíso, iniciamos nuestro proyecto de investigación: indagar en las voces de la poesía chilena, para realizar un estudio acerca de cómo ésta ha figurado el Paraíso, cuáles son sus particularidades en común, diferencias y rasgos más importantes. Asimismo, desarrollar una selección con los principales poemas y exponentes de nuestro país. Para estos efectos, hemos decidido enfocarnos en el siglo XX, por cuestiones de extensión, y por considerarlo el periodo de consolidación de la poesía chilena.

Como dijo Miguel Arteche en su *Antología de la poesía religiosa chilena*: “Creemos que el cielo no se ha cerrado ni se cerrará” (Arteche y Canovas, 10). Y esperamos que la tendencia a abordar este tema literario siga dando lugar a extraordinarios poemas que sin estar en los cielos, ya brillan como estrellas.

1.1 El mito

Para aproximarnos a este tema, es necesario estar conscientes de que el paraíso, en sus distintas formas de expresión, es siempre un mito. Por lo tanto, se torna preciso analizar la relevancia de los mitos en nuestra historia y cultura.

La palabra “mito”, según la Real Academia Española, significa: “Narración maravillosa situada fuera del tiempo histórico y protagonizada por personajes de carácter divino o heroico”. Podemos sacar algunas primeras conclusiones importantes en virtud de la definición anterior: 1) que los mitos son relatos que implican siempre la participación de un ser divino o épico ; 2) el hecho de que estén fuera de la historia, les imprime un sentido genésico –es decir, que remiten al inicio de la vida– o bien son eventos de significación universal; y 3) que por la forma en que están configurados, necesariamente apuntan a la construcción de arquetipos, y todavía más, símbolos, que serán la clave de su comprensión.

Conversando con el poeta Raúl Zurita sobre este tema, empero, él realizó una importante observación: los mitos no son ficción así nada más. Es cierto que una parte es tergiversada por el correr de la historia, pero siempre guardan un fundamento histórico (real) en su esencia: “Cristo existió, y de verdad lo crucificaron. ¿Te lo imaginas?”. No sólo eso: “nosotros mismos, en la actualidad, tenemos mitos. Cuando pasen miles de años,

la humanidad mirará hacia atrás y verá cómo la teoría de la relatividad fue sólo otro mito, que nuestras pobres mentes tuvieron para explicar algo que no comprendían en ese momento. Y aun así, a lo largo de la historia, los habitantes de cada civilización, estamos dispuestos a defender nuestros mitos con todas nuestras fuerzas, con la más profunda convicción... Algún día dirán: el holocausto es un mito, ¡cómo iba a pasar algo así! Pero fue verdad... En realidad sucedió”.

Todas las sociedades y culturas, sin importar su cercanía con la religión, albergan mitos en lo más recóndito de ellas, que explican su inicio y dan cuenta de su tradición. Incluso, los mitos trazan importantes proyecciones acerca del futuro de los pueblos: “Es en sus mitos constitutivos donde podemos hallar la forma y el destino de los pueblos, ya que, como afirma Cassirer, el mito es el que configura la historia y no a la inversa” (Maturó, 18). Esto se debe a que los mitos plantean escenarios de significación universal, donde las situaciones nos hacen sentir directamente aludidos, y cuyos personajes no pueden evitar identificarnos. Vemos nuestra experiencia reflejada en sus historias.

Si bien es cierto, el relato mítico pierde terreno tras el ascenso de la modernidad, y, por lo tanto, supone restringido su impacto social; en *El nacimiento de la tragedia*, el autor advierte: “toda cultura, si le falta el mito, pierde su fuerza natural sana y creadora: sólo un horizonte rodeado de mitos otorga cerramiento y unidad a un movimiento cultural entero” (Nietzsche, 189). En estos días, en que todos los grandes relatos hacia el futuro parecen haber caído y las sociedades se ven envueltas en una constante crisis, es quizá el arte una ventana para la revalorización del mito. Indudablemente, el arte está conectado con el mito –dado el sustento que ambos encuentran en los símbolos–, y el artista funciona como su vigilia. Pretende conservarlo, lo cuida, al mismo tiempo que da cabida a la reelaboración o inclusión de nuevos significados dentro de él: “Al expresar los valores de su propia cultura, y al ejercer dentro de esta su propia comprensión del mundo, el artista se constituye en el más eficiente preservador de las formas simbólicas en que esa cultura se asienta” (Maturó, 22).

En los poemas que presenta esta muestra, veremos cómo las y los poetas recurren a distintos símbolos, para representar literariamente una visión del mito del paraíso. Símbolos tales como un prado, árboles, un arroyo, etcétera –distintas maravillas de la naturaleza– o, en otro sentido, el recuerdo de un feliz pasado perdido, la caída, el viaje por el infierno, entre muchos más.

1.2 El Paraíso como mito

Como hemos afirmado anteriormente, el Paraíso es un mito. Un mito acerca de un lugar de características perfectas, donde el tiempo – y por lo tanto, la muerte– no existe, sino que todo es eterno. El paraíso es un lugar en abundancia, donde todas las cosas son nuevas, por haber sido recién creadas. De ahí su relación directa con la imagen poética. En palabras de Miguel Arteche y Rodrigo Canovas: “Uno de los goces que produce la poesía es que en ella vemos las cosas como si las viéramos por primera vez. El poeta ha sido capaz de hacérsela ver súbitamente (...). Como si hubiera surgido desde el primer día de la creación. Es la mirada paradisiaca del poeta” (Arteche y Canovas, 36).

Esta serie de afirmaciones ilustra de muy buena manera la idea a la que nos referimos. Nos entrega una mirada que amplía nuestra conciencia acerca de la presencia de rasgos paradisiacos en la poesía, al mismo tiempo que propone un objetivo a alcanzar para los poetas: la visión primera desde la palabra.

Volviendo al relato mítico, el Paraíso es planteado como un mitema¹ en dos sentidos diferentes: el primero es el mito de la Caída, que refiere esencialmente a la idea de un momento originario de plena satisfacción que fue perdida. El otro es el mito de la Redención, o nueva posibilidad del humano de encontrarse en el Paraíso. En un sentido estrictamente bíblico: “El sentido de la Caída –que desde luego intento aquí aludir– se completa en el advenimiento del nuevo mito de la Redención, a partir del cual pueden ser leídos todos los otros mitos de la humanidad” (Maturó, 20). Estos mitos, en su naturaleza complementarios, nos ayudarán a profundizar de mejor manera en nuestros estudios acerca del Paraíso en la poesía chilena.

A las clasificaciones anteriores podría sumarse la idea del mito de América como el Paraíso en la Tierra, que está ligado con ambos sentidos –pérdida y retorno–. Esta es una idea transversal, que ingresa con fuerza en nuestra poesía nacional, marcando muchas de las más grandes obras poéticas del siglo XX. Tal es el caso de *Tala* (1938), *Canto general* (1950) o *La vida nueva* (1994), entre otros.

¹ Claude Lévi-Strauss, en su obra *Antropología estructural* (1963), define este término como “elementos propios del mito” que son sus “unidades constitutivas mayores”. El autor compara los mitos con entidades lingüísticas, de manera que considera posible distinguir sus elementos constitutivos. Compara los mitemas con los fonemas o morfemas, pero en un nivel de composición “más elevado: de lo contrario, el mito no podría distinguirse de otra forma cualquiera de discurso” (Lévi-Strauss, 233).

A) El Paraíso perdido

Es posiblemente la manera de representar el Paraíso acerca de la que se ha escrito más poesía, tanto en Chile como en el resto del mundo. Supera ampliamente –en cantidad– a las expresiones de un paraíso “recuperado”. Es un precepto presente en la cultura judeocristiana, en la cultura griega, en la mesopotámica, y en algunas culturas precolombinas, entre otras. Sin embargo, el antecedente más directo –y al que remiten prácticamente todos los poemas de este estudio y selección– seguirá siendo el *Génesis* bíblico.

El relato bíblico entrega muy pocos antecedentes respecto de la estadía de Adán y Eva en el Jardín del Edén. Sí describe más claramente, en cambio, el episodio que llevó al humano a ser expulsado de él. Cuenta la escritura que una serpiente persuadió a la primera mujer de que comiera el fruto del único árbol que Dios les había prohibido comer: el árbol del conocimiento del bien y del mal. Ante la negativa de la mujer, aludiendo a que moriría si comía el fruto, la serpiente arguyó: “No morirán. Dios sabe muy bien que cuando ustedes coman del fruto de ese árbol podrán saber lo que es bueno y lo que es malo, y entonces serán como Dios” (Génesis, 3). Estas palabras convencieron a Eva, quien guió a Adán a seguirla en su decisión. Ambos comieron, entonces tuvieron conciencia de que caminaban desnudos, y sintieron vergüenza por primera vez.

Al darse cuenta Dios de esta situación, impuso severos castigos a las tres partes involucradas, que aunque son relevantes, no precisaremos en este momento. Más me interesa destacar la reflexión que tuvo Dios tras este episodio, que lo llevó a tomar la decisión de expulsar a Adán y Eva del Paraíso: “Ahora el hombre se ha vuelto como uno de nosotros, pues sabe lo que es bueno y lo que es malo. No vaya a tomar también del fruto del árbol de la vida, y lo coma y viva para siempre” (Génesis, 4). Fue esto lo que motivó, como es sabido, la expulsión, y la colocación de ángeles guardianes, junto con una espada ardiendo y girando hacia todas direcciones. Todo esto a fin de evitar que alguien llegara al árbol de la vida.

El Jardín fue el espacio del que Dios expulsó a la humanidad. Esto le otorgó a este símbolo un doble significado: por una parte, refiere a la estadía del humano en el Paraíso, pero a partir de ese momento, con una “marca fatal: la posibilidad de la ausencia del sujeto al interior de sus muros” (Schoennenbeck, 11).

Esta expulsión conecta a la humanidad con un acontecimiento anterior –en un sentido, si fuera posible, *cronológico*–, de similares características. Me refiero al mito de Luzbel (o Lucifer) cuya caída y expulsión del cielo es descrita fragmentariamente en *La biblia* (Isaías 14:12 y Ezequiel 28:12), sin establecer un relato tan concreto. Pese a eso, sabemos que Luzbel era un ángel concebido como perfecto, y de los favoritos o más apreciados por Dios. Su ocaso comenzó cuando inició una rebelión en contra de su creador, que se habría extendido durante varios millones de años, hasta que fue vencido: “¡Cómo caíste del cielo,/ lucero del amanecer!/ Fuiste derribado por el suelo,/ tú que vencías a las naciones” (Isaías, 14). Así describe el profeta Isaías este momento. De alguna manera, el castigo que es ejercido sobre ambos casos, deviene de la desobediencia al creador.

De ahí que sea posible la identificación del humano con este *ángel caído*, en un motivo literario que comenzará a trabajarse con recurrencia, y que para muchos alcanza su cumbre en *Paraíso perdido* (1667), de John Milton, poema épico que realiza un paralelo entre estas dos figuras.

“(…) entonces el Ángel diligente
De la mano cogió a nuestros padres
Que lentos caminaban, y llevólos
Directamente a la puerta oriental,
Y risco abajo con toda presteza
Hasta el llano que a su pie yacía,
Y desapareció. Ellos volvieron
Su mirada hacia el Este del Paraíso,
Y contemplaron la que había sido
Hasta entonces su morada feliz,
Bajo la onda de la llameante espada,
Y la puerta cubierta de terribles
Semblantes y de centelleantes armas.
Derramaron, como era natural,
Unas lágrimas, que pronto se secaron;
El Mundo se extendía frente a ellos” (Milton, 508).

Años más tarde, Emanuel Swedenborg publicará una serie de libros, inspirado por sus “visiones” acerca de lo divino, que tendrán gran impacto en la literatura posterior, hasta la actualidad. Se requerirían incontables páginas para acercarnos bien la obra de este pensador, por lo que nos limitaremos a decir que –y sobre todo en su contexto– es una perspectiva que confronta los dogmas de la Iglesia, y establece una relación mucho más personal y concreta con la divinidad. Ideas como, por ejemplo que existe “correspondencia del cielo con todas las cosas de la tierra” (Swedenborg, 162) o que “el cielo y el infierno proceden del género humano” (Swedenborg, 288) resultaron muy revolucionarias para las concepciones de su época.

Uno de los autores que se vio influido por estas ideas fue el poeta y pintor británico William Blake. Este escritor tomó como referencia las ideas de Swedenborg, pero llevándolo a su propio enfoque de pensamiento, y usó sus bases para sostener su identificación con el mundo demoníaco (encarnado en la figura de Lucifer) como el camino correcto a seguir para la humanidad. De esta manera, en libros como *El matrimonio del cielo y el infierno* (1793), el autor realiza aseveraciones como la siguiente: “El Bien es el elemento pasivo sumiso a la razón. El Mal es el activo que brota de la energía. Bien es Cielo, Mal es Infierno” (Blake, 23). O como asegurará algunas páginas más adelante: “Dios no existe ni obra sino en los seres existentes, en los hombres”. (Blake, 67). De esta manera, el autor busca subvertir el discurso oficial acerca del bien, el mal, y su relación con lo divino. Así, presenta a Lucifer como el líder legítimo de la humanidad en su búsqueda por recuperar el Paraíso que le fue arrebatado por Dios.

Por último, me gustaría mencionar que el mito de la Caída está relacionado también con el mito de la “Edad de oro” o “Edad dorada”, el cual está asociado a un tiempo histórico de la humanidad, donde esta vivía su esplendor. Al igual que ocurre con el *Paraíso perdido*, es un motivo que literariamente siempre se plantea en fuga. Es un momento ya pasado y distante de quien sea que lo enuncie, sin importar cuándo (sabemos que ya en 1605 el Quijote, en su famoso discurso ante los cabreros, decía: “Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados” (Cervantes, 97), refiriéndose a este pasado perdido. De igual modo, según es posible rastrear en Hesíodo, muchos siglos antes los griegos ya se habían identificado con este planteamiento).

Sobre lo mismo, es interesante la óptica que nos puede aportar un diccionario de símbolos. El de Cirlot, por ejemplo, dice así: “Los mitos de la «edad de oro» derivan, según Jung, de la analogía con la infancia, época en la cual la naturaleza colma al niño de regalos, sin que tenga que esforzarse por conquistar nada, pues todo se le da (...) resulta más similar al paraíso” (Cirlot, 180). Podríamos hablar, entonces, de la “Edad de oro” como una primera infancia de la humanidad, donde todo estaba a su disposición. Y de ahí el dolor que en la poesía evoca su pérdida.

B) Habitar el Paraíso: redención y utopías

Como contrapartida a la noción de *Paraíso perdido*, nos encontraremos con otro tipo de expresiones poéticas, que aluden a la posibilidad de habitar el Paraíso. Hay dos formas fundamentales en que este motivo se encuentra en la poesía chilena: 1) La visión hacia el futuro, vale decir, un discurso poético que proyecta la presencia de la humanidad en la plenitud de este lugar ideal, describiendo cómo *será*, y 2) La afirmación de estar habitando el Paraíso en un tiempo presente, describiendo cómo *es*. Establecida esta diferenciación elemental, podemos avanzar hacia la definición más concreta de este habitar.

Al igual que hicimos en el apartado anterior, para iniciar este análisis es preciso remitirnos a la escritura Bíblica. Dejando a un lado al Dios castigador del *Antiguo testamento*, en el *Nuevo*, encontramos la figura de Jesús como continuador del proyecto profético de la divinidad sobre la Tierra (ya no desde el judaísmo, sino inaugurando el cristianismo). En ese sentido, el Hijo del Hombre es representado como la promesa de la *alianza definitiva* del humano con su creador, y, por lo tanto, el perdón de todos sus pecados. Y, precisamente, es la muerte de este mesías la que entrega la llave para la salvación de la humanidad: la nueva vía al Paraíso.

Este es el mito de la redención cristiana. Sin embargo, y como veremos más adelante, es posible circunscribir este anuncio religioso dentro de una categoría mayor de análisis. Se trata de las utopías. De tal manera que la utopía cristiana es solamente una más dentro del variado acceso existente a la proyección de una realidad mejor. Foucault definió las utopías de la siguiente manera: “son los emplazamientos sin lugar real, emplazamientos que mantienen con el espacio real de la sociedad una relación general de analogía directa o invertida. Son la sociedad misma perfeccionada, o el reverso de la sociedad” (Foucault,

19). A la luz de esta definición comprendemos que el Paraíso, además de un mito, también forma parte del ámbito de lo utópico.

El mensaje de Cristo es utópico pues contiene el llamamiento a un estado de perfección y plenitud que se pone a disposición de las personas. En *San Lucas*, Jesús dice: “El reino de Dios está entre vosotros”. A juicio de Ernst Bloch (1885 – 1977), esta frase tiene un trasfondo claro: “el reino de Dios está vivo ya entre vosotros, fariseos, y como comunidad electa en estos discípulos” (Bloch, 62). Más allá de si alude al presente o al futuro, lo cierto es que nos remite al Paraíso. Al respecto, son múltiples los ejemplos que nos ofrece el *Nuevo testamento*, sobre todo en *San Mateo*, *San Marcos*, y *San Lucas*, que son precisamente los libros que relatan la vida de Jesús.

Las utopías se piensan y se escriben desde que el ser humano tiene acceso a la razón. Explicando esta realidad, Jameson dirá que es un fenómeno que “está arraigado en la naturaleza humana” (Jameson, 25). No obstante, el momento en que se utilizó por primera vez el término “utopía” (de este modo, acuñando así el término), fue en el libro de Tomás Moro (1478 – 1535) que lleva el mismo título.

En *Utopía* (1516), se cuenta, mediante el diálogo de dos personajes –uno de ellos fue el navegante que viajó hasta el lugar– la historia de una isla llamada con el mismo nombre. Lo principal es la descripción de la sociedad al interior de ella: una gran comunidad, donde fue abolida la propiedad privada y las clases sociales, siendo las cosas comunes para todos. Incluso, elementos como diamantes o piedras preciosas se encuentran libres de algún valor económico: se pulen como adornos para los niños.

El libro indudablemente está influido en su concepción por los relatos que llegaban a Europa acerca del Nuevo Mundo, de modo que el mito de América como lugar del Paraíso Terrestre, se ve materializado en esta isla. Por otro lado, el texto representa también una fuerte crítica a la sociedad europea del siglo XVI y, particularmente, al sistema político y económico de Inglaterra.

En este punto del análisis y establecido ese contexto, resulta imperioso preguntarnos: ¿qué hay en la psique humana que intrínsecamente se siente llamada a idear una sociedad “mejor”? Seguramente la mejor respuesta sea la del pensador alemán Ernst Bloch, quien desarrolló un concepto denominado *impulso utópico* para referirse a este tema: “se llega al punto en el que precisamente la esperanza, ese peculiar afecto de espera en el sueño

hacia adelante, no aparece ya -como expusimos en el apartado 13- tan sólo como un mero movimiento circunstancial del ánimo, sino consciente-sabida, como función utópica (...) son representaciones que prolongan anticipadamente lo dado en las posibilidades futuras de su ser-distinto, ser-mejor” (Bloch, 181).

Según lo anterior, el *impulso utópico* proyecta sus imágenes hacia el futuro. Pero no lo hace lanzando disparates al aire, fruto de la más desenfrenada de las imaginaciones, sino que lo hace desde *lo posible*. Es la respuesta que nos da el futuro –dentro de la misma mente humana– ante la interrogante por un porvenir mejor.

Las utopías no pueden, sin embargo, estudiarse tan sólo desde sus característicos rasgos “positivos”, pues guardan, en lo más profundo, la respuesta a un panorama absolutamente contrario (sirva como ejemplo el caso de Moro). Así se manifiesta el presente real de quien las escribe, ya que las utopías apuntan a la corrección realista de un problema: “El llamamiento utópico parece, de hecho, guardar cierto parentesco con el del inventor de los tiempos modernos, y aplicar la combinación necesaria de la detección de un problema que hay que resolver y el ingenio inventivo con el que se proponen y prueban una serie de soluciones” (Jameson, 26).

Es esta, precisamente, la clave de los textos utópicos: son una respuesta. La imaginación inventa y propone una alternativa ante un panorama dado, y buscan su asidero en la realidad para erigirse. Al ser una respuesta, no pueden inventarse desde la nada, sino que recogen elementos disponibles en la misma *materialidad* presente, reordenándolos, reconfigurándolos y, muchas veces, otorgándoles un sentido distinto: “Como ocurre con la construcción de la Quimera, sin embargo, incluso un no lugar debe reunirse a partir de representaciones ya existentes. De hecho, el acto de combinación y las materias primas así combinadas deben constituir el mensaje ideológico” (Jameson, 41). Lo que dice el autor al final de esta cita no deja de ser importante, puesto que, en última instancia, el objetivo de las utopías es justamente la transmisión de un contenido ideológico hacia el receptor. En este caso, un mensaje de carácter social.

Una salvedad necesaria de considerar, es que fruto de que responden a un contexto específico, las utopías no son necesariamente las mismas en cada época. De hecho, suelen tener componentes que las tornan profundamente diferentes, incluso incompatibles. Dice Bloch a este respecto: “Los «tiempos por venir», tal como Jacob los muestra a sus hijos

en su lecho de muerte, no son ni en su contenido ni en su concepto del futuro los mismos que los concebidos por el quiliasta Joaquín de Calabria en el siglo XIII, ni, mucho menos, los mismos que los de Saint-Simon. Lo invariable es sólo la intención hacia lo utópico, ya que ésta es reconocible a lo largo de toda la historia” (Bloch, 41). Sus palabras resultan muy elocuentes al momento de separar las aspiraciones utópicas de una a otra generación y lugar determinado.

En el plano literario, siguiendo estas nociones, un factor que estará presente a la hora de analizar una obra (digamos, un poema) será preguntarnos cómo se ve representada la experiencia de él o la hablante en un eventual espacio utópico o paradisíaco. Hay ciertos elementos que pueden resultarnos de especial utilidad: “El procedimiento hermenéutico es, por lo tanto, un método de dos pasos en el que, en un primer momento, los fragmentos de experiencia delatan la presencia de figuras simbólicas –belleza, integridad, energía, perfección– que solo posteriormente serán identificadas como las formas por las cuales se puede transmitir un deseo en esencia utópico” (Jameson, 20). Serán los símbolos, fundamentalmente, los elementos que nos entreguen las respuestas al interior de un texto. Como lo utópico es en esencia un deseo, será una lectura simbólica la que deleve qué y cómo está configurado el panorama deseado por el autor. En ese sentido, símbolos como el jardín, lo *primero* (en el sentido genésico de la primera vez de algo), la caída o el llamamiento a la divinidad, serán algunos de los elementos que nos ayudarán a encontrar rasgos paradisíacos en la escritura de los poetas de la muestra aquí presente.

Es la poesía un ejercicio personal e íntimo de representación de una escena o sentimiento determinado. La representación del paraíso no escapará a esta verdad. Mas, con todo y eso: “incluso el sueño más personal contiene, en imágenes, tendencias de su época y de la siguiente” (Bloch, 40). Al mismo tiempo, entendemos con Bloch que “las utopías sociales (...) son siempre más fuertes que las peculiaridades individuales de los utopistas” (Bloch, 40). Veremos en las próximas páginas cómo se representan estos sueños, cómo los poetas toman la posta de una larga tradición de elucubración hacia el futuro, y de qué manera deciden apostar a los grandes proyectos sociales de su época: denunciando la caída, sus responsables, o anunciando la reconquista definitiva del Paraíso.

2. Mitemas del Paraíso

Para efectos de generar mayor claridad acerca de nuestro análisis, nos proponemos la realización de un desglose pormenorizado, distinguiendo individualmente los distintos mitemas que constituyen nuestro objeto de estudio. Son en total trece. Algunos de ellos ya han sido mencionados en las páginas anteriores.

Si bien, pueden existir todavía más mitemas asociados al Paraíso, hemos generado esta identificación a la luz de lo que la misma investigación de los poemas ha arrojado, según los temas a los que hacen referencia. También hemos seleccionado mitemas que no son propios del mito del Paraíso en sí mismo, pero que indudablemente, están relacionados estrechamente con él.

- a) **El jardín del Edén:** un “jardín” primigenio, donde la creación divina luce su máximo esplendor sin ningún tipo de perturbación o degradamiento. Es allí donde Dios habría colocado a los primeros humanos de la historia. Nos remite al *Antiguo testamento*, y será el principal espacio físico que circunscribe al paraíso.

“Totalmente de acuerdo
Que el amor es más dulce que la miel.

Pero se les advierte
Que en el jardín hay luces y sombras
Además de sonrisas
En el jardín hay disgustos y lágrimas
En el jardín hay no sólo verdad
Sino también su poco de mentira” (“Atención”, Nicanor Parra)

- b) **Expulsión del Paraíso:** en el inicio del *Génesis* se da cuenta de cómo, debido a la desobediencia de Adán y Eva, Dios decide expulsar a los humanos de su Jardín, dejándolos fuera de sus muros –a partir de entonces, custodiados por querubines– y disponiendo de una espada en llamas que gire incansablemente para impedir el ingreso. Esto conlleva como castigo la condena al trabajo, en el caso de Adán, y el parir dolorosamente, en el caso de Eva. En ambos casos, significa también, el nacimiento de la mortalidad entre las personas.

“Altazor ¿por qué perdiste tu primera serenidad?
¿Qué ángel malo se paró en la puerta de tu sonrisa
Con la espada en la mano?
¿Quién sembró la angustia en las llanuras de tus ojos como el adorno de un dios?”

¿Por qué un día de repente sentiste terror de ser?” (“Altazor”, Vicente Huidobro)

- c) **Caída del Paraíso:** millones de años antes de la expulsión del paraíso que vivieron los humanos, Lucifer, quien fuera antes para el creador uno de sus principales seres celestiales, habría desafiado la autoridad de Dios convocando a legiones de ángeles a rebelarse en su contra, generando una guerra que se extendió por los cielos durante mucho tiempo. Una vez derrotado, Dios lo arrojó a los infiernos, donde fue condenado a permanecer por la eternidad. A diferencia del mitema anterior, aquí el individuo no es “expulsado” del Paraíso, quedando simplemente fuera de sus muros –como quien es expulsado de una casa–, sino que es arrojado verticalmente desde arriba hacia lo más bajo.

“De pronto, algo pasó,
se trizó la alegría en su mirada,
cayó a la tierra, de pie, sucio,
sin alas.
Y era sólo un niño triste, ajado,
un hijo escondido y solo de la calle,
un niño triste
mojado por la lluvia” (“El ángel caído”, Jonás)

- d) **Edad de oro:** este mitema hace referencia a una época —vale decir, un tiempo determinado—, donde la vida pudo desarrollarse en plenitud debido a la abundancia de todas las cosas que puede proveer la naturaleza. El término deviene de la mitología griega (Hesíodo, *Los trabajos y los días*), y su existencia se sitúa en un tiempo pasado, profundamente remoto, y está asociada al inicio de los tiempos.

“La tierra daba el triple de lo que le pedían. Las máquinas no alcanzaban a trillar el trigo de las sementeras. Rebaños innumerables asomaban sus ojos entre los altos pastizales, las vegas y las llanuras. Sobraba la comida” (“Crónica del forastero”, Jorge Teillier)

- e) **Retorno al Paraíso. La Tierra nueva:** la aparición del Hijo del Hombre sobre la tierra, en el *Nuevo testamento*, anuncia a su vez el retorno al paraíso, y como es descrito en *Apocalipsis*, el fin de este mundo tal y como lo conocemos, siendo reemplazado por una tierra nueva. La sociedad que encierra esta nueva sociedad es ejemplificada a través de Jerusalén, la Nueva Jerusalén. Según dicen las

escrituras, no habrá en ese lugar lamento ni dolor, y será el paraíso definitivo para la humanidad.

“Desnudos volveremos a nuestro Dueño,
manchados como el cordero
de matorrales, gredas, caminos,
y desnudos volveremos al abra
cuya luz nos muestra desnudos;
y la Patria del arribo
nos mira fija y asombrada” (“El regreso”, Gabriela Mistral)

- f) **Resurrección y vida eterna:** siguiendo la línea del mitema anterior —aunque sin ser exactamente lo mismo— la promesa de este nuevo lugar ideal, conlleva al mismo tiempo el otorgamiento de una nueva vida —eterna— después de esta vida. Tal y como Jesús venció a la muerte y resucitó de entre sus dominios, también la humanidad entera gozará de este beneficio. Se trata, en este caso, de la propia existencia de una vida imperecedera, y no de un *lugar* por habitar.

“Eres el cristal que me retiene para siempre.
En todos los rincones alumbra tu azucena
con el perfume desesperado de lo que no puede morir.

Con tu perfil separas el día de la noche.
Yo te encontré viniendo de retorno de la muerte,
cerrados los ojos, mohosa la voz de sufrimiento”

(“Milagro”, Ángel Cruchaga Santa María)

- g) **El fruto del árbol prohibido:** había dos árboles principales al interior del Jardín del Edén. Estos son el “Árbol del conocimiento” (también llamado, “de la ciencia”) y el “Árbol de la vida”. El hecho trascendente reside en que Dios había prohibido a Adán y Eva comer de los frutos del primero, pudiendo alimentarse de todos los demás. Por lo tanto, más allá de los árboles, el centro de este mitema es la desobediencia humana sobre las órdenes de un ser superior a ellos. Según es sabido, fue este evento lo que generó la pérdida del paraíso para la humanidad. Otro rasgo de este mismo mitema está asociado a la figura de la serpiente como encarnación del mal que somete a los humanos a la tentación.

“Cuentan los hombres
que hace años hubo un crimen en el Paraíso:

algo así como un robo de manzanas” (“Cuentan los hombres”, Armando Uribe)

- h) **Adán y Eva:** el primer hombre y la primera mujer que amaron por primera vez. Su mitema da cuenta del primer amor entre los hombres, al mismo tiempo que los configura (dada su unión y descendencia) como padres de toda la humanidad. Adán fue creado del barro, Eva de su costilla. Anteriormente ya habría existido una mujer “primera” de nombre Lilith, quien se negó a la sumisión y habría huido del paraíso con Lucifer, aunque es una lectura sin antecedentes en los textos canónicos.

“Y se miraron a los ojos
y él fue montaña
y ella mujer
y jugaron intercambiándose papeles
hasta llegar a ser una pareja
-Volvamos al Paraíso
propuso el hombre
y de la mano llegaron
hasta un Dios que no reconocieron”

(“El despertar de una montaña”, Cecilia Casanova)

- i) **América como lugar del Paraíso terrenal:** esta es una caracterización que los primeros exploradores europeos hicieron de los territorios de esta región del mundo, y que tuvo una amplia difusión. Cuando ellos llegaron, la tierra todavía no estaba intervenida significativamente por el hombre, que vivía intentando adaptarse a la naturaleza e intentando convivir armónicamente con ella. En la poesía, la huella de esta fama se deja sentir con fuerza, ya sea en la línea de que eso fue derrumbado producto de la colonización, o en la línea de representar cómo fue (o era) este lugar paradisíaco.

“A las tierras sin nombres y sin números
bajaba el viento desde otros dominios,
traía la lluvia hilos celestes,
y el dios de los altares impregnados
devolvía las flores y las vidas.

En la fertilidad crecía el tiempo” (“Vegetaciones”, Pablo Neruda)

- j) **El día de la creación, día primero. El verbo originario:** de esencial comprensión. El paraíso está al inicio de todo, lo que torna necesario distinguir un mitema que dé cuenta del origen de los tiempos. Esto se encuentra en las primeras páginas del *Génesis*, sin embargo, es uno de los aspectos más comunes a todas las culturas y religiones. Siempre en debate con la ciencia, este precepto da cuenta de uno o unos pocos días donde la tierra y el mundo tal como lo conocemos — ciertamente, no a nivel de sociedad, sino en su estado de naturaleza primitiva y pura—, fue esculpido por un todopoderoso creador. Muchas veces en los poemas encontraremos marcas textuales relacionadas con este mitema, encerrando su definición más clara y significativa en la idea de lo *primero*, vale decir, las primeras experiencias de una persona, donde se ven reflejadas también las primeras vivencias de la humanidad. Sabemos que al inicio Dios habría creado todas las cosas sólo con *decir* que así se hiciera, lo que da cuenta de una operación lingüística en el momento de la creación, Dios en tanto Verbo.

“Y he ahí la luz plena,
el crepitar violento y el rojo vivo de la rosa,
su gesto noble y definitivo hacia adelante,
firmemente hacia adelante como el sol y la música.
Barco blanco, detenido en el gozo y el silencio
y el alto oleaje claro;
iba y venía todo, y era la primer lágrima triunfante
la primer luz de aquel horóscopo y la primera dicha”

(“Luz fuerte”, Olga Acevedo)

- k) **La utopía:** las utopías son proyecciones de sociedades perfeccionadas. No se trata exactamente de un mito, pues los mitos son construcciones milenarias e intrínsecas de una cultura, mientras que los textos utópicos son construcciones intencionadas y organizadas por uno o varios sujetos. Sin embargo, las utopías tienen un funcionamiento muy similar al de los mitos, pero son esencialmente guiados por la ideología antes que por la tradición o la espiritualidad de una comunidad.

“Que así se despierte el alba y que el cielo que tanto tiempo calló encima de manadas de búfalos que el polvo tragó en las praderas y que hablen los bisontes, las olvidadas alpacas, los desangrados huemules. Sí que hable y que hable la gente que una vez pobló las ciudades. Que hable y que sea nuestra voz la reencontrada vida y luego, como si nos viéramos de nuevo, como si nos oyéramos de nuevo,

como si nos palpáramos de nuevo, despertemos flotando en los reencarnados cielos del nuevo día” (“Las aguas del aire”, Raúl Zurita)

- l) **El infierno como anti-paraíso:** el Paraíso tiene como análogo opuesto el mito del infierno. Se trata de un lugar de castigo eterno para las almas penitentes, donde quien gobierna es el demonio. En el infierno todo es oscuridad y dolor. En un sentido de disposición física, normalmente es representado bajo la tierra, pero también es común la metáfora de este mundo como un infierno.

“Por detrás de los árboles del infierno;
la luz en el abismo, el paso hacia atrás.
Día de los días oh, imagen viviente sobre el fuego,
vestida de ángel detrás de los cielos” (“Orfeo”, Rosamel del Valle)

- m) **El día del Juicio:** según la tradición bíblica, se trata del tiempo en que regresará el Hijo del Hombre y revisará la conducta de todos los pecadores, realizando un juicio sobre a quienes les será concedida la salvación. Al igual que el mito de la tierra nueva, este encuentra su asidero en el Apocalipsis.

“Este es el fin: buscadme ahora,
decidme ahora que no sea
el fin de la Palabra
(en el principio la Palabra, en el principio
las Tinieblas que jamás
se van) y el río que a los mares
se va, según el Cristo, y el Cristo no regresa”

(“Este es el fin del Cristo abandonado”, Miguel Arteche)

3. La cuestión de las generaciones

La muestra de poesía aquí presente persigue una temática específica, más que un periodo de tiempo o un cierto estilo literario. No obstante, resulta imperioso sistematizar de alguna manera la cronología de los poetas aquí presentes, según las generaciones a las que cada uno de ellos pertenece. Esto nos permitirá una comprensión más acabada acerca de los distintos momentos de nuestra poesía, y una caracterización —al menos— general acerca de sus exponentes.

El término fue inicialmente acuñado por el filósofo español José Ortega y Gasset a inicios del siglo pasado: “Ahora bien, el conjunto de los que son coetáneos en un círculo de actual convivencia es una generación. El concepto de generación, no implica, pues,

primariamente más que esta dos notas: tener la misma edad y tener algún contacto vital” (Ortega y Gasset, 48). Pese a su origen, fue Cedomil Goic quien le dio mayor consistencia en relación con los estudios literarios hispanoamericanos.

Goic, impelido por la búsqueda de “intentar la historia de la literatura como objeto autónomo” de “periodización coherente, adecuada y manejable” (Goic, 292), desarrolló un modelo según el cual, existen tres nociones que se deben tener a la vista a la hora de pretender la periodización de la literatura. Estas nociones son estructuras temporales, que se distinguen según la amplitud que abarcan:

- a) Generación literaria: se trata de un período de quince años, en el cual se engloba a los distintos autores nacidos durante este tiempo. Para analizar su constitución, se debe encontrar al participante más destacado de la generación, y contar siete años adelante y hacia atrás desde la fecha que este cumplió treinta años. A modo de ejemplo, se nos plantea a Rubén Darío, quien cumplió esa edad en 1897. Siguiendo a Goic, se comprenderán como parte de la generación “todos los que hayan cumplido 30 años 7 años antes o 7 años después de esa fecha, es decir, entre 1890 y 1904” (Goic, 276).
- b) Período: estructura temporal planteada como variante de una época, a través del cual suelen sucederse tres generaciones (es decir, suelen ser cuarenta y cinco años). Algunos ejemplos pertinentes en la literatura hispanoamericana son el período del romanticismo (1845 – 1890), el naturalismo (1890 – 1935) o el surrealismo (1935 – 1979).
- c) Época: estas son las formas de medición temporal más grandes dentro del sistema de periodización de Goic. Se estima que duran aproximadamente un siglo y medio, pudiendo durar más o menos. Ejemplos pueden ser la época del realismo (1755 – 1935) o la época surrealista (desde 1935, a su vez época y período).

Existe un precepto fundamental detrás de esta concepción, y es la idea de que existe una continuidad en la historia del arte. Una relación de continuidad donde una generación alcanza su consolidación –desplazando a una generación anterior– durante unos quince años, hasta ser desplazada por otra, la siguiente. Y tras ello, subyace la idea de que generaciones similares tienen sistemas de preferencias similares entre sí.

Este sistema fue de gran relevancia para los estudios literarios de las últimas décadas: “jugó un papel fundamental en extender la validez de las generaciones nacionales a nivel latinoamericano y, de esta manera, después de variadas mediatizaciones críticas, se logró generar una contextualización de nuestros autores a nivel continental. Un paso más en el proceso de historizar las obras” (Bello, 28). Al mismo tiempo, ha permitido hablar de *generaciones* como la de 1912 o mundonovista (Manuel Magallanes Moure, Pedro Prado, Gabriela Mistral), la generación de 1927, superrealista o de los *fundadores* (Vicente Huidobro, Pablo de Rokha, Pablo Neruda, ectétera), o de la generación de 1942 (Óscar Castro, Stella Corvalán, Nicanor Parra) pero presenta problemas para describir adecuadamente el desarrollo de las últimas décadas del siglo XX. Como adelantamos antes, esto se debe en buena medida, a la influencia de la dictadura sobre el devenir de las letras nacionales. Pero también es cierto que este modelo, de por sí, presenta algunas grietas que generan imprecisión a la hora de analizar los textos en un tiempo determinado. Existe una extensa discusión literaria a este respecto, por lo que me limitaré a plantear aquí sólo algunas consideraciones que podrían resultarnos útiles.

Soledad Bianchi, destacada crítica literaria chilena, en su libro *Poesía chilena (miradas, enfoques, apuntes)* publicado en 1990, realiza el siguiente aporte a esta discusión: “Como de algún modo hay que ordenar el amplio panorama de la historia literaria, quizá el problema de la vaguedad e imprecisión se vería resuelto si nos decidiéramos a utilizar el concepto de *generación* sin mecanicismo, y con un criterio dúctil y flexible que no obliga a incorporar o excluir automáticamente a un escritor por haber nacido algunos meses antes o algunos meses después de una determinada y rígida fecha fronteriza decidida, también, por una convención” (Bianchi, 39). El método resulta muy útil, mas tiene sus limitaciones. Tal como plantea la autora, la solución parece residir en tomar el sistema de Goic como una referencia, pero no agotar el análisis en una clasificación tan determinada o rotundamente matemática. Será esta la posibilidad que tendremos presente al momento de realizar nuestra propuesta de periodización en las próximas páginas, integrando estas consideraciones.

Como apuntamos antes, el método de las generaciones de Goic nos permite hablar de la generación de 1912, la de 1927 o 1925, la de 1942, la de 1957 y la de 1972. Pero algo ocurre con el año siguiente. Durante los años 80’, la crítica especializada tuvo

dificultades para explicar la generación literaria de su tiempo, ya que por cierto, se trataba de poetas que muchas veces no estaban en Chile, sino desperdigados por distintos lugares del mundo: “La necesidad de situar a los que comenzaban a escribir, y hasta de encasillarlos, quizá un poco estáticamente, ha hecho surgir diferentes nominaciones: José Luis Rosasco habla de la ‘generación del setenta’; otros, trasladan el año a 1973, porque dicen que los nuevos comenzaron a manifestarse en las cercanías de este hito en que el golpe de estado cambia el país provocando una brutal repercusión en todas las esferas de la vida nacional; los más osados se atreven a nominarla ‘generación de septiembre’ por las mismas razones anteriores (la mayor vaguedad temporal exige una complicidad colectiva de críticos lectores y autores)” (Bianchi, 22). Existen, entonces, distintas nominaciones para los poetas de esta generación. Al mismo tiempo, parece ser que ninguna llega a resolver el asunto completamente.

Al problema anterior, se suma la noción de “poesía nueva”, que parece hacer más explícito el distanciamiento de la poesía de este período respecto de la tradición de los poetas fundadores. Al respecto, parece existir un consenso: “no cabe duda que la poesía chilena de hoy es una ‘poesía nueva’ que surge y responde a una realidad desconocida para el Chile de tradición democrática” (Bianchi, 30).

Es muy cierto que, en la historia, suele hablarse de “poesía joven” o “poesía nueva”, y que estas acaban por ser nomenclaturas bastante vacías, pero, en este caso, existen motivos de peso para afirmar que se trata de una expresión poética genuinamente nueva. Si bien, la escritura de los 80’ es heredera de las vanguardias anteriores, las marcas del dolor y la violencia se plasman a sangre y fuego en la dictadura, llevando al lenguaje a sus posibilidades –hasta ahora, al menos– más extremas. Por consiguiente, en definitiva: “El modelo generacional de Goic no puede ser aplicado -incluso en términos contables- a las obras posteriores a 1973, pues pertenece indisolublemente a ese medio concreto y a ese mundo imaginario, que se acaba con el golpe de estado. Por ejemplo, la promoción del 60 como la del 70 no son dos generaciones por el peso de la cronología sino por el peso histórico de una nueva situación, una escena cultural radicalmente distinta en la historia del país, el quiebre radical y definitivo que supuso para estos autores el golpe de estado del 11 de septiembre de 1973” (Bello, 26). El caso más emblemático de la transformación experimentada por la poesía, antes y después de la dictadura, es el poeta Gonzalo Millán. Este poeta comenzó a publicar en los años 60’ –*Relación personal*

(1968)– desde temáticas asociadas a la infancia y el desenvolvimiento de la juventud. Pero a partir del golpe de militar, su siguiente libro *La ciudad* (1979) su poesía se convertirá en un grito de protesta ante los abusos del régimen. También su estilo cambia, incorporando en esta etapa nuevos recursos, como el montaje o la acumulación de elementos: “las preocupaciones poéticas de Gonzalo Millán, como las de casi todos los poetas restantes, demuestran que los escritores chilenos (...) han fundido en su poesía “la sangre” y “la palabra”, dando a conocer lo que han vivido o imaginado en formas diversas y apropiadas” (Bianchi, 19).

Más allá de estas consideraciones, podemos afirmar que encontramos poemas cuyo tema principal es el Paraíso a lo largo de prácticamente todo el siglo veinte.

Esta aproximación nos permite comenzar a identificar algunas similitudes temáticas o “ideas heredadas” de los autores en relación con otros que los anteceden. Siguiendo el modelo de Goic, es lógico que existan similitudes dentro de una generación, puesto que muchas veces comparten intereses. Pero lo sorprendente es que, muchas veces, estas perspectivas trascienden durante el tiempo.

Resulta innegable, por ejemplo, que la visión sobre Chile que plantea Gabriela Mistral en su poesía influye significativamente sobre Pablo Neruda. De distintas maneras, ambos relacionan al país y al mundo andino con una suerte de jardín edénico. En el caso de Mistral, con mucho más optimismo que Neruda, quien percibía al continente como un territorio ya saqueado por los conquistadores.

“Antes de la peluca y la casaca
fueron los ríos, ríos arteriales:
fueron las cordilleras, en cuya onda raída
el cóndor o la nieve parecían inmóviles:
fue la humedad y la espesura, el trueno
sin nombre todavía, las pampas planetarias (“Amor América”, Pablo Neruda)

Se trata de autores que pertenecen a distintas generaciones, pero que almacenan contenidos poéticos que son parecidos, particularmente sobre lo precolombino:

“Sol de los Andes, cifra nuestra,
veedor de hombres americanos,

pastor ardiendo de grey ardiendo
y tierra ardiendo en su milagro,
que ni se funde ni nos funde,
que no devora ni es devorado;
quetzal de fuego emblanquecido
que cría y nutre pueblos mágicos;
llama pasmado en rutas blancas
guiando llamas alucinados...” (“Sol del trópico”, Gabriela Mistral)

Por otra parte, la idea de Paraíso perdido también guarda sus resabios en el pasar de las generaciones. Existe una importante similitud en el viaje que realiza el hablante lírico del *Altazor* (1931) de Huidobro, con el que realizaría muchos años más tarde el hablante de *Crónica del forastero* (1968), de Jorge Teillier. Ambos son poemas largos, divididos en fragmentos pero conservando un mismo motivo: el viaje por la pérdida y la caída al abismo. Esta comparación ya ha sido realizada previamente por Cedomil Goic.

En el caso de Huidobro, el problema está dado fundamentalmente por la caída, por la falta de sentido de la existencia misma. En Teillier, el problema está relacionado con no verse reconocido por la *aldea original*. En ambos casos, el sujeto se percibe en una inmensa soledad y desconectado del mundo que lo rodea.

“Quedé solo en medio de un bosque
el bosque ya no me reconocía.
Hermanos y amigos partieron
Hacia los cuatro brazos del horizonte” (“Crónica del forastero”, Jorge Teillier)

Hay casos donde pareciera incluso que existiera una relación de continuidad entre poetas de distintas generaciones. Tal es el caso de la obra poética de Juan Pablo Riveros, de la generación de 1980, que parece continuar en parte el trabajo de Rolando Cárdenas, quien es de la generación anterior. Tanto en *Poemas migratorios* (1972) de Cárdenas, como en *De la tierra sin fuegos* (1986) de Riveros la poesía está situada en la zona austral de Chile. Son cantos a la tierra magallánica y sus primeros habitantes. En el caso de Riveros, no obstante, es una representación marcada por el aniquilamiento de los selknam.

Siendo más específicos, hay oportunidades donde símbolos concretos son recogidos por un poeta que se identifica con ellos después de que lo hiciera otro. Este es

el caso, por ejemplo, de los ríos sudamericanos o chilenos, que fueron llevados a una de sus máximas expresiones por Pablo Neruda en su *Canto General* (1950).

“Pero háblame, Bío-Bío,
son tus palabras en mi boca
las que resbalan, tú me diste
el lenguaje, el canto nocturno
mezclado con lluvia y follaje.
Tú, sin que nadie mirara a un niño,
me contaste el amanecer
de la tierra, la poderosa
paz de tu reino, el hacha enterrada” (“Bío-Bío”, Pablo Neruda)

Como es posible apreciar en el fragmento, el río posee un conocimiento acerca de lo genésico, una relación más cercana con la divinidad y el amanecer de la historia del que poseen los hombres. Neruda atribuye características parecidas a ríos que colindan en otros poemas de la sección (“Los ríos acuden”), como es el caso del Orinoco, el Amazonas, o el Tequendama; de modo que constituye una valoración acerca de los ríos en su conjunto.

“Canto, canto entonces de los ríos que se
aman, canto de los anchos del Biobío y de
las praderas que cuando rompen cantan
tras los inmensos cielos de pasto. Canto
del cielo que se viene gritando porque
todas las cosas hablan de amor” (“Canto de los ríos que se aman”, Raúl Zurita)

En *La vida nueva* (1994) Zurita ciertamente recoge elementos propios de Neruda para configurar su propia visión acerca de los ríos. Si bien conserva la actitud frente a los ríos, de percibirlos como un elemento superior que está asociado al inicio de los tiempos, sumará a esta imagen poética la idea de un *descenso original*, en la cual los ríos originariamente habrían venido del cielo. Y no sólo eso, sino que en Zurita, los ríos vuelven a subir: ascienden al cielo.

Sin ir más lejos, es también patente la similitud entre los poemas de Nicanor Parra (de la generación de 1942), y la poesía de Armando Uribe (de la generación de 1957). Para estos efectos, es posible constatar importante similitud en el tono irónico de los poemas “Advertencia” del primero, con el poema “Cuentan los hombres” de este último. Ambos están presentes en esta selección y han sido citados anteriormente.

Son múltiples los ejemplos que podemos encontrar acerca de cómo se construye una especie de *diálogo intergeneracional*: poetas de generaciones diferentes tocan los mismos temas, utilizando símbolos que les resultan comunes, pero realizando alguna modificación sobre estos, que los hace diferentes y los transforma en un símbolo nuevo. Esto es, por lo demás, un fenómeno propio de la poesía.

4. Conclusiones

Si bien es cierto que podemos rastrear poemas asociados al Paraíso desde los primeros poemarios publicados en el siglo XX –acaso debido, en parte, a la influencia del modernismo y su recurrencia al motivo del jardín–, será el libro *Adán* (1916) de Vicente Huidobro el primer poemario que sea publicado haciendo de ello su tema fundamental. Este libro, aunque infravalorado por la crítica, plantea toda una cosmovisión acerca del origen de los tiempos y el nacimiento de los primeros humanos, contando cómo habrían sido sus primeros días y experiencias. Esta obra toma distancia del mito bíblico de la creación para aproximarse a una explicación científica. Al mismo tiempo, sería el mismo Huidobro quien años más tarde publicará uno de los más importantes libros sobre *la caída* en la poesía chilena. Me refiero a *Altazor* (1931): “El texto y el contexto del comienzo de *Altazor* nos conducen naturalmente al mundo de los progenitores, primero en el Paraíso, luego expulsados de la felicidad. *Altazor* vivió en una serenidad que de repente perdió” (Montes, 38).

Gabriela Mistral será otra poeta chilena cuya obra estará –prácticamente, en su totalidad– marcada por su relación con lo divino y el lugar celestial. Ya en sus tempranos *Sonetos de la Muerte* (1915) encontramos importantes y conmovedoras referencias a la pérdida del Paraíso. Esta huella estará presente incluso en sus publicaciones póstumas. Recordemos que *Poema de Chile* (1967) termina con el envío de su pupilo “al país de la hierba/ a donde hay tierra sobrada/ a donde las gentes se ayudan/ y viven hombres de casta:/ que es el país de la hierba/ en la cual todos se aman” (Mistral, 344).

Algo similar ocurrirá con una contemporánea suya, Olga Acevedo, quien, además de ser una de las mejores poetas de nuestro país –aunque inmensamente desconocida y de muy escasas ediciones– también dedicó buena parte de su obra a este tema: “Ahora que todo canta. Ahora que florece el almendro y los prados se esponjan como de un gozo fresco. Ahora que vuelve el viento con sus cítaras nuevas y se alegran los bosques y se entibian los nidos” (Acevedo, 39).

Otro autor que aporta con gran fuerza a las letras nacionales bajo este tópico –y quizás, el poeta chileno del Paraíso por excelencia– es Rosamel del Valle. Este poeta parece habitar el mito en sus más variadas formas y sentidos durante gran parte de su obra literaria. La poesía de Rosamel contiene, en mayor o menor medida, absolutamente todos los mitemas que apuntamos anteriormente.

En la poesía de Pablo Neruda, aunque no hay Dios, hay Paraíso. Existe en dos dimensiones: el que fue perdido con los conquistadores, y el que tiene la posibilidad de volver a fraguarse desde la utopía política. El primer sentido alcanza su cumbre –y asimismo, la cumbre de la lengua española– en poemas de Alturas de Machu Picchu, elegía de la muerte de una civilización. El poeta, en ambas dimensiones profético, ya desde el inicio de Canto general (1950) advierte: “Yo estoy aquí para contar la historia” (Neruda, 7). Más tarde, cerrando Alturas, será él mismo el encargado de encarnar un nuevo nacimiento para el mundo andino en su poema “Sube a nacer conmigo, hermano”.

La poesía de los lares, surgida en los años sesenta, está en diálogo directo con el mito del Paraíso perdido. Así mismo lo declaran sus líderes y fundadores, como Jorge Teillier: “la nostalgia de los “poetas de los lares”, su búsqueda del reencuentro con una edad de oro, (...) no se debe confundir sólo con la de la infancia, sino con la del paraíso perdido que alguna vez estuvo sobre la tierra” (Teillier, 53). Así, para estos poetas, el Paraíso es más que un tema frecuente: se constituye como el motor de su relación con la poesía, fundando escuela en este camino.

En la poesía de los ochenta, y particularmente en la obra de Raúl Zurita, las imágenes asociadas al Paraíso muchas veces son planteadas desde lo más desgarrador de la existencia humana. Para Zurita, es desde esos instantes de dolor donde el humano puede acceder a las verdaderas visiones sobre este lugar ideal:

“-De un bayonetazo me cercenaron el hombro y sentí mi brazo caer al

-pasto.
-Y luego con él golpearon a mis amigos.
-Siguieron y siguieron pero cuando les empezaron a dar a mis padres
-corrí al urinario a vomitar.
-Inmensas praderas se formaban en cada una de las arcadas, las nubes
-rompiendo el cielo y los cerros acercándose.
-Cómo te llamas y qué haces me preguntaron.
-Mira tiene un buen cul. Cómo te llamas buen culo bastarda chica, me preguntaron.
-Pero mi amor ha quedado pegado en las rocas, el mar y las montañas.
-Pero mi amor te digo, ha quedado adherido en las rocas, el mar y las montañas”
(Zurita, 13).

Es, ante todo, un testimonio de resistencia ante el Imperio de la muerte. Una voz de utopía y esperanza.

5. Sobre los criterios de selección

Las obras que se encuentran en esta muestra de poesía fueron reunidas bajo una consideración fundamental: que en los distintos poemas seleccionados se plantee una relación dialéctica con el mito del Paraíso —ya sea a través de la pérdida, la recuperación, o cualquiera de las distintas variantes que se especificaron en el apartado de los mitemas del Paraíso—. De este modo, se trata esencialmente de un proceso de selección temática. En los poemas del Paraíso el fenómeno del extrañamiento —si bien, es cualidad intrínseca de cualquier verso—, se produce precisamente en la configuración de ese escenario, en la medida en que el lector detecta o no que ese lugar al que se remite —el paraíso, la luz plena—, es distinto de la realidad donde vive.

Sumado al criterio anterior, estos poemas deben reunir algunas condiciones: haber sido publicados por autores chilenos o chilenas, ya sea en Chile o en el extranjero, durante el siglo XX. En ese camino, intentamos recoger una cantidad significativa de poemas de las distintas generaciones de ese intervalo de tiempo. Es decir, aunque hemos seleccionado más poemas de algunas que de otras generaciones, nos preocupamos de considerarlas a todas para construir esta muestra.

En el caso de los poemas largos, en algunas ocasiones hemos optado por seleccionar fragmentos. Pero no los hemos dejado fuera. Asimismo, hemos admitido

también algunos poemas que recurren a elementos gráficos en su composición, en la búsqueda de entregar un panorama lo más amplio posible sobre nuestra expresión poética.

En la realización de esta investigación hemos encontrado una cantidad muy elevada de poemas chilenos con este tema como centro. Así, hemos debido hacer una importante selección, según hemos ponderado su calidad y relevancia, para determinar cuáles poemas no han sido incorporados. También, hemos hallado muchos poemas de importante potencial religioso, pero que no atañen directamente a nuestro tema. Algo similar ha ocurrido con algunos poemas de amor, que aunque construyen imágenes que pueden resultar parecidas, no dan cuenta exactamente de un sitio paradisíaco.

En una última instancia, el objetivo de esta selección es aportar a la difusión de las letras nacionales relacionadas con este tema, y, por qué no, también a la reivindicación de obras y autores muchas veces no considerados por los estudios literarios de nuestro tiempo.

6. Generaciones presentes en esta muestra de poesía

Generaciones poéticas de Chile en el siglo XX:

I. Generación de 1912 o mundonovista:

-Pedro Prado (1886)

-Gabriela Mistral (1889)

II. Generación de 1927 o surrealista:

-Winétt de Rokha (1892)

-Vicente Huidobro (1893)

-Ángel Cruchaga Santa María (1893)

-Teresa Wilms Montt (1893)

-Pablo de Rokha (1894)

-Olga Acevedo (1895)

-José Domingo Gómez Rojas (1896)

- Juvencio Valle (1900)
- Rosamel del Valle (1901)
- Chela Reyes (1904)
- Pablo Neruda (1904)
- Humberto Díaz-Casanueva (1906)

III. Generación de 1942 o 1938.

- Julio Barrenechea (1910)
- Óscar Castro (1910)
- Stella Corvalán (1913)
- Nicanor Parra (1914)
- Eduardo Anguita (1914)
- Gonzalo Rojas (1916)
- Violeta Parra (1917)
- María Silva Ossa (1918)

IV. Generación de 1957 o del 50”

- Eliana Navarro (1920)
- Carlos de Rokha (1920)
- Miguel Arteche (1926)
- Stella Díaz Varín (1926)
- Guillermo Trejo (1926)
- Cecilia Casanova (1926)
- Ludwig Zeller (1927)
- David Rosenmann-Taub (1927)

- Alberto Rubio (1928)
- Enrique Lihn (1929)
- Efraín Barquero (1931)
- Rosa Cruchaga (1931)
- Delia Domínguez (1931)
- Rolando Cárdenas (1933)
- Armando Uribe (1933)
- Jorge Teillier (1935)
- Hernán Montealegre (1937)
- Hernán Lavín Cerda (1939)

V. Generación de 1973 o 1980

- Jonás (1940)
- Soledad Fariña (1943)
- Paz Molina Venegas (1945)
- Juan Pablo Riveros (1945)
- Carmen Berenguer (1946)
- Raúl Zurita (1950)
- Elicura Chihuailaf (1952)
- Armando Rubio (1955)
- Andrés Morales (1962)
- Nadia Prado (1966)

VI. Generación de 1990 o de los náufragos

-Javier Bello (1972)

-Alejandra del Río (1972)

-David Preiss (1973)

-Antonia Torres (1975)

***EL LENGUAJE DEL PARAÍSO:
UNA MUESTRA DE POESÍA CHILENA CONTEMPORÁNEA***

“La Poesía está antes del principio del hombre y después del fin del hombre.

Ella es el lenguaje del Paraíso y el lenguaje del Juicio Final.”

Huidobro, Obras completas, I, 716.

PEDRO PRADO

(1886)

Principales obras: *La casa abandona* (1912), *El camino de las horas* (1934), *No más que una rosa* (1946), *Viejos poemas inéditos* (1949).

LAS PATAGUAS

Yo que conozco mi patria como el hortelano los rincones de su heredad, he buscado en ella algún símbolo hermoso para ofrecerlo a los que forman el alegre corro de la juventud americana.

Traigan otros el laurel obscuro o las hojas temblorosas de la palma, y vuélvanse todos portadores de su rama de olivo; que yo también traigo mi brazada de leña, y he aquí que la arrojo dichoso en medio de esta hoguera santa que ablanda los corazones, como panales que derriten por fin la miel de que van llenos.

Ah! mis amigos, cuán dulce es la amistad de los jóvenes y cuán deseable su bulliciosa ingenuidad! Al creer en la poesía, permitid que yo, poeta libre como las aves locas, os comente mi envío.

Allá en los lejanos campos de mi tierra, donde los árboles bajan a lo más profundo de las hondonadas a beber el agua clara, alientan multitud de bellezas y de enseñanzas que se ofrecen a los ojos agradecidos de los perspicaces.

Allí vive un árbol hermoso, que no hiere el hacha de los leñadores y que por ser el preferido de las aves, va cubierto de nidos que penden de las ramas como los verdaderos frutos de la patagua.

Las pataguas son gigantes de troncos inmensos que, al penetrar en la tierra, se bifurcan como las pezuñas hendidas de los bueyes. Pero esos troncos soberbios han sido formados por numerosos vástagos que fueron aproximándose, estrechándose, penetrando los unos en los otros hasta fundirse en un solo madero nudoso, el más imponente de los bosques centrales de mi patria.

Como los jóvenes Arbolillos, emergiendo de puntos diversos, se inclinaron hacia un centro común, se ha formado, y queda bajo el árbol viejo, una concavidad que los leñadores aprovechan. Ahí, cada patagua, como en un lugar de sacrificio, albergará el fuego del montañés para librarlo de las ráfagas violentas. Y no temáis que las llamas hieran su vitalidad. La unión es tan estrecha, que resbalan en esa carne como sobre la peña dura.

Y más que amparadoras del fuego lo son del agua sana. De aquí, tal vez, el origen de su nombre. Sabed que todas las fuentes más cristalinas, que todos los arroyos más frescos nacen del pie de una patagua. Ninguna merece como ésta el nombre de agua de la vida, porque en sus márgenes los hombres, que la prefieren entre todas, levantan sus casas, que el viajero ve reflejarse en la pureza del cristal como flores de humanidad.

¡Bendito sea el árbol siempre verde que se ofrece a los nidos, que ampara el fuego y que mana el agua de la vida! ¡Estos son sus verdaderos frutos; y todos ellos se deben a aquella unión poderosa que atrajo a los vástagos dispersos para fundirlos en el Señor de la Selva!

Yo os ofrezco una rama de patagua florida. Sus flores blancas son como pequeñas campanas. ¿Qué otra forma podían tener? Reciba cada cual la suya, colóquela en su corazón y quede alerta al constante repique que llama a los jóvenes a desear el fuego y el agua de la unión.

CON UN LENTO VAGAR

Con un lento vagar ensimismado,
sin rumbo alguno y el deseo ausente,
atravieso los bosques, cruzo un puente,
y sigo entre los surcos del arado.

Al llegar a la altura del collado,
veo el milagro de la tarde ardiente:
un mar eterno surge inexistente,
entre las islas de un país soñado...

Ante la inmensidad que me anonada,
absorto en lejanía y pensamiento,
soy un río rizado por el viento

que inmóvil al subir la marejada,
transido de oración y maravillas,
ensancha como un sueño sus orillas.

¿RECUERDAS AQUEL PUEBLO?

¿Recuerdas aquel pueblo con molinos,
las quejas de las aguas en la altura,
la oración de la brisa entre los pinos
al subir de la tierra el agua pura?

¿No sientes todavía aquel perfume,
la misteriosa y húmeda fragancia
de una flor que en el pecho se consume,
prendida en el amor de nuestra infancia?

Por las calles dormidas y muradas
¿ya no ves, en la paz de aquel ambiente,
vagar dos niños, presas las miradas?

¿Tu fatigado corazón no siente
una brisa que viene de la altura?
¡La brisa que subía el agua pura!

LA ROSA INALCANZABLE

Más me valiera, amor, no haber nacido
que ser como la hierba de un alero;
si la rosa es fugaz, la mía ha sido
de la fugacidad lo pasajero.

Huí la tierra, y sin haber vivido
aún la tierra despreciada quiero;
ansiaba el cielo, y sin lograrlo mido
esta mezquina altura en que me muero.

Todo perdí. ¿Qué cosa hube alcanzado
de cielo y tierra al verme desterrado?
Sólo aire; en torno, desolado miro;

un turbio sueño pálido me deja
ver cómo oscureciéndose se aleja
la rosa inalcanzable a que yo aspiro.

VOY POR LAS ALAMEDAS

Voy por las alamedas otoñales,
ahondando la remota perspectiva;
mi alma aún enferma, sensitiva,
busca las lejanías irreales.

Una sutil y húmeda fragancia
se eleva de las hojas a mi paso;
la luz amarillenta del ocaso
con niebla azul tamiza la distancia.

Siempre más lejos -languidez y empeño-
donde todo en belleza se confunda,
¡oh luz divina que remota brillas,

voy en demanda de un país de ensueño,
dejando mi tristeza moribunda,
caída entre las hojas amarillas!

GABRIELA MISTRAL

(1889)

Principales obras: *Desolación* (1922), *Tala* (1938), *Ternura* (1945), *Lagar* (1952).

Recibió el Premio Nobel de Literatura en 1945.

SONETOS DE LA MUERTE

II

Este largo cansancio se hará mayor un día,
y el alma dirá al cuerpo que no quiere seguir
arrastrando su masa por la rosada vía,
por donde van los hombres, contentos de vivir...

Sentirás que a tu lado cavan briosamente,
que otra dormida llega a la quieta ciudad.
Esperaré que me hayan cubierto totalmente...
¡y después hablaremos por una eternidad!

Sólo entonces sabrás el por qué no madura
para las hondas huesas tu carne todavía,
tuviste que bajar, sin fatiga, a dormir.

Se hará luz en la zona de los sinos, oscura;
sabrás que en nuestra alianza signo de astros había
y, roto el pacto enorme, tenías que morir...

LA FUGA

Madre mía, en el sueño
ando por paisajes cardenosos:
un monte negro que se contornea
siempre, para alcanzar el otro monte;
y en el que sigue estás tú vagamente,
pero siempre hay otro monte redondo
que circundar, para pagar el paso
al monte de tu gozo y de mi gozo.

Mas, a trechos tú misma vas haciendo
el camino de juegos y de expolios.
Vamos las dos sintiéndonos, sabiéndonos,
mas no podemos vernos en los ojos,
y no podemos trocarnos palabra,
cual la Eurídice y el Orfeo solos,
las dos cumpliendo un voto o un castigo,
ambas con pies y con acento rotos.

Pero a veces no vas al lado mío:
te llevo en mí, en un peso angustioso
y amoroso a la vez, como pobre hijo
galeoto a su padre galeoto,
y hay que enhebrar los cerros repetidos,
sin decir el secreto doloroso:

que yo te llevo hurtada a dioses crueles
y que vamos a un Dios que es de nosotros.

Y otras veces ni estás cerro adelante,
ni vas conmigo, ni vas en mi soplo:
te has disuelto con niebla en las montañas,
te has cedido al paisaje cardenoso.
Y me das unas voces de sarcasmo
desde tres puntos, y en dolor me rompo,
porque mi cuerpo es uno, el que me diste,
y tú eres un agua de cien ojos,
y eres un paisaje de mil brazos,
nunca más lo que son los amorosos:
un pecho vivo sobre un pecho vivo,
nudo de bronce ablandado en sollozo.

Y nunca estamos, nunca nos quedamos,
como dicen que quedan los gloriosos,
delante de su Dios, en dos anillos
de luz o en dos medallones absortos,
ensartados en un rayo de gloria
o acostados en un cauce de oro.

O te busco, y no sabes que te busco,
o vas conmigo, y no te veo el rostro;
o vas en mí por terrible convenio;
sin responderme con tu cuerpo sordo,
siempre por el rosario de los cerros,
que cobran sangre para entregar gozo,
y hacen danzar en torno a cada uno,
¡hasta el momento de la sien ardiendo,
del cascabel de la antigua demencia
y de la trampa en el vórtice rojo!

LA MEMORIA DIVINA

A Elsa Fano.

Si me dais una estrella,
y me la abandonáis, desnuda ella
entre la mano, no sabré cerrarla
por defender mi nacida alegría.
Yo vengo de una tierra
donde no se perdía.

Si me encontráis la gruta
maravillosa, que como una fruta
tiene entraña purpúrea y dorada,

no cerraré la gruta
ni a la serpiente ni a la luz del día,
que vengo de una tierra
donde no se perdía.

Si vasos me alargaseis,
de cinamomo y sándalo, capaces
de aromar las raíces de la tierra
y de parar al viento cuando yerra,
a cualquier playa los confiaría,
que vengo de un país
en que no se perdía.

Tuve la estrella viva en mi regazo,
y entera ardí como en tendido ocaso.
Tuve también la gruta en que pendía
el sol, y donde no acababa el día.
Y no supe guardarlos,
ni entendía que oprimirles era amarlos.
Dormí tranquila sobre su hermosura
y sin temblor bebía en su dulzura.

Y los perdí, sin grito de agonía,
que vengo de una tierra
en donde el alma eterna no perdía.

PARAÍSO

Lámina tendida de oro,
y en el dorado aplanamiento,
dos cuerpos como ovillos de oro;

Un cuerpo glorioso que oye
y un cuerpo glorioso que habla
en el prado en que no habla nada;

Un aliento que va al aliento
y una cara que tiembla de él,
en un prado en que nada tiembla.

Acordarse del triste tiempo
en que los dos tenían Tiempo
y de él vivían afligidos,

A la hora de clavo de oro
en que el Tiempo quedó al umbral
como los perros vagabundos...

SOL DEL TRÓPICO

Sol de los Incas, sol de los Mayas,
maduro sol americano,
sol en que mayas y quichés
reconocieron y adoraron,
y en el que viejos aimaraes
como el ámbar fueron quemados.
Faisán rojo cuando levantas
y cuando medias, faisán blanco,
sol pintador y tatuador
de casta de hombre y de leopardo.

Sol de montañas y de valles,
de los abismos y los llanos,
Rafael de las marchas nuestras,
lebrél de oro de nuestros pasos,
por toda tierra y todo mar
santo y seña de mis hermanos.
Si nos perdemos, que nos busquen
en unos limos abrasados,
donde existe el árbol del pan
y padece el árbol del bálsamo.

Sol del Cuzco, blanco en la puna,
Sol de México, canto dorado,
canto rodado sobre el Mayab,
maíz de fuego no comulgado,
por el que gimen las gargantas
levantadas a tu viático;
corriendo vas por los azules
estrictos o jesucristianos,
ciervo blanco o enrojecido,
siempre herido, nunca cazado...

Sol de los Andes, cifra nuestra,
veedor de hombres americanos,
pastor ardiendo de grey ardiendo
y tierra ardiendo en su milagro,
que ni se funde ni nos funde,
que no devora ni es devorado;
quetzal de fuego emblanquecido
que cría y nutre pueblos mágicos;
llama pasmado en rutas blancas
guiando llamas alucinados...

Raíz del cielo, curador
de los indios alanceados;

brazo santo cuando los salvas,
cuando los matas, amor santo.
Quetzalcóatl, padre de oficios
de la casta de ojo almendrado,
el moedor de los añiles,
el tejedor de algodón cándido.
Los telares indios enhebras
con colibríes alocados
y das las grecas pintureadas
al mujerío de Tacámbaro.
¡Pájaro Roc, plumón que empolla
dos orientes desenfrenados!

Llegas piadoso y absoluto
según los dioses no llegaron,
tórtolas blancas en bandada,
maná que baja sin doblarnos.
No sabemos qué es lo que hicimos
para vivir transfigurados.
En especies solares nuestros
Viracochas se confesaron,
y sus cuerpos los recogimos
en sacramento calcinado.

A tu llama fié a los míos,
en parva de ascuas acostados.
Sobre tendal de salamandras
duermen y sueñan sus cuerpos santos.
O caminan contra el crepúsculo,
encendidos como retamos,
azafranes sobre el poniente,
medio Adanes, medio topacios...

Desnuda mírame y reconóceme,
si no me viste en cuarenta años,
con Pirámide de tu nombre,
con pitahayas y con mangos,
con los flamencos de la aurora
y los lagartos tornasolados.

¡Como el maguey, como la yuca,
como el cántaro del peruano,
como la jícara de Uruápan,
como la quena de mil años,
a ti me vuelvo, a ti me entrego,
en ti me abro, en ti me baño!
Tómame como los tomaste,
el poro al poro, el gajo al gajo,
y ponme entre ellos a vivir,

pasmada dentro de tu pasmo.

Pisé los cuarzos extranjeros,
comí sus frutos mercenarios;
en mesa dura y vaso sordo
bebí hidromieles que eran lánguidos;
recé oraciones mortecinas
y me canté los himnos bárbaros,
y dormí donde son dragones
rotos y muertos los Zodíacos.

Te devuelvo por mis mayores
formas y bulto en que me alzaron.
Riégame así con rojo riego;
dame el hervir vuelta tu caldo.
Emblanquéceme u oscuréceme
en tus lejías y tus cáusticos.

¡Quémame tú los torpes miedos,
sécame lodos, avienta engaños;
tuéstame habla, árdeme ojos,
sollama boca, resuello y canto,
límpiame oídos, lávame vistas,
purifica manos y tactos!

Hazme las sangres y las leches,
y los tuétanos, y los llantos.
Mis sudores y mis heridas
sécame en lomos y en costados.
Y otra vez íntegra incorpórame
a los coros que te danzaron,
los coros mágicos, mecidos
sobre Palenque y Tihuanaco.

Gentes quechuas y gentes mayas
te juramos lo que jurábamos.
De ti rodamos hacia el Tiempo
y subiremos a tu regazo;
de ti caímos en grumos de oro,
en vellón de oro desgajado,
y a ti entraremos rectamente
según dijeron Incas Magos.

¡Como racimos al lagar
volveremos los que bajamos,
como el cardumen de oro sube
a flor de mar arrebatado
y van las grandes anacondas
subiendo al silbo del llamado!

EL REGRESO

Desnudos volveremos a nuestro Dueño,
manchados como el cordero
de matorrales, gredas, caminos,
y desnudos volveremos al abra
cuya luz nos muestra desnudos:
y la Patria del arribo
nos mira fija y asombrada.

Pero nunca fuimos soltados
del coro de las Potencias
y de las Dominaciones,
y nombre nunca tuvimos
pues los nombres son del Único.

Soñamos madres y hermanos,
rueda de noches y días
y jamás abandonamos
aquel día sin soslayo.
Creímos cantar, rendirnos
y después seguir el canto;
pero tan sólo ha existido
este himno sin relajo.

Y nunca fuimos soldados
ni maestros ni aprendices,
pues vagamente supimos
que jugábamos al tiempo
siendo hijos de lo Eterno.
Y nunca esta Patria dejamos,
y lo demás, sueños han sido,
juegos de niños en patio inmenso:
fiestas, luchas, amores, lutos.

Y la muerte fue mentira
que la boca silabeaba;
muertes en lechos o caminos,
en los mares o en las costas;
pequeñas muertes en que cerrábamos
ojos que nunca se cerraron.

Dormidos hicimos rutas
y a ninguna parte arribábamos,
y al Ángel Guardián rendimos
con partidas y regresos.

Y los Ángeles reían
nuestros dolores y nuestras dichas
y nuestras búsquedas y hallazgos
y nuestros pobres duelos y triunfos.

Caíamos y levantábamos,
cocida la cara de llanto,
y lo reído y lo llorado,
y las rutas y los senderos,
y las partidas y los regresos,
las hacían con nosotros,
el costado en el costado.

Mandaban y obedecíamos
con rostro iracundo o dichoso
y el arribo no llegaba
y unas dichas casquivanas
si asomaban, no descendían.

Y los oficios jadeados
nunca, nunca los aprendíamos:
el cantar, cuando era el canto,
en la garganta roto nacía.

Y sólo en el sueño profundo
como en piedra santa dormíamos
y algo soñábamos que entendíamos
para olvidarlo al otro día...
y recitábamos Padrenuestros
a los Ángeles que sonreían.

De la jornada a la jornada
jugando a la huerta, a ronda, o canto,
al oficio sin Maestro,
a la marcha sin camino,
y a los nombres sin las cosas
y a la partida sin el arribo
fuimos niños, fuimos niños,
inconstantes y desvariados.

Y baldíos regresamos,
¡tan rendidos y sin logro!
balbuceando nombres de "patrias"
a las que nunca arribamos.
Y nos llamaban forasteros
¡y nunca hijos, y nunca hijas!

LOS CUATRO TIEMPOS DEL HUEMUL

I

Ciervo de los Andes, aire
de los aires consentido,
¿dónde mascarás la hierba
con belfos enternecidos?

En los Natales partías
trébol y avena floridos,
punteados de luz los cuernos
y las ancas de rocíos.

A la siesta, los gandules
no te gozaron dormido,
la oreja en hoja de chopo,
los párpados con batido.

El matrero, el perdulario
y el compra y vende prodigios
iban zumbando a tu zaga
viento, fagonazo y grito.

Los hálitos te volaban
adelantados como hijos
y te humeaban las corvas
como las del indio huido...

Prefirieron, los chalanes,
a tu vela y a tu cuidado
ir arreando muladas
y carneros infinitos...

II

Resbalaste de los llanos
hacia los valles urgidos,
escapabas y volvías
como el Señor Jesucristo.

Cuando fue el atravesar
los límites indecisos,
se quejaron las aguadas
y los alerces benditos;

Hasta que no regresaste
en tu equinoccio sabido,
tragado de soledades

y peladeros andinos.

El aire preguntó al aire,
la llanura viuda, al risco,
y las liebres demandaron
a los tres vientos ladinos...

En nuestra luz se borraron
unos cuellos y belfillos,
y la pampa se bebió
la saeta de tus ritmos.

III

¿Dónde husmeas en la niebla,
mirada de hembra y de niño,
y por qué no vadeamos
ijar con ijar los ríos?

Estás sin lodos ni bestias
ni corazón pavorido,
en verdes postrimerías,
celado de Quien te hizo;

Remecidos los costados
del saberte manumiso
en trasluz de piñoneros
o entre quijadas de riscos.

Y en llegando día y hora,
bajas los Andes-zafiros,
a hilvanes deshilvanados,
por los hielos derretidos.

Castañetea el faldeo
de cascos y cuernecillos;
después, ya todo ensordece
en avenas y carrizos...

Entonces la Pampa se abre
en miembros estremecidos,
da un alerta de ojos anchos
y echa un oscuro vagido.

IV

Todavía puedo verte,
mi ganado y mi perdido,
cuando lo recobro todo

y entre fantasmas me abrigo.

Me voy, forrada de noche,
paso el mar, llego a los trigos
que en lo herido y lo postrado
me dicen tu calofrío.

Veo desde lejos, veo
la Pampa de tus arribos,
mayor que el entendimiento
y de diez oros, divina.

Rastreando voy tu pechada
que tumba, en blanco, el carrizo
y oliendo en polvo de espigas,
sólo tu sangre que sigo...

Tanteo en los pajonales;
sorteo esteros subidos,
y en mimbres encucillados,
doy con unos tactos tibios.

Bien que sabes, bien que llegas,
como el grito respondido
y me rebozas los brazos
de pelambres y latidos...

Me echas tu aliento azorado
en dos tiempos blanquecinos.
Con tus cascos traveso;
cuello y orejas te atizo...

Patria y nombre te devuelvo,
para fundirte el olvido,
antes de hacerte dormir
con tu sueño y con el mío.

La Pampa va abriendo labios
oscuros y apercibidos,
y, con insomnio de amor
habla a punzadas y a silbos.

Echada está como un dios
prieta de engendros distintos,
y se hace a la medianoche,
densa y dura de sentido.

Pesadamente voltea
el bulto y da un gran respiro.

El respiro le sorbemos
mujer y bestia contritos...

EL VALLE DEL ELQUI

Tengo de llegar al Valle
que su flor guarda el almendro
y cría los higuerales
que azulan higos extremos,
para ambular a la tarde
con mis vivos y mis muertos.

Pende sobre el Valle, que arde,
una laguna de ensueño
que lo bautiza y refresca
de un eterno refrigerio
cuando el río de Elqui merma
blanqueando el ijar sediento.

Van a mirarme los cerros
como padrinos tremendos,
volviéndose en animales
con ijares soñolientos,
dando el vagido profundo
que les oigo hasta durmiendo,
porque doce me ahuecaron
cuna de piedra y de leño.

Quiero que, sentados todos
sobre la alfalfa o el trébol,
según el clan y el anillo
de los que se aman sin tiempo
y mudos se hablan sin más
que la sangre y los alientos.

Estemos así y duremos,
trocando mirada y gesto
en un repasar dichoso
el cordón de los recuerdos,
con edad y sin edad,
con nombre y sin nombre expreso,
casta de la cordillera,
apretado nudo ardiendo,
unas veces cantadora,
otras, quedada en silencio.

Pasan, del primero al último,
las alegrías, los duelos,

el mosto de los muchachos,
la lenta miel de los viejos;
pasan, en fuego, el fervor,
la congoja y el jadeo,
y más, y más: pasa el Valle
a curvas de viboreo,
de Peralillo a La Unión,
vario y uno y entero.

Hay una paz y un hervor,
hay calenturas y oreos
en este disco de carne
que aprietan los treinta cerros.
Y los ojos van y vienen
como quien hace el recuento,
y los que faltaban ya
acuden, con o sin cuerpo,
con repechos y jadeados,
con derrotas y denuedos.

A cada vez que los hallo,
más rendidos los encuentro.
Sólo les traigo la lengua
y los gestos que me dieron
y, abierto el pecho, les doy
la esperanza que no tengo.

Mi infancia aquí mana leche
de cada rama que quiebro
y de mi cara se acuerdan
salvia con el romero
y vuelven sus ojos dulces
como con entendimiento
y yo me duermo embriagada
en sus nudos y entreveros.

Quiero que me den no más
el guillave de sus cerros
y sobar, en mano y mano,
melón de olor, niño tierno,
trocando cuentos y veras
con sus pobres alimentos.

Y, si de pronto mi infancia
vuelve, salta y me da al pecho,
toda me doblo y me fundo
y, como gavilla suelta,
me recobro y me sujeto,
porque ¿cómo la revivo

con cabellos cenicientos?

Ahora ya me voy, hurtando
el rostro, por que no sepan
y me echen los cerros ojos
grises de resentimiento.

Me voy, montaña adelante,
por donde van mis arrieros,
aunque espinos y algarrobos
me atajan con llamamientos,
aguzando las espinas
o atravesándome el leño.

FLORES

-No te entiendo, mama, eso
de ir esquivando las casas
y buscando con los ojos
los pastos o las mollacas
¿Nunca tuviste jardín
que como de largo pasas?

-Acuérdate, me crié
con más cerros y montañas
que con rosas y claveles
y sus luces y sus sombras
aun me caen a la cara.
Los cerros cuentan historias
y las casas poco o nada.

-Y a mí que me gusta tanto
pegarme a cercos de casas
y traerte por cariño
rosas y lilas robadas...

-No es que deteste las flores
Es que me ahogan las casas.
Oye tú, cuando las hacen
desperdician las montañas,
apenas si ellos las miran como si fueran madrastras.

-Claro, tuviste el antojo
de volver así, en fantasma
para que no te siguiesen
las gentes alborotadas,
pasas, pasas las ciudades, corriendo como azorada,
y cuando tienes diez cerros,

paras, ríes, dices, cantas.

-Tapa tu boca, que tú
no les pones mala cara
y gritas cuando los Andes
con veinte crestas doradas
y rojas, hacen señales
como madres que llamaran.
Yo te gano la porfía,
indito cara taimada.
¿Cómo vas a convencer
a la criada en sus faldas
y guardada de sus sombras
y de ellas catequizada?
Me duermo a veces mirándolas,
tomada, hundida en sus faldas.
Y con entregarme a ellas
mis penas se vuelven nada.
Ya no soy, sólo son ellas
y lo que manan: su gracia.

-¿Qué es lo que tú llamas gracia,
pobrecita que no llevas
sobre ti cosa que te valga?

-La gracia es cosa tan fina
y tan dulce y tan callada
que los que la llevan no
pueden nunca declararla,
porque ellos mismos no saben
que va en su voz o en su marcha
o que está en un no sé qué,
de aire, de voz o mirada.
Yo no la alcancé, chiquito,
pero la vi de pasada
en el mirar de los niños,
de viejo o mujer doblada
sobre su faena o en
el gesto de una montaña.
Bien que me hubiese quedado
sirviéndola embelesada,
pero fue mi enemigo
la raya blanqui-dorada
de una ruta de un río y más
y más un mar de palabras.

-No te entiendo ¿por qué tú
siempre andas pensando
para mí en una parada,

en hoyos de aburrimiento
de una casa y otra casa...?

-Es que, como el pescador,
amo y detesto las casas:
me las quiero de rendida,
las detesto de quedada.

-¿Y cuándo voy a parar
yo, mama, si tú no paras?

-No te podría dejar
en la tierra ajena y rasa,
sin un techo que te libre
de viento, lluvia y nevadas
¿Cómo volvería yo
a mis huertos y a mi Patria,
a mi descanso, a mi término,
al ruedo ancho de mis muertos
y a la eternidad ganada,
dejándote a media Ruta
como las almas penadas?

Cuando empezamos a andar
tú no tenías compañía
ni para la noche ciega
ni las rutas escarchadas.
Ya miraste, ya aprendiste
cómo se siembra y se planta,
cómo se riega el durazno
y la sequía se mata,
y se ahuyenta la peste
hasta que la peste acaba.
Cuando mañana despiertes
no hallarás a la que hallabas
y habrá una tierra extendida,
grande y muda como el alma.
Apréndete el oficio nuevo y eterno.
Pide tierra para ti, cóbrala.
Es la tierra en la que yo
tu pobre mama fantasma
fue feliz como los pájaros.

-¿Te me vas, di? Sí, ya vas yéndote.

-Porque ya me estoy cansando
de ver y contar montañas,
me voy a entrar por la puerta
sin llaves y sin murallas.

Déjame, déjame entrar,
nadie se allega a fantasmas.
Aunque alinden La Serena
y se la aúpen a Corte
con Zar y torres doradas,
lo mejor siempre serán
sus huertas embalsamadas,
su oración crepuscular
y el canto de sus
campanas.

-Yo te sigo, la mama, aúpame,
que voy a pata pelada.

-Salta las cercas, no temas,
esa huertera no es mala.
Por allá azulean uvas
y aquí las flores casi hablan
¡Eh! ¿te llenas los bolsillos?

-¿Y qué te creías, mama?

-¡Qué saqueo estás haciendo!
¡Uvas negras y rosadas!

-Y tú no me ayudas, no;
y estás como embelesada.

-Sí también estoy cogiendo,
pero no cosa vedada.
Son gajos de flores rústicas
que tú me escoges trocadas,
porque no sabes de flores
y disparatas al mentarlas.
Sigamos andando digo,
te las miento y doy cortadas.
¿Ves? Te pesan los racimos.
Las mías no pesan nada.
Este manojo, oyeló,
es no más gajo de salvia
¿Cómo que no la conoces
si como tú, es
campehana?
Ella crece, cunde, medra,
como cosa de nonada.
Tú la has visto en cualquier huerta,
pero no es aseñorada
y medra hasta en los potreros
echando flor azulada.

Mírala, abájate, huele.
Ya, ya. No vas a olvidarla.

-Mama, tú hablas de las matas
como si fueran cristianas
¿Cómo te acuerdas del nombre
y del olor te atarantas?

-Calla y miéntala una vez,
dos veces, tres, ya, ya basta.
Ahora, ahora esta otra.

-Oye, yo me sé los pájaros,
me los hallo porque cantan.
No te digo lo demás,
porque de todo te espantas.

-¿Que tú los coges, es eso?

-Ahora la cara te vuelvo.

-Ya entendí ¡qué cara mala!
Eso me cuentas mañana.
Ahora estoy dándote a oler
este romero de España,
al que llaman de Castilla.

-La mama se lo tenía,
pero ya me lo olvidaba.
¿Es que tú tenías huerta?
De eso no me has dicho
nada.

-Te escapas, sacas el cuerpo,
pero soy, has de saber,
una fantasma porfiada.
Y este otro gajo cogido
es de toronjil, ya basta.
Pero si hemos de seguir
así con las manos dadas,
yo me tengo de mentarte
lo que nunca te mentaran.
Es muy lindo bautizar
las criaturas amadas.

-Mama, dices criaturas,
pero estos pastos son nada.

-Ahora te pongo a dormir

tu siesta. Tiéndete y calla.
A lo mejor te dan lindo
sueño las tres agraciadas.
Estás amurrado, sabes,
voy a cantarte la nana.
Las flores de Chile son
tantas, tantas, mi chiquillo,
que si te las voy mentando
te azoran y te atarantan.
Te voy a contar de algunas.
Párame si es que te cansas.
Unas serán las catrinas,
otras, campesinas rasas.
Ya sabes que no me sé
mucho a las aseñoradas
que no quieren doncellrear
de las campesinas rasas
y les ponen el mal gesto
que les dan a sus cabañas.
Voy a decirte lo que
con la pobre menta pasa,
también con la hierbabuena
e igual con la mejorana.

-¿Qué les pasa, mama, di?

-Que ellas huelen todo el año
y las rosas una semana,
y tanto que pavonean
de su garbo y de su gracia...
Por estos lados prosperan
ésas que mientan Susanas
y no es más que la merita
manzanilla oji-dorada,
un sol pequeñito, una
que no presume de nada.
Desde que hacemos camino
parando en huertas o casas,
nos sale al paso y saluda
así con la frente alzada,
y aunque son tantas las rosas
amarillas y rosadas,
la paisanita y la blanca,
más duran menta y romero.
Aquí donde cabecean
las que auguran bodas o nada,
vale la pena parar
por estas oji-doradas
aunque ellas están rendidas

y hartas de ser consultadas.
Porque de novias de veinte,
o de cuarenta
ansiosas y atarantadas,
siempre le están preguntando
si el novio cumple o si nada.
Cuando ya te llegue el tiempo
de noviazgos y jaranas,
andarás también
buscándolas
con la codicia en la cara:
Me quiere, me quiere mucho
o poquito o casi nada.
Y las manzanillas van
a responder en voz baja:
mucho, siempre, hoy y mañana.
Y la rosa va a decir:
mucho y sólo una semana.

-De noviazgos, no sé nada...

¡Qué pena, mío, no verte
con novia encocorocada,
la iglesia hirviendo de luces
y la aldea de campanas!

Cuando hablas así de loca,
mama mía, me atarantas.
Mejor te callas y tomas
las manzanillas cortadas.

Gracias, sí, mi niño, pero
no me gustan de cortadas.
Se doblan sus cabecitas
y en poco no valen nada.
Pero los grandes ni tú
entienden la salvajada
y despojan a la Ruta
que les echa una mirada
dura que los va siguiendo
como insistente palabra.

-Mama ¿ves como eres loca?
Ni quieres verte enflorada.
Pero yo te quiero mirar
tan feliz como unas Pascuas
y quiero oírte cantar
en vez de decir palabras
que te oigo y no te entiendo

y que son como quedadas...
Canta el viento de tu nombre,
llámalo según lo llamas,
porque sólo cuando cantas
se nos aviva la marcha.

-Cuando me pongo a cantar
y no canto recordando,
sino que canto así, vuelta
tan sólo a lo venidero,
yo veo los montes míos
y respiro su ancho viento.
Cuando es que el camino va
lleno de niños parleros
que pasan tarareando
lo más viejo y lo más nuevo,
con semblantes y con voces
que los dicen placenteros,
yo veo una tierra donde
tienen huerto los huerteros.
Y cuando paro en umbrales
de casas y oigo y entiendo
que Juan Labrador ya se labra
huerto suyo y duradero,
a la garganta me vienen
ganas de echarme a cantar
tu canto y lo voy siguiendo.
Parece que hasta la Tierra
que llaman bruta los lerdos
se puso a hablar cuando vio
el reparto de mil huertos.
Cantaba y yo me lo oí
y canté días enteros
y canté junto con ellos
y el silbo de cuatro vientos:
Viento Sur y Viento Norte
con el Este y el Oeste.
¡No hubo día entre los días
tan dorado y tan ferviente!

Cuando ya cae la noche
y me está llamando el sueño,
y alguna puerta se me abre
que es la de Juan Cosechero,
digo: Yo bien duermo aquí,
porque me va a dar buen sueño.

Cuando es tiempo del maíz
granado y el trigo tierno

y siento cortar mazorcas
que caen como entendimiento,
con mi cuerpo de mentira
donde se sientan me siento.
No me duele el que no vean
en cuerpo a la que es de sueño
que se hace y se deshace
y es y no es al mismo tiempo.
Lo que importa es que los miro,
que los palpo y me los tengo
felices como en los cuentos.
Me gustan los ademanes
y los gestos de mi gente,
el bien volar el trigo
y el abajar el ciruelo,
el regodear la frutilla
y cogérsela con tiento.
Me duelen las podas duras
del parrón que vi pequeño,
el oír caer el trigo
recto y con un tarareo.
Pero lo que más me gusta
es ver subir los renuevos.
Parece que son llamados
y que van apareciendo:
un dedito, diez y ciento
y el uno mirando al otro
y todo el árbol contento;
y Primaveras y Otoños
de manos de Dios saliendo
y poquito a poco, todas
las ramas secas volviendo
y gesteando azoradas
de que la Muerte fue cuento.
Con los brotes asomados
están ojeándose y viéndose
sin costumbre y con sorpresa
que todo vuelve de nuevo
y con unas timideces
de niños con traje nuevo.
Los dos mil duraznos pálidos
y los doscientos ciruelos,
y las vejanconas parras
bajito se cuchichean
y corre de mata a mata
el chisme y sigue corriendo,
Y el que los puso a dormir
les va apurando el suceso
y cada día amanece

más donoso el viejo huerto.
Pasa toditos los años
y siempre parece cuento
que el huerto vive su muerte
y no le cuesta el morir
y tampoco el devolverse.

No comer fruta pintona
por puro atarantamiento.
Unas semanitas más
y todo llega devuelto
color, aroma, sabores,
gritería y canasteo.

-Esas muchachas que buscan
flores, no las cogen, Mama
¿Qué les pasa que no ven
la retamilla y la malva,
la topa-topa y la albahaca,
el huilli, varilla brava?

-Sabes, por ser hierbas locas
ellas las mientan cizañas.
Oye: por donde pasamos
se da la flor de la araña,
también el amancaí,
y aquellas varillas bravas.
No cortan, siguen de largo,
como si viesan nonada.
Dijiste tú que reparten
a los pobres tierra dada.
Cuando me la den a mí,
verás que pongo turnadas
la lenteja con el pilpil
y el poleo con la salvia
y el trigo con la retama.
Yo no sabía, chiquito,
que las flores te importaban.
Gentes hay que ni las ven
y pasan como que nada.
Son los tontos, pero acuérdate
de cuando pasa una oleada
de menta o huele-de-noche
o de la varilla brava.

-Esas, bah, salen solitas
¡nadie las riega ni planta!

MARIPOSAS

En pasando el frío grande
las mariposas han vuelto
y va en el aire, su amigo,
un dulce estremecimiento
y las hojas del romero
baten de su ángel sin peso,
un ángel garabateado
como por veras y juego...

Alocadas, desvariadas,
ya cayó muerto el Invierno;
ya va huido hacia los Sures,
desprestigiado y maltrecho.
Y la Tierra buenamoza,
con sus percales devueltos,
está así, como aturdida
de canto y luz y cerezos;
la explosión de los aromas,
el sonreír de los huertos,
y el brazo de las montañas
que celan sin pestañeo.
Y hasta el ciervo atolondrado
de tanto mirto y cerezo,
huele con el belfo en alto
el aire de olores densos.

Y así, polvoso y rendido,
corre por cuatro senderos
y de verle el mismo y otro
yo comprendo y no comprendo.

También tú, niño ganoso,
ya corres ocho senderos
y de ser otro y el mismo,
contigo casi no puedo.
Al fin se suelta tu lengua,
ahora, boca con miedo,
me atarantas a preguntas
y pareces indio nuevo.

Hablen y digan los míos
y canten en locos sueltos.
En todas las estaciones
el cantar aviva el seso
y pone a danzar el alma
como en su día primero.
Yo también, mero fantasma,

estreno unos ojos nuevos...

Y la Gea está aturdida
de la explosión de cerezos
de la embriaguez de las salvias
y de la fiebre que sube
del pasto hasta los senderos
y del descoco con que luce
el colihue y el mastuerzo
y el huemul corre con aire
nuevo de señor y dueño
y hasta mi niño rendido
ya vuela por tres senderos.

Gea siempre tiene más
palmas, alerces y cedros;
nosotros disminuimos
con cada soplo y aliento;
ella muda, crea, alumbra,
nosotros anohecemos.
Ella se queda; nosotros
pasamos como los sueños.
Llegamos un día, al otro
ni somos ni parecemos.

REPARTO DE TIERRA

Aún vivimos en el trance
del torpe olvido y el gran silencio,
entraña nuestra, rostros de bronce,
rescoldo del antiguo fuego,
olvidadosos como niños
y absurdos como los ciegos.

Aguardad y perdonadnos.
Viene otro hombre, otro tiempo.
Despierta Cautín, espera Valdivia,
del despojo regresaremos
y de los promete-mundos
y de los don Mañana-lo-haremos.
El chileno tiene brazo
rudo y labio silencioso.
Espera a rumiar tu Ercilla,
indio que mascas recuerdos
allí en tu selva madrina.
Dios no ha cerrado sus ojos,
Cristo no ha muerto: te mira.

Yo te escribo estas estrofas
llevada por su alegría.
Mientras te hablo mira, mira,
reparten tierras y huertas.

¡Oye los gritos, los "vivas"
el alboroto, la fiesta!
¿Te das cuenta? ¡Entiende, mira!
Es que reparten la tierra
a los Juanes, a los Pedros
¡Ve correr a las mujeres!
A estas horas tiene Juan y la huertera
tierra en donde sembrar
el frijol y la lenteja
maíz y las plantas fruteras.

Me llegan las voces que cantan
a recibirnos a la que libera
parda y santa y mágica.

Madre nuestra, madre tierra,
viva y eterna, recia madre,
señora nuestra, joven abuela.

Me llegan el canto y el llanto
del asombro y de la alegría
me llegan las hurras y las desgracias
y la mano que muestra.

Ves a Juan y ves a Antonio
que tienen más hijos que alientos,
al de Ovalle o La Serena
ves a Atacama, ves a mi Valle
loco de esta primavera
de justicia y de Aleluya.

Danza y danza su dicha cierta.
Huelo la menta y la vicuña,
la manzana y la hierba buena,
y oigo cantar a mis ríos
de Elqui, Cautín y Aconcagua.
Huelo el damasco aconcagüino.

Volvió el Imperio de los Incas
con otros nombres y maneras
volvió Madona, Doña Justicia
y las viejas gentes agraviadas
más conmovidas que nosotros:
vendimiadores, hortelanas,

de Malloco y de Aconcagua,
y los niños que murieron
antes de correr sus huertos
cortando el racimo de uvas,
pelando la anchota manzana,
voleando en el aire rudo
el hueso del níspero
y la frutilla embalsamada.

Rían por mí, canten por mí.
Talvez la vocería me
alcanzan y los gritos de los niños
y el llanto de las agraciadas.
Día entre todos de alabanza,
lleno de futuro y de gracia,
día para voceado y cantado,
y danzado en la luz coquimbana
y bajo veinte cerros elquinos
y otros tantos de Aconcagua.

Estoy llorando y es de alegría,
de leticia, de "albadada"
y así loca y llorando
les mando esta hosanna clara,
recado de Pascua florida,
que casi grita y casi canta
por ver si llega al Valle de Elqui
y por si alcanza hasta Aconcagua.

WINÉTT DE ROKHA

(1892)

Principales obras: *Lo que me dijo el silencio* (1915), *Cantoral* (1936), y *Oniromancia* (1943).

FOTOGRAFÍA EN OBSCURO

Resuena en las amapolas del cielo
mi historia de piedra dormida,
desde el suceso inmemorial de los crepúsculos.
Prolongo mares de arboles
besando el camino sin término.
Entrego a la vida mi sombra
de calle tranquila;
—balcón en la ciudad de los arabescos inusitados—.

Amo la línea que se escucha,
como el color inicial de la aurora, traduciéndose
en la palabra del hombre
o en la palabra roja del trueno.

Majadería de niño, que lanza su honda al espacio,
camina mi balbuceo discontinuo
creciendo del mar y del sol su mariposa.

TRAYECTORIA CUOTIDIANA

El alba me iba ofreciendo en racimos,
sus copas de perlas lívidas;
engarzadas en el collar del viento
refrescaron mis senos desnudos.

Habíase paralizado el silencio
en torno a la ciudad caótica;
yo sentía temblar las raíces dormidas
de los árboles, en mi corazón.

En su vestido de baile, la aurora
lucía aún pálidas estrellitas;
una ráfaga imprevista cambió el rumbo
de sus ideas a la arboleda pensativa.

¡El sol!
El paisaje quedó transfigurado,
y hubo un tartamudeo
de balidos, de trinos y de bramidos...

RUEDA DE FUEGO SIN LÁGRIMAS

Era el tiempo inmóvil de la flor del jacinto;
(cuando yo era como las manzanas.)

Y tú viniste, como todas las cosas,
que se encienden en el universo:
las tempestades, las sombras de la vida.

Y sin embargo...
venía tan nueva la composición de caminos de bronce
que andabas edificando.
Mirándote me conocí, amándote, oh! amándote
encontré el evangelio
de mi alma, ya cansada antes de ser.

Y sigo inquiriendo, y sigo esperando
arrancar de tu espíritu la razón de mi angustia;
sabiendo que me has dado todo lo que trajiste de la muerte,
sabiendo que defines mis pupilas de carbón de piedra,
sabiendo «que moriré llamándote»...

CUENTO DE PROVINCIA

Cuatro o cinco muchachos juegan a las bolitas;
sus corazones ruedan por la tierra vestida de sol;
viven un círculo, un poste, un perro,
más allá una alegre vieja que sonrío
con una risa de nuez apolillada.

Desde la Oceanía de mi jardín, escucho,
la silueta de mi hijo que se quiebra en dos orientes.
Yo adivino que sus ojos son las únicas estrellas del cielo,
iluminando los zapatos proletarios
como cabezas de mitos en piedra oscura.

NIÑOS DE LA U.R.S.S.

Hacia su corazón de flor, los huracanes del mundo y sus ocasos,
niño de azul entraña dulce, encendida al sol del norte, del oriente,
proletario del mañana,
dueño del trigo, del pan, del techo alegre de palomas,
y el cielo para la ventana.

Siglos de siglos su silueta, temblando,
fue recojiendo el cardo negro del horror de puerta en puerta;
pero la mano florida de Lenin
trazó en la historia un surco jigantesco
donde crece pujante el árbol de la risa.

Una canción feliz gira sus hélices
mientras canta llegando, del lejano país con nombre lejendario,

a anidar en mi pecho, por muchos y largos días;
yo la acaricio como a la criatura a quien designo: hija mía,
y se desborda roja hacia la mariposa del Verano.

Pecho de vino, pulpa de fruta, espuma, abeja y río...

ROSA DE FUEGO

En que jardín de luz está sembrada tu memoria?
El corazón de las masas es tu nombre,
la tierra donde florece tu flor roja,
la copa de salud social en donde abrevan heroicas multitudes.
Desde que rejiones hablarte al oído?

Rosa Luxemburgo,
mujer pasión, enamorada de la especie humana,
madre de madres, mártir,
hembra pura, lámpara perenne, margarita de diamante, corola libre del espacio,
rosa de fuego,
alegría de los proletarios escarnecidos.

La inteligencia del corazón guiaba tus pasos,
y la revolución alumbraba,
como un sol rojo, tu camino.

Niña-paloma,
capullo de cerebro, flor obrera
¿en qué país de canción te soñaron?
conductora y compañera,
la más auténtica amiga de colegio,
cómo te destrozaron la joya del vientre,
los pies recios y finos de trabajadora y hermana,
la cabeza alta, más alta
que el hambre de sangre de tus asesinos,
de los que segaron tu cuello
como quien corta un lirio, con el hacha de los verdugos.

Rosa de fuego,
te llenaste de hijos del alma en la lucha de clases,
valiente y preciosa luz de mi sexo.

CADENA DE VERBOS

Ventana desteñida, acuaria,
y un cortinaje como muchas frutas exprimidas como vino nuevo:
redondo, alegre, rural, el jarrón de greda quemada,
oliendo a barro amasado y a mano de campesina;

se quiebra la luz sobre el vientre del día,
y, como cabellos nacidos,
los clarines gotean su líquido multicolor
en la atmósfera placida.
Una mano, mi mano, separa las cretonas
y mira por la vidriera azul.

Abrazando el río.
enterré la mirada entre las algas de la orilla,
reventada de flores y azules memorias.
Todo gira, en ese vaivén de barco o nube o pensamiento
porque crio en el alma esa transparencia
que tienen las ideas del mar, los ríos y las lágrimas.

Una honda se floreció en piedrecillas,
fue un pinchazo de luz,
que se abrigó en la superficie violeta y violenta,
enormes pájaros amarraron mi pensamiento,
arriba, triángulos y circunferencias,
la ruta, a pesar de todo el avance recto de bala, de amor, de desarrollo,
era una sola e interminable lengua de acero.

Tu pelo es negro como el fruto de la zarzamora,
brilla y se quiebra en un azul tempestuoso,
y tu frente levanta su ojo y mira con imperio escrita de rutas,
sobre tus ojos —esmeraldas en un vaso de fuego— cambiantes, acosadores,
frente a dientes implacables de león que sonrío.

Pueblo húmedo, pueblo fragante a acacias y a cardenales,
sobre sus graves espaldas un siglo descansa y se distiende.

Está su falda enflaquecida y remendada siempre,
para la niña de los cantaritos,
y va por el poema: "A treinta, a treinta!
al levantar las manos, rojizas de sol de Otoño
ilumina la tarde.
Se ha cubierto de flores secas.
Van y vienen hombres del mundo,
circulan los espectros humanos,
sobajean la mercancía,
estrujan gestos de moneda falsa,
aprietan la ansiedad del dinero.
¡Para qué tantos días iguales
como piedra de camino de negro?
"A treinta, a treinta!"
Para comer pan ácido hay que sufrir como la greda del cántaro.
Cierra el día su mirada de terciopelo,
sobre las colinas de la oración católica,
y ella, la niña de los últimos hombres,

se va abrazando sus palomas de tierra dulce y triste.

Puente de curva floja hasta la orilla de la muerte,
en cuyo fondo hay agua cenagosa y verde,
agua con clamor de pedrería.

Me sobrecoje el metal líquido,
y el ademán conocido, que entrega el río amarillo.
Como bostezos se abren deseos y penas al camino.
Concierto azul, agitan las campanas,
su vuelo es maternal y desvelado, lleno de las últimas naranjas,
y el corazón de los ilimitados, entre los navíos
se ensancha inmensamente.

Vida de pueblo enmohecido y colonial,
católicos y obtusos hombres de costumbres surcidas como iglesia de aldea,
hombres que hablan de acontecimientos del otro mundo,
de familias sin memoria,
el de mas acá murmura, y está muerto,
el de más allá humilla al infeliz aldeano de piedra,
y todos beben vino bíblico con malicia y sueño.

Caminos, potreros, colinas, auroras,
tierras que suben por el río, plantíos maduros,
más tierras desesperadas ¡tanta tierra!
y tantos pobres, tan pobres: Juan, José, Amelia.
Juan se expande solo, cabalgando,
uno que otro pájaro cae al estampido de su escopeta.

Miro a lo lejos tu traje negro y gastado,
miro tus corbatas de nudos graves,
esas corbatas que piensan cosas de acuerdo con tu alma.

Ayer fui triste como hoja cóncava y tiniebla
pero hoy mi tristeza se parte en dos mitades,
aterrada y confusa, abro mi corazón hacia el mar hirviente
y luego cierro los ojos para ver a la distancia.

Rosarito, has venido a verme,
con tus ojillos de laucha regocijada de ser laucha,
y tu voz sumisa, bajita, esclavizada;
el sombrío ramaje de tus pestañas me abanica,
y de nuevo tu voz me hiere al quebrarse en quejidos
y deshecha, entre papeles amarillos sin importancia.

Cómo maltratan tu destino
tiznados menesteres domésticos:
lavar, bordar, cocinar...
—"Aún quedan dos pétalos de crisantemo

que esponjar sobre el terciopelo", dices,
y el terciopelo afligido, se arruga entre tus manos,
y se salpica de sombras tu delantal
con los sollozos de las golondrinas de Bécquer.
Ya el sol subió más arriba del ventanuco del granero,
lo ha sentido el abuelo Faustino,
y hace más de veinte gorjeos del canario.

Los carbones blanquean, como la historia del mundo
el lino se acurruca en mi regazo,
los ojos que escuchan y las manos que piensan.

La oración que nunca termina,
¡Dios mío! tan larga la noche, tan larga y rugiente entre las casas,
¡Señor de los Ejércitos!

Los jinetes oscuros del viento
hacen vibrar los emparrados del dominio.

Se apagó la chonchona de la puerta
y tropezó la bestia en el umbral.

Llueve, llueve, llueve desde la madrugada,
huyen los pájaros, huyen las hojarascas de todos los ancianos,
los pequeños proletarios pintan la miseria del mundo.
chapoteando en los charcos.

Hablemos quedo para no despertar las iras del dios de los vientos.

Abajo unos toros rojizos braman
interminablemente al horizonte,
después, bajan sus cabezas pausadas
con el asentimiento tácito de su vida oscura y profunda.

Aquellas comarcas fértiles, anchas,
rebalsan los sentidos de un regocijo agrícola,
los músculos crecen, elásticos
y se piensa en los primeros días del mundo,
en aquellos en que las formas, las líneas, los colores, los ruidos, los olores,
edificaron aquella enorme palmera sonora y espectacular,
cuando seres de pies cristalinos
y cabelleras de viento incrustadas de piedras preciosas,
poblaron las hendiduras de la tierra pura,
cuando la alegría crecía como una mata de tiempo,
por las arterias azules de LO VIVO,
cuando caía hacia las aguas inquietas
el anillo de oro rojo y familiar,
y los ángeles jugaban ingenuamente,
sobre los tapices verdes ensombrecidos de silencio:

rondas y rondas y rondas danzaban
lanzando contra los troncos de oro enrojecido
las granadas risueñas, multiplicadas
en chispas de fuego alegres y nuevas.

Pero... había de venir el sueño
y se durmió LA VIDA,
se durmió sobre la sociedad de mariposas apachurradas
sobre las alfombras cansadas de sangre y de llamas;
cuando el nuevo día arreaba por las montañas sus ovejas de luz
las piernas y los brazos de aquellos desventurados,
tenían el peso grave y omnipotente
del que ya ha vivido...

Como Rascolnicoff,
siento un peso radial y mortal que me abruma,
escucho un latido de sombra,
se agita sobre mis cabellos un ala negra,
sobre su sueño, los parpados violetas
brillan en lo oscuro de mi alma.

Tierras pardas, pueblo de años,
la incipiente Primavera se desnuda como una niña,
espolvoreando ruborosos besos de durazno,
perlas y pensamientos de perales, guindos y cerezos.
Todo está plateado, abierto meticulosamente
como un abanico de señorita de ayer.

"Es imposible construir en el vacío", ha dicho.
Es imposible...

Al alejarse, como un árbol, alto,
sus brazos caían, como ramas o frutas,
las manos se movían como aquel que quiere asir al pasar
cosas livianas: cabellos, almas o pétalos vencidos.

Allá la alameda encendida de los aromos;
¡allá va! ¡allá va!
Cansancio de enredadera sobre los muros antiguos,
su cabecita morena es un diamante o una estrella sin rumbo,
es ella la misma, la de los cantaritos de greda,
qué bien sobre la tarde roja, lucen los rojos
de su pollera remendada.

Miro y palpo la dulzura en la curva de todos los ríos;
el agua está más azul que la florecilla del tiempo,
visto de flores las sombras,
agito cortinajes heridos,
oprime cojines perezosos y canto. ..

haciendo coro al rumor del cielo, bordado de pájaros.

Amelia, la solterona, viene de la Iglesia
"¡tan oscuro y ya regresa!" he dicho,
—"Dios no duerme y nos espera desde siempre... ha contestado.

Siempre el mar de mi niñez, siempre el mar,
agitándose vivo, vibrante, oscuro, azul, infinitamente eterno,
tan azul que cada mañana nos cuenta una historia distinta.

En la ventana del cielo el Invierno ha colgado sus aguas,
los pájaros tienen el dolor de su silencio,
los ganados y los rebaños añoran el Abril ido,
por los caminos de la oscuridad se oyen galopes y aullidos de muertos.

Grandes ojos, que en la noche encienden leyendas son los vientos del Sur,
en la prisión del espanto las criaturas lloran de frío,
la madre abriga al hijo dormido con el fuego de sus pupilas,
mientras que allá, lejanos humos y rayos agitan la montaña.

Los automóviles pasan y brillan a la distancia,
—meteoros del Invierno—,
entre sus impermeables, el rico sale a recoger las hojas muertas de su fantasía.

Azul y oro, cruzado de luz tibia, el cielo;
por mis brazos desnudos cuelgan estrellas, su racimo,
águilas de alas negras dibujan sus consignas
a través del árbol transparente de mi cabellera.

Sus nervios y sus lágrimas sueltan menudas hojas,
haciendo coro y ronda al viento que corre alrededor de la tierra,
ha llegado la tempestad, enredada de auroras
y la siento en mi lengua abrigada de mieles y de besos.

Blancos, lechosos muslos estremecen la noche.

Su intenso traje de sombra herido entre boscajes,
allá una llama, un grito, un picaflor de luz,
abarcadora y total: ¿Eva?
lo descubriría todo, lo cubriría todo:
árboles, pájaros, briznas, celajes fugitivos.

Desconcertante y marina
con el corazón de pétalos intermitentes
destrozaría mariposas, plumas acaecidas del sueño.

Pelo esplendente,
ojos, rumor de algas, cristal de tilo nuevo.

Aquel estrado verde, largamente verde como la mano de Dios,
de vanidad y de presencia la envolvían,
sinfonía de alabastros y nieves CANDENTES,
harían huella en la tierra morena.

Fuente de plata, de mirada celeste
fuente henchida y entraña de primera canción.

Yo escribo así: "Eva y la fuente",
y allí dentro las hojas, las algas, su cuerpo de línea libre y vegetal.

Manos de harina intocada
de pan y agua, detenida a la altura del rostro...
en la primera actitud femenina extendida entre los mares sobre la tierra.

FRENTE POPULAR EN 1937

Pueblo de greda,
corazón de bronce, tu voz madura un solo grito.

Canto al Frente Popular
bandera que flamea en todos los ámbitos del mundo,
océano alegre que aturde,
penacho de esperanzas con plumas rojas en la frente.

Abrazados a tus consignas
los explotados se tornan conscientes,
mejoran los enfermos,
las mujeres dan a luz agitando en sus labios la palabra VICTORIA.

Ya podremos, floridos, cerrar los ojos
tendiendo la confianza en grandes, alegres círculos,
y agitar las manos morenas
como quien ofrece trigo y granadas a los entristecidos por hambre,
o ir danzando hacia la posesión de todos los derechos.

Por la aurora de tus reivindicaciones, multitud!...
por el pan y la libertad obreras,
por los puños sagrados de tus trabajadores.

VICENTE HUIDOBRO

(1893)

Principales obras: *Adán* (1916), *El espejo de agua* (1916), *Ecuatorial* (1918) *Altazor* (1931), *Temblor de cielo* (1931).

EL HIMNO DEL SOL

En medio del Silencio y de la Inmensidad
solo entre los astros muertos voy;
voy solo, sublime soledad,
soledad de grandeza, soledad de ser sol.

Voy solo en este caos de incoloro azul
defendido y envuelto por mi propia luz.
Mi luz que va en camino a los mundos, mensajera
de todas las promesas.

Voy rodando inmutable en el vacío
y a mis supremas plantas
el tiempo se deshoja en ávidos latidos,
y yo sigo mi marcha.

En mi seno se forman impacientes
preparaciones de simientes,
incubaciones de todos los gérmenes.

Yo soy el padre de toda maravilla,
seré el que cause y sostenga la vida.
En mis rayos caminan a los mundos
todas las ansias; mis caricias
son creadoras y hacen fecundo
cuanto tocan y por ellas palpitan
todos los vigos ocultos.

Yo me doy sin cesar,
en cada parte mía todo entero me doy,
y yo que sólo sé dar
no espero jamás retribución.

¡Oh Tierra! Te descubro allá lejana
aún estás inútil y desierta
yo te enviaré una larga mirada
y te daré vida con mis fuerzas.

Yo haré alegres las aguas
y haré que los árboles se estiren
para sorber mi leche transparente y clara...
Yo envolveré en salud todo lo triste.

Haré que a mi paso
revienten en los surcos las semillas
como si una voz de milagro
les mandara brotar y reír a la vida.

Los niños traspasarán de risas
y gritos de alegría
mis sutiles rayos bondadosos
y de mi esencia se empaparán los ojos.

Yo seré el padre de la carne joven,
seré la vida de la carne vieja,
haré milagroso el polen
y envolveré toda la tierra
con un manto de rayos luminosos.
¡Yo seré el pasmo de los ojos!
Seré sangre en todas las arterias,
seré savia tras todas las cortezas.

Haré mi caridad a toda cosa,
y de toda salud seré la fuente.
Bajaré a las cavernas misteriosas
y al fondo de las aguas perennes.
Y todo lo que mire y lo que toque
se hará saludable y joven.

Yo manaré mi luz sobre la Tierra
como agua que brota entre las peñas
y mi bendición será eterna.

Todo bajo mi amor se hará amigable,
como monstruos domados rugirán los mares,
las montañas serán un deseo de besarme.

Por mi darán su fuego los cerebros
y sus flores luminosas los almendros.

Yo seré el padre de las frutas
y llenaré los rostros de los niños
de todas las claridades puras.
Yo suavizaré de dulzura los divinos
ojos de las mujeres,
yo plenaré de vida sus febriles labios
en los hombres pondré el ansia de gustarlos.

Si de todas las cosas de la tierra
pudiérais hallar la quintaesencia
me hallaríais a mí en todas ellas.

Yo seré el padre de toda conmoción
de todo palpar de corazón.

Me tenderé sobre los musgos
y haré de los abismos más profundos

arterias de mi luz y de mis fuerzas;
mi luz es pura y buena,
mi luz es leche que amamanta mundos.

Y yo satisfecho de mí mismo
y con mis propias obras delectado,
seguiré mi camino sin camino
con mi rebaño de astros
vagando en medio del vacío.

LA TIERRA

Silencio, Inmensidad. Vasto silencio
del ensoñar del globo,
rodando solo en el vacío negro;
silencio ensimismado bajo el otro
silencio augusto de los cielos graves,
de los cielos supremos, prodigiosos,
serenos de reposo.

La Tierra solitaria,
que aun no era por cerebro comprendida,
en el caos rodaba
gozando de su propia maravilla.

¡Oh el primer sol, de la primera
mañana de la esfera
que llenó como un río la suprema
majestad silenciosa de la tierra desierta!

Como una sonámbula
de sus solos ensueños encantada
la Tierra sola y ensimismada,
inefable de éxtasis
rodaba, rodaba.
y todas las auroras
la hacían milagrosa
y todas las noches
augusta y majestuosa.
Los trigos ondulaban al viento
para nadie, para ningún
contemplador maravillado
llenos los ojos de milagro.
Los árboles cantaban,
ebrias de luz se erguían las montañas,
los horizontes luminosos
parecían buscar unos ojos
que los miraran y gritaran locos.

¡El globo solitario
iba rodando, iba rodando.
Sobre la tierra todavía virgen
sonreía la luz, cantaba el sol
y todo con un íntimo temblor
parecía buscar admiración!

La tierra adolescente
sentía como un vértigo de luminosidad
e inmensa y muda, toda llena de auroras
se sentía solemne de serenidad.

¡Oh silencio infinito
lleno de graves rumoreos de viento!
Vibración del vacío,
primer instante, primer momento,
apertura del tiempo!

Y el globo solitario
iba rodando, iba rodando
oh! la Tierra, la amada Tierra
iba rodando virgen de historia,
desnuda de leyenda,
sin días, y sin años y sin fechas.

Y eran las mañanas locuras de sol
tembladoras de risas de aguas,
y eran las tardes tristes y pausadas
solemnes de dolor,
y las noches eran una canción deseada
que caía suave sobre los panoramas.
Así el mundo solo, rodaba, rodaba
y en la matriz formidable y oscura
aguardaban pacientes
todos los gérmenes
de las transformaciones futuras.

¡Oh Tierra! Cálida madre de las simientes
se oía en el seno de tus fuerzas creadoras
un rumor de ideas que se forman
y largas vibraciones que laboran
cruzando por el fondo de tus vértebras
ansiosas de salir a la luz buena.

Y la Tierra nueva,
pletórica de naturaleza,
se mostraba esplendorosa y suprema.
¡Solo se oía en' medio del silencio profundo

latir la savia en las venas del mundo!

Lleno de calma y de misterio,
lo sublime y lo bello
brotaba espontáneo de la tierra,
circundaba los montes,
se enredaba en las selvas,
cantaba en los torrentes
e invadía como una luz los horizontes.

ADÁN

Silencio! Soledad! Vasto silencio
de las llanuras muertas,
solemnes y desiertas
largamente tendidas bajo el otro
silencio enorme de los cielos graves
cobijadoramente luminosos.

Y en medio de los dos grandes silencios
de la tierra y el cielo,
eternamente cara a cara,
Adán enorme y solo se elevaba
mudo como una estatua.
¡Y allí clavado medio a medio
era como el intento
de unir aquellos dos grandes Silencios!

Adán como el que despierta de un gran sueño
atónito miraba el universo,
y como si acabara de surgir de la tierra
olía todo a ella; estaba saturado de yerbas
y parecía que su cuerpo
enorme, fuerte y suelto,
de fibras de árbol fuera hecho.
¡Creeríase ver en sus carnes nudosas
una vacilación entre ser hombre y ser roca!

Y con sus ojos nuevos sin nada de profundo
Adán iba adquiriendo las bellezas del mundo,
iba adquiriendo formas su cerebro
a medida que observaba el universo.
Tenía la mirada estupefacta
fija y maravillada...
Tenía el gesto natural del niño
ante algo que le es desconocido.

Los cielos sonreían de blancura

Y la Naturaleza limpia y pura
como recién nacida,
se adivinaba, al fin, entera comprendida
y se mostraba superior y enorme
a la contemplación del primer hombre.

Los árboles verdeantes y sonoros
se alzaban como brazos,
y a lo lejos brillaban luminosos
los trigos no sembrados.

Adán enorme y solo todo lo miraba...
Era el Hombre que ante el mundo se alzaba.
El primer hombre que su mente despertaba
y por entero a contemplar se daba.
Comprendía de las cosas el único designio,
veía en todo el verdadero sentido
y todo lo que miraban sus pupilas
su cerebro adquiriría.
Y sentía crecer los árboles adentro,
correr el agua por sus nervios,
brillar el sol en su cerebro.
Todo lo que sus ojos contemplaban
lleno de lágrimas amaba.
¡Era en aquel instante de la contemplación
todo su cuerpo un solo corazón!

Adán enorme y solo
los llanos contemplaba
y todo se disputaba el camino de sus ojos
para llegar a su alma.
Todo quería ser claro en su cerebro
y reposar en él sin nada de misterio,
todas las cosas de la tierra
se iban a sus ojos y le daban su esencia
por entero, sin reservas,
como una natural lógica ofrenda.

Todos los ruidos de la tierra y los rugidos
de los animales, hacían su nido
cómodo y absoluto en sus oídos,
repercutían en su cerebro
el cual los ordenaba,
y se agrandaban en su alma.

Adán viendo los campos hinchados de futuro,
llenos de ofrecimientos en sus frutos,
y mirando los robustos brotes
sentía como el ansia

de beberse los vigores
que se desprenden de la tierra sana,
de los árboles, las yerbas y las plantas.

Adán enorme y solo
sintiendo aquel llegar de cosas a sus ojos,
era la estatua del reposo,
todo alma y vigor,
dulcificado de contemplación.

Y vio a lo lejos alzarse la montaña
para él, para que él la subiera,
y vio correr el agua
tembladora de luz, pura y clara
para él, para que él la bebiera.
Todo lo que veía
con santa desnudez se le ofrecía.

Todas las cosas se ofrecían
unas a otras por entero
y en darse estaba toda su alegría
en sentirse de otras un provecho.
En parte alguna se veía
el gesto helado que pone lo egoísta.

Las aguas acogían amistosas
la clara bondad del cielo
y de las ramas temblorosas,
los árboles en su recogimiento
acogían el cansancio de los pájaros
y les daban descanso
bajo su grata sombra.
Y los ojos de Adán,
hijos de un deseo de luz y de formas,
sentían en su fondo reposar
el triunfo milagroso de la Naturaleza
y todo el entusiasmo de la Tierra.

¡Oh la primera mirada comprensora
que recorrió la tierra!
La primera mirada inteligente y buena,
al sentirla temblaron todas las cosas
llenas de una emoción acogedora.
¡Oh el primer sol, de la primera
mañana de la Tierra!
¡Oh el primer rayo luminoso
que Adán sintió en sus ojos
y que lo llenó de un claro regocijo
y de sabios intentos!

¡Oh el momento supremo en que el instinto
cayó vencido por el intelecto!

Primer placer del contemplar,
del escuchar, goce primero,
primer placer del admirar,
y del sentir y del palpar.

Las fieras corrían, daban saltos
con sus nervios elásticos.
Adán ya no lucha con ellas
las ama, las contempla.
Le gusta comprender los animales
ver la perfecta gracia de sus líneas
mirar como les tiemblan los ijares
cansadas de correr. Goza y admira
el nervioso temblor de aquellas carnes
ansiosas de saltar entre breñales,
el pleno dilatar de las narices
y el palpitar de aquella fuerte sangre,
sangre de mundo que despierta y vive;
sangre que fué esencia de la roca,
sangre que fué savia de la selva,
que fué sal de las olas,
que fué plasma de la tierra.

Adán sabe que él también es fuerte,
que él en esencia estuvo siempre,
que la sana alegría del mundo
nutre sus músculos.
Y se inunda de entusiasmo por su carne
y por la ardiente plenitud de su sangre.
Siente que el corazón enriquece sus fibras
y que le llena el cuerpo de luz viva.

Adán siente que todo
se va apoyando milagrosamente
en el fondo de sus ojos
llenos de campo verde.

Y todo aquello que antes en su oscura conciencia
se resolvía multiforme,
toma rasgos precisos y lo llena
de santas bendiciones.
Y siente el entusiasmo bondadoso
de vivir para sí y para todo.

Y él sin decirlo a todo daba gracias:
al árbol por ser árbol,

al agua por ser agua,
al pasto verde por ser pasto.

Bendita seas agua porque eres cristalina
porque el alma refrescas y la vista,
bendito sea el día
porque las cosas ilumina,
y bendita la noche porque ella
las hace hundirse en su reposo
y da descanso a los ojos,
haciendo abstracción de todo.
Bendito seas árbol porque das sombra
y reconfortas,
bendita seas tú también montaña,
porque te elevas,
y todas las cosas de la tierra
benditas sean.
¡Y en sus ensueños sumido
él fué el único hombre agradecido!

Adán solemne y mudo meditaba
y quiso tener habla,
porque todas las cosas en el alma
le formaban palabras.
Y así fué que la primera
palabra humana que sonó en la tierra
fué impelida por la divina fuerza
que da al cerebro la Belleza.

Y dijo:
—Entrad en mi, Naturaleza,
entrad en mi ¡oh cosas de la tierra!
Dejad que yo os adquiera,
dadme la suprema alegría
de haceros substancia mía.
Todo esto que nace en el suelo
quiero sentirlo adentro.

Y Adán habló, y el hombre puso palabras
en todas partes donde antes callaba,
en donde siempre estuvo silencioso,
donde solo se oían los grillos sonoros.
¡La Tierra santa de paz y de calma
oyó en éxtasis la primera palabra
y quiso acogerla para eternizarla!

PRIMER AMOR

Eva bajo los cielos encantados
mostraba su armoniosa desnudez
y parecía que al sentirla los campos
se hacían inefables de mansa placidez.

Era el encanto de su cuerpo
resumen y compendio
de todo el universo.
En ella estaban todas las dulces armonías,
todas las líneas en un éxtasis puro,
todas las misteriosas maravillas,
de lo más grande y de lo más oculto.
En su cuerpo vibraban y surgían
todos los hondos secretos del mundo.

Estaba bajo los cielos limpios
llena de vida saludable y de calor
fragante a heno, envuelta en sol.
Sus mejillas gozaban de sentir el viento
y parecían hacer el aire suave y fresco.

Era fuerte y hermosa su cabeza
de tanto andar en alto,
sus pies fragantes de haber pisado yerbas,
sus ojos suaves de haber mirado campos,
sus manos claras y tiernas
de haber deshojado pétalos; su cuerpo sano
de estar con la tierra en contacto.
Su cabellera que casi llega al suelo
tan acostumbrada era a su cuerpo
que de haberla del cuerpo separado
hubiera retenido sus ondulaciones,
sus mismas formas hubiera conservado.
Sus inmensos flancos
parecían gruesas ramas curvadas,
y sus senos duros, perfectos
claramente demostraban
que estaban hechos
para que en ellos floreciera
la vida humana.

¡Oh! Milagrosos senos de la primera
mujer, que hubo en la tierra
senos en los cuales arraigara
la vida de los hombres. Senos de Eva
de los cuales brotara
la clara leche madre de las razas.

Su carne sonrosada y fresca
de la fruta nueva parecía hecha.

Eva, mirando a Adán, decirle parecía:
«Yo te ofrezco la vida,
te traigo en mis entrañas el futuro,
en germen llevo todas las distintas
razas del mundo».

Adán sentía hacia Eva una sana
atracción imperiosa,
una fuerza que a ella lo empujaba
como una orden misteriosa.
Y Eva, en tanto, se le ofrecía toda
con el vientre anhelante y lleno de temblor
como pidiendo a gritos la fecundación.

Y Adán le dijo:
«Ven quiero sentirte
junto a mí, quiero rozarte,
yo estaba solo y tú viniste
y toda mi enorme soledad llenaste.
Yo estaba solo, pero no lo sabía,
ahora tendrás que acompañarme,
irás conmigo a todas partes
ya que me has enseñado a amar la compañía».

Y las palabras de Adán
siguiendo una invisible senda aérea
buscaron los oídos de Eva
como su destino lógico y natural,
como su último término,
así como las aguas buscan al mar.

Y contemplando aquel divino cuerpo
que despedía efluvios luminosos,
sintió en sus labios un raro cosquilleo
y un placer envolvente en sus ojos.
Y sintió que sus labios
de sangre se llenaban
y quiso febrilmente juntarlos
con los labios de Eva, que él miraba
rojos como gajos de naranjas.

Y Adán abrazó a Eva
y al estrecharla entre sus brazos
creyó que abrazaba toda la tierra.

Y allí en medio de los campos,
debajo de las ramas,
en pleno contacto con la tierra se juntaron
sus cuerpos y sus almas,
y Eva sintió que rugían
de placer sus entrañas,
cuando Adán afiebrado vertía
en ella, el germen de la vida.

¡Oh instante solemne y profundo!
Instante supremo
más grande que todo el Universo
¡Oh apertura del amor en el mundo!

Amor padre de toda maravilla
y de todas las cosas trascendentales;
eje de todo los actos de la Vida,
causa y fuerza que impele todo lo grande.

¡Oh primer amor que hizo temblar la tierra,
las oscuras frondas y las viejas montañas!
Amor, que haces la vida buena
a toda la raza humana.

Y cuando dijo Adán esta sola palabra
sencilla y clara:
«Amor» dijo más, algo más grande,
algo más pleno de alma,
más sublime e inefable
que todos los poemas
sobre el amor escritos en la Tierra.

Amor, sonrisa y sollozo prolongado
a través de los mundos y los años.

NUEVA VIDA

Adán al contemplar con Eva
todas las cosas de la tierra
le parecen más suaves y más buenas.

La tarde va cayendo, ambos
llenos de libre exaltación,
vigorosos y claros,
sienten que el amor
se les hace un arroyo
perenne y luminoso
que nutre los campos sonoros

y se amansa en sus ojos.

Corre apacible la dulce vida nueva
y sin que haya en ellos idea protectora
Eva se encuentra más serena,
y cuando junto a Adán reposa,
cree sentir que Adán da sombra.

Y así pasan los días,
ambos son todo contemplación
y gustan el sentido de la vida,
fuente de toda ávida emoción.

Amar la vida, sentirla bondadosa
es un continuo admirar todas las cosas.

Adán todo vigor y fuerza
recios brazos, recias piernas.
Eva toda gracia y belleza
bello el rostro, bello el cuerpo y la larga cabellera.

Adán camina por las selvas,
Eva brilla al sol entre las yerbas.

Así pasan los días
en dulce saborear la compañía.
Viendo que las cosas permanecen
y que algunas se van, pero que vuelven,
Adán pensó, audaz y cierto:
el día, la noche, los árboles, las aguas
los mares, las montañas
durarán largo tiempo.

Y Eva una tarde en medio de los campos
con los ojos llenos de azul y de milagro,
siente sus entrañas que palpitan
hinchadas de otra vida.

PREFACIO

Nací a los treinta y tres años, el día de la muerte de Cristo; nací en el Equinoccio, bajo las hortensias y los aeroplanos del calor.
Tenía yo un profundo mirar de pichón, de túnel y de automóvil sentimental. Lanzaba suspiros de acróbata.
Mi padre era ciego y sus manos eran más admirables que la noche.
Amo la noche, sombrero de todos los días.
La noche, la noche del día, del día al día siguiente.

Mi madre hablaba como la aurora y como los dirigibles que van a caer. Tenía cabellos color de bandera y ojos llenos de navíos lejanos.

Una tarde, cogí mi paracaídas y dije: «Entre una estrella y dos golondrinas.» He aquí la muerte que se acerca como la tierra al globo que cae.

Mi madre bordaba lágrimas desiertas en los primeros arcoíris.

Y ahora mi paracaídas cae de sueño en sueño por los espacios de la muerte.

El primer día encontré un pájaro desconocido que me dijo: «Si yo fuese dromedario no tendría sed. ¿Qué hora es?» Bebió las gotas de rocío de mis cabellos, me lanzó tres miradas y media y se alejó diciendo: «Adiós» con su pañuelo soberbio.

Hacia las dos aquel día, encontré un precioso aeroplano, lleno de escamas y caracoles. Buscaba un rincón del cielo donde guarecerse de la lluvia.

Allá lejos, todos los barcos anclados, en la tinta de la aurora. De pronto, comenzaron a desprenderse, uno a uno, arrastrando como pabellón girones de aurora incontestable.

Junto con marcharse los últimos, la aurora desapareció tras algunas olas desmesuradamente infladas.

Entonces oí hablar al Creador, sin nombre, que es un simple hueco en el vacío, hermoso como un ombligo.

«Hice un gran ruido y este ruido formó el océano y las olas del océano.

»Este ruido irá siempre pegado a las olas del mar y las olas del mar irán siempre pegadas a él, como los sellos en las tarjetas postales.

»Después tejí un largo bramante de rayos luminosos para coser los días uno a uno; los días que tienen un oriente legítimo o reconstituido, pero indiscutible.

»Después tracé la geografía de la tierra y las líneas de la mano.

»Después bebí un poco de cognac (a causa de la hidrografía).

»Después creé la boca y los labios de la boca, para aprisionar las sonrisas equívocas y los dientes de la boca para vigilar las groserías que nos vienen a la boca.

»Creé la lengua de la boca que los hombres desviaron de su rol, haciéndola aprender a hablar... a ella, ella, la bella nadadora, desviada para siempre de su rol acuático y puramente acariciador.»

Mi paracaídas empezó a caer vertiginosamente. Tal es la fuerza de atracción de la muerte y del sepulcro abierto.

Podéis creerlo, la tumba tiene más poder que los ojos de la amada. La tumba abierta con todos sus imanes. Y esto te lo digo a ti, a ti que cuando sonríes haces pensar en el comienzo del mundo.

Mi paracaídas se enredó en una estrella apagada que seguía su órbita concienzudamente, como si ignorara la inutilidad de sus esfuerzos.

Y aprovechando este reposo bien ganado, comencé a llenar con profundos pensamientos las casillas de mi tablero:

«Los verdaderos poemas son incendios. La poesía se propaga por todas partes, iluminando sus consumaciones con estremecimientos de placer o de agonía.

»Se debe escribir en una lengua que no sea materna.

»Los cuatro puntos cardinales son tres: el Sur y el Norte.

»Un poema es una cosa que será.

»Un poema es una cosa que nunca es, pero que debiera ser.

»Un poema es una cosa que nunca ha sido, que nunca podrá ser.

»Huye del sublime externo, si no quieres morir aplastado por el viento.

»Si yo no hiciera, al menos una locura por año, me volvería loco».

Tomo mi paracaídas, y del borde de mi estrella en marcha, me lanzo a la atmósfera del último suspiro.

Ruedo interminablemente sobre las rocas de los sueños, ruedo entre las nubes de la muerte.

Encuentro a la Virgen sentada en una rosa, y me dice:

«Mira mis manos: son transparentes como las bombillas eléctricas. ¿Ves los filamentos de donde corre la sangre de mi luz intacta?»

«Mira mi aureola. Tiene algunas saltaduras, lo que prueba mi ancianidad.

«Soy la Virgen, la Virgen sin mancha de tinta humana, la única que no lo sea a medias, y soy la capitana de las otras once mil que estaban en verdad demasiado restauradas.

«Hablo una lengua que llena los corazones según la ley de las nubes comunicantes.

«Digo siempre adiós, y me quedo.

«Ámame, hijo mío, pues adoro tu poesía y te enseñaré proezas aéreas.

«Tengo tanta necesidad de ternura, besa mis cabellos, los he lavado esta mañana en las nubes del alba y ahora quiero dormirme sobre el colchón de la neblina intermitente.

«Mis miradas son un alambre en el horizonte para el descanso de las golondrinas.

«Ámame.»

Me puse de rodillas en el espacio circular y la Virgen se elevó y vino a sentarse en mi paracaídas.

Me dormí y recité entonces mis más hermosos poemas.

Las llamas de mi poesía secaron los cabellos de la Virgen, que me dijo gracias y se alejó, sentada sobre su rosa blanda.

Y heme aquí solo, como el pequeño huérfano de los naufragios anónimos.

Ah, qué hermoso... qué hermoso.

Veo las montañas, los ríos, las selvas, el mar, los barcos, las flores y los caracoles.

Veo la noche y el día y el eje en que se juntan.

Ah, ah, soy Altazor, el gran poeta, sin caballo que coma alpiste, ni caliente su garganta con claro de luna, sino con mi pequeño paracaídas como un quitasol sobre los planetas.

De cada gota del sudor de mi frente hice nacer astros, que os dejo la tarea de bautizar como a botellas de vino.

Lo veo todo, tengo mi cerebro forjado en lenguas de profeta.

La montaña es el suspiro de Dios, ascendiendo en termómetro hinchado hasta tocar los pies de la amada.

Aquel que todo lo ha visto, que conoce todos los secretos sin ser Walt Whitman, pues jamás he tenido una barba blanca como las bellas enfermeras y los arroyos helados.

Aquel que oye durante la noche los martillos de los monederos falsos, que son solamente astrónomos activos.

Aquel que bebe el vaso caliente de la sabiduría después del diluvio obedeciendo a las palomas y que conoce la ruta de la fatiga, la estela hirviente que dejan los barcos.

Aquel que conoce los almacenes de recuerdos y de bellas estaciones olvidadas.

Él, el pastor de aeroplanos, el conductor de las noches extraviadas y de los ponientes amaestrados hacia los polos únicos.

Su queja es semejante a una red parpadeante de aerolitos, sin testigo.

El día se levanta en su corazón y él baja los párpados para hacer la noche del reposo agrícola.

Lava sus manos en la mirada de Dios, y peina su cabellera como la luz y la cosecha de esas flacas espigas de la lluvia satisfecha.

Los gritos se alejan como un rebaño sobre las lomas cuando las estrellas duermen después de una noche de trabajo continuo.

El hermoso cazador frente al bebedero celeste para los pájaros sin corazón.

Sé triste tal cual las gacelas ante el infinito y los meteoros, tal cual los desiertos sin mirajes.

Hasta la llegada de una boca hinchada de besos para la vendimia del destierro.

Sé triste, pues ella te espera en un rincón de este año que pasa.

Está quizá al extremo de tu canción próxima y será bella como la cascada en libertad y rica como la línea ecuatorial.

Sé triste, más triste que la rosa, la bella jaula de nuestras miradas y de las abejas sin experiencia.

La vida es un viaje en paracaídas y no lo que tú quieres creer.

Vamos cayendo, cayendo de nuestro zenit a nuestro nadir y dejamos el aire manchado de sangre para que se envenenen los que vengan mañana a respirarlo.

Adentro de ti mismo, fuera de ti mismo, caerás del zenit al nadir porque ese es tu destino, tu miserable destino. Y mientras de más alto caigas, más alto será el rebote, más larga tu duración en la memoria de la piedra.

Hemos saltado del vientre de nuestra madre o del borde de una estrella y vamos cayendo.

Ah, mi paracaídas, la única rosa perfumada de la atmósfera, la rosa de la muerte, despeñada entre los astros de la muerte.

¿Habéis oído? Ese es el ruido siniestro de los pechos cerrados.

Abre la puerta de tu alma y sal a respirar al lado afuera. Puedes abrir con un suspiro la puerta que haya cerrado el huracán.

Hombre, he ahí tu paracaídas maravilloso como el vértigo.

Poeta, he ahí tu paracaídas, maravilloso como el imán del abismo.

Mago, he ahí tu paracaídas que una palabra tuya puede convertir en un parasubidas maravilloso como el relámpago que quisiera cegar al creador.

¿Qué esperas?

Mas he ahí el secreto del Tenebroso que olvidó sonreír.

Y el paracaídas aguarda amarrado a la puerta como el caballo de la fuga interminable.

CANTO I (Fragmentos)

Altazor ¿por qué perdiste tu primera serenidad?

¿Qué ángel malo se paró en la puerta de tu sonrisa

Con la espada en la mano?

¿Quién sembró la angustia en las llanuras de tus ojos como el adorno de un dios?

¿Por qué un día de repente sentiste el terror de ser?

Y esa voz que te gritó vives y no te ves vivir

¿Quién hizo converger tus pensamientos al cruce de todos los vientos del dolor?

Se rompió el diamante de tus sueños en un mar de estupor

Estás perdido Altazor

Solo en medio del universo

Solo como una nota que florece en las alturas del vacío

No hay bien no hay mal ni verdad ni orden ni belleza

¿En dónde estás Altazor?

La nebulosa de la angustia pasa como un río

Y me arrastra según la ley de las atracciones

La nebulosa en olores solidificada huye su propia soledad

Siento un telescopio que me apunta como un revólver
La cola de un cometa me azota el rostro y pasa relleno de eternidad
Buscando infatigable un lago quieto en donde refrescar su tarea ineludible

Altazor morirás se secará tú voz y será invisible
La Tierra seguirá girando sobre su órbita precisa
Temerosa de un traspies como el equilibrista sobre el alambre que ata las miradas del
pavor
En vano buscas ojo enloquecido
No hay puerta de salida y el viento desplaza los planetas
Piensas que no importa caer eternamente si se logra escapar
¿No ves que vas cayendo ya?
Limpia tu cabeza de prejuicio y moral
Y si queriendo alzarte nada has alcanzado
Déjate caer sin parar tu caída sin miedo al fondo de la sombra
Sin miedo al enigma de ti mismo
Acaso encuentres una luz sin noche
Perdida en las grietas de los precipicios

Cae

Cae eternamente

Cae al fondo del infinito

Cae al fondo del tiempo

Cae al fondo de ti mismo

Cae lo más bajo que se pueda caer

Cae sin vértigo

A través de todos los espacios y todas las edades

A través de todas las almas de todos los anhelos y todos los naufragios

Cae y quema al pasar los astros y los mares

Quema los ojos que te miran y los corazones que te aguardan

Quema el viento con tu voz

El viento que se enreda en tu voz

Y la noche que tiene frío en su gruta de huesos

Cae en infancia

Cae en vejez

Cae en lágrimas

Cae en risas

Cae en música sobre el universo

Cae de tu cabeza a tus pies

Cae de tus pies a tu cabeza

Cae del mar a la fuente

Cae al último abismo de silencio

Como el barco que se hunde apagando sus luces

Todo se acabó

El mar antropófago golpea la puerta de las rocas despiadadas

Los perros ladran a las horas que se mueren

Y el cielo escucha el paso de las estrellas que se alejan

Estás solo
Y vas a la muerte derecho como un iceberg que se desprende del polo
Cae la noche buscando su corazón en el océano
La mirada se agranda como los torrentes
Y en tanto que las olas se dan vuelta
La luna niño de luz se escapa de alta mar
Mira este cielo lleno
Más rico que los arroyos de las minas
Cielo lleno de estrellas que esperan el bautismo
Todas esas estrellas salpicaduras de un astro de piedra lanzado en las aguas eternas
No saben lo que quieren ni si hay redes ocultas más allá
Ni qué mano lleva las riendas
Ni qué pecho sopla el viento sobre ellas
Ni saben si no hay mano y no hay pecho
Las montañas de pesca
Tienen la altura de mis deseos
Y yo arrojé fuera de la noche mis últimas angustias
Que los pájaros cantando dispersan por el mundo

Reparad el motor del alba
En tanto me siento al borde de mis ojos
Para asistir a la entrada de las imágenes

Soy yo Altazor
Altazor
Encerrado en la jaula de su destino
En vano me aferro a los barrotes de la evasión posible
Una flor cierra el camino
Y se levantan como la estatua de las llamas
La evasión imposible
Más débil marchó con mis ansias
Que un ejército sin luz en medio de emboscadas

Abrí los ojos en el siglo
En que moría el cristianismo.
Retorcido en su cruz agonizante
Ya va a dar el último suspiro
¿Y mañana qué pondremos en el sitio vacío?
Pondremos un alba o un crepúsculo
¿Y hay que poner algo acaso?
La corona de espinas
Chorreando sus últimas estrellas se marchita
Morirá el cristianismo que no ha resuelto ningún problema
Que sólo ha enseñado plegarias muertas.
Muere después de dos mil años de existencia
Un cañoneo enorme pone punto final a la era cristiana
El Cristo quiere morir acompañado de millones de almas
Hundirse con sus templos
Y atravesar la muerte con un cortejo inmenso

Mil aeroplanos saludan la nueva era
Ellos son los oráculos y las banderas

Hace seis meses solamente
Dejé la ecuatorial recién cortada
En la tumba guerrera del esclavo paciente
Corona de piedad sobre la estupidez humana
Soy yo que estoy hablando en este año de 1919
Es el invierno
Ya la Europa enterró todos sus muertos
Y un millar de lágrimas hacen una sola cruz de nieve
Mirad esas estepas que sacuden las manos
Millones de obreros han comprendido al fin
Y levantan al cielo sus banderas de aurora
Venid venid os esperamos porque sois la esperanza
La única esperanza
La última esperanza

Soy yo Altazor el doble de mí mismo
El que se mira obrar y se ríe del otro frente a frente
El que cayó de las alturas de su estrella
Y viajó veinticinco años
Colgado al paracaídas de sus propios prejuicios
Soy yo Altazor el del ansia infinita
Del hambre eterno y descorazonado
Carne labrada por arados de angustia
¿Cómo podré dormir mientras haya adentro tierras desconocidas?
Problemas
Misterios que se cuelgan a mi pecho
Estoy solo
La distancia que va de cuerpo a cuerpo
Es tan grande como la que hay de alma a alma
Solo

Solo

Solo

Estoy solo parado en la punta del año que agoniza
El universo se rompe en olas a mis pies
Los planetas giran en torno a mi cabeza
Y me despeinan al pasar con el viento que desplazan
Sin dar una respuesta que llene los abismos
Ni sentir este anhelo fabuloso que busca en la fauna del cielo
Un ser materno donde se duerma el corazón
Un lecho a la sombra del torbellino de enigmas
Una mano que acaricie los latidos de la fiebre
Dios diluido en la nada y el todo
Dios todo y nada
Dios en las palabras y en los gestos
Dios mental
Dios aliento

Dios joven Dios viejo
Dios pútrido
 lejano y cerca
Dios amasado a mi congoja

Sigamos cultivando en el cerebro las tierras del error
Sigamos cultivando las tierras veraces en el pecho
Sigamos
Siempre igual como ayer mañana y luego y después
No
No puede ser. Cambiemos nuestra suerte
Quememos nuestra carne en los ojos del alba
Bebamos la tímida lucidez de la muerte
La lucidez polar de la muerte
Canta el caos al caos que tiene pecho de hombre
Llora de eco en eco por todo el universo
Rodando con sus mitos entre alucinaciones
Angustia de vacío en alta fiebre
Amarga conciencia del vano sacrificio
De la experiencia inútil del fracaso celeste
Del ensayo perdido
Y aún después que el hombre haya desaparecido
Que hasta su recuerdo se queme en la hoguera del tiempo
Quedará un gusto a dolor en la atmósfera terrestre
Tantos siglos respirada por miserables pechos plañideros
Quedará en el espacio la sombra siniestra
De una lágrima inmensa
Y una voz perdida aullando desolada
Nada nada nada
No
No puede ser
Consumamos el placer
Agotemos la vida en la vida
Muera la muerte infiltrada de rapsodias langurosas
Infiltrada de pianos tenues y banderas cambiantes como crisálidas
Las rocas de la muerte se quejan al borde del mundo
El viento arrastra sus florescencias amargas
Y el desconsuelo de las primaveras que no pueden nacer
Todas son trampas
 trampas del espíritu
Transfusiones eléctricas de sueño y realidad
Oscuras lucideces de esta larga desesperación petrificada en soledad
Vivir vivir en las tinieblas
Entre cadenas de anhelos tiránicos collares de gemidos
Y un eterno viajar en los adentros de sí mismo
Con dolor de límites constantes y vergüenza de ángel estropeado
Burla de un dios nocturno
Rodar rodar rotas las antenas en medio del espacio
Entre mares alados y auroras estancadas

Eres tú tú el ángel caído
La caída eterna sobre la muerte
La caída sin fin de muerte en muerte
Embruja el universo con tu voz
Aférrate a tu voz embrujador del mundo
Cantando como un ciego perdido en la eternidad
Anda en mi cerebro una gramática dolorosa y brutal
La matanza continua de conceptos internos
Y una última aventura de esperanzas celestes
Un desorden de estrellas imprudentes
Caídas de los sortilegios sin refugio
Todo lo que se esconde y nos incita con imanes fatales
Lo que se esconde en las frías regiones de lo invisible
O en la ardiente tempestad de nuestro cráneo

La eternidad se vuelve sendero de flor
Para el regreso de espectros y problemas
Para el miraje sediento de las nuevas hipótesis
Que rompen el espejo de la magia posible

Liberación, ¡Oh! si liberación de todo
De la propia memoria que nos posee
De las profundas vísceras que saben lo que saben
A causa de estas heridas que nos atan al fondo
Y nos quiebran los gritos de las alas

La magia y el ensueño liman los barrotes
La poesía llora en la punta del alma
Y acrece la inquietud mirando nuevos muros
Alzados de misterio en misterio
Entre minas de mixtificación que abren sus heridas
Con el ceremonial inagotable del alba conocida
Todo en vano
Dadme la llave de los sueños cerrados
Dadme la llave del naufragio
Dadme una certeza de raíces en horizonte quieto
Un descubrimiento que no huya a cada paso
O dadme un bello naufragio verde
Un milagro que ilumine el fondo de nuestros mares íntimos
Como el barco que se hunde sin apagar sus luces
Liberado de este trágico silencio entonces
En mi propia tempestad
Desafiaré al vacío
Sacudiré la nada con blasfemias y gritos
Hasta que caiga un rayo de castigo ansiado
Trayendo a mis tinieblas el clima del paraíso

¿Por qué soy prisionero de esta trágica busca?

¿Qué es lo que me llama y se esconde
 Me sigue me grita por mi nombre
 Y cuando vuelvo el rostro y alargo las manos de los ojos
 Me echa encima una niebla tenaz como la noche de los astros ya muertos?
 Sufro me revuelco en la angustia
 Sufro desde que era nebulosa
 Y traigo desde entonces este dolor primordial en las células
 Este peso en las alas
 Esta piedra en el canto
 Dolor de ser isla
 Angustia subterránea
 Angustia cósmica
 Poliforme angustia anterior a mi vida
 Y que la sigue como una marcha militar
 Y que irá más allá
 Hasta el otro lado de la periferia universal

 Siglos siglos que vienen gimiendo en mis venas
 Siglos que se balancean en mi canto
 Que agonizan en mi voz
 Porque mi voz es solo canto y sólo puede salir en canto
 La cuna de mi lengua se metió en el vacío
 Anterior a los tiempos
 Y guardará eternamente el ritmo primero
 El ritmo que hace nacer los mundos
 Soy la voz del hombre que resuena en los cielos
 Que reniega y maldice
 Y pide cuentas de por qué y para qué

 Soy todo el hombre
 El hombre herido por quién sabe quien
 Por una flecha perdida del caos
 Humano terreno desmesurado
 Sí desmesurado y lo proclamo sin miedo
 Desmesurado porque no soy burgués ni raza fatigada
 Soy bárbaro tal vez
 Desmesurado enfermo
 Bárbaro limpio de rutinas y caminos marcados
 No acepto vuestras sillas de seguridades cómodas
 Soy el ángel salvaje que cayó una mañana
 En vuestras plantaciones de preceptos
 Poeta
 Anti poeta
 Culto
 Anti culto
 Animal metafísico cargado de congojas
 Animal espontáneo directo sangrando sus problemas
 Solitario como una paradoja
 Paradoja fatal

Flor de contradicciones bailando un foxtrot
Sobre el sepulcro de Dios
Sobre el bien y el mal
Soy un pecho que grita y un cerebro que sangra
Soy un temblor de tierra
Los sismógrafos señalan mi paso por el mundo

Crujen las ruedas de la tierra
Y voy andando a caballo en mi muerte
Voy pegado a mi muerte como un pájaro al cielo
Como una fecha en el árbol que crece
Como el nombre en la carta que envió
Voy pegado a mi muerte
Voy por la vida pegado a mi muerte
Apoyado en el bastón de mi esqueleto

El sol nace en mi ojo derecho y se pone en mi ojo izquierdo
En mi infancia una infancia ardiente como un alcohol
Me sentaba en los caminos de la noche
A escuchar la elocuencia de las estrellas
Y la oratoria del árbol
Ahora la indiferencia nieva en la tarde de mi alma
Rómpanse en espigas las estrellas
Pártase la luna en mil espejos
Vuelva el árbol al nido de su almendra
Sólo quiero saber por qué
Por qué
Por qué
Soy protesta y arañeo el infinito con mis garras
Y grito y gimo con miserables gritos oceánicos
El eco de mi voz hace tronar el caos

Soy desmesurado cósmico
Las piedras las plantas las montañas
Me saludan las abejas las ratas
Los leones y las águilas
Los astros los crepúsculos las albas
Los ríos y las selvas me preguntan
¿Qué tal cómo está usted?
Y mientras los astros y las olas tengan algo que decir
Será por mi boca que hablarán a los hombres

Que Dios sea Dios
O Satán sea Dios
O ambos sean miedo, nocturna ignorancia
Lo mismo da
Que sea la Vía Láctea
O una procesión que asciende en pos de la verdad
Hoy me es igual

Traedme una hora que vivir
Traedme un amor pescado por la oreja
Y echadlo aquí a morir ante mis ojos
Que yo caiga por el mundo a toda máquina
Que yo corra por el universo a toda estrella
Que me hunda o me eleve
Lanzado sin piedad entre planetas y catástrofes
Señor Dios si tú existes es a mí a quien lo debes

Después de mi muerte un día
El mundo será pequeño a las gentes
Plantarán continentes sobre los mares
Se harán islas en el cielo
Habrá un gran puente de metal en torno de la tierra
Como los anillos construidos en Saturno
Habrá ciudades grandes como un país
Gigantescas ciudades del porvenir
En donde el hombre-hormiga será una cifra
Un número que se mueve y sufre y baila
(Un poco de amor a veces como un arpa que hace olvidar la vida)
Jardines de tomates y repollos
Los parques públicos plantados de árboles frutales
No hay carne que comer el planeta es estrecho
Y las máquinas mataron el último animal
Árboles frutales en todos los caminos
Lo aprovechable sólo lo aprovechable
Ah la hermosa vida que preparan las fábricas
La horrible indiferencia de los astros sonrientes
Refugio de la música
Que huye de las manos de los últimos ciegos

Angustia angustia de lo absoluto y de la perfección
Angustia desolada que atraviesa las órbitas perdidas
Contradictorios ritmos quiebran el corazón
En mi cabeza cada cabello piensa otra cosa

Un hastío invade el hueco que va del alba al poniente
Un bostezo color mundo y carne
Color espíritu avergonzado de irrealizables cosas
Lucha entre la piel y el sentimiento de una dignidad bebida y no otorgada
Nostalgia de ser barro y piedra o Dios
Vértigo de la nada cayendo de sombra en sombra
Inutilidad de los esfuerzos fragilidad del sueño

Ángel expatriado de la cordura
¿Por qué hablas? ¿Quién te pide que hables?
Revienta pesimista mas revienta en silencio
Cómo se reirán los hombres de aquí a mil años
Hombre perro que aúllas a tu propia noche

Delincuente de tu alma
El hombre de mañana se burlará de ti
Y de tus gritos petrificados goteando estalactitas
¿Quién eres tú habitante de este diminuto cadáver estelar?
¿Qué son tus náuseas de infinito y tu ambición de eternidad?
Átomo desterrado de sí mismo con puertas y ventanas de luto
¿De dónde vienes a dónde vas?
¿Quién se preocupa de tu planeta?
Inquietud miserable
Despojo del desprecio que por ti sentiría
Un habitante de Betelgeuse
Veintinueve millones de veces más grande que tu sol

Hablo porque soy protesta insulto y mueca de dolor
Sólo creo en los climas de la pasión
Sólo deben hablar los que tienen el corazón clarividente
La lengua a alta frecuencia
Buzos de la verdad y la mentira
Cansados de pasear sus linternas en los laberintos de la nada
En la cueva de alternos sentimientos
El dolor es lo único eterno
Y nadie podrá reír ante el vacío
¿Qué me importa la burla del hombre-hormiga
Ni la del habitante de otros astros más grandes?
Yo no sé de ellos ni ellos saben de mí
Yo sé de mi vergüenza de la vida de mi asco celular
De la mentira abyecta de todo cuanto edifican los hombres
Los pedestales de aire de sus leyes e ideales

Dadme dadme pronto un llano de silencio
Un llano despoblado como los ojos de los muertos

¿Robinsón por qué volviste de tu isla?
De la isla de tus obras y tus sueños privados
La Isla de ti mismo rica de tus actos
Sin leyes ni abdicación ni compromisos
Sin control de ojo intruso
Ni mano extraña que rompa los encantos
¿Robinsón cómo es posible que volvieras de tu isla?

Malhaya el que mire con ojos de muerte
Malhaya el que vea el resorte que todo lo mueve
Una borrasca dentro de la risa
Una agonía de sol adentro de la risa
Matad al pesimista de pupila enlutada
Al que lleva un féretro en el cerebro
Todo es nuevo cuando se mira con ojos nuevos
Oigo una voz idiota entre algas de ilusión
Boca parasitaria aún de la esperanza

Idos lejos de aquí restos de playas moribundas
Mas si buscáis descubrimientos
Tierras irrealizables más allá de los cielos
Vegetante obsesión de musical congoja
Volvamos al silencio
Restos de playas fúnebres
¿A qué buscáis el faro poniente
Vestido de su propia cabellera
Como la reina de los circos?
Volvamos al silencio
Al silencio de las palabras que vienen del silencio
Al silencio de las hostias donde se mueren los profetas
Con la llaga del flanco
Cauterizada por algún relámpago

Las palabras con fiebre y vértigo interno
Las palabras del poeta dan un mareo celeste
Dan una enfermedad de nubes
Contagioso infinito de planetas errantes
Epidemia de rosas en la eternidad

Abrid la boca para recibir la hostia de la palabra herida
La hostia angustiada y ardiente que me nace no se sabe dónde
Que viene de más lejos que mi pecho
La catarata delicada de oro en libertad
Correr de río sin destino como aerolitos al azar
Una columna se alza en la punta de la voz
Y la noche se sienta en la columna

Yo poblaré para mil años los sueños de los hombres
Y os daré un poema lleno de corazón
En el cual me despedazaré por todos lados

Una lágrima caerá de unos ojos
Como algo enviado sobre la tierra
Cuando veas como una herida profetiza
Y reconozcas la carne desgraciada
El pájaro cegado en la catástrofe celeste
Encontrado en mi pecho solitario y sediento
En tanto yo me alejo tras los barcos magnéticos
Vagabundo como ellos
Y más triste que un cortejo de caballos sonámbulos

Hay palabras que tienen sombra de árbol
Otras que tienen atmósfera de astros
Hay vocablos que tienen fuego de rayos
Y que incendian donde caen
Otros que se congelan en la lengua y se rompen al salir

Silencio la tierra va a dar a luz un árbol
La muerte se ha dormido en el cuello de un cisne
Y cada pluma tiene un distinto temblor
Ahora que Dios se sienta sobre la tempestad
Que pedazos de cielo caen y se enredan en la selva
Y que el tifón despeina las barbas del pirata
Ahora sacad la muerta al viento
Para que el viento abra sus ojos

Silencio la tierra va a dar a luz un árbol
Tengo cartas secretas en la caja del cráneo
Tengo un carbón doliente en el fondo del pecho
Y conduzco mi pecho a la boca
Y la boca a la puerta del sueño

El mundo se me entra por los ojos
Se me entra por las manos se me entra por los pies
Me entra por la boca y se me sale
En insectos celestes o nubes de palabras por los poros.
Silencio la tierra va a dar a luz un árbol
Mis ojos en la gruta de la hipnosis
Mastican el universo que me atraviesa como un túnel
Un escalofrío de pájaro me sacude los hombros
Escalofrío de alas y olas interiores
Escalas de olas y alas en la sangre
Se rompen las amarras de las venas
Y se salta afuera de la carne
Se sale de las puertas de la tierra
Entre palomas espantadas

Habitante de tu destino
¿Por qué quieres salir de tu destino?
¿Por qué quieres romper los lazos de tu estrella
Y viajar solitario en los espacios
Y caer a través de tu cuerpo de tu cenit a tu nadir?

No quiero ligaduras de astro ni de viento
Ligaduras de luna buenas son para el mar y las mujeres
Dadme mis violines de vértigo insumiso
Mi libertad de música escapada
No hay peligro en la noche pequeña encrucijada
Ni enigma sobre el alma
La palabra electrizada de sangre y corazón
Es el gran paracaídas y el pararrayos de Dios

Habitante de tu destino
Pegado a tu camino como roca
Viene la hora del sortilegio resignado
Abre la mano de tu espíritu

El magnético dedo
En donde el anillo de la serenidad adolescente
Se posará cantando como el canario pródigo
Largos años ausente

Silencio

Se oye el pulso del mundo como nunca pálido
La tierra acaba de alumbrar un árbol

TEMBLOR DE CIELO (Fragmentos)

Ante todo hay que saber cuántas veces debemos abandonar nuestra novia y huir de sexo en sexo hasta el fin de la tierra.

Allí en donde el vacío pasa su arco de violín sobre el horizonte y el hombre se transforma en pájaro y el ángel en piedra preciosa.

El Padre Eterno está fabricando tinieblas en su laboratorio y trabaja para volver sordos a los ciegos. Tiene un ojo en la mano y no sabe a quién ponérselo. Y en un bocal tiene una oreja en cópula con otro ojo.

Estamos lejos, en el fin de los fines, en donde un hombre colgado por los pies de una estrella se balancea en el espacio con la cabeza hacia abajo. El viento que dobla los árboles, agita sus cabellos dulcemente.

Los arroyos voladores se posan en las selvas nuevas donde los pájaros maldicen el amanecer de tanta flor inútil.

Con cuánta razón ellos insultan las palpitaciones de esas cosas oscuras.

Si se tratara solamente de degollar al capitán de las flores y hacerle sangrar el corazón del sentimiento superfluo, el corazón lleno de secretos y trozos de universo.

La boca de un hombre amado sobre un tambor.

Los senos de la niña inolvidable clavados en el mismo árbol donde los picotean los ruiseñores.

Y la estatua del héroe en el polo.

Destruirlo todo, todo, a bala y a cuchillo.

Los ídolos se baten bajo el agua.

-Isolda, Isolda, cuántos kilómetros nos separan, cuántos sexos entre tú y yo.

Tú sabes bien que Dios arranca los ojos manía es la ceguera. a las flores, pues su manía es la ceguera.

Y transforma el espíritu en un paquete de plumas y transforma las novias sentadas sobre rosas en serpientes de pianola, en serpientes hermanas de la flauta, de la misma flauta que se besa en las noches de nieve y que las llama desde lejos.

Pero tú no sabes por qué razón el mirlo despedaza el árbol entre sus dedos sangrientos.

Y este es el misterio.

Cuarenta días y cuarenta noches trepando de rama en rama como en el Diluvio. Cuarenta días y cuarenta noches de misterio entre rocas y picachos.

Yo podría caerme de destino en destino, pero siempre guardaré el recuerdo del cielo.

¿Conoces las visiones de la altura? ¿Has visto el corazón de la luz? Yo me convierto a veces en una selva inmensa y recorro los mundos como un ejército.

Mira la entrada de los ríos.

El mar puede apenas ser mi teatro en ciertas tardes.

La calle de los sueños no tiene árboles, ni una mujer crucificada en una flor, ni un barco pasando las páginas del mar.

La calle de los sueños tiene un ombligo inmenso de donde asoma una botella. Adentro de la botella hay un obispo muerto que cambia de colores cada vez que se mueve la botella. Hay cuatro velas que se encienden y se apagan siguiendo un turno sucesivo. A veces un relámpago nos hace ver en el cielo una mujer despedazada que viene cayendo desde hace ciento cuarenta años.

El cielo esconde su misterio.

En todas las escalas se supone un asesino escondido. Los cantores cardiacos mueren sólo de pensar en ello.

Así las mariposas enfermizas volverán a su estado de gusanos, del cual no debían haber salido nunca. El oído recaerá en infancia y se llenará de ecos marinos y de esas algas que flotan en los ojos de ciertos pájaros.

Solamente Isolda conoce el misterio. Pero ella recorre el arcoíris con sus dedos temblorosos en busca de un sonido especial.

Y si un mirlo le picotea el ojo, ella le deja beber toda el agua que quiera con la misma sonrisa que atrae los rebaños de búfalos.

Sobre qué corazón hinchado de amargura podrías flotar tú en todos los océanos, en cualquier mar?

Porque debes saber que aferrarse a un corazón como a una boya es peligroso a causa de las grutas marinas que los atraen y en donde los pulpos que son nudos de serpientes o trompas de elefantes les cierran la salida para siempre.

Date cuenta de lo que es una montaña con los brazos levantados pidiendo perdón y piensa que es menos peligrosa que los mares y más asequible a la amistad.

Sin embargo, tu destino es amar lo peligroso, lo peligroso que hay en ti y fuera de ti, besar los labios del abismo contando con ayudas tenebrosas para el triunfo final de todas tus empresas y tus sueños cubiertos de rocío en el amanecer.

De lo contrario agradece y retírate hasta el fondo de la memoria de los hombres.

-Isolda, Isolda, en la época glacial los osos eran flores. Cuando vino el deshielo se libertaron de sí mismos y salieron corriendo en todas direcciones.

Piensa en la resurrección.

Sólo tú conoces el milagro. Tú has visto ejecutarse el milagro ante cien arpas maravilladas y todos los cañones apuntando al horizonte.

Había entonces un desfile de marineros ante un rey en un país lejano. Las olas esperaban impacientes la vuelta de los suyos. Entretanto el mar aplaudía.

El termómetro bajaba lentamente porque el mirlo había dejado de cantar y pensaba lanzarse de un trapecio al medio del mundo.

Ahora sólo una cosa temo y es que tú salgas de una lámpara o de algún florero y me hables en términos elocuentes como hablan las magnolias en la tarde. El cuarto se llenaría de libélulas agonizantes y yo tendría que sentarme para no caer al suelo sin conocimiento. La muerte sería el pensamiento mismo. Reflejado en todas partes donde se vuelvan los ojos.

Sobre el castillo el esqueleto del general hará señas como un semáforo. Nosotros contaremos las calaveras que se arrastran por el campo atadas a través de una cuerda interminable a la cola del caballo sonámbulo que nadie reconoce como suyo.

Los esclavos negros aplaudirán sobre el vientre de las esclavas tan ebrias como ellos sin darse cuenta de que el viento es un fantasma y que los árboles allá lejos flotan sobre un cementerio.

¿Quién ha contado todos sus muertos?

¿Y si se abrieran todas las ventanas y si todas las lámparas se ponen a cantar y si se incendia el cementerio?

Por cada pájaro del cielo habrá un cazador en la tierra.

Sonarán los clarines y las banderas se convertirán en luces de bengala. Murió la fe, murieron todas las aves de rapiña que te roían el corazón.

Pasan volando las estatuas migratorias.

En la llanura inmensa se oye el suplicio de los ídolos entre los cantos de los árboles.

Las flores huyen despavoridas.

Se abren las puertas de una música desconocida y salen los años del mago que se queda sentado agonizando con las manos sobre el pecho.

Cuántas cosas han muerto adentro de nosotros. Cuánta muerte llevamos en nosotros. ¿Por qué aferrarnos a nuestros muertos?

¿Por qué nos empeñamos en resucitar nuestros muertos? Ellos nos impiden ver la idea que nace. Tenemos miedo a la nueva luz que se presenta, a la que no estamos habituados todavía como a nuestros muertos inmóviles y sin sorpresa peligrosa. Hay que dejar lo muerto por lo que vive.

-Isolda, entierra todos tus muertos.

Yo sería capaz de llorar en el amanecer por verte sonreír.

Sería capaz de mendigar el saludo del espectro que camina solemne hacia la edad de la piedra.

Bien lo sabes, por ti pasaré como un reflejo de selva en selva.

¿Qué más quieres?

Dos cuerpos enlazados domestican la eternidad.

Y es preciso ponerse de rodillas.

Entonces el castillo se convierte en una flor, el ojo se convierte en un río lleno de barcas y toda clase de peces.

El piano se convierte en una montaña, el mar en una pequeña alcachofa que gira como un molino.

Los nervios se convierten en un árbol lleno de temblores y sus temblores se propagan en la noche de trecho en trecho hasta el infinito.

El cerebro rueda cuerpo abajo y se va no se sabe dónde. Al mismo instante las selvas huyen a la desbandada.

Empieza el suplicio de los huesos con su saco de nubes a cuestras, bajando desde la cumbre de la matriz silenciosa, triste como el pájaro de una bruja, como la flor amenazada en la noche.

Preparado por la soledad todo es posible. Desde luego, colgada de cada lámpara una mujer se mece en el aire que respiramos. Sale una música de cada cuadro en la pared, puesto que sabemos que todo paisaje es un instrumento musical. Y detrás de cada puerta hay un esqueleto impaciente que espera.

La noche llora en su retiro completamente abandonada. La noche que te auscultaba el corazón. La noche, ¿te acuerdas? Cuando las cortinas tomaban forma de orejas y forma de párpados con pestañas de silencio. Entonces yo me inclinaba sobre ti como en una mesa de disección, hundía en ti mis labios y te miraba; tu vientre semejante a una herida viva y tus ojos como el fin del mundo.

Arrastrados por la soledad, Isolda, nos sumergimos en la noche que nos esperaba al pie de la casa.

¿Quién ha sido el asesino?

Ante el juez está el cadáver de la mujer como la momia de la más bella faraona.

Gritad, acusadores.

Inútilmente el juez escruta los ojos de los circunstantes. La forma de ningún ojo presente corresponde a la forma de la herida que se ve aún sangrienta en el pecho desnudo.

Una ráfaga violenta cierra todos los párpados. El juez enrojece de cólera.

-Señores ¿quién oyó el disparo?

¿Nadie vio una sombra huir por la ventana? ¿Nadie vio una luz en medio de la noche?

Todos los ojos se vuelven hacia el hombre grande que se comía las luciérnagas en el jardín.

A través de la transparencia de su cuerpo, se ve algo como un puñal o un lirio escondidos, pero la tranquilidad del presunto criminal siembra la duda en sus acusadores.

Dos lágrimas ruedan por sus mejillas.

-Es él, es él-gritan algunos.

-No es él, no es él -gritan otros.

Un redoble de tambores viene bajando por el cielo como si cayera una lluvia de piedras en la luna.

El acusado permanece imperturbable. Con los ojos grandes fijos, sin un pestañeo, aun en el momento en que siente una corona que empieza a nacer en torno a su frente.

Todos miran hacia las calles. Va cruzando el cortejo brotado de la explosión triunfal. Las banderas desplegadas como el viento. Todos miran, pero él ni siquiera mueve los ojos.

-Al criminal. Al criminal.

Cuando la muchedumbre se lanzó encima, mil puños levantados fueron a estrellarse en una estatua de mármol que miraba fijamente al horizonte.

Entonces en el horizonte apareció un cometa con un largo manto de luciérnagas y empezó a levantarse sobre el cielo, que lo recibía con los brazos abiertos.

A los pocos minutos, en el fondo del mismo horizonte se abrió una ventana y se asomó la novia con los ojos hermosos adormilados mirando al cometa y tratando de adivinar el presagio, acaso doloroso, que anunciaba su presencia entre los hombres. ¿Qué signos mágicos hace la novia con sus manos blancas como el cielo? Tiene en su mano derecha un diamante perfecto del cual empieza a brotar una fuente de aguas que corre mansa hacia nosotros.

De pronto un alarido ensordecedor se eleva en los aires.

-A la guillotina. La guillotina, la guillotina.

Momentos más tarde, cuando ante la muchedumbre sedienta de sangre el cuchillo fatal cortaba la cabeza de mármol del acusado, un inmenso chorro de luz manaba de su cuello interminablemente.

Al mismo instante hubo en el cielo un espantoso terremoto. Se rompían las estrellas en mil pedazos, se incendiaban los planetas, volaban trozos de lunas, saltaban carbones encendidos de los volcanes de otros astros y venían a veces a clavarse chirriando en los ojos desorbitados de los hombres.

La muchedumbre huía despavorida. Unos se escondían pidiendo auxilio bajo la tierra, otros caían de rodillas golpeándose el pecho y clamando perdón con los brazos levantados al firmamento.

El chorro de luz seguía manando del cuello del ajusticiado sobre la plataforma de la muerte.

ÁNGEL CRUCHAGA SANTA MARÍA

(1893)

Principales obras: *Las manos juntas* (1915), *La selva prometida* (1920), y *Job* (1922).

LA EVOCACIÓN DE JOB

Santo del muladar, terrible santo
tu alarido de piedra hacia el Eterno,
es una torre trémula de espanto.
¡Con tu cilicio se aromó el infierno!

Santo de Hus: tus llagas y tus manos
fecundaron las rosas.
Diste un rayo de luz a los gusanos
y hablaste del Mesías a las cosas.

Inefable profeta de Idumea,
Padre del mundo, de la muerte abuelo,
tu azul desgarramiento fué una tea
sumergida en la noche y en el cielo.

¡Oh milenario surco del tormento,
tu voz se alzó como una espina terca
hacia la amarga luz del firmamento!
¡Nadie estará de Dios nunca más cerca!

De tu sangre celeste y melodiosa
brotó la cruz y apareció el Mesías
que volaba como una mariposa
sobre la santa hoguera de Isaías.

¡Santo del muladar, lepra que canta
hacia los siglos como un bosque eterno!
Fué toda melodía tu garganta.
¡Aun la oye Luzbel en el infierno!

A LA VENIDA DE JESÚS

Tierra clara y sombría de los bosques profundos;
sombra de Jesucristo desde el cielo tendida,
suaviza tus montañas y tus mares jocundos,
de las estrellas viene Jesús sobre la vida.

Que se transforme en miel el corazón divino
de los árboles claros, bellos y estupefactos.
Viene el navío eterno que trae el vellocino.
¡Oh espíritu del mundo, mostradle vuestros actos.

¡Oh brazos de las madres, puros y transparentes
recibid al Jesús dulce y maravillado!
¡Oh corazón inquieto de las hondas vertientes,
cantad sobre la vida como un Job inspirado!

¡Acariciad sus huellas, oh jóvenes esposas!
Hasta Luzbel sonríe, aclarando el infierno.
Viene Jesús, hablad, oh labios de las cosas
oscuras y olvidadas por el Pastor Eterno.

Dolores de los árboles profundos y cansados
que trasudan fatigas y temblores violentos,
cantad a los sonoros espacios estrellados
que perfuman los ángeles y atraviesan los vientos.

Cansancio de Luzbel; atroz monotonía
de sus cinco sentidos para el amor exhaustos,
semillas sin vigor; manos en agonía,
que no acrecientan los últimos holocaustos.

Tierra de las miserias, carne de Job vencida,
preparate al prodigio; florecerán tus llagas.
El perfil de Jesús se incrustará en la vida,
como la madre muerta en las horas aciagas.

¡Oh senderos del mundo, Jesús viene tranquilo
de las constelaciones infinitas y suaves!
Contempladlo avanzar en un dulce sigilo.
Mueve su corazón las velas de las naves.

LA APARICIÓN

En un monte apacible de ramajes oscuros,
como aquellos del hondo Huerto de los Olivos,
apareció el Maestro de los momentos puros
llamando por el turbio tormento de los vivos.

Bajo un sol quieto y fuerte, amarillo de asombro
el mundo lo espera, laxo de sufrimiento.
Para morir quería apoyarse en su hombro
como un infante rubio en la seda de un cuento.

El soplo de los siglos monótonos y rudos
no había desgarrado su claridad de lino;
más allá de su carne chocaban como escudos
las olas de los mares en un raptó divino.

Por sus venas azules deslizaban los ríos
sus aguas transparentes con un rumor de rosas
que deshojara el labio de gloriosos estíos.
En sus ojos estaban abismadas las cosas.

Desde el monte miró los límites del mundo,
los terrenos floridos, las ciudades enormes.
Ascendía del suelo un sollozo iracundo
que estremecía los campanarios deformes.

Jesús pensó en la dulce tierra de Palestina:
armoniosa en David; potente en Salomón.
y recordó su muerte en la áspera colina
dando pétalo a pétalo todo su corazón.

LUZBEL BAJO EL CIELO NOCTURNO

En la siniestra sima del infierno
decrépito, sin paz, Luzbel yacía.
Su amargo Corazón soñaba en Cristo
por el encanto primitivo envuelto.
Sus ojos, quietos en el cielo enorme
cojín las estrellas temblorosas
y eran gotas de fuego en sus retinas
que vieron los timones de los siglos
hundir la eternidad maravillada.
La voz intensa de Luzbel se alzó:

“Cielo profundo, cielo de los ángeles;
ambiente de las alas y las nubes;
cisterna de los bálsamos eternos,
mi corazón se alarga como un labio
sediento de tu bien perseverante.
Siento en las alas el temblor antiguo
la serenada luz de las estrellas
es una voz de madre que suspira
más allá de mi carne tenebrosa,
más allá de mis venas carcomidas
por el vicio del mundo.

Luz del Cielo

suavizadme los ojos que se mueren,
haces de aristas que aguzó el pecado.
Alzo la mano para recibirte
como a un fruto maduro, cielo antiguo
que fue mío en los ojos y en las alas.

Constelaciones bajo el pie de Cristo
envolvedme la vida como a un pobre
que en las calles del mundo no halló amparo.
¡Circulad por mis venas cielo enorme!
Necesito en mi sangre las estrellas
y a Dios sobre las manos vacilantes
para besarlas al cerrar los ojos.
Sobre mi corazón deseo el mundo
para hacerlo sufrir junto a mis huesos,
para hacerlo morir junto a mi muerte.

MILAGRO

LA NOCHE mueve arriba su marejada de estrellas.
En ese temblor te miro volteando como una ola.

Te darían las gracias mis brazos alzando llamas,
aventadora del día, llorosa tea del júbilo.

Envenenado de cantos, latiendo entre aureolas
vive mi corazón como un cometa en el cielo.

Todos los cristales asordan el día cuando tú vienes.
Tú, la que estás inmóvil en los pobres espejos, de noche.

Desde mis colinas avizoro tu languidez tendido
el cuerpo a tu garganta, hondo valle de música.

Vuelto a ti como las torres o las montañas buscándote
estoy ¡oh amiga mía! panal prendido al cielo.

Eres el cristal que me retiene para siempre.
En todos los rincones alumbra tu azucena
con el perfume desesperado de lo que no puede morir.

Con tu perfil separas el día de la noche.
Yo te encontré viniendo de retorno de la muerte,
cerrados los ojos, mohosa la voz de sufrimiento.

Goteaba la eternidad su lluvia y su musgo en mis muros.

Mi corazón era un viejo misal descolorido...

MI REINO

ALAS de los pájaros, brote de los árboles, honda mirada
tuya...
todo lo que sube hacia la luz me pertenece.
Torre de las tardes, monte que haces el día
en tu vientre, noche, inmensa flor morada.

Todo es mío y lo entrego, amor, entre tus brazos.
No tengo más sortijas que las que el cielo llueve.

Inúndate de estrellas, mi amiga, que la noche
se duerma en la media luna de tus cejas.

Brazos tuyos que yo no vi en mi adolescencia
y ahora abren su arco de cometa en el cielo.

Brazos que alzan la flecha dolorosa del beso
con su sabor a muerte y con su herida de ancla.

Cabellera tuya, amiga, que estaba tras los muros
trémulos de los días que alzan ciudades negras.

Cabellera tuya donde cabe mi corazón
como un rostro desvaído en el canto de un ciego.

Yo no combé el primero la vela de tus años;
mi huracán vino tarde, pero te lleva envuelta
y yo sé que mi mástil se romperá en un grito
llevándote en la muerte, mi amiga desventurada.

Ahora te recojo, gavilla mía, en la red de mis canas.
Yo siempre estuve lejos de la llama del júbilo,
por eso vine tarde hilando las Estaciones
desde las orillas del cielo hasta los brazos tuyos.

TERESA WILMS MONTT

(1893)

Principales obras: *Inquietudes sentimentales* (1917), *Los tres cantos* (1917), *Lo que no se ha dicho* (1922, publicación póstuma).

VIII

No tienes, alma, jardín. He pasado pálida de sufrimiento por entre tus flores, y ellas no tuvieron para mí una lágrima.

Continuaron erguidas, plenas de sol, flirteando con el aire; y las palmeras, en su actitud hierática, siguieron batiéndose como brazos lánguidos en momentos de amor.

El césped, donde rodaron mis desesperaciones, no perdió su calma de terciopelo.

No tienes, alma, jardín. Me has visto desmayar de dolor y tus pájaros entonaron el más alegre de sus gorjeos y unieron sus piquitos embriagados de pasión.

No tienes, alma, jardín...

X

En la ciudad de los muertos había una quietud de mármol.

Las estatuas de las tumbas guardaban una calma sepulcral, recibiendo sobre sus espaldas el brillo de las estrellas como gotas de luz.

Nada turbaba el silencio.

Sobre el gancho de un ciprés, el ave negra de los funestos presagios, la cabeza bajo el ala, aguardaba el mensaje de los muertos a los vivos. Mis pasos lentos, resonaban en las tristes avenidas, como blasfemias ahogadas; pero mis manos estrechamente unidas en actitud de plegaria, parecían desprenderse de la tierra, como dos palomas enlazadas.

Caminaba, y en cada tumba lóbrega se detenía mi espíritu, espionando una señal de vida, un lamento, un sollozo. . .

Seguía la calma tétrica de hielo en el recinto de los que eternamente duermen, comido por la tierra el corazón.

Amanecía, y solo restaba en el cielo, como un piadoso cirio, el lucero del alba.

Mi alma extática, plena de creencia, esperaba que rasgara el silencio la voz del sublime Maestro, y dijese: "Lázaro, levántate y anda".

LA MAÑANA

Canta, alma mía; canta a la mañana! ¡Canta con los pájaros, con los árboles, las flores y las aguas! ¡Canta con el viento y la montaña, con el bosque y el llano encendido por el sol, que se te ofrece como un ánfora de oro desbordante de vida!

¡Canta, alma mía, con el grillo maravillado de luz, que mora en la corteza de los pinos y con la abeja ebria de perfume; canta con el águila solitaria en la cúspide de las rocas y con la hormiga laboriosa en las cavidades de la tierra!

¡Canta con la mariposa de alas inquietas como parpados de niño, y con el sapito verde desde su trono de nenúfares en el espejo del estanque!

¡Canta con la res fecundada y la mies madura; con los frutos rosados, que se abren como labios jóvenes; canta con el tierno corderito de la majada y la madre feliz que lo ha parido!

¡Canta, alma mía, canta con el alma gemela; con la buena alma hermana que vibra, llora, y ríe en un solo impulso contigo!

¡Canta con el candor alegre de la franca sonrisa y con la mirada clara que refleja la serenidad de su dulce sentir!

¡Canta, alma mía, y tiende tus brazos al amor que llega desalado a refugiarse en tu seno; dale abrigo, alma mía, y estimula su creciente vigor!

¡Canta con las lágrimas de dicha que tiemblan y resbalan como gotas de rocío sobre los pétalos, y con el beso que se insinúa temeroso, descorriendo los velos del corazón para dar paso a una plena aurora de amor!

¡Canta, canta, con la vida, con las pasiones de fuego, con los deleites sanos; canta con la suprema gloria de los espasmos compartidos, y con las languideces que ponen en los ojos tonos de atardecer!

¡Canta, alma mía, y comunica a las cosas pasivas tu fuego; entrégales tu esencia, crea mundos, prodiga bellezas y bondades, hasta erigir un trono a la casta verdad!

¡Canta y atraviesa los espacios con tu voz musical e impón silencio a los pájaros para que escuchen la palabra del hombre sabio y fecundo!

¡Canta, alma mía, canta y bébete de un sorbo el néctar de la mañana; canta, alma mía, mientras el cielo azul y la campiña sean para ti una bacanal con cuya belleza puedas embriagarte!

¡Canta, alma mía, canta antes que cierre la noche y aúlle el lobo salvaje en la montaña!

¡NATURALEZA! POR EL RUIDO DE TU MAR...

¡Naturaleza! Por el ruido de tu mar preferí el rugir de las pasiones; por la paz de tu llanura y la ondulación de tus montañas, las tortuosas inquietudes y las alturas de la farsa humana. Troqué el canto de tus aves por las palabras halagadoras y engañosas, y por la luz de tu sol, los fuegos fatuos del siglo, que me hicieron caminar como una sonámbula errante.

¡Perdón, madre de mi juventud! Ahora, que llego a echarme en tu tierra, cansada de luchar, con los ojos ciegos por el llanto; ahora, que mi alma es un pájaro herido y sin alas, vengo a implorarte que me recojas en tu seno.

Ven, muerte luminosa. Con santa piedad cierra mis parpados quemantes; sella mi boca para que cese de imprecargar; purifícala, como a Isaías el leño encendido; calma la fatiga de mi cuerpo, y con tu bálsamo de nieve alivia el dolor de mis pies mutilados.

Ven, muerte, y dame el supremo abrazo que hace majestuosa a la criatura miserable.

Ven, muerte, a libertar mi cuerpo de su yugo espiritual. Quiero volver a la tierra, confundirme con el polvo, fecundar sus entrañas con mi sangre, y sentir sobre mi piel su noble caricia perfumada.

Quiero que penetre en mis huesos el agua de los ríos, para que a ellos lleguen a refrescarse los gusanos.

He de ser la hierba humilde que embellece los campos, y la piedra donde reposa su cabeza el exhausto peregrino.

He de ser manantial donde vaya a apagar la sed el rebaño y donde se miren las nubes blancas, que van de prisa.

Mis brazos se levantarán, como gajos florecidos a bendecir el azul; mis piernas serán dos sólidas columnas que servirán de apoyo a las flores trepadoras; y mi cabeza, todavía gloriosa de pensamiento, se erguirá en forma de laurel que brinde ilusión y dulzura a las almas solitarias.

¡Ven, muerte!

Ansío sentir en las llagas del pecado la santidad de la tierra que me cubra. Que mis ojos cansados de mirar horrores se diluyan en lágrimas eternas.

¡Ven, muerte, acúname en tus huesudos brazos; dame el beso del olvido!

V

Anuarí; te evoco dormido y te imagino dormido eterno.

Una sombra se esparce blandamente sobre mi alma, la divina sombra de tus pestañas, que formaban dos alas de aterciopelada mariposa sobre tus ojeras,

Sí, Anuarí. Una noche, la más feliz de mi vida, se durmió tu cabeza en mi hombro, y era tan íntima mi dulzura, que mi respiración se hizo una música para mecerte.

Te dormiste, criatura mía, después de haberme estrujado el cerebro y el corazón con tus labios ávidos de juventud, como una abeja lujuriosa de néctar y perfume.

Y esas sombras de tus pestañas, son las cortinas que me ocultan la luz del sol, y me llevan en vértigo confuso hacia tu grave País.

Una noche, la más feliz, la única de mi vida, se durmió tu cabeza en mi pecho, y allí encontró la delicia del sueño, y buscó la almohada eterna.

VIII

Desde que te fuiste, mis ojos y mis oídos están acechando tu imagen... tus pasos; están tendidos hacia la muerte en fervorosa espera de resurrección.

Y en los días grises, cuando sopla viento helado, te veo con los ojos del alma surgir blanco de tu blanco sudario, transfigurado por la serena, santa caricia de la tierra.

Y cuando el sol derrocha diamantes sobre el mundo, entonces te aspiro en todas las flores, te veo en todos los árboles, y te poseo rodando, ebria de amor, en los céspedes de yerbas olorosas.

Y cuando la luna da su humilde bendición a los hombres, te veo gigantesco, destacarte en un afilado rayo; te veo enorme, confundido con lo inmortal, desparramando sobre el mundo tu indulgencia, aliviando la desesperación de tanto naufrago dolorido; te aspiro en el ambiente, te imagino en el misterio, te extraigo de la nada.

Me parece que el mundo sólo fue hecho para ayudarme a evocarte, y el sol, para que me sirviera de linterna en la escabrosa ruta.

XII

Como de costumbre, hoy fui a verte; era tu día, el día de todos los dormidos eternos. Cubrí tu ataúd de rojos claveles, e imaginé que su fragancia atravesaría las maderas e iría a darte un escalofrío de dulzura.

Con la cabeza apoyada en el féretro pensé profundamente en ti.

Una olímpica serenidad revistió de alba túnica mi alma, apagando toda su amargura.

No hubo desesperación en mi dolor.

Comprendí, amor mio, que para mí la gran puerta al infinito estaba abierta de par en par, abierta por tus manos sublimizadas.

Vi, también, que poseía alas capaces para emprender el regio vuelo del encuentro, y entonces me sentí consolada.

Oculto en tu féretro está la llave de la gran puerta: tú la guardas en tu diestra. Cuando me agobie la lucha miserable iré a buscarla. Abriré tu mano con el beso de una madre que despierta a su hijo, y, enlazándola a la mía, marcharemos juntos hacia el sol, en busca de su bendición nupcial. Iremos, inmortales hijos de la luz, en pos de la irradiación de los astros para coronar nuestras cabezas transparentes. Marcharemos extáticos, serenos, gloriosos, como una sola llama azul del alma del Creador al son de acordes magistrales, que entonará nuestra reina Naturaleza.

Nos deslizaremos por los límpidos espacios, sublimes de bondad, cantando un *resurrexit* eterno.

.....

Al contacto de tu ataúd de mi frente palidece y miran mis ojos en busca de la gran puerta.

XVII

Anaurí, mío.

Toda la felicidad de mis días estaba en tu ataúd, donde yo iba a recostar mi cabeza, y desparramar mis flores.

En mi inmensa soledad, era esa una dulce ocupación.

Criatura, te sentía, y en mi locura de cariño, creí que nadie más que yo tenía derecho a tu cadáver.

Fue como un golpe de hierro en la cabeza, cuando al penetrar en la fosa vi que no estabas en el lecho familiar.

Y cuando, buscándote como una leona busca su guarida, te encontré en un estrecho nicho, fue mi dolor tan horrible, como si te hubieras muerto por segunda vez.

Qué frío tuve! y cómo sentí en mi cuerpo el martirio de tus miembros estrechados, en esa angosta cárcel de piedra!

Allí no podré llevarte mis flores; no podré comunicarte la sensación de primavera, refrescando tu cofre con pétalos, besos y lágrimas.

PABLO DE ROKHA

(1894)

Principales obras: *Los gemidos* (1922), *U* (1927), *Satanás* (1927), *Moisés* (1937).

(Fragmento)

Soy el hombre casado, yo soy el hombre casado que inventó el matrimonio: varón antiguo
y egregio, ceñido de catástrofes, lúgubre;
hace mil años. mil años hace que no duermo cuidando los chiquillos y las
estrellas desveladas:

por eso arrastro mis carnes peludas de sueño
encima del país gutural de las chimeneas de ópalo.

Dromedario, polvoroso dromedario.
gran animal andariego y amarillo de verdades crepusculares,
voy trotando con mi montura de amores tristes...

Alta y ancha rebota la vida tremenda
sobre mi enorme lomo de toro:

el pájaro con tongo de lo cotidiano se sonríe de mis guitarras tentaculares
y absortas:

acostumbrado a criar hijos y cantos en la montaña,
degüello los sarcasmos del ave terrible con mis cuchillos inexistentes,
y continúo mis grandes estatuas de llanto;
los pueblos futuros aplauden la vieja chaqueta de verdugo de mis tonadas.

Comparo mi corazón al preceptor de la escuela del barrio,
y papiroteo en las tumbas usadas
la canción obscura de aquel que tiene deberes y obligaciones con lo infinito.

Además van a orillas mías los difuntos precipitados de ahora y sus andróginos en aceite:
los domino con la mirada muerta de mi corbata.
y mi actitud continúa encendiendo las lámparas despavoridas.

Cuando los perros mojados del invierno aúllan desde la otra vida
y, desde la otra vida, gotean las aguas,
yo estoy comiendo charqui asado en carbones rumorosos.
los vinos maduros cantan en mis bodegas espirituales:
sueña la pequeña Winétt, acurrucada en su finura triste y herida,
ríen los niños y las brasas alabando la alegría del fuego,
y todos nos sentimos millonarios de felicidad, poderosos de felicidad,
contentos de la buena pobreza,
y tranquilos.
seguros de la buena pobreza y la buena tristeza que nos torna humildes y
emancipados.

SATANÁS
(Fragmento)

YO EXISTO.

jah!.

YO EXISTO sobre el día corriendo.

AQUI.

pregunto mi dirección a las alondras del infinito más infinito.

CANTO, CANTO, CANTO.

agarrándome a los aeroplanos de mi voz. ¡oh!, de mi voz embanderada
y americana.

o borneo, monologando, una gran palmera de volcanes,
abro los séptimos ojos encima de ese rodaje de láminas y triángulos indiscutibles.

refuto la argumentación desdentada del esqueleto.

y, tocando la canilla despavorida.

inicio el tiempo, amigos, inicio el tiempo.

el tiempo de los vocabularios y los siglos partidos en figuras:

A.

E.

I.

O.

U:

cuando la tarde inmóvil, como un toro, en la derrota del gesto y del signo.
rodea de ciudades agonizantes el acordeón de los últimos sueños,
yo escupo, lleno de saliva la guatita de las estrellas. yo escupo, pero yo
escupo;

además. los lagartos empapelados me lamen la filosofía:

los frutos maduros del sol

lloran en mis teatros de azufre y sangre quemada.

Y el problema de luto

me araña las entrañas de celuloide terrible con los serruchos del *jazz-band*.

Irremediablemente,

ME ARANA LAS ENTRANAS DE CELULOIDE TERRIBLE.

EPOPEYA DE LAS COMIDAS Y BEBIDAS DE CHILE
(Fragmento)

Hermoso como vacuno joven es el canto de las ranas guisadas de entre perdices, la alta manta doñiguana es más preciosa que la pierna de la señora más preciosa, lo más precioso que existe, para embarcarse en un curanto bien servido, el camarón del Huasco es rico, chorreando vino y sentimiento, como el choro de miel que se cosecha entre mujeres, entre cochayuyos de oceánica, entre laureles y vihuelas de Talcahuano por el jugo de limón otoñal de los siglos, o como la olorosa empanada colchagüina, que agranda de caldo la garganta y clama, de horno, floreciendo los rodeos flor de durazno.

Y, ¿qué me dicen ustedes de un costillar de chanco con ajo, picantísimo, asado en asador de maqui, en junio, a las riberas del peumo o la patagua o el boldo que resumen la atmósfera dramática del atardecer lluvioso de Quirihue o de Cauquenes, o de la guañaca en caldo de ganso, completamente talquino o licantenino de parentela?, no, la codorniz asada a la parrilla se come, lo mismo que se oye "el Martirio", en las laderas aconcagüinas, y la lisa frita en el Maule, en el que el pejerrey salta a la paila sagrada de gozo, completamente fino de río, enriquecido en la lancha maulina, mientras las niñas Carreño, como sufriendo, le hacen empeño a "lo humano" y a "lo divino", en la de gran antigüedad familiar vihuela.

Los pavos grandazos que huelen a verano y son otoños de nogal o de castaño casi humano, los como en todo el país, y en Santiago los beso, como a las tinajas en donde suspira la chicha como la niña más linda de Rancagua, levantándose los vestidos debajo del manzano parroquial, de la misma manera que a la ramada con quincha de chilcas en donde tomamos en cacho labrado el aguardiente de substancia, o el colchón de amor, en el cual navegamos y nos enfrentamos sollozando a los océanos tremendos de la noche, a cuya negrura horriblemente tenaz converge el copihue de sangre, o la lágrima que nos llevamos a la boca, cuando estamos alegremente cantando.

El vino de Pocoa es enorme y oscuro en el atardecer de la República y cuando está del corazón adentro, el recuerdo y la apología de lo heroico cantan en la rodaja de las espuelas como el lomo del animal, nadando en la tonada fundamental de los remansos o contra la gritería roja de la espuma.

OLGA ACEVEDO

(1895)

Principales obras: *Canto de la montaña* (1927), *Los himnos* (1962), *La Víspera irresistible* (1968).

HIMNO 4

1. Aquí está el índice deslumbrador y el alto mástil de palomas donde pernoctan las estrellas y acuden en horas matemáticas los dioses y los hechos y los grandes signos del Eterno
2. Aquí siegan los Ángeles sus eras de azucenas y trigos, siempre el primer oficio de la mañana lo preside su encanto y todo en sueño y toda música exalta de rodillas su nombre,
3. De paso, se detiene el vuelo fulgurante y escucha arrobado su poema sin segundo en el tiempo,
4. Raíz sagrada, leche nutricia, de entre todos los llamados y elegidos, la de mayor magnitud, oh estrella resplandeciente, madre eterna
5. Alma de azahar y el nimbo angélico, de ella parten las vastas flotas de oro hacia el ser de los seres, oh dulce pólen celestial, óleo y flor
6. Reina de tronos y coronas, prosternada sin embargo ante un pesebre, fuera rosa humilladísima, ella la de más fina estirpe, traspasada de amor y devoción, toda llena de gracia y llena del Espíritu Santo.
7. Desde adentro del Ser, como un grato perfume desdoblándose, repoblando de nardos y zafiros los ámbitos absortos, ah loto sagrado, corazón de jazmines y alas blancas, bendita seas
8. Oh manantial purísimo, lámpara inextinguible, campanario del cielo, ara inmortal ante quien se rinden las más altas jerarquías, las divinas escoltas, la magia alucinante del Ser y de no-ser
9. Cuando algún mundo llora, desde qué pétalo sufriente escucha su violeta estremecida?
10. Cuando el Hijo padece nuestra sangre, con qué vehículos imponderables colma de nuevo su cáliz de amargura y otra vez levanta su corazón traspasado y enjuga el rostro bienamado con aquel mismo paño de la Verónica?
11. O si está muy adentro del Padre, es verdad que su Presencia es visible sin embargo, en toda la gama y el pentagrama de la gran Maternidad celeste?
12. Oh divino misterio, bandera ondeando eternamente de un cabo al otro del tiempo, desde el más ínfimo latido a la mayor apoteosis cósmica,
13. ¡María! madre del amor madre de aquel que fue (del que Es) solo amor, joya perfecta, qué hermosa eres y con qué signo consolador relampaguea en la eternidad tu emblema, y llena de gracia y plenitud florece en las manos de Dios como su más como su más tierna y encantadora azucena!

HIMNO 7

1. Y por eso he amado, amo siempre... Qué me importa, qué me ha importado nada nunca! Yo soy la hoja solitaria entre los vientos de tormenta, sin otro sueño ni otra brújula que llegar a esos vórtices deslumbradores donde se oye crecer en los más íntimos silencios la Divina Inteligencia, la Suprema Voluntad Creadora.

2. Mientras la vida pasa como un alud devastador y crepitante, llorando y resistiendo voy, hoja solitaria digo de cara a la oscura red, sujetando el eterno corazón sufriente, no importa por qué rieles de angustia, adelante... adelante siempre.

3. Llevo una alta bandera, un gran nardo de alas blancas, yo sé que los dioses eternos me esperan, más allá de aquel límite preciso donde termina el símbolo desgarrador y empieza la gran Palabra eterna.

4. Sé mi paso leve, mi vuelo tiende su nébula sutil de punta a punta sobre el árbol del bien y del mal, rectamente a mi destino, desde el primer vagido soñoliento hasta el último suspiro de este tránsito.

5. Esta es mi verdad, caen los álamos del camino bajo el hacha enemiga y se pudren vanamente fatigados. ¿Quién levanta la enseña? ¿Para quién cantan los dioses que gimen encadenados en su hora?

6. Yo soy ante su espejo la pura luz crepuscular que la brisa mueve musicalmente a todas horas. Pero nadie conoce. Acaso vengo cruzando inmensamente, desde el origen más ausente y abstruso, nada conservo de aquel tiempo, sólo este trébol de cuatro hojas que un dios perdido en las distancias tatuó en lo hondo de mi ser a sangre y fuego.

7. Padre, hé aquí mi bandera. Aquí están mi sayal y mi escudo, mi ceñidor y mi breviario. Nada retengo ya.

HIMNO 12

1. Ahora que todo canta. Ahora que florece el almendro y los prados se esponjan como de un gozo fresco. Ahora que vuelve el viento con sus cítaras nuevas y se alegran los bosques y se entibian los nidos.

2. Ahora que el sol es joven y abre en olas magníficas su abanico de joyas. Ahora que el mar se azula como de un nuevo sueño y el hemisferio sur cuaja flotas de ofrendas. Ahora que nada iguala desde que el mundo es mundo a esta santa alegría, esta paz de alas blancas, esta aguda fragancia, penetrante y recia esencia como si de improviso el mundo fuera un mágico ramo de puras rosas blancas.

3. Ay. Ahora que es todo, que en la campiña apunta como una flauta nueva la dulce voz del tiempo, ahora que los ríos traen grandes brazadas de jacintos tiernos y la montaña engruesa como una madre grávida, que un rumor de alas jóvenes canta al amor en todo y un roce de ángeles sacude las ramas del silencio...

4. Ahora que el loto del Oriente viene a abrir a Occidente y la luz del Maestro fulge en la vida entera. Ahora que los mundos y los soles eternos arden con luz más fuerte en la noche amatista, y hay una paz y un éxtasis, y también un impulso, un amor y una emoción, como si el mismo Dios nos revelara su divina presencia.

5. Ay. Ahora que te sé amar mejor, oh mi Padre. Ahora que todo canta, que todo triunfa y ama, ahora que estoy lo mismo que la tierra florida, que por un hombre amante me besa un niño dulce, no me abandones Padre, quédate conmigo para siempre!

LEJOS

No basta el lirio al amanecer, ni el gozoso ademán
del casto día.

Caen y se levantan los viejos símbolos heridos
y es siempre todo igual, lo mismo siempre.

Por detrás del gran pórtico se adivinan los malos huéspedes,
los de última hora y hacia los primeros asientos;
siempre coronando las sienas mentirosas, y mutilando
duramente las jóvenes amapolas y los pálidos arcos.
Oh Luz, madre piadosa. Divina luz que me conduce
como a infante perdido entre los densos dédalos
y las tenebrosas ciénagas ocultas.

Madre luz, tú sola y nadie más, ¡conmigo siempre!

No soy yo la que espera ahora. Soy la que huye
al presentir de lejos el solapado paso de la víbora
y su horrible ponzoña.

Por apretados bosques voy, entre su red de pájaros
y las ocultas cítaras de inocentes criaturas,
a solas bajo los morados pañuelos de la tarde
y el himno total de los visibles en su póstuma entrega.
Soy la que huye ahora y da voces, ya no dejo
que el mal ojo me toque

y le retiro antes de tiempo la mejilla al malvado,

Oh Jesús Nazareno, perdonadme!

Así permanezco largo tiempo como niño en defensa,
que no se aflige, no vacila,

y como un niño juega delicadamente echando anzuelos en el agua de estrellas.

Aquí trabajo mis escalas y mis puentes de plata. Aquí no hay miedo ni malicia.

Durante horas enteras como en iglesia sola, permanezco,

Me cruzan y me encienden, me dan nombres profundos,
los mitos y los ángeles y las dulces plegarias.

Desde las hondas cúpulas caen himnos radiantes
y en un coral vehemente de campanas y lágrimas
me revelan los dioses sus más puros mensajes.

Yo diría que alcanzo a sentir la apasionada
convicción, la deslumbradora presencia del Altísimo.

Me posee un divino resplandor, hablo extraños lenguajes,
interpreto los vuelos y el encanto de los reinos ocultos,

levanto en alto los secretos de los más leves habitantes.
Y enteramente conminada, encendida de ruegos y conjuros,
tiro al aire mis ramos, y aligerada, fácil,
doy el salto a lo eterno, arrebatada, llena
del Espíritu Santo!

PRIMAVERA

Hay un espeso amor de tréboles rosados,
un delicioso impulso de oscuras músicas terrestres.
Gozo puro, coral de nidos y de arcángeles,
arboledas que trinan como arpas encantadas.
Hora de misteriosos regocijos y olorosos contactos.
Gran festival de músicas y guirnaldas radiantes.
Es la hora de los capullos y las gemas henchidas.
Pájaros de maravilla cuelgan cítaras de oro
en las altas copas verdinegras.
¡Dios se mira en los ojos puros del aire amaneciente!
Oíd la grácil zapatilla del agua entre el bosque
va de princesa oculta, suspira apenas,
se desliza entre finos canastillos de pétalos
y entra en ondas castísimas al corazón terrestre.
Oh festival de cánticos y gozosas estrellas.
Ternura de nidales tibios, fragante amor de tréboles
y ardientes madre selvas.
Las manos del buen Dios tienden un palio blanco
sobre los cuatro puntos cardinales del tiempo!

MATINAL

Con esa mariposa recién nacida
y ese ramo silvestre en la mañana,
voy viajando, gozosa,
Oh tierno jazmín de la alegría,
suaves lazos azules, plumas ágiles.
Qué grueso terciopelo de esmeralda sobre la tierra joven,
dulce canto del agua entre las piedras.
Desde lejos, de arriba, desde las cumbres blancas,
al través del oscuro corazón de la tierra.
Aquí sueñan y labran los pequeñitos gnomos
¡buenas tardes amigos!
Y la ronda comienza con el canto profundo
del mar y la alborada y el crepúsculo tenso.
Qué nevazón de pétalos y arcoíris al viento
qué pájaros de colores y abalorios de plata
por el agua clarita.
Venid oh pequeñitos compañeros del aire,

entremos a las grutas oscuras de la tarde
a vuestras viviendas líricas
y a los dédalos tiernos del silencio,
olvidemos el nombre de las cosas
y entremos al corazón liviano del metal y la rosa,
y a los vastos coros vegetales
cantando inmensamente la ilusión y el ensueño.

LA VÍSPERA IRRESISTIBLE

I

Será cuando se apaguen las lámparas del sueño
y se doblen los pañuelos oscuros del camino.
Estarán todavía entre mis manos, dulcemente,
los tenaces nomeolvides del recuerdo.
Cerrarán sus leves párpados celestes.
las postreras estrellas, el ritual y el aroma.
Se apagarán los pasos del retorno
y una gran llamarada consagrará el momento.
Amigos.
Lento vino de pétalos maduros y altas siegas,
yo quemaré el azafrán y el joven cántico,
y vosotros vendréis alegremente
con los últimos racimos de la tarde.
Nadie sabrá el empeño, nadie verá el color
de esa luz primigenia, ni sabrá su ola diáfana.
Un dios de fina estirpe me mirará en silencio
empapando el sollozo largo de mi destino.
Me mirará sufrir sin que yo vuelva el rostro
ni recoja los pétalos blancos que voy dejando
como señal y escudo.

Amigos. Avivad las cenizas, levantad las banderas.
Yo alcanzo desde lejos la clave y el camino,
y caigo de rodillas, otra vez ante la nueva
luz y el nuevo rito.
Oh Dios! un día menos!
¡Ninguna dicha más cierta que la muerte!

Como si nunca ya devolviera los pasos,
como si ya ese viejo campanario, mudo hace bastante tiempo,
de improviso iniciara su devoto llamado
hacia una fecha fija.
Y sin más atavío que el levísimo caracol de luces y el manto
de evadida feliz, voy camino del puerto donde aguarda
el pequeño navío construido
para mí solamente!

Como para nunca más volver.
Sin el más leve asombro, lejos de márgenes y vínculos.
Oh evadida feliz, lámpara vertiginosa,
lo que dura un relámpago, y entonces ¡la luz, la Vida eterna!

Y poco a poco imperceptiblemente
como hacia el aire un pájaro...
Se va mi pensamiento día a día
hacia sus vastas zonas de silencio.
Todo se desdibuja hacia lo lejos,
todo empieza a morir en la distancia.
Sabedlo amigos, que otra voz me llama
y otra luz me arrebatada y determina.

Allí donde la niebla se acolchaba
como una dura sábana.
Y crecían las verdes alimañas y los largos tentáculos
de las horribles plantas carniceras.
Como una flor rendida y agonizante estaba
sobre el húmedo cieno escalofriante.
Entonces fue como un rayo súbito
la celeste alabanza, el ancho sueño y la dulzura íntima.
Y ahora pasan en grandes polvaredas luminosas
los castos símbolos del nuevo tiempo de la estrella.
Como bandadas de palomas blancas
hacia los árboles de esmeralda y oro.
Oh gran ramo feliz y esplendoroso
como un canto de luz, de poderosos símbolos
una palabra de afinados ritmos
tal un cáliz de amor hacia el Amor eterno.
Mas qué importaba todo.
Yo sostenía en alto mi lámpara preciosa,
con siete llaves de silencio
mi secreto y mi anillo.
Nada. Ni el vendaval furioso, ni la noche cerrada.
Ni el asalto nocturno tras fugaces reflejos.
El viaje tiene un solo destino irremisible
lo demás es ensueño.

TRÁNSITO

Recia como los bloques empinados a veces.
Calcinadas fronteras donde rompen los vuelos.
Tú eres el muelle heroico donde espero la noche
y adelante el recuerdo de los últimos sueños.

Desde que di con todo, soy la más sola siempre.
Soy la emoción más honda que cavaron los siglos.

Con mi nardo de músicas hacia todos los vientos,
nadie vio, sin embargo, la gran cruz del silencio.

Águila ausente, sola, mi fervor no ha tenido
más que la almohada única de la noche infinita.
A veces fuera un ángel que cayera hecho llamas
en un vértigo de astros y de ensueños celestes...

¡Para qué habré venido! digo a veces. Y pienso
que soy tan sola hablando
¡la verdad! la verdad que no arraiga en el tiempo.
En su gozo o su pena, sola siempre.

Yo que no tengo nada por alcanzarlo todo...
Yerba que pisa el tiempo, mi raíz no es de ahora.
Tal vez viaja en mis redes un delirio sin nombre,
aerolito fantástico, por las zonas más hondas...

¿Qué formidable grito va a mi encuentro en la noche?
¿Qué dios antiguo gime tras la cadena simple?
Soy la ausencia más pura y el más puro silencio
y la más sola siempre.

Como la luz y el agua, dulce lengua de infante,
en sus lirios me expando y hago trinos alegres.
Simplicidad de espuma, lozanía a los vientos,
dicha suave y profunda.

No hay palabra que cuaje mi destino distante.
Es una angustia loca de planeta en sequía...
Una quietud de madre maravillada y grávida,
un silencio de cráter o de vértigo sordo.

Y tener que ser lo mismo y esperar tarde a tarde,
¡tener que ser la misma siempre!
Después de tantas vidas maravillosas y ágiles
¡esta cadena eterna!

JUÁN SEBASTIÁN BACH

Oigo caer zafiros en el agua dormida,
pasos de tibios pétalos por la noche infinita.
Un silencioso tránsito de nimbos celestiales
hacia las más profundas soledades del sueño.

Ruedan árboles diáfanos cielo abajo, cantando.
Se desanclan las naves más antiguas del tiempo.
Por debajo de un agua de azuladas raíces

despiertan las pagodas y los ritos más viejos.

Se abren entrañas vírgenes madurando sin ruido
en vastas hecatombes de resplandor y angustia.
Se entrecruzan y pasan en revuelos fantásticos
los leves habitantes de la luz y el asombro.

Despiertan las gloriosas ciudades sumergidas,
las procesiones súbitas de monjes celestiales.
Se abren los tabernáculos de más secreta estirpe,
los reinos subterráneos y las islas perdidas.

Oigo un llanto rendido de habitantes en pena,
viejas edades surgen como piedras lavadas.
Se levanta el lamento de muros sepultados
y un asalto de agudas invasiones, renace.

Por columpios delgados de transparentes iris
se alzan los asustados palomares del sueño.
Destila sangre el tiempo, se abre en cruz la memoria
y un desolado llanto de cementerios, clama.

Arrodillados, tensos, los recordados lloran,
pasando cuenta a cuenta su rosario de tiempos.
Todo sucede adentro de las iglesias solas
debajo de un inmenso resplandor de zafiros.

Oigo cómo se acercan los pasos del silencio
con Jesucristo en andas muerto a las tres del Viernes.
Todos los sacerdotes del sufrimiento vienen
con su evangelio en alto, y con su cruz a cuestas.

Sábado Santo. Ruedan las montañas sonoras,
se abren los paraísos de la luz y el asombro.
Los ángeles irrumpen con sus cítaras de oro
y el corazón de luto se ilumina de estrellas.

Más allá de las lágrimas rompe el vértigo eterno,
desgarrando la inmensa soledad de los mundos.
Rasga el trueno, el relámpago, llueven rosas radiantes.
Todo está de rodillas... Dios es música pura.

LUZ FUERTE

Debajo del tiempo como un árbol,
el agua de su sombra llena de orquídeas húmedas,
esperando el retorno de las hojas
cantando hasta el amanecer inmensamente

Iba y venía todo, yo estaba en esa estrella joven
como una leve lágrima al borde de un suceso.
De improviso, un relámpago negro suicidado
y una fuga de pétalos al viento.
Y he ahí la luz plena,
el crepitar violento y el rojo vivo de la rosa,
su gesto noble y definitivo hacia adelante,
firmemente adelante como el sol y la música.
Barco blanco, detenido en el gozo y el silencio
y el alto oleaje claro;
iba y venía todo, y era la primer lágrima triunfante
la primer luz de aquel horóscopo y la primera dicha.
Es decir, que era el suceso entonces,
el simple y gran suceso de la rosa,
o del hombre o el ángel,
el grueso polen de los árboles o la leche subida de los astros.
Suelos ya los anillos,
suelas ya la cajita de vidrio de la noche,
sobre el vasto silencio nos alzaba el destino
como al trébol sutil la luna llena.
El agua azul lo mismo que su lágrima oscura,
cuánta alegría muda bajo el impulso ciego,
yo recuerdo la humilde palabra de los días
y las alas moradas en los mástiles solos.
¡Cuánto te amo, cuánto!
Del color de los álamos a veces o del damasco dulce,
detenido hasta siempre como el sol en el fino
resplandor del diamante.

JOSÉ DOMINGO GÓMEZ ROJAS

(1896)

Principales obras: *Rebeldías líricas* (1913), *Elegías* (1935, publicación póstuma).

MADRE, CUANDO HAYAN MUERTO...

Madre: cuando hayan muerto nuestra carne y el mundo;
cuando ausentes del cuerpo las almas tengan alas;
cuando armoniosamente lo invisible y profundo
nos lleva por divinas ascensiones de alas:
supervive la esencia de mi triste palabra,
supervive tu amor, pues en él me consagro
para la vida eterna y espero que Dios abra
para tus santidades la mano del milagro.
Y cuando nos gocemos de la vida futura
supervive el pasado de este valle desierto
para que entonces, juntos, lloremos con dulzura
por esta tierra de hoy que será un astro muerto.

DIVINIDAD

Como un milagro siento que la vida
florece con la sangre de mi herida.
(Sobre mi corazón pongo la mano...
Siento como se pudre mi tristeza).
El éxtasis de Dios es mi belleza
y el éxtasis de Dios no está lejano.
(Tiembra mi corazón estremecido;
sobre mi corazón Dios se ha dormido).

ETERNIDAD

Amo la vida eterna! Alzado ante la suerte
por camino invisible me alejo de la muerte.

El camino invisible tiene una gran tristeza,
y un polvo milagroso de divina belleza.

(Con los ojos abiertos frente al cielo infinito,
en la hondura del éxtasis hecho alma y luz palpito)

Voy a la vida eterna: profundas son mis huellas;
tiembra sobre mis carnes la luz de las estrellas!

YO QUE TENGO LEJANOS JARDINES EN LA LUNA...
(poema escrito en prisión)

Yo que tengo lejanos jardines en la luna
y reinos invisibles en estrellas lejanas
y princesas dormidas de embrujada fortuna
y reinos interiores y cosas extrahumanas;

Yo que tengo un silencio de armonía profundo,
gravitando con ritmo de misterio en mí mismo;
yo que siento y que vivo la belleza del mundo:
jamás podrán hundirme en el «pequeño abismo» .

Basta que mire al cielo y llame a las estrellas
para arrullarlas dentro del corazón transido;
hasta que, cara a cara, diga a Dios mis querellas
para que Dios conteste: Hijo! «¿Te han aflijido?»

Por eso nada importa, Madre, que a tu buen hijo
los pobres hombres quieran herir. Piedad por ellos!
Piedad, Piedad, Piedad! Mi amor ya los bendijo:
que la luz de los astros les peine los cabellos!

Santiago de Chile, 28 de Agosto de 1920.

JUVENCIO VALLE

(1900)

Principales obras: *Nimbo de piedra* (1942), *El hijo del guardabosque* (1951), *Del monte de la ladera* (1960).

ÁRBOL DEL PARAÍSO

No me dejes caer en tentación, Margarita,
apártame de tus dedos, sabios como alfileres;
apártame de la cáscara de tu tronco con flores,
del caballo más dulce, apártame tú que puedes.

Líbrame de los viajes de miel al otro mundo
si debajo de un árbol el caballo me espera;
líbrame de los garfios de la montura blanca,
de los lomos de nardo de la yegua canela.

Que no corran unidos la carrera preciosa
la manzana del cielo y el puñal de la tierra.

No me dejes correr en tus canchas de flores,
que no pise tus hierbas fatales, Margarita;
en tus aguas ocultas que no derrame espumas,
en tus piedras azules que no levante chispas.

Desvíame de tus aguas -alcohol en racimo-,
de las violentas aguas de tu amapola roja;
de la zarza envolvente y del surco en camino,
de la culebra de oro que en el árbol se enrosca.

Desvíame de la flecha, de la curva y la línea,
del alto y florecido columpio de la hoja.

Eres árbol de leche, paraíso e higuera,
y estos fuegos alertas quieren quemar tu casa,
explorar tus jardines y pisar en tus sedas:
Margarita, levanta tu varilla de gracia
y defiéndeme del avance de la tenaz culebra.

AGUA PROFUNDA

Tengo melancolía. Es silenciosa y tibia:
de claridad y hondura estoy herido.
Pienso en mi padre: es alto como el trigo,
fuerte como un David en la colina.

Pienso en mi madre: como un rosal es ella
(florece en mi corazón su 157osalía);
cultiva flores y borda en su pañuelo
monogramas que tienen mi corazón asido.

En mis hermanas pienso. Así me digo:
bella rosa del alba, clara luz de este día,

susurradora estela, tránsito de mi vida:
todas en mi corazón están conmigo.

Mis hermanos son libres como el agua.
Van por la vida con su ardiente sino;
gustan palpar la tierra, oler la hierba,
y en vez del oro manejar el lirio.

Torno a mi infancia. Veo un campo abierto,
un alba en ciernes, un insinuado ritmo.
Vuelvo a mi infancia, siento un clima de oro;
todo un vivido mundo está conmigo.

Hacia adentro me miro: la belleza me duele,
que desde raíz a copa sufro y vivo.
Todo me toca en pleno, todo viene
a golpear en mi corazón: estoy herido.

ROSAMEL DEL VALLE

(1901)

Principales obras: *Orfeo* (1944), *El joven del olvido* (1949), *La visión comunicable* (1956), *El sol es un pájaro cautivo en el reloj* (1963), *Adiós enigma tornasol* (1967).

MÁS BELLO EL ÁRBOL QUE EL PARAÍSO

Recostada sobre arenas mentales, invisible hora
Adornada de terrores, de secretos, de páginas verdes por el alba.
Entre espumas del cuerpo, en constante trabajo desde que la noche se cierra,
A tientas entre las débiles llamas que vienen de lo no siempre olvidado.
Dulce animal de distintos vestidos incorporados al sueño,
Propietario de olas, de selvas sumergidas, de almacenes de corales,
Casi siempre a punto de morir en el pecho poético del hombre,
Tan inclinado hacia el amor como que sientas palomas sobre sus rodillas.
Me parece reconocer el aire que trae esas ondas, este ruido de maderas.
Sueños construidos al borde de ciertas hojas que saben sonreír,
Entre animales e insectos, entre nadadores terrestres,
Cerca del abismo donde duermen los ángeles asesinados.
Entre climas mentales, invisible tiempo,
Poseído de mis mensajes, de mis pruebas, de mis deseos sobre espinas.
Sin celestes alarmas, sin el olor blanco de las leyes.
Dispuesto a los llamados, a las nocturnas experiencias,
Al terror de las manos volcadas sobre los objetos,
A la súbita fuga de las abejas de cenizas en los sueños perdidos.

INSCRIPCIÓN EN LAS PUERTAS DEL TIEMPO

Nuestra esencia viene de la tiniebla rasgada
En espada de noche y fuego invasor parecido a la sed,
Construida de ángeles ciegos y temblores y de la infinita ola
Amante de lo terrestre sin límite y del olvido.
Pero una transparente llama sigue a la sangre desde el tiempo
De un calor indestructible, de una voz dormida a lo lejos.
Tal vez donde el ángel sonámbulo destruye los sueños
O donde el espacio cierra sus ramas en un movimiento
De angustia terrible y de rechazo a la sed.

Poder volver un día al latido lejano, a la sumergida
Ola sin llanto donde el corazón bebía su fuego en la copa
Nocturna y palpitante, como el pez ama su agua.
Tan vasta angustia sube y tanta permanencia alrededor.
Los tallos se oscurecen en el terrestre sonido
Y la piedra echa ramas debajo de su muerte.

Inalcanzable vapor errante y corona deshecha en el agua,
No más bellos que el cuerpo confundido en las sombras.
Pero las cabezas arden y las manos se sueltan no más lejos
Que el oído de la tierra o que la boca del cielo.
Juntos en un solo relámpago abandonado... Qué esencia
Destruir ya, qué abatido sueño recoger, qué lámpara
Guardar en la tormenta de la noche sumergida.

Maravilloso tiempo ¡oh, fuego devorador! Y maravillosa
Sangre y ceguera y necesidad del abismo donde el ser parece
Entre ángeles y demonios todavía, entre ritos,
Debajo de campanas y sepulcros sin alba para siempre,
Siempre, siempre, a imagen y semejanza de la angustia.
Siempre, siempre, a imagen y semejanza de la terrible imagen.
Siempre, más que a imagen de la vida, a semejanza de la muerte.

Amenazada existencia tan cálida de sonidos, de movimiento
Sin fin, donde el sueño de las cosas nos oye día y noche,
Donde el hombre nos oye, donde nosotros nos oímos y donde
Lo que no es nuestra esencia nos oye y nos mira.
Sin embargo, terrible copa nocturna nos cae en la boca
Y aire de inmensa hoguera nos desnuda al andar.

Abandonado cuerpo de anillos calientes, imagen sola
De la voz ciega y devoradora y eterna, hay una espada
Para la sed, hay una espada para el sueño.
¿Qué se le oye decir? ¿Qué puertas abre? ¿Qué estremecimiento
Conduce? ¿Qué despierta en la lengua sin ojos de los muertos?

ORFEO

I

He aquí una fuente para dormir, una claridad sin abrirse,
Sola en el tallo del sueño.
Bienvenido, viajero devorado que te asomas
Ciego desde el agua a la tierra.
Todo se vería pasar por un puente de vidrio
Sin la oveja de la sangre, abatida de calor.
Pero no el cántico, el gozo, el cuerpo asomado
Por detrás de los árboles del infierno;
La luz en el abismo, el paso hacia atrás.
Día de los días oh, imagen viviente sobre el fuego,
Vestida de ángel detrás de los cielos
Y de las cosas petrificadas que celebran la muerte.
Alrededor, nada más que alrededor:
En las bodas del agua y del fuego.
O en la ascensión del pez infernal
¿Vienen los coros? ¿Viene la espada del trueno?
¿Los cánticos blancos? ¿Gimen los dioses reunidos?
Alrededor, nada más que alrededor.
Nadie sale al encuentro. Nadie cubre las huellas.
Al fin en el espacio que cruzan ángeles y demonios,
Y donde el hombre se quema los pies.
Pero el agua, el agua muerta revive y lava la noche.

Y todo se queda alrededor, nada más que alrededor.
Y qué bella fábula es la fábula del luto.
La cabeza cerrada, el mundo afuera.
El rumor del cuerpo caído de noche en el abismo;
El golpe de luces rasgadas a lo lejos:
“En la sombra infinita, por fin”.
Y alma y cuerpo fuera de la ciudad, transidos
En un invierno de llanto negro y sin puertas.
“¡Oh, piedras, venid a mí y rodeadme!”
Fábula, fábula. La hermosa fábula del luto.
En alguna parte la estrella y en alguna altura las llaves.
Alrededor, nada más que alrededor.
Oh, la sal perdida de la boca
En la orilla movable de la tierra.
El hombre sin coros, el hombre tras de sí,
Perdida la edad, cálido, radiante, reunido.
Tomado de la mano por la noche
Entre serpientes y lluvias.
¡Y mi esperanza, la roca de fuego de mis sienas,
Aro en llamas delante de mí!
Pero la tiniebla es una abeja pegada en el aire.
Cuánto tiempo ahí, en el sonido, en la estatua,
Amada por el relámpago y la noche.
Y el viento y las nubes y el júbilo terrestre.
Con sólo respirar en la ceguera y caer.
Deshecha de pronto, deshecha en imagen y cuerpo
Hacia los abismos sin par y la sed.
Tocada por la corona de una voz irritada.
En el cálido extremo de la tierra.
Y el himno de las visiones que llegan de una en una
¿Quién eres? Cerrada está mi boca, ahogados sus cirios,
Esposa mía, y siguiéndote entre un vapor
De manos solas en la noche.
Hay a mi alrededor extrañas puertas de vencido cerrojo,
Una estrella en un trono, una cabeza en un árbol.
Y sobre todo la voz irritada, el temblor sentado en el agua.
¡Oh, cólera de mi estatua, permanente sed al borde de todo!
Aquí están mis secretos tanto tiempo en rehenes
En una iluminación fría, nocturna, cerrada en la frente.
Y la varilla de oro, la lengua que hizo danzar el polvo
En la enfurecida danza fuera del día y de la noche.
Extenuado pie sin música, en un tiempo mío y ahora
De la tierra, semejante a la raíz y a la lluvia.
Pero ha conocido el brillo debajo de las cosas
Entre las serpientes y las águilas reflejadas.
Haciéndose silbido y movimiento en la cabeza del agua
O sombra desde el aire a las hojas, hacia el cuerpo
Distanciado en los umbrales del sueño, en el fulgor,
Donde el hombre descende de golpe a sus minas.

¿Qué sería de nosotros sin el quehacer sin luces,
Sin el doble eco hacia el que tendemos las manos?
Un solo día, una sola vez sin este agitado calor.
Sólo una noche sin el movimiento de la raíz enterrada.
¡Oh, fuerza de oro de la zona prendida
Al extraño vacío de los dioses ausentes!
Pero no, ahora ni el cántico; ahora ni el sonido;
Ni la llama en los cabellos, ni la tempestad en las piernas.
El descenso, nada más que el descenso por vertientes de fuego,
Por arte de tinieblas, al borde del vaso donde las bocas
Viven la diabólica ebriedad de la abeja.
La eternidad en un puente melodioso, en un acto sin ruido,
Debajo de las sirenas anidadas,
El descenso, nada más que el descenso. Y todavía
Humedad terrestre, soles, colinas, aguas armoniosas, tempestades
Asidas al cuerpo sin luz, al ruido, al horror.
¡Eurídice! ¡Eurídice! Este es el lecho que huía
En las barcas silenciosas de tu cuerpo
Lo soñado en los cantos de las colinas,
El pecho cruzado por el amor, los ojos anudados.
Aparta el miedo y sus artes, corta las llamas de raíz.
¿Qué es la respiración del hombre entre los hombres?
Oh, nuestra noche, una varilla ardiendo; febriles voces
Con el rayo del corazón fuera de los anillos.
Unidos en la copa volcada deseábamos contenernos,
Ir hacia el cántico arrojado a las hogueras
Por bocas selladas por la bella araña de la muerte.
Pero yo había soñado y el sueño es una tijera
Abierta por los ángeles de la noche.

II

¡Ah, la varilla que daba beber rocío a la noche!
Las cavernas terrestres se han deshecho en sombras y fraguas
Poseídas de pronto, en el viaje donde mi boca
Adormecía el sonido de los animales bebiéndoles el miedo.
¿Tan solo estaba mi destino detrás del día, detrás de los ojos
Encantados por mi gracia ajena a las tinieblas?
¡Oh, encantador! Lecho del aceite, pero dura harina
Para el sonámbulo terrestre, para el que salía a escucharse.
Y es verdad, no hay ojos en acecho ni hocicos sonrientes
Ni respiración cerca de la magia ¡Oh, encantador!
¿Y la máscara de Eurídice, hermana del fuego?
Perdida está en su propia lámpara, en la rueda
Donde mis artes duermen lejos del verano.
¡Oh, luz perdida, lámpara en rehenes en el tiempo!
Un día los hombres se miraban en ella para verse pasar.
El cántico solo daba una forma de vino
Las piedras se movían en la tierra de los muertos,

Lejanas, habitadas, oyéndose llamar.
Toda la vana esperanza estaba allí, en lo perdido,
En la familiaridad de la noche.
...O aquí mismo, en esta niebla de diamantes,
En esta alba de fieras echadas donde las cosas
Descienden con la tranquilidad del ahogado, en el agua.
¿Estos eran los abismos donde caía mi voz,
Las redes que la encantaban para no regresar?
Dejad reconocer las huellas, tocar la humedad
Y el cuerpo y el movimiento de mi miedo nocturno.
Temblad, extraños nidos de ángeles,
Edén de los hijos rebelados, temblad.
Agua y tierra, espacio de las madres errantes.
Lo sé, es el brillo seductor
De la otra hermana de la noche, de la ondina perdida.

IX

Oh todavía tú en esta brillante soledad que se deshace,
En estos espacios de vida ardiendo alrededor.
Tan parecida a los puentes que he cruzado, a la ausencia
De mi espalda en los actos menos lúcidos y el luto.
Todavía tú, resplandeciente y muerta, coronada y sin red.
Para protegerme de lo que me sigue con hachas en lo alto.
Tú podrías oír, tú podrías temblar delante de los velos
Con que se cubren las hijas terribles del abismo.
“Las Parcas...” No, no las Parcas. Los husos amarillos giran.
A veces, el polvo. A veces, el fuego. Y siempre el rumor próximo;
La danza del tiempo degollado encima de las piedras.
Tú estarías delante, erguida delante de una columna,
Con un ejército silencioso en el pecho, con una espada y en ella una abeja.
Y Ellas vienen, Eurídice. Las furias salen de sus redomas hacia mí.
“He ahí el huésped de nuestros padres, el que tiende el oído hacia adentro.
Su esposa gime en las tinieblas y él por ella, ciego.
¿Por qué dejarlo ir? ¿Por qué no amarlo? ¡Orfeo, dejad la túnica!
Miradnos desnudas en tu pobre luz, miradnos la cabellera y los senos.
Ningún arte mejor, ningún fuego mejor que nuestra boca en tu boca.
Ningún hervor como el de nuestro cuerpo en el tuyo.
¡Orfeo! ¡Orfeo! Vacía tu copa de hielo sobre las llamas.
No son como las que has visto: no queman, no devoran, no hunden.
Dan lustre a los cuerpos abrazados. Son el amor que hierve y lame.
El amor de la espalda en tempestad, del vientre socavado.
Algo como la lámpara que te trajo por playas y tinieblas.
La luz misma, en fin, Orfeo. ¡La que apenas tuvo para sus pasos Eurídice!”
¿Qué otra cosa es esto que la voz de la Nada, que la piedra reunida?
¿Hablarán así los muertos debajo de su estatua?
Tal vez mi oído, tal vez mi sien golpeada por campanas, tal vez yo mismo
O la impiedad del barro lúcido que sigue a la parte del cuerpo más sola.
Ya sucedió una vez, lejos de Eurídice. Una vez, de noche, en la ciudad.

Luisa (su nombre era Verónica) me hablaba con las mismas piedras en la boca:
“Todo en mí, en la curiosidad de mi cuerpo.
Llévame más debajo de lo hondo de tu música, en el vagido.
Nunca más el ojo fijo en la tierra en que tu boca araba sombra.
El sol mismo está en mis piernas, el mundo abierto así respire.
¿Para qué abandonarme en la ciudad donde tú mismo apenas te ves?
Tiéndeme cerca de ti, en tu costado. ¿O temes que doble tu cuerpo?”
Una vez, la mujer vagabunda, en la ciudad. La cara se me cae en el polvo.
...Pero siento bocas en mis muslos, en el grito de Eurídice.
¡Ellas todavía, ellas reunidas en mi ser, tocan las columnas!
El gusano de mi corazón brilla desde la Extranjera hasta aquí,
Dorado en una caricia de años, en la obscura vergüenza.
¡Eurídice! ¡Eurídice! Sumergida patria de mí sangre extraviada,
Idea de una tierra vasta, parecida al lecho y al abrazo.
Tocan hondo en mí, remecen lo que no veo, fatigan mis puertas.
Bocas de seres de distintas formas y de distinto calor me circundan.
Y ninguna es de sirena, ni de paloma torcaz.
Tienen la tiniebla de la espalda, la luz de medianoche.
¿Viene de ti, son tu imagen para probarme los sentidos?
Mis ojos se rompen, mi cuerpo arrastra en sangre sus harapos.
Una losa alumbraba hacia abajo lo que fui un día.
Solo a través de ti y tú sola como el dedo de los dioses sobre mí.
Pero Ellas tuercen mi voz: “Orfeo, hijo de la estrella.
Dulces brazos y pesados muslos dichosos para el amor.
Muro en vez de oídos, cal en vez de lengua, mirada hacia adentro.
Hijo de la estrella siempre y Orfeo. ¿Somos la noche amarga?
¿La cicuta feroz? ¿La olla despreciable al mediodía?
¿Nuestros senos son la hoja seca, la mistela sin sabor?”
¡Eurídice! ¡Eurídice! Que tu muerte me escuche debajo de las piedras.

X

Has soñado ya terribles sueños, has vivido ya bellas muertes.
Qué ánimo podría alumbrarte a estas horas, a las puertas de la ciudad;
Tocado por tu desnudez eterna, por el olor de los cuerpos, por las bocas
Que tratan de sacarte de la noche, de la placidez, de la Esfinge.
De nada serviría entrar otra vez al abrazo cálido, a las piernas gimientes;
Al baluceo a tientas, al gozo no creado ya por tu sien.
Semejante al mendigo, al mendigo y a la prostituta, solos:
Una mano estirada en la sombra, un cuerpo roído la intemperie.
Los has visto rodar por los puertos, de noche, casi bellos
Debajo de los faroles y las sucias guirnaldas de las tabernas.
Tal vez con la belleza de la Muerte en un paseo nocturno
Escogiendo lo que ha de ser suyo llegada la hora.
Si quisieras ser como ellos, ser la lepra vestida... Ser la noche de cien años,
Con un collar de horas y los senos afuera y las piernas deformes.
Halagada por la garganta de los ebrios: “¡Oh, joven y eterna noche!
Siempre vestida de gala, dispuesta al amor, seductora en el beso”.
La Vejez, semejante al desierto; la Vejez, tan parecida a la sed.

Hasta allí no llegó Eurídice, allí la esperaron en vano
¿Estás ya en tu fosa? Pocos pasos quedan, ya no cuentes por días.
Falso brillo de los ojos es el cielo detrás de las nubes.
Tu cuerpo desconoce al guía, a la voluntad retardada,
Sin distinguir encuentro o pérdida, visión o puerta por pasar.
¿Qué sería de tu movimiento, ciego y sujeto por la espalda?
¿Y de tu memoria ebria? ¿Y de tu boca de cadáver?
Podrías avanzar aún, avanzar en línea recta hacia el abismo
Donde se empieza a temblar con la vida en las manos.
Por parecerte, sin duda, al Anciano asomado de noche a los portales;
A la Adúltera que trata de borrar las manchas del lecho.
Y, después de todo, una lámpara: en ella la Vejez
Con el traje de los trasnochadores o del novio con los guantes mustios.
En una habitación sin horas ni muebles, deshojada.
Contar ahí los vellos del tiempo en el cuerpo, la arena en los ojos
Las monedas ajadas de los huesos sordos ya.
Con un bastón y una flor, y la voz: “¿Todo va en retirada? ¿Todo se aleja?”
Y tu camino sería el camino creciente de los muertos.
Y las Furias vivirían aún, Ellas se hartarían de tu comida y de tu copa.
Su amor de puerto eterno, demasiado hervido, mas hecho de la cólera
¿Qué Eurídice devolverte? ¡Oh, Vejez, semejante a un perro!
Reconoce en Ellas a las madres de las sirenas de Ulises.
Aunque podrías decir: “Ningún regreso más inútil que el mío.
Aquí mis brazos lavarían arrugas, crecerían en llamas.
Serían el amor del hacha en los bosques, del sol en el desierto”.
Decir y cantar. Pero el vaso se desborda hacia la noche,
El pecho pierde el sonido, nostalgia de la piedra es la frente.
¡Oh el regreso a los adobes marchitos, a la tierra cubierta de flores!
Un pequeño espacio que cuidaron los días sin cansarse:
El hueco tapado con césped, tibio en el tiempo, sólo para alguien.
A veces agrietado por los soles, a veces húmedo por los labradores del invierno.
Pero siempre en espera, siempre atento a un regreso, a un cuerpo
Hecho a la medida, solo, aun en las cenizas de alta noche; aun en los cantos
De tanto vagabundo que debió verlo entre las hierbas, de tanto muerto sin tierra.
¡Orfeo! ¡Orfeo! Ni más ni menos que el ojo de tu dios en acecho,
Fijo en la debilidad de tus huesos, en la virtud de tu lengua.
No tú, él es el hacha suspendida en el aire. El es el vapor de tu copa.
Ninguna espada ya, ni arpa mágica, ni canto entre los leones.
Sólo el temblor terrible del Paralítico, el hastío del Ciego,
El Hechicero preso en su redoma, el Ahorcado cesando de bailar.
¿Para qué Ellas ya? ¿Para qué? Lo cierto es el viaje de Eurídice,
Lo cierto es el jardín donde ella cuenta los almendros en flor que no ve.
¿Y qué sale ahora de tu Vejez hacia la esposa perdida?
Aquel viento que lava las hojas no es el tuyo,
Y quizás si ni le hable de ti la noche que baja hasta su frente.
Un temblor todavía... Las columnas se desgarran la carne.
Es algo como el agua noche abajo a lo lejos.
Lo sé, es algo que golpea hacia adentro, hacia una salida deshecha,
Paso a paso en la hondura y la tiniebla, paso a paso

En la gracia y la visión, reconquistando la tierra.
¿No lo dicen los brazos ardientes que te ciñen de olor y de tiempo?
¿Cómo no reconocer en su dulce furia que las cosas han pasado
O que pasan de largo como manjares cerca del mendigo?
Ellas no son el Amor, Orfeo. Ellas son lo vivido que vuelve a obscuras,
La fábula donde hemos bailado debajo de las orquestas;
La Mesa donde nos hemos hartado con la cabeza del asno;
El Lecho que nos hizo borrar la fatiga con los demonios en la pared;
El Canto con que celebramos la noche y el aullido de los perros; y
La Máscara sabia y graciosa con que imitamos al Hombre y al Ángel.
¡Oh, Vejez, plato transparente! Servido está delante de ti.
La existencia es el hambre saciada. Y si eres lo que parece
Todo debe recomenzar, todo debe brillar aún en la hora reducida,
En las últimas cenas, en la cicuta bienhechora.
Es sólo un instante, un instante profundo. Un espejo que deja de vivir.
¿Qué harás con tus coronas y guirnaldas, con las cuerdas desgarradas en la noche?
¿Qué moneda recibirá tu mano sola a las puertas de las tabernas?
¿Qué vino temblará en tu copa arrugada?
El amor es distinto de un cuerpo a otro, de una copa a otra copa.
El hechizo está naciendo siempre, la boca arroja nuevas llamas.
Donde hemos separado la cabeza es sólo una puerta abierta.
Y si todo recomienza, todo debe seguir.
Yo soy el Tiempo y crezco de noche como las enredaderas.
Puedo hacer que el templo de mi sangre cambie el calor de sus columnas;
Puedo acallar los órganos a cuyo sonido despiertan el Hombre y el Ángel.
Yo soy el amor y sobre todo la Vida, pues soy el que abraza y el que sepulta.
Y para que todo siga, Eurídice es mi muerte.

LA COPA TERRESTRE

Estás ahí, penumbra donde mi cuerpo desciende
A la caverna del ciego que cuenta sus huesos.
Estás ahí, ¿eres tú? Anciana cuidadora de las puertas.
Visión tatuada en los jardines que se apartan al verme.
¿Duermen los perros brillantes que lamían la noche?
No los oigo sentarse a la sombra, ni rechazar el sonido
Con que hila el tiempo el traje de los muertos.

Tu cuerpo cubre el césped rojo por el verano,
Ceñidas las rodillas con insectos y tijeras.
¿Han lavado los jardines? Solamente ha crecido la bruma
Para cerrar las puertas, para cavar el sueño.

Han sido numerosos los huéspedes del otro invierno.
Desenterraban cánticos donde lucían arpas las hojas.
Bailaban tal vez y vaciaban la noche. Dormían tal vez
En pesada carrera detrás de los sueños. Y tú, y tú
Con las viejas llaves en el corazón,

Ibas y venías por la escala, por el tiempo,
Por las visiones ardientes.

Siempre allí, oh Anciana, cerca de los pies torcidos del agua.
En lo vivo de mí aunque borroso. En lo mío sin mí.
¿Cómo me sostenías al borde de tanta luz? Las cosas lo dicen.
Años y años en el recuerdo de las horas degolladas.
A veces limpiándote los días de la frente,
Rodeada de ángeles cansados de brillar.

Y campanas también. Campanas de vuelta de la noche,
Con pasto crecido entre los dientes.

Tú, debajo de los pasos nocturnos, debajo de las bocas turbadas
De tanto cavar en la memoria. Tú, con las llaves.
¿Pasaban las bodas, los entierros, los ruidos de la feria?
¿Pasaban los bebedores, los sonámbulos, los crucificados?

Ellos son los dueños de la noche, los que gastan sus monedas
Sueñan con arpas al hombro, con la cabeza vacía.
Conversan con lo que va a venir, como el espejo con las cosas,
Detrás de un secreto, de una frente que se mueve.
Alegres por desdichados sabores. O mirando pan adentro
Por ti se ahogan a veces las olas de la harina.
Ellos, a tu puerta, para oírte dormir. Para separar la bruma
Que te rodea la cabeza si a lo lejos el mundo
Se deja devorar por las piedras de la noche.

Ellos y tú, oh mirada terrestre fija en el borde de mi copa.
En la estatua del tiempo que me crece a la espalda
Tú ahí, despierta por ti misma, sola en un anillo.
Prendida a la niebla que desgarran las horas. El polvo
En la frente, cercada por muros y torres.

¿Hay una Navidad que dura
Más de un día en las campanas del corazón?

Entre tú y yo todo crece hundido y sin sabor.
¿Recuerdas los bebedores de los domingos? ¿Los ancianos que
Escarbaban el tiempo en la hierba? ¿Las voces y las máscaras?
Ellos mismos eran el fuego. El día caído, la hora.
Todo podía pasar y cambiar. Mientras el Ángel de tu puerta
Reparaba las naves nocturnas apartando con las manos el ruido.
He ahí el sueño sumergido en mi memoria. La imagen, el tatuaje
Que nada podría borrar sobre la tierra.

¿Me oyes aún en las llamas? ¿Me oyes perecer en el árbol
Nacido para la muerte? Estoy detrás de ti. Te he oído
Cruzar el umbral, apartar la hierba y salir

En un altar y junto a lámparas votivas. Tal vez en un sueño.
De terror si no lo amaban demasiado. Verónica, aquel lino
No era para la faz recogida por las hojas de higuera
De tus bellos dedos.
Y la multitud, húmeda aún, dos días después del diluvio.
Y los espantados profetas, los santos con aureola
Corrida hacia la espalda, cantaban. El canto lleno de espinas,
El canto desposado con el cielo y la tierra. Y tú,
Tú, vestida, florecida dentro de la túnica blanca,
Aun llevabas las manos en el aire, aun sujetabas la red
Con la cabeza herida. Y el canto bienhechor abría el paso
Al orgulloso muerto. O no, al bello resucitado de entre los vivos.
Mientras el cielo se teñía de árboles arrancados y el rayo
Daba frutos incomedibles.

Había un gran invierno en aquellas barbas ardientes.
Había un sol cortado en cada boca. Y cantaban.
Cantaban, sin duda, conducidos por la estrella mágica
Del amor a quien mataban allí, lejos de los olivos.
Paso a paso por la ciudad cuyos negocios habían cerrado
Ni más ni menos que los domingos. Aunque algunas ventanas
Ostentaban coronas de mirto y voces reunidas para sufrir.
Al paso del lúgubre cortejo. Y tú, sólo tú, con aquel lino
Sobre el corazón; con aquella prueba eterna, la única, la linterna de
piedra, la faz en sangre, la faz pinchada en el rosal, de pronto, atraída por
la salvación y los perfumes rústicos.
¿Cómo no cerrar los oídos al canto? ¿Cómo ir entre las gentes
Hacia el suplicio, abandonada, ciega, sin el milagro esperado
Del Padre, sordo en el azul inmenso?

Y yo he estado allí, Verónica. Yo he seguido las gotas
Del dolor que caía de tus párpados. He tañido el laúd
Por los muertos. He leído en el libro. He aspirado
El azufre hacia el Calvario. Detrás de ti. Mi corazón cortaba sus rosas en
silencio y contaba uno a uno
Los truenos que vendrían, justamente a la hora
De la más profunda muerte.

Oh, yo sabía que tu frente quería volver a las catacumbas;
Al consuelo de las viejas piedras, a la humedad
Del fervor sin guardias. Allí donde los pobres creían
Y creían, tal vez en un jardín subterráneo, entre antorchas y cantos casi
sordos cuyo eco buscaba salida hacia el cielo para llevar hacia allá la flor
de la fe del corazón abierto.
Tú querías volver a la muerte. Tú querías
Olvidar el suplicio, latir de nuevo en la joven
Eternidad prometida. Regar el césped reseco del pecho. Cuidar de las
luces con el aceite profundo de tu alma. Limpiar la entrada. Mirar a lo
hondo de los ojos hermanos

Y poner hojas de higuera
A los pies de los viejos peregrinos,
Y tal vez besar de nuevo
La frente arrugada del leproso.

Oh, la faz iba oculta en un haz de leña
Conducido por un asno de la ciudad.
Tú eras esa faz. Tú no habrías negado con la soberbia
De aquel apóstol. Tú habrías levantado en alto
La herida terrestre, la congoja abandonada.
¿Qué era aquella eternidad en un lino? Un viento
De los olivos. Un viento solo, un viento con ejos de quimera.
Allí, cerca del sepulcro. El viento que barre las tumbas.
Sí, tu cabellera que pudiera barrer los corazones,
Limpiar las hojas sucias y hasta parar ese llanto
Que nada rescataba.
Tú, a quien yo amaba a pesar de ese lino.
A pesar de ese amor a milagros. Tú, cuyas manos yo veía
Brillar para siempre, cegar la boca que pudiera acercarse.

Tenías una lámpara en el corazón. Y yo lo sabía.
Ahora podemos hablar. Ahora puedo decir que el amor
Te llevó a rescatar el rostro herido. Querías
Guardar la imagen infeliz, tocar la eternidad abandonada.
¿Y entre quiénes iba? Aquellos que lo acompañaban
Mordían el amor y la fe. Seguían a un muerto distinto.
A un muerto sin mortaja, a un muerto que se iba
Con sus propios pasos al sepulcro. Una luz
Cortó tu voluntad, siguió tu mano. Sabías
Guiar la eternidad. Sabías que aquel lino era el soplo
Para resucitar tu alma simple, para hacer cierta espiga de la soledad
abandonada. Y yo te veía sonreír, sonreír hasta las lágrimas al ver allí la faz, la faz
que esperaba abrirse el cielo, desgranarse el rayo, jadear la tempestad. La
faz del hijo solo, gavilla entre los hombres y la soldadesca. Gavilla o
rastrojo terrestre para el amor terrestre. Gavilla del infierno para el
terrible infierno. Y tus lágrimas juntaban los ríos hacia el mar.
Con el tesoro sobre el pecho. La bandera, la eterna bandera.
Para tu corazón sin amor. La linterna viva en el viento
Que nadie veía. Sólo tú, sólo tú, la extraña,
Allí entre todos con aquella cabeza de pájaro atormentado.
En la mitad del vuelo.

Oh, qué hora tan sombría. Verónica. Tu alma esperaba
El ruido con que la gran presencia partiría el aire.
El arco iris de mil colores con el estómago negro
Por sobre los rayos y la tempestad desprendida.
Tú esperabas mostrar esa faz y salvarte. “No, yo no puedo
Perecer, No, el castigo no es para mis sienes. Mis manos
Lo retuvieron en el trance infeliz. Aquí está. Aquí esta

¿Cómo perecerá conmigo su faz?”.
Tú me esperabas. Un aire suave salía de casa y miraba.
Miraba sin ver. Pero nada venía. Nada se abría.
Nuevas lanzas sembraban el costado. Nuevos llantos.
Nuevas dudas crecían como viejos tilos en el pecho
De los apóstoles heridos. Y a lo lejos, las cruces.
Los brazos abiertos. La colina sombría. Y nada venía.
Ni vendrá. Todo será cumplido. Y el látigo crecía
Semejante a ortigas. Y tú con la carga de luz.
Tú con el lino en el aire.

Y te vuelvo a ver en la brillante ciudad. Ahora hay templos.
El oro brilla en las cúpulas. Los nuevos apóstoles van alegres al banquete,
aunque visten de negro. El cáliz
es fresco vino. El pan es un manjar. Ninguna mujer envidia tu lino. Los
órganos cantan lo que no se cantó. Canta a la muerte todavía. Hay que
festejar. Si, festejar
La buena caída, el trance terrible.
Y he ahí que en los muros de las catedrales
Crece el musgo. Crece la muerte. Crece el olvidado.
Y tú no estás. Tú no estás entonces. Vas vestida de soirée.
Vas al baile de máscaras. Desciendes del Packard 1945.
Vas enguantada y con un sombrero de flores. Un joven apóstol
Te da el brazo. Los mendigos creen reconocerte y les tiembla
La mano sin monedas. Los pobres creen verte de nuevo
Cuando cruzas el pórtico y pisas fuerte en la nave.
Ahí estás, arrodillada. Casi feliz de orar sin esfuerzo.
Los cirios son eléctricos. Las alfombras no admitirían los pies enlodados
de los creyentes de las catacumbas. Pedro viste un Palm Beach. Santiago
luce su frac. Pablo da quehacer al sastre debido a su obesidad. Judas va al
Estadio y no confiesa los domingos. Mateo siente horror por las visiones.
Y tu joven apóstol bosteza. No eres muy bella cuando finges.
Él te prefiere en el lecho. Ardiente y abandonada.

Verónica, aquel lino.

Yo te veo desde afuera. Yo no entro allí.
Yo tengo el corazón puro, aunque esa eternidad lo enturbia.
No puedo adorar al dios perdido.
No puedo estar junto a aquella gente
Que vio el Calvario.
Pero tú eres el amor. ¿Qué será de aquel lino?
El mundo está de fiesta. Se adora al asesinado.
Se adora la muerte terrible.
No. Yo quiero vivir. Tú quieres vivir.
Y bien, yo me acuerdo de aquel lino.
Pero te veré esta noche.
Esta noche cuando el joven apóstol
Te abandone en el lecho

Para ir a orar
Al Huerto de los Olivos.

DEL LIBRO DE LOS SUEÑOS

En extraña compañía de Daniel, un día,
Así, un día de viajeros. El joven mago
Alojaba en la taberna. El viejo caldeo
En Park Hotel. Tú dirás, tú dirás. Tú que sigues los astros.
Tú que estás inclinada hacia una noche de vidrio.
Si allí no hay higueras, tú dirás: Si allí
No está el sueño junto, el hombre junto, la tierra junta,
Tú lo dirás, hija proscripta. Amor mío, tú lo dirás.
¿Es posible? Un huésped tiene tu pecho. El otro, tus sueños.
Uno te lleva al jardín levantado, al agua que lee en las manos.
El otro a lo que no eres cuando estás en un baile.
En una reunión de señoras a quienes les hablas de no hablar.
De no hablar, sí, por supuesto. Sino de abrir las ventanas
Del cuerpo a la primavera. De abrir los cofres. Los cofres
Que el baño no limpia. Ahí estaría bien el hombre.

El cuerpo es la luz que anda. Lo que va dentro, sueño.
Un astro solo para el día de los muertos.
¿Cómo no verte junto a Daniel? ¿Junto
A los leones de la noche?
Somos los seguidos, tú lo sabes. Nos siguen. Al fondo
Alguien limpia las pisadas. Alguien lava las luces
Que hemos perdido. ¿Cómo no verte atravesar las puertas
Donde duermen las cosas conseguidas?
Pero tú vas a una cita. Una verja. Un huerto. El jardinero
Dormita junto a un hoyo sin rosas.
El césped murmura para ti. La línea del corazón.
Sombrío monte de Marte. No lo ignoras, estás
Rodeada de la vida. De la muerte. Hay que tener paciencia.
Los leones de Daniel. Lo que dice Daniel.
Ya verás. Ya verás.

Más tarde, más tarde las campanas tocan hacia el Oeste,
Encima del matorral. Eso es. La luna del matorral.
Siempre buscar. Buscar lo que nos sigue. Buscar
Donde nada hay que buscar. Tú lo sabes. Siempre buscar.
¿No se cansa el jardinero de enterrar sus rosas?
Su sueño es la linterna que lo anima.
Lo anima desde sus manos, no lo ignoras,
Hacia el fondo de la tierra donde llaman
Sin que nadie responda.

¿Estarás allí? Nos siguen, amor. Nos siguen. Lo dicen

Las hojas solas. La hierba crecida. Un buen día
Todo está ahí, presente. Estás tú. Estoy yo. Y
Lo que la noche esconde en el oído.
Luego no hay más que ver y oír. El corazón
Viaja solo dentro del cuerpo. Tú eres la viajera,
La viajera más sola de la hierba. Amas y eres amada.
Abelardo y Eloísa. Amas y eres coronada
Con el ruido más hondo, con la estrella más ciega.
Amas y eres amada. Amas y eres amada. ¿Cómo
Se abrió la noche para seguir?

Los años son la estatua del amor. Brilla detrás de ti.
Estamos allí y Daniel nos ve. Tú dirás tu canción.
El dirá qué creció para el año que viene.
Yo debería decir mi palabra. Pero, tú sabes, yo sueño.
Tú dirás tu bella canción. Yo perderé mi bello sueño.
¿Hay que adorar? Amas y eres amada. Ningún rayo, ningún libro
Dirá lo que no diga
Tu amor.

EL AMOR MÁGICO

¿Recuerdas a la Gorgona? Ha dicho:
“*Babilonia. Sí, irás*”. Eso es todo. Y ha venido
Un largo crepúsculo. Y la Gorgona
Cantaba para ti y para mí.
Tal vez. Pero yo sé que nunca tuve un canto
Mejor que cuando soñabas.
Nunca tuve más ojos
Que cuando dormías.
Ni nunca vi más cerca el mar
Que entonces.
Y ella decía: “*Irás*”. Y yo veía
La escala de Jacob.

No Beatriz resplandeciente, Beatriz llagada.
En un cielo sin círculos, en una puerta sin llave.
Yo te veía y entre coros puros te seguía.
Ninguna red más dura que estas manos
Para cortar tus rosas. Ninguna muerte más suave
Para buscar tu boca.
Pero yo era el viajero solo. Yo era
La humedad de tu invierno.
Yo guardaba tu joven sol en un cuarto
Solo de hotel, en la ciudad.
Yo tenía la música del mundo sobre la arena, allí.

Y cantaba: *Pero tú no te reconocías*

En lo que yo cantaba.

Y yo salía a las plazas, a los mercados, a los paseos
Contigo. Tú con la noche. ¿Por qué con la noche?
Eso parecía, aunque tú eras el mundo en mí.

Oh que nos vean pasar. Que nos vean amarnos
Allí, entre los árboles y las visiones.
Que yo diga que te pareces a lo que eres.
Que yo diga que no haces ruido, pero que brillas.
Que yo diga que es oscura la corona que te ciñe,
Aunque se encienda.
Que yo diga que tu boca es una flor pegada al hueso,
Y que lo sea.
Que yo diga que alguien te ama por mí,
Y que no sea cierto.
Que yo diga que las miradas se te adelantan,
Y que lo parezca.
Que yo diga que eres la estrella de mi frente,
Y que alumbres.
Que yo diga que sujetas los pájaros en el aire,
Y que pierdan las alas.
Que yo diga que vas vestida del color del corazón,
Y que así sea.

Tu ser en mí, mi amor en ti.
El sol grabado en la cabellera de la begonia
De mi cuarto, en la ciudad.
Sola en tu estatua taciturna.
Sola por las ciudades de mi frente.
Sola debajo del árbol del ahorcado.
Amor en amor. La lámpara en ti, el rayo en mí.
Las palabras en un puente entre tu boca y la mía.
Todas las horas, una colina.
El tiempo total, una torre.
Nosotros, las campanas.

Y me voy.
Un sol de otra parte
Me tiende la mano.

Y si digo que parto, es que tu frente me retiene.
Y si digo que lloro, es que la noche es ardiente.
Y si pienso que voy a ser el viajero solo,
Es que la tierra se ha abierto.
Y si canto detrás de los meteoros,
Es que el cielo está cerca.
Y si te digo adiós, es que ando
Al compás de la muerte.

MANO TORNASOL

*Tan bella mano es el calor del planeta en marcha
Por la respiración del viajero invisible y
Me pregunto si ella es el tiempo o la hija del tiempo
Si es del país de donde vine o del país que me espera.
Mirada absorta de una parte del cuerpo ¿oye
Arder el sol en mi noche o es el ruido de un sol muerto?
En vano trataría de recordar su aparición, la hora
Del encuentro sin que nadie dijera que las lámparas
Se cansaron de arder en el mundo o que una escala para dos
Desciende hasta el árbol donde envejece la muerte.
Oh el oleaje de los años en la espalda
La respiración en llamas de quien duerme en nuestro sueño
A semejanza de las palabras hospedadas debajo de la lengua
Mientras el mar se levanta de noche a regar sus rosas
Y la estrella viene en puntillas a los ojos del astrónomo.
Tan bella para arrancar de raíz mis deseos por la noche
Como alguien que se regocija por mí para advertir:
“Cuando vengas la puerta se abrirá sin que la toques”.
No lo digas, sueño de talismanes y tijeras, no lo digas
Ni rompas el sello del amado sol de otro tiempo
Ni te alejes por mí en el ruido que viene a buscarme
Desde el mar fatigado de tanto danzar con sus hijas.
La tranquilidad del agua tan bella que inunda mi noche
Aceites y aromas parecidos al humo de las profecías
Eso parece ser el ojo del sol que me acompaña aunque
El rocío del día que quiero recordar no tenga el rostro
Del viajero invisible sentado bajo el árbol
Ni del que duerme en mi profundamente y fuera de mi
Con la respiración llena de sortijas y pestañas.
¿Se retorna alguna vez al desierto comido por la arena
O a la ciudad donde los peregrinos recuperan el rostro?
Cuando se conversa con una lámpara también se resucita
A media noche para ver pasar el mar. Mas ¿dónde
Está el día con anillos que guarda mi faz? ¿El viento,
La pálida aguja en vibración por el cuerpo del mundo?
Oh y bella en ruido tornasol. No he dicho que el tiempo
Levantó la hora que quiero recordar ni que duerme desnuda
Con el ritmo de un sueño en un sueño. Como siempre
Sólo trato de apartar la envoltura de la noche
Y saber si algunos de mis actos dan frutos mientras duermo.
Porque el tiempo es la sombra de los ojos en mi almohada
Y ha muerto el viajero alucinado por las llamas
Y muerto el amigo del doble laúd y muerto la joven
Dormida sobre un león en la memoria. Pero viven y cantan
Los gestos y las palabras olvidadas en una colina
En el día que en vano trato de recordar y que es*

*Mi propia resurrección postergada. ¿Y cómo
Traer el mar a la ciudad, la mano al cuerpo, la flor al hueso?
El riesgo es pasar al través de los ojos, pasar
Por el túnel terrestre, pasar por el ruido del cielo,
Pasar por el recuerdo dormido entre tigres y columnas,
Pasar por el dorso de la mano hacia la muerte.
Pasar dos veces por donde mismo, he ahí la orden del ángel.
Mas yo no me he movido del centro de mi propio rostro
Y así retorna lo que se echo a andar sin mi permiso.
Pero no tú oh día que en vano trato de recordar y
Donde el tiempo es una cisterna con camellos alrededor,
Una posada con viajeros arrugados por la lluvia invisible,
Una selva con animales parecidos a pestañas
O nada de eso sino un aire más transparente que los dedos,
Un himno de muertos en subida y bajada por un rayo de sol.
Y el viajero inanimado que hace un hoyo en mi sueño,
El eco transfigurado de mi respiración y su orden:
Llaman a la puerta, anda a ver quién es.*

CORONACIÓN

*Debo estar cubierto de escamas. Vengo de ese ruido
Que hacen las personas apenas nombradas en las conversaciones
O esas que salen a las calles más solas que el olor a farmacia.
No es bueno creer que el ángel está en prisión
Por cuestiones de azar. Aun cuando sea permitido imaginarlo.
“Cuando conozcas esa isla perderás la costumbre
De amar la música que viene en cajas de sardinas “.
Oh no parece tan extraño llevar la noche al cuello
Ni llamar distraído al que se ahoga en sus propias palabras.
Pero hablar así, con esa indignidad con que se lleva
Un muerto a la morgue. “No, no hay espacio en el muro
Más que para las manchas de cada día en los recuerdos”.*

*Lejos está la tarde. Mucho se habla de sus desnudeces.
Yo debía ir a su encuentro, pero me lo impide la idea
De empezar a deshacerme. No puede dejar de seguir el proceso
De las manchas en el muro. Es como si estuviera
Despertándome a pedazos. En una hora, ya ves, en una hora
Pueden cambiar tanto las cosas. Un recuerdo perdido es
Un hueso menos en el cuerpo. Tal vez algo parecido
A un nombre en una lista. O a la turbación
Del astrónomo por la aparición de una nueva visita en el cielo.*

*“Estás seco. Se te ha caído un nuevo año al mar. Los dientes
No vuelven con tanta facilidad. No te inquietes por eso”.
Los tronos siguen perdiendo reyes. Y a veces uno es
El peregrino que sigue a la nube y no a sus deseos.*

*Así cada cual pierde su reino. Porque nos dan tantas cosas
Aunque ninguna es semejante a la que nos ofrecen.
Y tenemos esas batallas solas, esas visitas no invitadas
Que nos dejan todas sus heridas y sus malos sueños al partir.
No estaríamos bien ni en la ópera ni en el Paraíso.
Quizás ni convidados a la mesa del monarca
Que en sus buenas horas se alimenta de visiones incomedibles.
No olvides, Absalón, los reinos son cajas de sardinas.*

*Cuando estamos fríos es de pensar en aquellos
Con un dios a su servicio. ¿Y de qué nos serviría
Amistad tan domeñada? ¿Podríamos siquiera interrogarlo?
Sería como subir a las colinas y decirle “tú” al viento.
Y “tú” nos respondería. Mas, no somos de tan turbia estopa
Ni sabemos tratarnos de esa manera a nosotros mismos.
Quizás sea mejor caminar en puntillas y amar un poco
Lo que se nos dice en ciertas circunstancias.
Y pregúntame una vez más por mis heridas. Por ese humo
Parecido al de un sacrificio. ¿Podrían tus ojos
Unirse a los míos para ver pasar la desnudez de la noche?
¿Para abrir el fruto podrido del tiempo? Ya lo sé.
Tu cielo no es mi cielo. Y el perfume de tu muerte
No es mi perfume ni mi muerte.*

*No. Porque el mundo tiene un olor a farmacia. Un olor
A clínica, como ese que sale de los fonógrafos.*

LAS HORAS DANZAN DESNUDAS

*Mi estrella duerme para mañana en los árboles del tiempo.
Por ella se levanta el trueno en las cisternas y permito
Que vengan a bailar conmigo los sonámbulos. El signo
Que me identifica está trazado por un pájaro: un pájaro ciego
De tanto brillar para mis horas cambiadoras de lámparas
Por la noche y a mediodía en la siesta sin fin de los reptiles.
Así es como se reúnen la tarántula y el gnomo, visitas
Ajenas a la familia, al orden, sin pasaporte respetable.
Por ellos el sueño coloca su miel sobre mi mesa y la nostalgia
Danza entre dioses pequeños desprovistos de brillo.
Sabían que no estoy harto de visiones y que la sed me reseca los ojos
Como en ellos golpea aún la cítara en llamas del cielo perdido.
Ardiente visión de los años amarrados a mí con cadenas
A semejanza de la hiedra a los muros, de la selva al leopardo.
Porque tengo junto a mí a quien espía mis sueños y los reduce
A la piedra que conversa de noche en las colinas.
Ciertamente cultivé mis horas en un jardín perdido
No lejos del reino de la araña y del banquete de la abeja.
Y si abrí este espejo para la danza del hombre y de la nube*

*¿No injerté nomeolvides en violetas para turbar al botánico?
Ahora el viento me trae el perfume de ese mundo secreto,
La luz sembrada en redomas bajo pulgadas de tierra.
Y me regocijo como el exilado en el reino de la noche
Con más profundo amor que el del hombre con su cólera y su muerte.*

*Volvió el gozo con antorchas sin que seña hiciera mi mano
Y estoy rodeado de animales helados. Mis palabras
Retornaron del viaje y son el nuevo rocío en mis huesos.
Quiero arreglar mi reino, poner gotas de sol en las salas,
Descolgar los ojos cansados de brillar en los muros. Y
Hacer que pasen por segunda vez las jóvenes vestidas de ceniza,
Selladas por tanto tiempo como la vida de las reinas,
Para que el amor sea el gozo cierto y no agrietado por la muerte.*

*No amó mi lengua el canto al gozo en otros días. Ocupado
En ardientes faenas no vi al sol en mi puerta
Ni estiré las manos en ebriedad para detener la nube
Ni pedí al mar que me devolviera las redes con los sueños
Ni anoté en libro secreto las sonatas de la lluvia.
Hice girar la rueda, eso sí, y entre himnos y blasfemias
Ardieron vida y muerte en mi molino. Así hasta en el gozo
Habla por mí el sonámbulo que se aferra a su lámpara.*

*¿Se ciñó de rayos la oveja alguna vez? En las colinas
La cólera es un himno y hierba la blasfemia. Allí
Me asomé a la inmensidad y la inmensidad es un trébol.
Por eso la tempestad estuvo un tiempo sentada a mi mesa
Y danzó conmigo el muerto y la viuda con guirnaldas.
Vino el viento y fui el viento y sombra suya me hice
Y adoré su estatuto y su siringa. Con ese signo
Entró el gozo en mi casa como el sol en el ojo del ciego.*

*Ahora soy el que retorna. Y estoy sentado a la diestra
Del dios que incendió el mar en una sola noche.
Algún día sabré quién torció la hoguera que venía
Al encuentro de mi soledad levantada en los muros. Y
Cómo no perecí entre los silencios del hombre y la muerte.
¿Por qué buscar lo que retorna? Los signos están escritos
En la piel de mis horas y el reloj dirá lo que no dije
Cuando el sol se canse de danzar junto a mi puerta.*

CÁNTICO DE LA VISITACIÓN

*Un día podrás ver que el invierno es un ojo frío.
Se sabe por los granos que forma el viento
Sobre la hierba distraída. La idea de un viaje
Es ese tambor sordo de las hojas. “El agua*

*Es más filuda este año. Naturalmente, los huesos
Necesitarán otro médico”. Y otro sol me hablaba
Cuando empecé a andar por ese jardín inolvidable.
No debo dudar, sino creer. ¿Basta decirlo?
Un día podré contar los eslabones del tiempo y uno
A uno formarán esta imagen del ojo frío.*

*No, no quiero contar con el tatuaje del cuerpo.
El verano formó el fuego y el invierno la ceniza
En un día sin fin. Ahora pienso en la tranquilidad
De mi muerte ya que yo también formé mi muerte.*

*Una nube inflada de pronto y el grito de una lámpara
En mí, en ti y en una sala especial para viajeros.
¿Recuerdas el color de un mar invisible?
Con esa idea estarás a mi lado en la hora
De la gloriosa disolución. Sentada ahí
Como al borde de un precipicio, con los ojos
Fijos en mí a través de la tierra. Ninguna duda
Te impedirá verme en mi sombría desnudez.
Y yo sabré hacer el ruido justo, el signo
Revelador de que estás exactamente junto a mí.*

*Ya ves, mi breve resurrección. Un minuto de un siglo
Abierto de par en par entre tus ojos y mi cuerpo.
Un río lejano deslizándose en puntillas,
Un golpe de llave en la puerta profunda.
Y tu sol risueño paso a paso por las hojas secas
En conversación con el aroma irresistible.
Quizás busques el signo del hueco misterioso
Dejado por la desintegración. Quizás te turbe
Saber que todo sigue donde mismo. No te baste
Crear ni dudar. Si puedes, recuérdalo,
Tu mirada será ahí el día de la creación
Con los pájaros en profunda invención de la música.
Y como tuya será mi muerte, tuya será la mano
Creadora de la nueva noche para que no haga ruido
El tren que te cruce la boca al descubrirme.
Si quieres saber, escucha lo que te diga la tierra.
Ahí seré el profeta de palabras arrugadas. El misterio
Que nos unió seguirá con nosotros en esa sala de espera.
“Todo tiene un sonido de arpa. Con algunas notas
Se teje la putrefacción. Con algunas miradas
Sobreviven los huesos. No hay nada que temer. Se viaja
Como una nube al atardecer”.*

*Oh pero yo pienso
En el sonido de arpa de tus ojos fijos. En la leve
Inclinación del mundo inanimado hacia lo inanimado.*

*En el resplandor en camino a través de absortos terrones,
En el cielo en descenso a semejanza del nacimiento de las lilas
Y sobre todo en tu ser en la muerte sin la muerte todavía.
Unos ojos fijos, fijos. Un taladro radiante
Perforando el abismo que entonces me aparte de la vida.
La última visión en visita antes de la definitiva sequedad,
Antes que la casa del cuerpo pierda los pilares. Antes
Que se deshaga en ti tu mar y en mi la resurrección.*

*Sé que hay un viento de ojos grises alrededor de los muertos.
Tú podrás oírlo pasar por el jardín en viaje
Y quizás confundas ese ruido con una visión entre tú y yo.
Así sea. Pero no habrá necesidad de que preguntes.
Nadie intervendrá en el hilo de sol con que me mires.
En esa sala de espera. Y seguido de cebras y leones
Vendrá un dios a interrumpirte. “¿Por qué
Interrogar al hueco si el viajero está en el Paraíso?
Se asciende por la misma cuerda del descenso. No sólo
Carne envuelve a esa visión que llaman cuerpo. Así
Por mi conversarás con quien te está escuchando”.
Hay mundos creados para no ser vistos y palabras
Para no ser oídas. Ni el trueno sabrá ese día
Que habrá un silencio ardiente entre tu sol y mi noche.*

*No voces seguidas de cebras y leones
Ni abejas cargadas de sueño, ni un tercer viento
Cambiando el mar delante de nosotros. Sólo tus ojos
Fijos en mi sed y en mi júbilo como grillo entre cañas.
¿Habrá otro tiempo más vasto para recordar?
¿Para recordar qué, entre tantos sonidos? ¿Y si esa fuera
La mejor hora y si ese fuera el único modo de sentirse
Danzar entre visiones todavía? Lo sabremos. Tu mirada
Decidirá. No olvides mi colección de signos.*

Quiero

*Sellada tu boca. Soy el rey con fastidiosa corona
En tu sala de espera y en mi sala de figuras de cera.
Recuerda si quieres saber. Me verás colgado en el árbol
Con los pies sobre el mar. Y tu idea era
Ser una ola solitaria bajo mi garganta. Lo eres.
Mi lengua es una barca solitaria entre los dientes.
Y cuando tu padre baje a buscarte al fondo del mar
Se convertirá en estatua. Los trágicos recuerdos.
Los espejos trágicos pegados a los muros. ¿Recuerdas?
Quien recuerda está podrido. Tú eres el sol
Y yo me alejo por el hilo solitario de tus ojos.*

*Antiguamente se hablaba del ruiseñor. Tal vez oigas
Al ruiseñor del Paraíso con su noche a mis espaldas.*

*El viejo encantador de serpientes no pondrá más celo
En hacerme comprender su fábula. Pero habrá un órgano.
Una SONATA EN MUERTE MENOR, N.º 1, opus 1, dedicada tal vez
“A la putrefacción de un hombre”, sin que el nombre
Sea cambiado por circunstancias fortuitas. Podrás oírla
En ese instante en que el mundo se haya detenido
Al golpe de la vara fabulosa de Josué. Somos
La fábula sin fin. “Y verás crecer la hierba junto a ti”.*

*Sentada ahí, a la manera del verdugo junto a la horca.
Con un sol rojizo en persecución de pájaros sin alas.
Ya no hay tranvías en la ciudad, hay corceles mecánicos
Que tampoco sirven para nada. Las enfermedades continúan
Y los sabios sonríen en su jardín de hongos atómicos.*

*El joven banquero va al hipódromo el día que no hay bolsa,
Precisamente cuando las acciones bajan y se cotizan
Al precio de un creyente cualquiera. Las insatisfacciones
Corrosivas. Hoy se cambia de sexo con tanta facilidad.
Tal vez como se sigue el llamado de la estrella del demiurgo
No más mentiroso que un conejo. “El sol sale para todos”,
Dice el gusano, mientras se prepara para el banquete.
Un sol rojizo en cada corazón humano en vez del sol
Musical de las fieras del África.*

*Con el libro de las visiones sobre las rodillas.
El mundo sigue, pero tu mirada es un mundo nuevo.
En tal trance todo será posible y me dejarás hablar.
Los muertos dicen la verdad porque tienen clavos en la lengua.*

*¿Recuerdas esa flor con tres clavos y una corona? Habré
Olvidado su nombre. Lo habré olvidado, estoy seguro.
Mi madre acostumbraba regarla con lágrimas. Veía
Lo que ven las madres del segundo Fausto. Y yo vi
A Mefistófeles en el vino del tonel ardiente. Y amé
El amor fáustico. Puedes suponerlo, los pecados
Surgen demasiado tarde y tardía es la absolución
Porque tarda el dios en hacerse presente. “Pero
No tardarás en deshacerte”.*

*Mi amigo era un fabricante de alas.
Lo sabes, todo se fabrica. Menos la muerte, aunque
El demiurgo sea un especialista en tatuajes. Aunque
Crea en la obscura sinfonía de la resurrección.
¿Y si tu mirada se corta de pronto y me deja caer?
Es difícil fabricarse la fe y la tranquilidad. Espero
Que esa estrella fija dure siquiera un minuto. ¿Será
Mucha eternidad para mi cuerpo rescatado?*

*Mi orgullo ¿qué mejor hora para el orgullo?
Se esforzará por retener el contacto con tu cuerpo
Como envejecí a la medianoche por reunir mis visiones.
Y qué altos estarán los pinos para servir de testigos
Del drama indescriptible. Como sé que las hormigas
Se deslizarán más pegadas que nunca a la tierra.
La estatua serás, la Gorgona serás y la rosa
Abierta hacia mi noche enmarañada. ¿Qué dios pudo
Imaginar alguna vez este diálogo entre el carbón y el rocío?
No, ni cuando se dispuso a echar a andar la fogata
Todavía inanimada de sus gigantes siete días.*

*Mas esa celeste tranquilidad tendrá su látigo:
Ciertamente, sabré que me estás mirando desde lo alto
De la tierra y más preocupada de mí que de tu próxima muerte.*

*¿Sabrás que el mensaje habrá llegado a su destino?
¿Sabrás que el trabajo de la disolución se habrá detenido?
¿Podré tocar el hilo que me estará uniendo a tus ojos
Y bastará ese temblor de cuerda de arpa para que todo sea
Como mi carne ciega lo ordene desde su reino?*

*En todo caso, adiós dirá mi ruido y adiós repetirás,
Visión sentada junto a mí y con el fin del mundo sobre las rodillas.*

EURÍDICE ES LA ESTRELLA OLVIDADA

*Se baja al infierno entre discusiones
El más seguro afirma haber aprendido a dialogar con el fuego
Y hay quien escribe un “Tratado de la Melancolía”
Un nuevo Robert Burton esta vez en conversación con Eurídice
Por lo demás nadie deja de comer un poco de fuego al acostarse
Y sería inútil negar que nos desprendemos del mundo crepuscular
“En una isla todos tienen nombres de árboles”
Muy espectacular para estos tiempos se responde
Increíble no obstante la lluvia de mi país tiene ese color
Y cuando alguien habla de ella se ve que no ha sido comprendida
Un castigo a la facilidad para apropiarse de las cosas
Tal vez el error de que todo se parece a nuestras mentiras
Por supuesto esa manera de abrir los ojos
Está lejos de ser satisfactoria – precipitada a lo más
Mientras Eurídice es la estrella olvidada
Y lo será hasta en el tiempo de tener menos bruma en la lengua
Porque nadie quiere sentarse a la mesa con la noche
Parece tan sabio preferir un retrato al ojo que observe en el muro
Dicen que no es el horror a la muerte
No porfíes el horror al extraño perfume de las piedras
A la flor que buscan para dormir las abejas no porfíes*

*Se muere hoy en cuanto se habla ¿para qué discutir
Sobre lo que se dicen los cometas cuando se juntan?
El fuego tiene la palabra real – Y cuando habla el fuego
Los ángeles han vuelto a incendiar el Paraíso
Algunas extrañas lenguas expresan este olvido
Algo de eso hemos oído antes
Se inician tan curiosas negociaciones
Con los secretos*

INTRODUCCIÓN A UNA METAMORFOSIS

I

*Los años empiezan a volar en bandadas
Alrededor de mi cabeza y más de alguno se parece
A la paloma sola que todavía languidece en el arca.
Sería tiempo ya de sentarme bajo un árbol
Con la tierra a mi izquierda y el cielo a mi derecha
Con los abuelos convertidos en leones, el padre en piedra
Y la madre con su muerte postergada en la sonrisa
Y una lámpara con ángeles alrededor
Para interceptar las catástrofes.
¿Pedí más al oído celeste, al corazón de la tierra?
¿Guardé por mucho tiempo las llaves para abrir este día?
Si el sol se queda ahora conmigo a pasar la noche
Nada podrán decir ya ni el viejo arcángel
Ni el perro celador de brillantes orejas.
Ni el alquimista que mezcla alegría y desastre.*

VIII

*Solamente el espectáculo del corazón a cielo abierto
Otra secreta anunciación en llamas después del diluvio
El ojo del astrónomo rodeado de animales siderales
Los años colgados de los cabellos bajo el árbol
El viajero sentado al sol en uno de los costados del arca.*

CHELA REYES

(1904)

Principales obras: *Inquietud* (1920), *Ola nocturna* (1945), *Elegías* (1962).

OLA NOCTURNA

Nace bajo mi piel tu ardiente noche
en el calor y la frescura unidas,
con la copa de luz amortiguada
y la radiante plenitud erguida.
Una estrella no más viene rodando
hacia el seno del mar, desfallecida.

Crece bajo mi piel tu olor y mi sangre
como en el mar la vena submarina,
y como en él sus olas se levantan
hacia la eterna y gemidora sima.
Una nota no más nace llorando
de la risa del mar, enloquecida.

Muere bajo mi piel tu ardiente noche,
la estrella se derrama, el canto emigra,
mi corazón asciende hacia tu boca
y tu boca desciende hacia ese clima.
Una ola no más se dobla y tiende
su cabeza en el mar, desvanecida.

DESEO

¡Oh tierra de mis reinos, sombra mía
oscura de pasión! ¡Cómo levantas
un alto muro transparente y sólo
para guardar mi vegetal vagancia!

Si soy sólo una flor desordenada
en tu nocturno fuego consumida,
fresca raíz desde tu tierra subo
y a tu sombra me doy, desvanecida.

Jamás el cerco pálido y temido
pueda cruzar el vuelo de mis ansias.
Envuelta voy, tumbada y mantenida
dentro del arco oscuro de tu danza.

Y luego me abandonas, tierra mía
y la tiniebla se ilumina cauta.
¡Oh negro; Oh brillo pálido y divino!
Soy en tu mano prisionera blanca.

PÁNICA

Ah! si del aire la guirnalda agreste
nevara los ijares primavera
y el potro desbocado de su risa
estrellara la lívida ribera
y en abanico de trizada espuma
su mirada mortal resplandeciera.

Ah! si del verde mar se levantara
una columna que se detuviera,
un arco celestial, una cabeza
en un torso de luna prisionera
con la boca llameante de una pura
y encendida canción de adormidera.

Ah! si de los confines galopara
una cuadriga por la verde senda
enredando sus colas y sus crines
en la floresta de la fresca selva
y cogieran el torso iluminado
y la boca del canto prisionera.

Ah! si le dieran el celeste nombre
de la vida y la muerte verdadera
y en sus cabellos destejieran redes
y por sus ecos la canción muriera
y la dejaran en el horizonte
entre las llamas de la dulce hoguera.

Mas, ay! bridas de los raudos potros
tejidas van en sangre de sus venas
y la canción ardiendo enamorada
es la cadencia de la primavera.
Ah! de Ulises sediento de sus aguas.
Ah! de los labios de la vida entera.

VENTANA CIEGA

«Ah, que tremenda ausencia es
mi alma» -Jean Paul Sartre.

Ahí donde agoniza está mi nombre
en la salvaje soledad despierto,
con una estrella de fiebrada lumbre
alimentada en un fulgor eterno
y la ebriedad de un ignorado vino,
rendido al borde de un final deshecho.

Con un amor quemando mi espesura,
lampo de luz y arrebatado cielo,
aprisionada vivo en aventura
y en la raíz de su pasión, me muero.
Clavada voy en un temblor divino
como una flecha en su costado abierto.

Pero una voz que la pasión no entona,
pero una luz que el resplandor no inflama,
pero un gemido que en el mar no llora,
pero un calor ardiendo sin la llama,
¡pero una mano con una paloma
sin el brazo y la curva de las alas!

Pero tu amor gritando sin sonido,
pero mi amor llorando sin tu almohada,
pero el cielo cayendo en mis sentidos
con su ramo de estrellas incendiadas.
Abro llorando mi ventana ciega,
beso tu oído y parto hacia la nada.

PABLO NERUDA

(1904)

Principales obras: *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* (1924),
Residencia en la tierra (1933, 1935, 1947), *Canto general* (1950).

Recibió el Premio Nobel de Literatura en 1971.

ENTRADA A LA MADERA

Con mi razón apenas, con mis dedos,
con lentas aguas lentas inundadas,
caigo al imperio de los nomeolvides,
a una tenaz atmósfera de luto,
a una olvidada sala decaída,
a un racimo de tréboles amargos.

Caigo en la sombra, en medio
de destruidas cosas,
y miro arañas, y apaciento bosques
de secretas maderas inconclusas,
y ando entre húmedas fibras arrancadas
al vivo ser de sustancia y silencio.

Dulce materia, oh rosa de alas secas,
en mi hundimiento tus pétalos subo
con pies pesados de roja fatiga,
y en tu catedral dura me arrodillo
golpeándome los labios con un ángel.

Es que soy yo ante tu color de mundo,
ante tus pálidas espadas muertas,
ante tus corazones reunidos,
ante tu silenciosa multitud.

Soy ya arete tu ola de olores muriendo,
envueltos en otoño y resistencia;
soy yo emprendiendo un viaje funerario
entre tus cicatrices amarillas;
soy yo con mis lamentos sin origen,
sin alimentos, desvelado, solo,
entrando oscurecidos corredores,
llegando a tu materia misteriosa.

Veo moverse tus corrientes secas,
veo crecer manos interrumpidas,
oigo; tus vegetales oceánicos,
crujir de noche y furia sacudidos,
y siento morir hojas hacia adentro,
incorporando materiales verdes
a tu inmovilidad desamparada.

Poros, vetas, círculos de dulzura,
peso, temperatura silenciosa,
flechas pegadas a tu alma caída.
Seres dormidos en tu boca espesa,
polvo de dulce pulpa consumida,

ceniza llena de apagadas almas,
venid a mí, a mi sueño sin medida,
caed en mi alcoba en que la noche cae
y cae sin cesar como agua rota,
y a vuestra vida, a vuestra muerte asidme,
a vuestros materiales sometidos,
a vuestras muertas palomas neutrales,
y hagamos fuego, y silencio, y sonido,
y ardamos; y callemos, y campanas.

NACIENDO EN LOS BOSQUES

Cuando el arroz retira de la tierra
los granos de su harina,
cuando el trigo endurece sus pequeñas caderas y levanta su
rostro de mil manos,
a la enramada donde la mujer y el hombre se enlazan acudo,
para tocar el mar innumerable
de lo que continúa.

Yo no soy hermano del utensilio llevado en la marea
como en una cuna de nácar combatido:
no tiemblo en la comarca de los agonizantes despojos,
no despierto en el golpe de las tinieblas asustadas
por el ronco pecíolo de la campana repentina,
no puedo ser, no soy el pasajero
bajo cuyos zapatos los últimos reductos del viento palpitan
y rígidas retornan las olas del tiempo a morir.

Llevo en mi mano la paloma que duerme reclinada en la semilla
y en su fermento espeso de cal y sangre
vive Agosto,
vive el mes extraído de su copa profunda;
con mi mano rodeo la nueva sombra del ala que crece:
la raíz y la pluma que mañana formarán la espesura.

Nunca declina, ni junto al balcón de manos de hierro,
ni en el invierno marítimo de los abandonados, ni en mi paso tardío,
el crecimiento inmenso de la gota, ni el párpado que quiere ser abierto:
porque para nacer he nacido, para encerrar el paso
de cuanto se aproxima, de cuanto a mi pecho golpea como un nuevo
corazón tembloroso.

Vidas recostadas junto a mi traje como palomas paralelas,
o contenidas en mi propia existencia y en mi desordenado sonido
para volver a ser, para incautar el aire desnudo de la hoja
y el nacimiento húmedo de la tierra en la guirnalda: hasta cuándo
debo volver y ser, hasta cuándo el olor

de las más enterradas flores, de las olas más trituradas
sobre las altas piedras, guardan en mí su patria
para volver a ser furia y perfume?

Hasta cuándo la mano del bosque en la lluvia
me avecina con todas sus agujas
para tejer los altos besos del follaje?
Otra vez
escucho aproximarse como el fuego en el humo
nacer de la ceniza terrestre,
la luz llena de pétalos,
y apartando la tierra
en un río de espigas llega el sol a mi boca
como vieja lágrima enterrada que vuelve a ser semilla.

REUNIÓN BAJO LAS NUEVAS BANDERAS

Quién ha mentido? El pie de la azucena
roto, insondable, oscurecido, todo
lleno de herida y resplandor oscuro!
Todo, la norma de ola en ola en ola,
el impreciso túmulo del ámbar
y las ásperas gotas de la espiga!
Fundé mi pecho en esto, escuché toda
la sal funesta, de noche
fui a plantar mis raíces:
averigüé lo amargo de la tierra:
todo fue para mí noche o relámpago:
cera secreta cupo en mi cabeza
y derramó cenizas en mis huellas.

Y para quién busqué este pulso frío
sino para una muerte?
Y qué instrumento perdí en las tinieblas
desamparadas, donde nadie me oye?
No,
ya era tiempo, huid,
sombras de sangre,
hielos de estrella, retroceded al paso de los pasos humanos
y alejad de mis pies la negra sombra!

Yo de los hombres tengo la misma mano herida,
yo sostengo la misma copa roja
e igual asombro enfurecido:
un día
palpitante de sueños
humanos, un salvaje
corcel ha llegado

a mi devoradora noche
para que junte mis pasos de lobo
a los pasos del hombre.

Y así, reunido,
duramente central, no busco asilo
en los huecos del llanto: nuestro
la cepa de la abeja: pan radiante
para el hijo del hombre: en el misterio el azul se prepara
para mirar un trigo lejano de la sangre.

Dónde está tu sitio en la rosa?
En dónde está tu párpado de estrella?
Olvidaste esos dedos de sudor que enloquecen
por alcanzar la arena?

Paz para ti, sol sombrío,
paz para ti, frente ciega,
hay un quemante sitio para ti en los caminos,
hay piedras sin misterio en los caminos,
hay silencios de cárcel con una estrella loca,
desnuda, desbocada, contemplando el infierno.

Juntos frente al sollozo!

Es la hora
alta de tierra y de perfume, mirad este rostro
recién salido de la sal terrible,
mirad esta boca amarga que sonrío,
mirad este nuevo corazón que os saluda
con su flor desbordante, determinada y áurea.

EXPLICO ALGUNAS COSAS

Preguntaréis: Y dónde están las lilas?
Y la metafísica cubierta de amapolas?
Y la lluvia que a menudo golpeaba
sus palabras llenándolas
de agujeros y pájaros?

Os voy a contar todo lo que me pasa.

Yo vivía en un barrio
de Madrid, con campanas,
con relojes, con árboles.

Desde allí se veía
el rostro seco de Castilla
como un océano de cuero.

Mi casa era llamada
la casa de las flores, porque por todas partes

estallaban geranios: era
una bella casa
con perros y chiquillos.

Raúl, te acuerdas?

Te acuerdas, Rafael?

Federico, te acuerdas

debajo de la tierra,
te acuerdas de mi casa con balcones en donde
la luz de junio ahogaba flores en tu boca?

Hermano, hermano!

Todo

eran grandes voces, sal de mercaderías,
aglomeraciones de pan palpitante,
mercados de mi barrio de Argüelles con su estatua
como un tintero pálido entre las merluzas:
el aceite llegaba a las cucharas,
un profundo latido
de pies y manos llenaba las calles,
metros, litros, esencia
aguda de la vida,

pescados hacinados,
contextura de techos con sol frío en el cual
la flecha se fatiga,
delirante marfil fino de las patatas,
tomates repetidos hasta el mar.

Y una mañana todo estaba ardiendo
y una mañana las hogueras
salían de la tierra
devorando seres,
y desde entonces fuego,
pólvora desde entonces,
y desde entonces sangre.
Bandidos con aviones y con moros,
bandidos con sortijas y duquesas,
bandidos con frailes negros bendiciendo
venían por el cielo a matar niños,
y por las calles la sangre de los niños
corría simplemente, como sangre de niños.

Chacales que el chacal rechazaría,
piedras que el cardo seco mordería escupiendo,
víboras que las víboras odiaran!

Frente a vosotros he visto la sangre
de España levantarse
para ahogaros en una sola ola
de orgullo y de cuchillos!

Generales
traidores:
mirad mi casa muerta,
mirad España rota:
pero de cada casa muerta sale metal ardiendo
en vez de flores,
pero de cada hueco de España
sale España,
pero de cada niño muerto sale un fusil con ojos,
pero de cada crimen nacen balas
que os hallarán un día el sitio
del corazón.

Preguntaréis por qué su poesía
no nos habla del sueño, de las hojas,
de los grandes volcanes de su país natal?

Venid a ver la sangre por las calles,
venid a ver
la sangre por las calles,
venid a ver la sangre
por las calles!

LA VICTORIA DE LAS ARMAS DEL PUEBLO

*Mas como el recuerdo de la tierra, como el pétreo
esplendor del metal y el silencio,
pueblo, patria y avena, es tu victoria.*

*Avanza tu bandera agujereada
como tu pecho sobre las cicatrices
de tiempo y tierra.*

TRIUNFO

*Solemne es el triunfo del pueblo.
A su paso de gran victoria
la ciega patata y la uva
celestes brillan en la tierra.*

UN CANTO PARA BOLÍVAR

Padre nuestro que estás en la tierra, en el agua, en el aire
de toda nuestra extensa latitud silenciosa,
todo lleva tu nombre, padre, en nuestra morada:
tu apellido la caña levanta a la dulzura,

el estaño bolívar tiene un fulgor bolívar,
el pájaro bolívar sobre el volcán bolívar,
la patata, el salitre, las sombras especiales,
las corrientes, las vetas de fosfórica piedra,
todo lo nuestro viene de tu vida apagada,
tu herencia fueron ríos, llanuras, campanarios,
tu herencia es el pan nuestro de cada día, padre.

Tu pequeño cadáver de capitán valiente
ha extendido en lo inmenso su metálica forma,
de pronto salen dedos tuyos entre la nieve
y el austral pescador saca a la luz de pronto
tu sonrisa, tu voz palpitando en las redes.

De qué color la rosa que junto a tu alma alcemos?
Roja será la rosa que recuerde tu paso.
Cómo serán las manos que toquen tu ceniza?
Rojas serán las manos que en tu ceniza nacen.
Y cómo es la semilla de tu corazón muerto?
Es roja la semilla de tu corazón vivo.

Por eso es hoy la ronda de manos junto a ti.
Junto a mi mano hay otra y hay otra junto a ella,
y otra más, hasta el fondo del continente oscuro.
Y otra mano que tú no conociste entonces
viene también, Bolívar, a estrechar a la tuya:
de Teruel, de Madrid, del Jarama, del Ebro,
de la cárcel, del aire, de los muertos de España
llega esta mano roja que es hija de la tuya.

Capitán, combatiente, donde una boca
grita libertad, donde un oído escucha,
donde un soldado rojo rompe una frente parda,
donde un laurel de libres brota, donde una nueva
bandera se adorna con la sangre de nuestra insigne aurora,
Bolívar, capitán, se divisa tu rostro.
Otra vez entre pólvora y humo tu espada está naciendo.
Otra vez tu bandera con sangre se ha bordado.
Los malvados atacan tu semilla de nuevo,
clavado en otra cruz está el hijo del hombre.

Pero hacia la esperanza nos conduce tu sombra,
el laurel y la luz de tu ejército rojo
a través de la noche de América con tu mirada mira.
Tus ojos que vigilan más allá de los mares,
más allá de los pueblos oprimidos y heridos,
más allá de las negras ciudades incendiadas,
tu voz nace de nuevo, tu mano otra vez nace:
tu ejército defiende las banderas sagradas:

la Libertad sacude las campanas sangrientas,
y un sonido terrible de dolores precede
la aurora enrojecida por la sangre del hombre.
Libertador, un mundo de paz nació en tus brazos.
La paz, el pan, el trigo de tu sangre nacieron,
de nuestra joven sangre venida de tu sangre
saldrán paz, pan y trigo para el mundo que haremos.

Yo conocí a Bolívar una mañana larga,
en Madrid, en la boca del Quinto Regimiento,
Padre, le dije, eres o no eres o quién eres?
Y mirando el Cuartel de la Montaña, dijo:
“Despierto cada cien años cuando despierta el pueblo”.

CANTO AL EJÉRCITO ROJO EN SU LLEGADA A LAS PUERTAS DE PRUSIA

Este es el canto entre la noche y el alba este
es el canto salido desde los últimos estertores
como desde el cuero
golpeado de un tambor sangriento
brotado de las primeras alegrías parecidas a la rama
florida en la nieve y al rayo del sol sobre la rama florida

Estas son las palabras que empuñaron lo agónico,
y que sílaba a sílaba estrujaron las lágrimas
como ropa manchada
Hasta secar las últimas humedades amargas
del sollozo
y hacer de todo el llanto la trenza endurecida
La cuerda, el hilo duro que sostenga la aurora.

Hermanos: hoy podemos decir, el alba viene,
Ya podemos golpear la mesa con el puño.
Que sostuvo hasta ayer nuestra frente con lágrimas.
Ya podemos mirar la torre cristalina
de nuestra poderosa cordillera nevada
porque en el alto orgullo de sus alas de nieve
brilla el fulgor severo de una nieve lejana
donde están enterradas las garras invasoras.

El Ejército Rojo en las puertas de Prusia. ¡Oíd, oíd!
Oscuros, humillados, héroes radiantes de corona caída,
oíd, aldeas deshechas y taladas y rotas,
oíd, campos de Ucrania donde la espiga puede renacer con orgullo,
oíd, martirizados, ahorcados, oíd, guerrilleros muertos tiesos
bajo la escarcha con las manos que muerden todavía el fusil,
oíd, muchachas, niños desamparados, oíd, cenizas sagradas
de Pushkin y Tolstói, de Pedro y Suvorov,

oíd, en esta altura meridiana el sonido
que en las puertas de Prusia golpea como un trueno.”

El Ejército Rojo en las puertas de Prusia. Dónde están
los encolerizados asesinos, los cavadores de tumbas,
dónde están los que del abeto colgaron a las madres,
dónde están los tigres con olor a exterminio?
Están detrás de los muros de su propia casa temblando,
esperando el relámpago del castigo, y cuando todos los muros caigan
verán llegar al abeto y a la virgen, al guerrillero y al niño,
verán llegar a los muertos y a los vivos para juzgarlos.

Oíd, checoslovacos, preparad las tenazas
más duras y las horcas, y las cenizas de Lídice
para que sean tragadas por el verdugo mañana:
oíd, impacientes trabajadores de Francia, preparad vuestros ríos inmortales
para que naveguen en ellos los invasores ahogados.
Preparad la venganza, españoles, detrás de la sierra
y junto a la costa del Sur ardiente
limpiad la pequeña carabina oxidada porque
ha llegado el día.

Este es el canto del día que nace y de la noche que termina.
Oídllo bien, y que del sufrimiento endurecido salga la voz segura
que no perdone, y que no tiemble el brazo que castigue.
Antes de empezar mañana las cantigas de la piedad humana
tenéis tiempo aún de conocer las tierras empapadas de martirio.
No levantéis mañana la bandera del perdón
sobre los malditos hijos del lobo y hermanos de la serpiente,
sobre los que llegaron hasta el último filo del cuchillo y arrasaron la rosa.

Este es el canto de la primavera escondida
bajo las tierras de Rusia, bajo las extensiones
de la taiga y la nieve, esta es la palabra
que sube hasta la garganta desde la raíz enterrada.
Desde la raíz cubierta por tanta angustia, desde el tallo quebrado
por el invierno más amargo de la tierra, por el invierno de la sangre en la tierra.

Pero las cosas pasan, y desde el fondo
de la tierra la nueva primavera camina.
Mirad los cañones que florecen en la boca de Prusia.
Mirad las ametralladoras y los tanques que
desembarcan en esta hora en Marsella.
Escuchad el corazón áspero de Yugoslavia
palpitando otra vez en el pecho desangrado de Europa.
Los ojos españoles miran hacia acá, hacia México y Chile,
porque esperan el regreso de sus hermanos errantes.

Algo pasa en el mundo, como un soplo que antes

no sentíamos entre las olas de la pólvora.

Este es el canto de lo que pasa y de lo que será.
Este es el canto de la lluvia que cayó sobre el campo
como una inmensa lágrima de sangre y plomo.
Hoy que el Ejército Rojo golpea las puertas de Prusia
he querido cantar para vosotros, para toda la tierra,
este canto de palabras oscuras,
para que seamos dignos de la luz que llega.

AMOR AMÉRICA (1400)

*Antes de la peluca y la casaca
fueron los ríos, ríos arteriales:
fueron las cordilleras, en cuya onda raída
el cóndor o la nieve parecían inmóviles:
fue la humedad y la espesura, el trueno
sin nombre todavía, las pampas planetarias.*

*El hombre tierra fue, vasija, párpado
del barro trémulo, forma de la arcilla,
fue cántaro caribe, piedra chibcha,
copa imperial o sílice araucana.
Tierno y sangriento fue, pero en la empuñadura
de su arma de cristal humedecido,
las iniciales de la tierra estaban
escritas.*

*Nadie pudo
recordarlas después: el viento
las olvidó, el idioma del agua
fue enterrado, las claves se perdieron
o se inundaron de silencio o sangre.*

*No se perdió la vida, hermanos pastorales.
Pero como una rosa salvaje
cayó una gota roja en la espesura
y se apagó una lámpara de tierra.*

*Yo estoy aquí para contar la historia.
Desde la paz del búfalo
hasta las azotadas arenas
de la tierra final, en las espumas
acumuladas de la luz antártica,
y por las madrigueras despeñadas
de la sombría paz venezolana,
te busqué, padre mío,
joven guerrero de tiniebla y cobre
oh tú, planta nupcial, cabellera indomable,*

madre caimán, metálica paloma.

*Yo, incásico del légamo,
toqué la piedra y dije:*

Quién

*me espera? Y apreté la mano
sobre un puñado de cristal vacío.
Pero anduve entre flores zapotecas
y dulce era la luz como un venado,
y era la sombra como un párpado verde.*

*Tierra mía sin nombre, sin América,
estambre equinoccial, lanza de púrpura,
tu aroma me trepó por las raíces
hasta la copa que bebía, hasta la más delgada
palabra aún no nacida de mi boca.*

VEGETACIONES

A las tierras sin nombres y sin números
bajaba el viento desde otros dominios,
traía la lluvia hilos celestes,
y el dios de los altares impregnados
devolvía las flores y las vidas.

En la fertilidad crecía el tiempo.

El jacarandá elevaba espuma
hecha de resplandores transmarinos,
la araucaria de lanzas erizadas
era la magnitud contra la nieve,
el primordial árbol caoba
desde su copa destilaba sangre,
y al Sur de los alerces,
el árbol trueno, el árbol rojo,
el árbol de la espina, el árbol madre,
el ceibo bermellón, el árbol caucho,
eran volumen terrenal, sonido,
eran territoriales existencias.

Un nuevo aroma propagado
llenaba, por los intersticios
de la tierra, las respiraciones
convertidas en humo y fragancia:
el tabaco silvestre alzaba
su rosal de aire imaginario.
Como una lanza terminada en fuego
apareció el maíz, y su estatura

se desgranó y nació de nuevo,
diseminó su harina, tuvo
muertos bajo sus raíces,
y luego, en su cuna, miró
crecer los dioses vegetales.
Arruga y extensión, diseminaba
la semilla del viento
sobre las plumas de la cordillera,
espesa luz de germen y pezones,
aurora ciega amamantada
por los ungüentos terrenales
de la implacable latitud lluviosa,
de las cerradas noches manantiales,
de las cisternas matutinas.
Y aun en las llanuras
como láminas del planeta ,
bajo un fresco pueblo de estrellas,
rey de la hierba, el ombú detenía
el aire libre, el vuelo rumoroso
y montaba la pampa sujetándola
con su ramal de riendas y raíces.

América arboleda,
zarza salvaje entre los mares,
de polo a polo balanceabas,
tesoro verde, tu espesura.

Germinaba la noche
en ciudades de cáscaras sagradas,
en sonoras maderas,
extensas hojas que cubrían
la piedra germinal, los nacimientos.
Útero verde, americana
sabana seminal, bodega espesa,
una rama nació como una isla,
una hoja fue forma de la espada,
una flor fue relámpago y medusa,
un racimo redondeó su resumen,
una raíz descendió a las tinieblas.

LOS RÍOS ACUDEN

Amada de los ríos, combatida
por agua azul y gotas transparentes,
como un árbol de venas es tu espectro
de diosa oscura que muerde manzanas:
al despertar desnuda entonces,
eras tatuada por los ríos,

y en la altura mojada tu cabeza
llenaba el mundo con nuevos rocíos.
Te trepidaba el agua en la cintura.
Eras de manantiales construida
y te brillaban lagos en la frente.
De tu espesura madre recogías
el agua como lágrimas vitales,
y arrastrabas los cauces a la arena
a través de la noche planetaria,
cruzando ásperas piedras dilatadas,
rompiendo en el camino
toda la sal de la geología,
cortando bosques de compactos muros,
apartando los músculos del cuarzo.

ORINOCO

Orinoco, déjame en tus márgenes
de aquella hora sin hora:
déjame como entonces ir desnudo,
entrar en tus tinieblas bautismales.
Orinoco de agua escarlata,
déjame hundir las manos que regresan
a tu maternidad, a tu transcurso,
río de razas, patria de raíces,
tu ancho rumor, tu lámina salvaje
viene de donde vengo, de las pobres
y altivas soledades, de un secreto
como una sangre, de una silenciosa
madre de arcilla.

AMAZONAS

Amazonas,
capital de las sílabas del agua,
padre patriarca, eres
la eternidad secreta
de las fecundaciones,
te caen ríos como aves, te cubren
los pistilos color de incendio,
los grandes troncos muertos te pueblan de perfume,
la luna no te puede vigilar ni medirte.
Eres cargado con esperma verde
como un árbol nupcial, eres plateado
por la primavera salvaje,
eres enrojecido de maderas,
azul entre la luna de las piedras,
vestido de vapor ferruginoso,
lento como un camino de planeta.

TEQUENDAMA

Tequendama, recuerdas
tu solitario paso en las alturas
sin testimonio, hilo
de soledades, voluntad delgada,
línea celeste, flecha de platino,
recuerdas paso y paso
abriendo muros de oro
hasta caer del cielo en el teatro
aterrador de la piedra vacía?

BÍO-BÍO

Pero háblame, Bío-Bío,
son tus palabras en mi boca
las que resbalan, tú me diste
el lenguaje, el canto nocturno
mezclado con lluvia y follaje.
Tú, sin que nadie mirara a un niño,
me contaste el amanecer
de la tierra, la poderosa
paz de tu reino, el hacha enterrada
con un ramo de flechas muertas,
lo que las hojas del canelo
en mil años te relataron,
y luego te vi entregarte al mar
dividido en bocas y senos,
ancho y florido, murmurando
una historia color de sangre.

LOS HOMBRES

Como la copa de la arcilla era
la raza mineral, el hombre
hecho de piedras y de atmósfera,
limpio como los cántaros, sonoro.
La luna amasó a los caribes,
extrajo oxígeno sagrado,
machacó flores y raíces.
Anduvo el hombre de las islas
tejiendo ramos y guirnaldas
de polymitas azufradas,
y soplando el tritón marino
en la orilla de las espumas.

El tarahurnara se vistió de agujones

y en la extensión del Noroeste
con sangre y pedernales creó el fuego,
mientras el universo iba naciendo
otra vez en la arcilla del tarasco:
los mitos de las tierras amorosas,
la exuberancia húmeda de donde
lodo sexual y frutas derretidas
iban a ser actitud de los dioses
o pálidas paredes de vasijas.

Como faisanes deslumbrantes
descendían los sacerdotes
de las escaleras aztecas.
Los escalones triangulares
sostenían el innumerable
relámpago de las vestiduras.
Y la pirámide augusta,
piedra y piedra, agonía y aire,
en su estructura dominadora
guardaba como una almendra
un corazón sacrificado.
En un trueno como un aullido
caía la sangre por
las escalinatas sagradas.
Pero muchedumbres de pueblos
tejían la fibra, guardaban
el porvenir de las cosechas,
trenzaban el fulgor de la pluma,
convencían a la turquesa,
y en enredaderas textiles
expresaban la luz del mundo.

Mayas, habíais derribado
el árbol del conocimiento.
Con olor de razas graneras
se elevaban las estructuras
del examen y de la muerte,
y escrutabais en los cenotes,
arrojándoles novias de oro,
la permanencia de los gérmenes.

Chichén, tus rumores crecían
en el amanecer de la selva.
Los trabajos iban haciendo
la simetría del panal
en tu ciudadela amarilla,
y el pensamiento amenazaba
la sangre de los pedestales,
desmontaba el cielo en la sombra,

conducía la medicina,
escribía sobre las piedras.

Era el Sur un asombro dorado.
Las altas soledades
de Macchu Picchu en la puerta del cielo
estaban llenas de aceites y cantos,
el hombre había roto las moradas
de grandes aves en la altura,
y en el nuevo dominio entre las cumbres
el labrador tocaba la semilla
con sus dedos heridos por la nieve.

El Cuzco amanecía como un
trono de torreones y graneros
y era la flor pensativa del mundo
aquella raza de pálida sombra
en cuyas manos abiertas temblaban
diademas de imperiales amatistas.
Germinaba en las terrazas
el maíz de las altas tierras
y en los volcánicos senderos
iban los vasos y los dioses.
La agricultura perfumaba
el reino de las cocinas
y extendía sobre los techos
un manto de sol desgranado.

(Dulce raza, hija de sierras,
estirpe de torre y turquesa,
ciérrame los ojos ahora,
antes de irnos al mar
de donde vienen los dolores.)

Aquella selva azul era una gruta
y en el misterio de árbol y tiniebla
el guaraní cantaba como
el humo que sube en la tarde,
el agua sobre los follajes,
la lluvia en un día de amor,
la tristeza junto a los ríos.

En el fondo de América sin nombre
estaba Arauco entre las aguas
vertiginosas, apartado
por todo el frío del planeta.
Mirad el gran Sur solitario.
No se ve humo en la altura.
Sólo se ven los ventisqueros

y el vendaval rechazado
por las ásperas araucarias.
No busques bajo el verde espeso
el canto de la alfarería.

Todo es silencio de agua y viento.

Pero en las hojas mira el guerrero.
Entre los alerces un grito.
Unos ojos de tigre en medio
de las alturas de la nieve.

Mira las lanzas descansando.
Escucha el susurro del aire
atravesado por las flechas.
Mira los pechos y las piernas
y las cabelleras sombrías
brillando a la luz de la luna.

Mira el vacío de los guerreros.

No hay nadie. Trina la diuca
como el agua en la noche pura.

Cruza el cóndor su vuelo negro.
No hay nadie. Escuchas? Es el paso
del puma en el aire y las hojas.

No hay nadie. Escucha. Escucha el árbol,
escucha el árbol araucano.

No hay nadie. Mira las piedras.

Mira las piedras de Arauco.

No hay nadie, sólo son los árboles.

Sólo son las piedras, Arauco.

ALTURAS DE MACHU PICCHU

I

Del aire al aire, como una red vacía,
iba yo entre las calles y la atmósfera, llegando y despidiendo,
en el advenimiento del otoño la moneda extendida
de las hojas, y entre la primavera y las espigas,
lo que el más grande amor, como dentro de un guante

que cae, nos entrega como una larga luna.

(Días de fulgor vivo en la intemperie
de los cuerpos: aceros convertidos
al silencio del ácido:
noches deshilachadas hasta la última harina:
estambres agredidos de la patria nupcial.)

Alguien que me esperó entre los violines
encontró un mundo como una torre enterrada
hundiendo su espiral más debajo de todas
las hojas de color de ronco azufre:
más abajo, en el oro de la geología,
como una espada envuelta en meteoros,
hundí la mano turbulenta y dulce
en lo más genital de lo terrestre.

Puse la frente entre las olas profundas,
descendí como gota entre la paz sulfúrica,
y, como un ciego, regresé al jazmín
de la gastada primavera humana.

VI

Entonces en la escala de la tierra he subido
entre la atroz maraña de las selvas perdidas
hasta ti, Macchu Picchu.
Alta ciudad de piedras escalares,
por fin morada del que lo terrestre
no escondió en las dormidas vestiduras.
En ti, como dos líneas paralelas,
la cuna del relámpago y del hombre
se mecían en un viento de espinas.

Madre de piedra, espuma de los cóndores.

Alto arrecife de la aurora humana.

Pala perdida en la primera arena.

Ésta fue la morada, éste es el sitio:
aquí los anchos granos del maíz ascendieron
y bajaron de nuevo como granizo rojo.

Aquí la hebra dorada salió de la vicuña
a vestir los amores, los túmulos, las madres,
el rey, las oraciones, los guerreros.

Aquí los pies del hombre descansaron de noche
junto a los pies del águila, en las altas guaridas
carniceras, y en la aurora
pisaron con los pies del trueno la niebla enrarecida,
y tocaron las tierras y las piedras
hasta reconocerlas en la noche o la muerte.

Miro las vestiduras y las manos,
el vestigio del agua en la oquedad sonora,
la pared suavizada por el tacto de un rostro
que miró con mis ojos las lámparas terrestres,
que aceitó con mis manos las desaparecidas
maderas: porque todo, ropaje, piel, vasijas,
palabras, vino, panes,
se fue, cayó a la tierra.

Y el aire entró con dedos
de azahar sobre todos los dormidos:
mil años de aire, meses, semanas de aire,
de viento azul, de cordillera férrea,
que fueron como suaves huracanes de pasos
lustrando el solitario recinto de la piedra.

IX

Águila sideral, viña de bruma.
Bastión perdido, cimitarra ciega.
Cinturón estrellado, pan solemne.
Escala torrencial, párpado inmenso.
Túnica triangular, polen de piedra.
Lámpara de granito, pan de piedra.
Serpiente mineral, rosa de piedra.
Nave enterrada, manantial de piedra.
Caballo de la luna, luz de piedra.
Escuadra equinoccial, vapor de piedra.
Geometría final, libro de piedra.
Témpano entre las ráfagas labrado.
Madrépora del tiempo sumergido.
Muralla por los dedos suavizada.
Techumbre por las plumas combatida.
Ramos de espejo, bases de tormenta.
Tronos volcados por la enredadera.
Régimen de la garra encarnizada.
Vendaval sostenido en la vertiente.
Inmóvil catarata de turquesa.
Campana patriarcal de los dormidos.
Argolla de las nieves dominadas.
Hierro acostado sobre sus estatuas.

Inaccesible temporal cerrado.
Manos de puma, roca sanguinaria.
Torre sombrera, discusión de nieve.
Noche elevada en dedos y raíces.
Ventana de las nieblas, paloma endurecida.
Planta nocturna, estatua de los truenos.
Cordillera esencial, techo marino.
Arquitectura de águilas perdidas.
Cuerda del cielo, abeja de la altura.
Nivel sangriento, estrella construida.
Burbuja mineral, luna de cuarzo.
Serpiente andina, frente de amaranto.
Cúpula del silencio, patria pura.
Novia del mar, árbol de catedrales.
Ramo de sal, cerezo de alas negras.
Dentadura nevada, trueno frío.
Luna arañada, piedra amenazante.
Cabellera del frío, acción del aire.
Volcán de manos, catarata oscura.
Ola de plata, dirección del tiempo.

XII

Sube a nacer conmigo, hermano.

Dame la mano desde la profunda
zona de tu dolor diseminado.
No volverás del fondo de las rocas.
No volverás del tiempo subterráneo.
No volverá tu voz endurecida.
No volverán tus ojos taladrados.
Mírame desde el fondo de la tierra,
labrador, tejedor, pastor callado:
domador de guanacos tutelares:
albañil del andamio desafiado:
aguador de las lágrimas andinas:
joyero de los dedos machacados:
agricultor temblando en la semilla:
alfarero en tu greda derramado:
traed a la copa de esta nueva vida
vuestros viejos dolores enterrados.
Mostradme vuestra sangre y vuestro surco,
decidme: aquí fui castigado,
porque la joya no brilló o la tierra
no entregó a tiempo la piedra o el grano:
señaladme la piedra en que caísteis
y la madera en que os crucificaron,
encendedme los viejos pedernales,

las viejas lámparas, los látigos pegados
a través de los siglos en las llagas
y las hachas de brillo ensangrentado.
Yo vengo a hablar por vuestra boca muerta.

A través de la tierra juntad todos
los silenciosos labios derramados
y desde el fondo habladme toda esta larga noche
como si yo estuviera con vosotros anclado,
contadme todo, cadena a cadena,
eslabón a eslabón, y paso a paso,
afilad los cuchillos que guardasteis,
ponedlos en mi pecho y en mi mano,
como un río de rayos amarillos,
como un río de tigres enterrados,
y dejadme llorar, horas, días, años,
edades ciegas, siglos estelares.

Dadme el silencio, el agua, la esperanza.

Dadme la lucha, el hierro, los volcanes.

Apegadme los cuerpos como imanes.

Acudid a mis venas y a mi boca.

Hablad por mis palabras y mi sangre.

VIENEN POR LAS ISLAS (1493)

Los carniceros desolaron las islas.
Guanahaní fue la primera
en esta historia de martirios.
Los hijos de la arcilla vieron rota
su sonrisa, golpeada
su frágil estatura de venados,
y aun en la muerte no entendían.
Fueron amarrados y heridos,
fueron quemados y abrasados,
fueron mordidos y enterrados.
Y cuando el tiempo dio su vuelta de vals
bailando en las palmeras,
el salón verde estaba vacío.

Sólo quedaban huesos
rígidamente colocados
en forma de cruz, para mayor

gloria de Dios y de los hombres.

De las gredas mayores
y el ramaje de Sotavento
hasta las agrupadas coralinas
fue cortando el cuchillo de Narváez.
Aquí la cruz, aquí el rosario,
aquí la Virgen del Garrote.
La alhaja de Colón, Cuba fosfórica,
recibió el estandarte y las rodillas
en su arena mojada.

EL POETA COMIENZA A CANTAR

Lo cierto es que en la cordillera necesaria,
bajo el volcán de siete lenguas, allí
donde por todas partes la voz vertiginosa
del agua, hija nevada, descendió,
nada puede nacer sino los días en el bosque,
temblorosos de viento y de rocío.

La voluntad de los motores se consumía lejos:
el humo de los trenes iba hacia las ciudades
y yo, el empecinado, minero del silencio,
hallé la zona sombra, el día cero,
donde el tiempo parecía volver
como un viejo elefante, o detenerse,
para morir tal vez, para seguir tal vez,
pero entre noche y noche se preparaba el siguiente,
el día sucesivo como una gota.

Y aquí comienza esta sonata negra.

DESDE LAS GUERRAS

Rhodo el guerrero había transmigrado
desde los arenales del Gran Desierto:
la edad de las lanzas verdes vivió, el trueno
de las caballerías, la dirección del rayo.

La sangre fue bandera del terrible.

La muerte lo enlutó de manera espaciosa
como a tierra nocturna,
hasta que decidió dedicarse al silencio,
a la profundidad desconocida,
y buscó tierra para un nuevo reino,
aguas azules para lavar la sangre.

(En el extremo de Chile se rompe el planeta:
el mar y el fuego, la ciencia de las olas,
los golpes del volcán, el martillo del viento,
la racha dura con su filo furioso,
cortaron tierras y aguas, las separaron: crecieron
islas de fósforo, estrellas verdes, canales invitados,
selvas como racimos, roncós desfiladeros:
en aquel mundo de fragancia fría
Rhodo fundó su reino.)

EL AMOR

Rosía desnuda en la agricultura enmarañada,
Rosía blanca y azul, fina de pétalos,
dura de muslos, sombría de cabellos,
se abrió para que entrara Rhodo en ella
y un estertor un trueno
manifestó la tierra:
el río torrencial saludaba a la luna:
dos estirpes contrarias se habían confundido.

Y de pronto el gigante de la gran cordillera
y la fragancia hija de la nieve
se sintieron desnudos y se destinaron:
eran de nuevo dos inocentes perdidos,
mordidos por la serpiente de fuego,
otra vez solos en el Jardín original.

La escarcha del nuevo día se complicó en la hierba,
la nupcial platería que congeló el rocío
cubrió el inmenso lecho de Rosía terrestre,
y ella entreabrió entre sueños otra vez su delicia.
para que Rhodo penetrara en ella.

Así fue procreado en la luz fría
un nuevo mundo interno
como un panal salvaje
y otra vez el origen del hombre remontó

todo el secreto río de las edades muertas
a regar y cantar y temblar y fundar
bajo la poderosa sombra blanca
de los volcanes y sus piedras magnéticas.

ROSÍA LIBERADA

Cuando se desplomó la ciudad de oro
ignorada en la selva, los Césares murieron
bajo el peso metálico de sus propios castillos.

El terremoto destrozó el orgullo,
volvió la selva a devorar
con lianas y raíces el esplendor amarillo,
y como el mar levanta la amargura en la ola
así la tierra alzó su paroxismo
recobrando de nuevo espacio puro.

Allí quedó vacía como un anillo de oro
que cae y rueda desde un dedo muerto
la secreta ciudad que los conquistadores
no alcanzaron: derrotó la codicia
pero cayó tragada por la tierra.

De los escombros áureos salió una luz dorada,
sola sobreviviente, Rosía montesina,
hija imperial de los dinastas muertos,
entendida en los frutos de la selva,
de manos transparentes y de pezones de oro.

Huyó de la ciudad aniquilada,
atravesó las aguas bruscas, quebrantó
la espesa hostilidad de las espinas:
árboles que dormían, peñascos como dientes,
animales hirsutos, fuego blanco de lava,
y anduvo hasta volver a la pureza,
al animal perdido entre las hojas.

LA CLARIDAD

Oh amada, oh claridad bajo mi cuerpo,
oh suave tú, de la aspereza desprendida,

eres toda la noche con su acción constelada
y el peso de la luz que la atraviesa.

Eres la paz del trigo que se prepara a ser.

Oh amada mía, acógeme y recógeme ahora
en esta última isla nupcial que se estremece
como nosotros con el latido de la tierra.

Oh amada de cintura parecida a la música,
de pechos agrandados en el Edén glacial,
de pies que caminaron sobre las cordilleras,
oh Eva Rosía, el reino no esperaba
sino el frío estallido de la tormenta, el vuelo
de tórtolas salvajes, y eras tú que venías,
soberana perdida, fugitiva del cielo.

LOS DIOSES

El hombre se llama Rhodo
y la mujer Rosía.

Conducían la nave,
dirigían el mundo de la nave:
de pronto allí, cerca de la cascada
y cerca de morir, con las pestañas
quemadas y los cuerpos desollados,
y los ojos amargos de dolor,
sólo allí comprendieron
que eran dioses,
que cuando el viejo Dios levantó
la columna
de fuego y maldición, la espada ígnea,
allí murió el antiguo,
el maldiciente,
el que había cumplido y maldecía su obra,
el Dios sin nuevos frutos
había muerto y ahora
pasó el hombre a ser Dios.

Puede morir, pero debe nacer
interminablemente:
no puede huir: debe poblar la tierra,
debe poblar el mar: sólo los nuevos dioses
mordieron la manzana del amor.

HUMBERTO DÍAZ-CASANUEVA

(1906)

Principales obras: *Requiem* (1945), *La hija vertiginosa* (1964), *El sol ciego* (1966).

REQUIEM

I

Como un centinela helado pregunto: ¿quién se esconde en el tiempo y me mira?
Algo pasa temblando, algo estremece el follaje de la noche, el sueño errante afina mis sentidos, el oído mortal escucha el quejido del perro de los campos.
Mirad al que empuja el árbol sahumado y se fatiga y derrama blancos cabellos, parece un vivo. Pero no responde nadie sino mi corazón que tiran reciamente con una larga soga.
Nadie, sino el musgo que sigue creciendo y cubre las puertas.
Tal vez las almas desprendidas andan en busca de moradas nuevas.
Pero no hay nadie visible, sino la noche que a menudo entra en el hombre y echa los sellos.
¡Oh, presentimiento como de animal que apuntan! Terrible punzada que me hace ver, como en el ciego, lo que está adentro alumbrando lo distante, lo cercano y lo distante júntese coléricos.
Allá muy lejos, en el país de la montaña devoradora, veo unas lloronas de cabelleras trenzadas, que escriben en las altas torres, me son familiares y amorosas, y parece que dijieran "unamos la sangre aciaga".
¿Hacia dónde caen los ramilletes? ¿por qué componen los atavíos de los difuntos?
¿quién enturbia las campanas como si alguien durmiera demasiado?
Aquí me hallo tan solo, las manos terriblemente juntas, como culebras asidas y todo se agranda en torno mío.
¿Acaso he de huir?, ¿tomar la lancha que avanza como el sueño sobre las negras aguas?
No es tiempo de huir, sino de leer los signos.
¿Cómo ronda el corpulento que unta la espada! las órdenes horribles sale a cumplir.
De pronto escucho un grito en la noche sagrada, de mi casa lejana, como removidos sus cimientos,
viene una luz cegada, una cierva herida se arrastra cojeando, sus pechos brillan como lunas, su leche llena el mundo lentamente.

XII

Estás aquí delante de mí, apiádate, entonces, no necesitas gritarme para que te oiga. He de aprender a invocarte, a interpretar tus ecos.
(¡Si no pude decir adiós es porque el adiós no existe entre nosotros).
Te acercas un poco indecisa como una candela en la mano de otro que te aproximara a la ventana y luego te retirara,
porque debes alumbrar con más espacio sideral en las bóvedas sin fin y bendita perpetuamente.
¿Pero tal vez necesitas que te ayude? el ronco susurro de las preces ¿no enreda tus pasos?
Tal vez desearías que te pasara el rebozo, estabas tan débil, tan fatigada de sentirte ir llamada por los ajenos.
¡Si hubiera una iglesia profunda para encerrarme y pedir algo por ti, si hubiera una iglesia en el mundo!
¿A quién pedir? ¿a quién decirle?
"no la apuren, ha sufrido tanto y luego no puede vivir dentro de la muerte sin mirarnos".

He de buscar un monte, una ribera, una piedra de ermita salvaje en que yo pueda estar solo, de pie en el éxtasis de la noche inmensa,
solo frente a los alambrados acechando a los guardianes en sus rondas,
lamido por silenciosos animales, rondado por los sueños de los niños
y vea pasar claramente el carro entre las estrellas, la palma que te conduce ancha como el firmamento.
Y llorar, nada más que llorar, ver que te pierdes en el mar como una llamarada entre los témpanos,
y sentir que permaneces, sin embargo,
permaneces como una respiración contenida de la tierra, llorar y esperar que pasen los años
y de la cara en llanto salga un destello
y un día venga mi hija corriendo entre la yerba y me muestre la granada vertiginosa, la paloma encendida, el sueño arcano
que renace del fondo de la tierra!

OFRENDA PARA HACERLO PRESENTE

Ay!
Tu frente fue mi acantilado
Tu mana mi abrevadero
Tu ángel
mi horno de la noche
Tu poesía
la marca candente sobre mi
alma
Tu horror
la costra de mi
grito
Tu gozo
mi relincho debajo de
la sangre

Me enseñaste
a aborrecer el oficio
A desdeñar la tinta
A suprimir las vocales
A trabajar a pura sangre
desbocada

Jamás quisiste ser
celestes
ni quemado por la
pedrería
Siempre de cal de
liquen
de cuerpo

*pasado por el ojo de una
aguja*

Siempre sintiendo
nostalgia de tierra
dentro de la tierra

Oh muerte muerte!

Aquí
dentro de mí por
siglos henchidos de
ti
devorando en mí
las migas de los seres!

Peso cansado de todo el
universo
sobre mi
tan pequeño
a la vez que tan grande
en la presunción de mis
poderes

Muerte que te vengas de
que hayamos nacido
para qué?
Para dejar un ancla
forrada de chispas
que desciende
fundida
en un increíble sueño?

Rosamel
Nos han incomunicado
'Te tragaste las llaves
Hay una cerradura mohosa
Hay ancianos
juntando los orujos
Hay una pala hundida
en el desierto

Esta noche
ya sin horas
Este sabor a tábano
Este silbido
en el país del vértigo
Esta *imagen en que
nadie se reconoce*

Ay!

Cómo quisiera
imaginarte vivo
vivo dentro de tu muerte
en un acaecimiento
de inauditas formas
tentando
tentando
resucitar al hombre
dentro del Hombre!

Ahora
este mar que se come
las olas
Sin embargo te veo
te corroboro
te alucino en mi memoria
herida

Te arrojo espuma
lustrándote
la figura verdadera

LA VISIÓN

Yacía oscuro, los párpados caídos hacia lo terrible acaso en el fin del mundo, con estas dos manos insomnes entre el viento que me cruzaba con sus restos de cielo. Entonces ninguna idea tuve, en una blancura enorme se perdieron mis sienas como desangradas coronas y mis huesos resplandecieron como bronce sagrados. Tocaba aquella cima de donde el alba mana suavemente con mis manos que traslucían un mar en orden mágico. Siempre he de escribir cuando comienzan las estrellas, escribir mis signos como pájaros que pían hacia el lado de la muerte.

Mientras mi pecho va menguando la luna desde sus pálidos secretos, y los párpados que soplan una sombra alejándola tristemente envejecen en la luz vaga e inhabitable.

Ahora ya es tarde, si la despierto se le arderán las alas y se afligirá en el error delira mientras delgados cuervos beben de su sombra familiarmente como negros deseos imperiosos.

Oigo que sus pies respiran y beben entre las antiguas aguas de la noche aquí tendida mueve una extraña campana cuyos labios apenas comprendo haz que el dolor te consuma para que puedas renacer en el canto, me dice ah! yo sé bien que he renacido a veces, mas ¿de qué vale si no me reconozco? Al invocar mi sangre asoma el tiempo de lo invisible, porque resuenan cirios, me penetran límites.

Lamen sus manos como abandonadas vestiduras las vellosas sombras quiero serle fiel, desposarla donde el mundo termina y sellarla con un amor insomne que está buscando su centro y aún no sé si caiga en el barro o en el fuego pero libre se halla como una llama sobre otra llama y mi edad le desaparece porque está despierta lejanamente, y puede caminar sobre una espada sin melancolías ni terrores.

JULIO BARRENECHEA

(1910)

Principales obras: *El mitin de las mariposas* (1930), *Rumor de mundo* (1942), *Frutos del país* (1965), *Ceniza viva* (1968)

CIUDAD PERDIDA

¿Qué ciudad sería
aquella ciudad?
No la he visto nunca.
No la veré más.

Pero en ella había
un olor a azahar.
Y un olor a tierra
mojada, al pasar.

Su silencio olía,
y su sombra más.
Su olor me venía
de la eternidad.

Quién sabe si en ella
me hubiera quedado,
que manos tan pura habría besado.

Ciudad que tenías
un olor a azahar.
No te he visto nunca.
No te veré más.

HE VISTO VIEJOS TRONCOS

He visto viejos troncos
florecer, ya caídos.
Más que muertos, parecían dormidos
soñando con antiguas primaveras.

Oh, perfumada evocación presente,
delatando a la vida,
desde el oscuro fondo de la muerte.

De los troncos tendidos parecían las flores temerosas
de sólo ser miradas.
Oh, aromada cautela, más que vivas
las flores parecían añoradas.

He visto viejos troncos, florecer, ya caídos,
y casi me he creído
del tiempo ausente el dueño.
He sentido un momento
todo el pasado mío, porque morir, al fin,
es perder el recuerdo.

EL ÁNGEL RECUPERADO

Yo lo creía mío, porque estaba a mi lado.
¿Cómo no vi sus dedos como puntas de alas?
¡Oh, préstame celeste! ¡Oh, dulce pignorado!
Espuma transitoria destruida en la playa.

¿Cómo no vi sus ojos cuando el aire escrutaban
divisando quién sabe qué mundos ignorados?
Un músico inconcluso en su sangre manaba.
Su fuga pudo ser una flauta o un piano.

Quién sabe, yo no tuve la tersura del aire,
la infinita ternura para tratar a un Ángel.
Mi corteza terrestre pudo herirle las alas,
pudo enturbiar sus ojos parecidos al agua.

Toda la muerte está en sus ropas vacías,
en sus zapatos solos, en sus libros leídos,
en su metal callado de monedas antiguas,
en las puertas cerradas, en nocturnos ruidos.

Pero él está en el aire, manejando hilos de oro,
tutelar y triunfante, protector deslumbrado.
Lo que por él no hicimos, él lo hará por nosotros,
moviéndonos los hilos con sus dedos alados.

Soy el padre sin hijo, soy el padre terrestre,
pero él volvió a la casa de su Padre Celeste.
Es mayor que el asombro de tenerlo perdido,
el milagro del tiempo que lo tuvimos vivo.

Dios lo sembró en mis ojos, me lo arrancó su mano.
Él lo volvió hasta el coro de sus queridas ánimas.
Habitante del cielo, transeúnte extraviado,
¡Qué inmenso he visto a Dios a través de mis lágrimas!

Pero hay un día nuevo, más allá de mi muerte.
Pero hay un nuevo día más allá de los astros.
Y él me saldrá al encuentro, como en la calle nuestra,
abriéndome las alas, como abría los brazos.

ÓSCAR CASTRO

(1910)

Principales obras: *Camino en el alba* (1937), *Viaje del alba a la noche* (1938).

RAÍZ DEL CANTO

Conozco el habla de los hombres
que van curvados por el campo
y el grito puro de la tierra
cuando la hienden los arados.

Conozco el trigo que madura
—sol en monedas acuñado—
y las mujeres que transportan
su llamarada entre los brazos.

Generaciones de labriegos
van por el cauce de mi canto:
hembras del pecho en dos racimos,
firmes varones solitarios.

Ellos hablaban con Dios vivo
en el mensaje de los cardos
y conversaban con el agua
en el lenguaje de los pájaros.

Un abuelo de mis abuelos
era padrino de los álamos.
Otro acuñaba lunas nuevas
al levantar su hoz en alto.

En el silencio de mi madre
dormía el yuyo de los campos,
la yerba-luisa, el toronjil,
el vaso blanco de los nardos.

Todos me cantan pecho adentro;
van por mi sangre río abajo;
giran en trilla de jacintos
por mi silencio deslumbrado.

La tarde pura de mi verso
tiene gavillas y ganados,
porque aún miran con mis ojos
los que sembraron y sembraron.

Cuando galopo cielo arriba
sobre mi yegua de topacio,
es que me tiene desvelado
mi sementera de los astros.

Conozco el grito jubiloso
del trebolar recién regado

y ese licor que se derrama
desde las copas del zapallo.

Sé del lagar, sé de las viñas
y de los mostos fermentando,
y sé de Baco que solloza,
borracho azul, entre los pámpanos.

Sé de las lentas escrituras
del humo gris sobre los ranchos;
del viento sur cuyo relincho
puebla la noche de caballos.

Sé de la harina mañanera
que agosto vuelca de un cedazo
y de los pozos que gotean
en un crepúsculo de cántaros.

Sabiduría de mi sangre
donde los llantos fermentaron.
Sabiduría de mi pecho.
Sabiduría de mis manos.

Lento, en la tarde silenciosa,
por este surco voy pasando:
surco sutil hecho en el tiempo
con el arado de mi canto.

Tengo de greda hecha la frente.
De greda tengo mis dos manos.
Sabiduría de mi sueño.
Sabiduría de mi tacto.

Porque conozco y sé la tierra,
viviré siempre deslumbrado
y conversando iré por ella
con la semilla y con el árbol.

Si de repente me muriera,
como se cae un campanario,
retemblarían las campiñas
en un galope de centauros.

ÁNGEL Y VOLANTÍN

El volantín y el ángel, solos por el espacio.
Trepaban sin romper la burbuja del día.
El volantín y el ángel anclados en el cielo.

Viviendo en un desnudo clima de golondrinas.

Era un acuario el cielo del pez morado y ágil,
El ángel transparente casi no se veía.
Sólo estaban sus manos, llenas de viento nuevo.
El volantín, en ellas, casi resplandecía.

El cielo era redondo y era redondo el vuelo.
Por abismos azules y el volantín subía.
Fino arado rompiendo las campiñas del viento.
En cada surco el ángel se desaparecía.

Pero invisibles trampas giraron de repente.
Por escalas quebradas el volantín caía.
Ángel y volantín en un almendro anclaban.
Entre flores rosadas el ángel se moría.

STELLA CORVALÁN
(1913)

Principales obras: *Sombras del aire* (1940), *Palabras* (1943), *Rostros del Mar* (1947).

POEMAS PARA EL HIJO EN LOS AIRES

I

Desde la cuna oculta de mi entraña
sentí que un hijo nuestro
me llamaba.
Se erguía grácil como un nardo
aromando mi sangre;
y apoyándose fuerte en mis arterias
te llamaba.

Es un hijo de sueños imposibles,
hecho de material penoso y leve;
tiene la magia que yo vi en tus ojos
y su carne es la pulpa de una nube.
Lo hemos ido forjando poco a poco
con temblores de angustia,
con vaivenes de ensueños.

Lo sentimos que vive y no despierta
de su sueño que es luz y que es rocío.
Hijo nuestro y lejano de nosotros,
imprecisa visión de una caricia,
sol que se quedaría en las pupilas
como una antorcha fija.
Transparente visión de una quimera,
oculto grito que en la sombra clama,
llama celeste, flor de madrugada,
voz que de lejos nuestro afán reclama.

Este es el hijo que en mi entraña siento
golpear mi sangre con un ritmo nuevo;
éste es el hijo nuestro que nos llama
con una voz de oculto terciopelo.

II

Has de venir un día
por el camino tibio de mi carne.
Los ríos de mi sangre
se tornarán en manos para caricias suaves.
Estarás incrustado -corazón pequeñito-
como un pétalo rojo en mis entrañas,
y me hablarás de cosas inocentes
mientras los días y las horas
hamacan la esperanza de arrullarte.
Me dirás de la luna y del capullo
y he de buscar en todas las palabras

aquella etérea y diáfana palabra de mi alma.
Serás un resplandor en el camino
y has de traerme toda la alegría
que en los viejos senderos yo he perdido.

Árbol, luz y frescura de mi entraña,
milagro que presiento,
eres el hijo que desde los aires
me está llamando con profundo grito.

No has descendido aún a mi materia
y ya el sendero me parece dócil.
Estoy acariciando a la azucena
para poder mejor acariciarte.
Apresura la luz de tus palabras;
está mi ser entero en la zozobra
de que pudieras extraviarte.

Cuna de mar y cielo haré en mi cuerpo
para esperar tu cuerpecito frágil,
capullo leve, flor incandescente,
hijo mío que esperas en los aires.

III

Mi voz se hizo cristal para llamarte;
mis manos -ahuecadas en caricia-
palparon en los pétalos más suaves
de tu futuro cuerpo la tersura.
Mis ojos, fulgurando como estrellas
persiguieron la luz de tu figura.
Ningún pañal más tibio que mi ensueño
con que tu encanto frágil envolvía.
Era mi boca deshojando besos
una rosa que en luces se extinguía.

Pero ha cambiado todo, mi pequeño,
y tú te quedarás meciendo auroras
desde la curva oculta de otros cielos.
Yo le daré a mi voz un timbre opaco
que esconda los acentos de mi anhelo;
pondré dos crispaciones en mis manos
y en mis ojos la lumbre de los ciegos.
Marcharé persiguiendo tu recuerdo
por la docilidad de los senderos
donde soñé cruzar con planta alegre
acunando tu gracia de lucero.

Ya no quiero que vengas a mi vida,

que es espiga cansada que se inclina
por el peso iracundo de una angustia
que se eternizará frente a mis días.
Serías heredero de mi sino,
cargando soledad sobre hombros leves,
buceando mares de secreto encono,
ahogando tu fervor en aguas crueles.
Todo el cansancio que me curva el cuerpo
sería mi fatídico regalo.

Hijo mío: no bajas a la tierra;
custodia mi inquietud desde los astros...

ÚLTIMAS PALABRAS

Hoy estáis tú y la paz juntos por fin.
Una pequeñas hierbas y unas flores
son tu solo ornamento.
Tienes de centinela, cuidadoso, el silencio,
y por los verdes prados de este inmenso jardín
has de pasar las horas discurriendo
qué sino trágico te obligó a partir.
Renuévanse crepúsculos y auroras
frente a tu soledad, sin compasión,
y premias con silencio de sepulcro
las tiernas cosas que mi labio dice,
mezcla de besos, llanto y oración.

Concertaste tu cita con la paz
y hoy la tienes enorme... interminable.
De día el sol le dora los contornos
a tu lecho fragante.
Y de noche han de estar por mucho tiempo
las estrellas velándote los sueños.
La paz que tú buscaste, nos separa.

NICANOR PARRA

(1914)

Principales obras: *Poemas y antipoemas* (1954), *La cueca larga* (1958), *Versos de salón* (1962), *Obra gruesa* (1969).

SINFONÍA DE CUNA

Una vez andando
Por un parque inglés
Con un angelorum
Sin querer me hallé.

Buenos días, dijo,
Yo le contesté,
Él en castellano,
Pero yo en francés.

Dites moi, don angel.
Comment va 232onsieur.

Él me dio la mano,
Yo le tomé el pie
¡Hay que ver, señores,
Cómo un ángel es!

Fatuo como el cisne,
Frío como un riel,
Gordo como un pavo,
Feo como usted.

Susto me dio un poco
Pero no arranqué.

Le busqué las plumas,
Plumas encontré,
Duras como el duro
Cascarón de un pez.

¡Buenas con que hubiera
Sido Lucifer!

Se enojó conmigo,
Me tiró un revés
Con su espada de oro,
Yo me le agaché.

Ángel más absurdo
Non volveré a ver.

Muerto de la risa
Dije good bye sir,
Siga su camino,
Que le vaya bien,
Que la pise el auto,

Que la mate el tren.

Ya se acabó el cuento,
Uno, dos y tres.

DEFENSA DEL ÁRBOL

Por qué te entregas a esa piedra
Niño de ojos almendrados
Con el impuro pensamiento
De derramarla contra el árbol.
Quien no hace nunca daño a nadie
No se merece tan mal trato.
Ya sea sauce pensativo
Ya melancólico naranjo
Debe ser siempre por el hombre
Bien distinguido y respetado:
Niño perverso que lo hiera
Hierde a su padre y a su hermano.
Yo no comprendo, francamente,
Cómo es posible que un muchacho
Tenga este gesto tan indigno
Siendo tan rubio y delicado.
Seguramente que tu madre
No sabe el cuervo que ha criado,
Te cree un hombre verdadero,
Yo pienso todo lo contrario:
Creo que no hay en todo Chile
Niño tan malintencionado.
¡Por qué te entregas a esa piedra
Como a un puñal envenenado,
Tú que comprendes claramente
La gran persona que es el árbol!
El da la fruta deleitosa
Más que la leche, más que el nardo;
Leña de oro en el invierno,
Sombra de plata en el verano
Y, lo que es más que todo junto,
Crea los vientos y los pájaros.
Piénsalo bien y reconoce
Que no hay amigo como el árbol,
Adonde quiera que te vuelvas
Siempre lo encuentras a tu lado,
Vayas pisando tierra firme
O móvil mar alborotado,
Estés meciéndote en la cuna
O bien un día agonizando,
Más fiel que el vidrio del espejo

Y más sumiso que un esclavo.
Medita un poco lo que haces
Mira que Dios te está mirando,
Ruega al Señor que te perdone
De tan gravísimo pecado
Y nunca más la piedra ingrata
Salga silbando de tu mano.

HAY UN DÍA FELIZ

A recorrer me dediqué esta tarde
Las solitarias calles de mi aldea
Acompañado por el buen crepúsculo
Que es el único amigo que me queda.
Todo está como entonces, el otoño
Y su difusa lámpara de niebla,
Sólo que el tiempo lo ha invadido todo
Con su pálido manto de tristeza.
Nunca pensé, crédmelo, un instante
Volver a ver esta querida tierra,
Pero ahora que he vuelto no comprendo
Cómo pude alejarme de su puerta.
Nada ha cambiado, ni sus casas blancas
Ni sus viejos portones de madera.
Todo está en su lugar; las golondrinas
En la torre más alta de la iglesia;
El caracol en el jardín, y el musgo
En las húmedas manos de las piedras.
No se puede dudar, éste es el reino
Del cielo azul y de las hojas secas
En donde todo y cada cosa tiene
Su singular y plácida leyenda:
Hasta en la propia sombra reconozco
La mirada celeste de mi abuela.
Estos fueron los hechos memorables
Que presencié mi juventud primera,
El correo en la esquina de la plaza
Y la humedad en las murallas viejas.
¡Buena cosa, Dios mío! Nunca sabe
Uno apreciar la dicha verdadera,
Cuando la imaginamos más lejana
Es justamente cuando está más cerca.
Ay de mí, ¡ay de mí!, algo me dice
Que la vida no es más que una quimera;
Una ilusión, un sueño sin orillas,
Una pequeña nube pasajera.
Vamos por partes, no sé bien qué digo,
La emoción se me sube a la cabeza.

Como ya era la hora del silencio
Cuando emprendí mí singular empresa,
Una tras otra, en oleaje mudo,
Al establo volvían las ovejas.
Las saludé personalmente a todas
Y cuando estuve frente a la arboleda
Que alimenta el oído del viajero
Con su inefable música secreta
Recordé el mar y enumeré las hojas
En homenaje a mis hermanas muertas.
Perfectamente bien. Seguí mi viaje
Como quien de la vida nada espera.
Pasé frente a la rueda del molino,
Me detuve delante de una tienda:
El olor del café siempre es el mismo,
Siempre la misma luna en mi cabeza;
Entre el río de entonces y el de ahora
No distingo ninguna diferencia.
Lo reconozco bien, éste es el árbol
Que mi padre plantó frente a la puerta
(Ilustre padre que en sus buenos tiempos
Fuera mejor que una ventana abierta).
Yo me atrevo a afirmar que su conducta
Era un trasunto fiel de la Edad Media
Cuando el perro dormía dulcemente
Bajo el ángulo recto de una estrella.
A estas alturas siento que me envuelve
El delicado olor de las violetas
Que mi amorosa madre cultivaba
Para curar la tos y la tristeza.
Cuánto tiempo ha pasado desde entonces
No podría decirlo con certeza;
Todo está igual, seguramente,
El vino y el ruiseñor encima de la mesa,
Mis hermanos menores a esta hora
Deben venir de vuelta de la escuela:
¡Sólo que el tiempo lo ha borrado todo
Como una blanca tempestad de arena!

SE CANTA AL MAR

Nada podrá apartar de mi memoria
La luz de aquella misteriosa lámpara,
Ni el resultado que en mis ojos tuvo
Ni la impresión que me dejó en el alma.
Todo lo puede el tiempo, sin embargo
Creo que ni la muerte ha de borrarla.
Voy a explicarme aquí, si me permiten,

Con el eco mejor de mi garganta.
Por aquel tiempo yo no comprendía
Francamente ni cómo me llamaba,
No había escrito aún mi primer verso
Ni derramado mi primera lágrima;
Era mi corazón ni más ni menos
Que el olvidado kiosko de una plaza.
Mas sucedió que cierta vez mi padre
Fue desterrado al sur, a la lejana
Isla de Chiloé donde el invierno
Es como una ciudad abandonada.
Partí con él y sin pensar llegamos
A Puerto Montt una mañana clara.
Siempre había vivido mi familia
En el valle central o en la montaña,
De manera que nunca, ni por pienso,
Se conversó del mar en nuestra casa.
Sobre este punto yo sabía apenas
Lo que en la escuela pública enseñaban
Y una que otra cuestión de contrabando
De las cartas de amor de mis hermanas.
Descendimos del tren entre banderas
Y una solemne fiesta de campanas
Cuando mi padre me cogió de un brazo
Y volviendo los ojos a la blanca,
Libre y eterna espuma que a lo lejos
Hacia un país sin nombre navegaba,
Como quien reza una oración me dijo
Con voz que tengo en el oído intacta:
“Este es, muchacho, el mar”. El mar sereno,
El mar que baña de cristal la patria.
No sé decir por qué, pero es el caso
Que una fuerza mayor me llenó el alma
Y sin medir, sin sospechar siquiera,
La magnitud real de mi campaña,
Eché a correr, sin orden ni concierto,
Como un desesperado hacia la playa
Y en un instante memorable estuve
Frente a ese gran señor de las batallas.
Entonces fue cuando extendí los brazos
Sobre el haz ondulante de las aguas,
Rígido el cuerpo, las pupilas fijas,
En la verdad sin fin de la distancia,
Sin que en mi ser moviérase un cabello,
¡Como la sombra azul de las estatuas!
Cuánto tiempo duró nuestro saludo
No podrían decirlo las palabras.
Sólo debo agregar que en aquel día
Nació en mi mente la inquietud y el ansia

De hacer en verso lo que en ola y ola
Dios a mi vista sin cesar creaba.
Desde ese entonces data la ferviente
Y abrasadora sed que me arrebata:
Es que, en verdad, desde que existe el mundo,
La voz del mar en mi persona estaba.

SOLO DE PIANO

Ya que la vida del hombre no es sino una acción a distancia,
Un poco de espuma que brilla en el interior de un vaso;
Ya que los árboles no son sino muebles que se agitan:
No son sino sillas y mesas en movimiento perpetuo;
Ya que nosotros mismos no somos más que seres
(Como el dios mismo no es otra cosa que dios)
Ya que no hablamos para ser escuchados
Sino que para que los demás hablen
Y el eco es anterior a las voces que lo producen,
Ya que ni siquiera tenemos el consuelo de un caos
En el jardín que bosteza y que se llena de aire,
Un rompecabezas que es preciso resolver antes de morir
Para poder resucitar después tranquilamente
Cuando se ha usado en exceso de la mujer;
Ya que también existe un cielo en el infierno,
Dejad que yo también haga algunas cosas:

Yo quiero hacer un ruido con los pies
Y quiero que mi alma encuentre su cuerpo.

SOLILOQUIO DEL INDIVIDUO

Yo soy el Individuo.
Primero viví en una roca
(Allí grabé algunas figuras).
Luego busqué un lugar más apropiado.
Yo soy el Individuo.
Primero tuve que procurarme alimentos,
Buscar peces, pájaros, buscar leña,
(Ya me preocuparía de los demás asuntos).
Hacer una fogata,
Leña, leña, dónde encontrar un poco de leña,
Algo de leña para hacer una fogata,
Yo soy el Individuo.
Al mismo tiempo me pregunté,

Fui a un abismo lleno de aire;
Me respondió una voz:
Yo soy el Individuo.
Después traté de cambiarme a otra roca,
Allí también grabé figuras,
Grabé un río, búfalos,
Grabé una serpiente
Yo soy el Individuo.
Pero no. Me aburrí de las cosas que hacía,
El fuego me molestaba,
Quería ver más,
Yo soy el Individuo.
Bajé a un valle regado por un río,
Allí encontré lo que necesitaba,
Encontré un pueblo salvaje,
Una tribu,
Yo soy el Individuo.
Vi que allí se hacían algunas cosas,
Figuras grababan en las rocas,
Hacían fuego, ¡también hacían fuego!
Yo soy el Individuo.
Me preguntaron que de dónde venía.
Contesté que sí, que no tenía planes determinados,
Contesté que no, que de allí en adelante.
Bien.
Tomé entonces un trozo de piedra que encontré en un río
Y empecé a trabajar con ella,
Empecé a pulirla,
De ella hice una parte de mi propia vida.
Pero esto es demasiado largo.
Corté unos árboles para navegar,
Buscaba peces,
Buscaba diferentes cosas,
(Yo soy el Individuo).
Hasta que me empecé a aburrir nuevamente.
Las tempestades aburren,
Los truenos, los relámpagos,
Yo soy el Individuo.
Bien. Me puse a pensar un poco,
Preguntas estúpidas se me venían a la cabeza.
Falsos problemas.
Entonces empecé a vagar por unos bosques.
Llegué a un árbol y a otro árbol;
Llegué a una fuente,
A una fosa en que se veían algunas ratas:
Aquí vengo yo, dije entonces,
¿Habéis visto por aquí una tribu,
Un pueblo salvaje que hace fuego?
De este modo me desplazé hacia el oeste

Acompañado por otros seres,
O más bien solo.
Para ver hay que creer, me decían,
Yo soy el Individuo.
Formas veía en la obscuridad,
Nubes tal vez,
Tal vez veía nubes, veía relámpagos,
A todo esto habían pasado ya varios días,
Yo me sentía morir;
Inventé unas máquinas,
Construí relojes,
Armas, vehículos,
Yo soy el Individuo.
Apenas tenía tiempo para enterrar a mis muertos,
Apenas tenía tiempo para sembrar,
Yo soy el Individuo.
Años más tarde concebí unas cosas,
Unas formas,
Crucé las fronteras
y permanecí fijo en una especie de nicho,
En una barca que navegó cuarenta días,
Cuarenta noches,
Yo soy el Individuo.
Luego vinieron unas sequías,
Vinieron unas guerras,
Tipos de color entraron al valle,
Pero yo debía seguir adelante,
Debía producir.
Produje ciencia, verdades inmutables,
Produje tanagras,
Di a luz libros de miles de páginas,
Se me hinchó la cara,
Construí un fonógrafo,
La máquina de coser,
Empezaron a aparecer los primeros automóviles,
Yo soy el Individuo.
Alguien segregaba planetas,
¡Árboles segregaba!
Pero yo segregaba herramientas,
Muebles, útiles de escritorio,
Yo soy el Individuo.
Se construyeron también ciudades,
Rutas
Instituciones religiosas pasaron de moda,
Buscaban dicha, buscaban felicidad,
Yo soy el Individuo.
Después me dediqué mejor a viajar,
A practicar, a practicar idiomas,
Idiomas,

Yo soy el Individuo.
Miré por una cerradura,
Sí, miré, qué digo, miré,
Para salir de la duda miré,
Detrás de unas cortinas,
Yo soy el Individuo.
Bien.
Mejor es tal vez que vuelva a ese valle,
A esa roca que me sirvió de hogar,
Y empiece a grabar de nuevo,
De atrás para adelante grabar
El mundo al revés.
Pero no: la vida no tiene sentido.

VIAJE POR EL INFIERNO

En una silla de montar
Hice un viaje por el infierno.
En el primer círculo vi
Unas figuras recostadas
Contra unos sacos de trigo.
En el segundo círculo andaban
Unos hombres en bicicleta
Sin saber dónde detenerse
Pues las llamas se lo impedían.

En el tercer círculo vi
Una sola figura humana
Que parecía hermafrodita.

Esa figura sarmentosa
Daba de comer a unos cuervos.

Seguí trotando y galopando
Por espacio de varias horas
Hasta que llegué a una cabaña
En el interior de un bosque
Donde vivía una bruja.

Un perro me quiso morder.

En el círculo número cuatro
Vi un anciano de luengas barbas
Calvo como una sandía
Que construía un pequeño barco
En el interior de una botella.

Me dio una mirada afable.

En el círculo número cinco.
Vi unos jóvenes estudiantes
Jugando fútbol araucano
Con una pelota de trapo.
Hacía un frío salvaje.
Tuve que pasar la noche
En vela en un cementerio
Arrimado contra una tumba
Para no morirme de frío.

Al otro día continué
Mi viaje por unos cerros
Y vi por primera vez
Los esqueletos de los árboles
Incendiados por los turistas.

Sólo quedaban dos círculos.

En uno me vi yo mismo
Sentado a una mesa negra
Comiendo carne de pájaro:
Mi única compañía
Era una estufa a parafina.

En el círculo número siete
No vi absolutamente nada
Sólo oí ruidos extraños
Escuché unas risas espantosas
Y unos suspiros profundos
Que me perforaban el alma.

ATENCIÓN

A los jóvenes aficionados
A cortejar muchachas buenas-mozas
En los jardines de los monasterios
Hago saber con toda franqueza
Que en el amor
 por casto
Por inocente que parezca al comienzo
Suelen presentarse sus complicaciones.

Totalmente de acuerdo
Que el amor es más dulce que la miel.

Pero se les advierte
Que en el jardín hay luces y sombras

Además de sonrisas
En el jardín hay disgustos y lágrimas
En el jardín hay no sólo verdad
Sino también su poco de mentira.

DEFENSA DE VIOLETA PARRA

Dulce vecina de la verde selva
Huésped eterno del abril florido
Grande enemiga de la zarzamora
Violeta Parra.

Jardinera
 locera
 costurera
Bailarina del agua transparente
Árbol lleno de pájaros cantores
Violeta Parra.

Has recorrido toda la comarca
Desenterrando cántaros de greda
Y liberando pájaros cautivos
Entre las ramas.

Preocupada siempre de los otros
Cuando no del sobrino
 de la tía
Cuándo vas a acordarte de ti misma
Viola piadosa.

Tu dolor es un círculo infinito
Que no comienza ni termina nunca
Pero tú te sobrepones a todo
Viola admirable.

Cuando se trata de bailar la cueca
De tu guitarra no se libra nadie
Hasta los muertos salen a bailar
Cueca valseada.

Cueca de la Batalla de Maipú
Cueca del Hundimiento del Angamos
Cueca del Terremoto de Chillán
Todas las cosas.

Ni bandurria
 ni tenca

ni zorzal
Ni codorniza libre ni cautiva
Tú

solamente tú
tres veces tú
Ave del paraíso terrenal.

Charagüilla gaviota de agua dulce
Todos los adjetivos se hacen pocos
Todos los sustantivos se hacen pocos
Para nombrarte.

Poesía
pintura
agricultura
Todo lo haces a las mil maravillas
Sin el menor esfuerzo
Como quien se bebe una copa de vino.

Pero los secretarios no te quieren
Y te cierran la puerta de tu casa
Y te declaran la guerra a muerte
Viola doliente.

Porque tú no te vistes de payaso
Porque tú no te compras ni te vendes
Porque hablas la lengua de la tierra
Viola chilensis.

¡Porque tú los aclaras en el acto!

Cómo van a quererte
me pregunto
Cuando son unos tristes funcionarios
Grisos como las piedras del desierto
¿No te parece?

En cambio tú
Violeta de los Andes
Flor de la cordillera de la costa
Eres un manantial inagotable
De vida humana.

Tu corazón se abre cuando quiere
Tu voluntad se cierra cuando quiere
Y tu salud navega cuando quiere
Aguas arriba!

La cabeza me da vueltas y vueltas
Como si hubiera bebido cicuta
Hermana mía.

Dónde voy a encontrar otra Violeta
Aunque recorra campos y ciudades
O me quede sentado en el jardín
Como un inválido.

Para verte mejor cierro los ojos
Y retrocedo a los días felices
¿Sabes lo que estoy viendo?
Tu delantal estampado de maqui.

Tu delantal estampado de maqui
¡Río Cautín!

¡Lautaro!

¡Villa Alegre!

¡Año mil novecientos veintisiete
Violeta Parra!
Pero yo no confío en las palabras
¿Por qué no te levantas de la tumba
A cantar

a bailar

a navegar

En tu guitarra?

Cántame una canción inolvidable
Una canción que no termine nunca
Una canción no más

una canción

Es lo que pido.

Qué te cuesta mujer árbol florido
Álzate en cuerpo y alma del sepulcro
Y haz estallar las piedras con tu voz
Violeta Parra

Esto es lo que quería decirte
Continúa tejiendo tus alambres
Tus ponchos araucanos
Tus cantaritos de Quinchamalí
Continúa puliendo noche y día
Tus toromiros de madera sagrada
Sin aflicción

sin lágrimas inútiles

O si quieres con lágrimas ardientes
Y recuerda que eres
Un corderillo disfrazado de lobo.

EDUARDO ANGUITA

(1914)

Principales obras: *Tránsito al fin* (1934), *El poliedro y el mar* (1962).

ÚNICA RAZÓN DE LA PASIÓN DE N.S.J.C.
(Fragmento)

Arlequín:

Nuestro Señor Jesucristo padeció únicamente por Jenaro Medina.
Nuestro Señor Jesucristo subió al Calvario por la señora Hortensia.
Nuestro Señor Jesucristo murió exclusivamente por el Chipo Cruz
Nuestro Señor Jesucristo -Eli Eli lama sabajtani- por Alemparte,
por Gaete por los hijos de Weir Scott.
Por mí y por todos los chilenos todos los uruguayos
los suramericanos los norteamericanos los ingleses
los franceses los alemanes los españoles los italianos
los rusos los ciegos los gordos los sabios los egipcios
los atletas los caldeos los militares los iraníes los
liberales los lisboetas los utopistas los explotados
los condenados de la tierra los explotadores los esclavos
sin pan los mormones los vendedores los productores los consumidores
los suizos los músicos los gobernantes los sordos ay

Sus llagas se hicieron por todos ellos por todos nosotros
Y todos cabemos en ellas y todos somos redimidos
Pero Jenaro Medina solo
O yo solo
O la simple señora Hortensia
Es la causa de toda la Pasión y la Muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

Coro:

Nuestro Señor Jesucristo subió al Calvario por el chico Molina
Murió exclusivamente por la señora Hortensia
Por los caldeos por los intermediarios los soberbios
los jordanos Meneses los ejecutivos...

Arlequín:

No sigamos nombrando por qué única creatura padeció y murió
Nuestro Señor Jesucristo.
Todos saben que fue por mí solamente por mí.

Coro hombres:

Miiiiiiiiiiiiiiiiiiiiii (cantando nota Mi).

Coro Mujeres:

Miiiiiiiiiiiiiiiiiiiiii (nota Mi una octava más alta).

DIÁLOGO INFIERNO

Arlequín:

Recordar para olvidar that is the question
El sueño turbio puede salvar al muerto
Al vaso el agua sucia que lo aviva.

Oh Dios depura mi memoria
Si el Tentador me ofrece reposo en el círculo cerrado
Yo mi agua abriré en rosa turbulenta
Por que la conciencia del pecado entre y el arrepentimiento lo expulse.

Recordar es de la inteligencia
Olvidar es amor.

Tentador:
Ahora te envanece
Crees que puedes olvidar.

No repitas más el Confiteor Deo de tu Misa de Navidad
¡Olvida!

Mira esa pareja de enamorados que se retiran y alejan
Ella cantando una canción griega
El hundiendo la cabeza en el cielo materno
¿Eres tú? ¿Eres ella?

Pero tú estás llorando en la hondura creciente de tu rostro
Concentrando imágenes con arrepentimiento.
¡Qué poco los estimas!
Y eres tú Eres ella
Más inaccesible en la presencia pura de la cara
Que acá en el rostro salpicado de tiempo.

Allá estarás despojado bañado para siempre
Imperecedero
Así es la cara el hombre desterrado del momento.

Yéndose
En una tarde
Es la dulzura
De la expulsión
Quedan desnudos
Ahora son inmortales
Qué pueden infligirles
Es la soledad vacía del fuego
La dignidad sin imágenes
Casi diríamos Infierno.

Arlequín:
Quiero volver he dicho
Volver al roble a la muchacha al viento gemidor
Reunir los contactos que en donde y cuando están presentes
Al dulce día que en el dulce espacio me hace real
Juntar mi rostro en un abanico rico en íntimas sombras de las luces

Donde las aguas vierten un cálido frescor
Donde arbustos sonríen como animalitos temblantes
Y agradecidos
A las secretas fuentes adonde baja el ciervo
Y crece el césped con pausado vigor.

Ahí en el Rostro hasta el miserable está contento
Porque al miserable le será restituido ese grano de grandeza que voló en
sus ruindades
Y al ladrón se le dará que goce
Del amor a la propiedad que estalló en un instante mientras se apropiaba
Y al sensual que sintió como nadie que los momentos se le iban y eso era
su goce
El punto irisado de luz que corría en sus dedos
Le será dado sin mengua.

¡Estar! ¡Estar! ¡De pronto estar!
A veces yo estoy.

GONZALO ROJAS

(1916)

Principales obras: *La miseria del hombre* (1948), *Contra la muerte* (1964) , *Del relámpago* (1981), *El alumbrado y otros poemas* (1986).

EL SOL Y LA MUERTE

Como el ciego que llora contra un sol implacable,
me obstino en ver la luz por mis ojos vacíos,
quemados para siempre.

¿De qué me sirve el rayo
que escribe por mi mano? ¿De qué el fuego,
si he perdido mis ojos?

¿De qué me sirve el mundo?

¿De qué me sirve el cuerpo que me obliga a comer,
y a dormir, y a gozar, si todo se reduce
a palpar los placeres en la sombra,
a morder en los pechos y en los labios
las formas de la muerte?

Me parieron dos vientres distintos, fui arrojado
al mundo por dos madres, y en dos fui concebido,
y fue doble el misterio, pero uno solo el fruto
de aquel monstruoso parto.

Hay dos lenguas adentro de mi boca,
hay dos cabezas dentro de mi cráneo:
dos hombres en mi cuerpo sin cesar se devoran,
dos esqueletos luchan por ser una columna.

No tengo otra palabra que mi boca
para hablar de mí mismo,
mi lengua tartamuda
que nombra la mitad de mis visiones
bajo la lucidez
de mi propia tortura, como el ciego que llora
contra un sol implacable.

LA ETERNIDAD

Sin tener qué decir, pero profundamente
destrozado, mi espíritu vacío
llora su desventura
de ser un soplo negro para las rosas blancas,
de ser un agujero por donde se destruye
la risa del amor, cuyos dos labios
son la mujer y el hombre.

Me duele verlos fuertes y felices
jurarse un paraíso en el pantano

de la noche terrestre,
extasiados de olerse y acecharse
como los muertos, solos.

“Oh amantes: no durmáis hasta la aurora,
hasta que el sol reemplace vuestra furia
y entre por las cortinas a besaros los ojos.
No durmáis, Juventud, que la Vejez
os espía detrás de la ventana
con su cara invisible”.

“No durmáis, proseguid
vuestra lucha, templad
sin cesar vuestras arma seductoras
con el tacto insaciable, con la sed
del primer huracán, a sangre y fuego.
No durmáis. Que el furor
os libre de mis manos asesinas”.

“Soy vuestra peste. Soy
el que os sopla al oído la verdad de la tierra,
los designios aciagos:
he perdido mi cuerpo, porque yo soy la voz
de los cuerpos perdidos”.

“No durmáis, hasta el sol.
No durmáis, mis hermosos amantes. No escuchéis
las olas del abismo”.

Todos me ven y me oyen,
todos me temen, todos los que sufren el tiempo
como una pesadilla indescifrable,
y todos me preguntan quién soy, pero es inútil:
mi máscara es la noche.

LA POESÍA ES MI LENGUA

Abro mis labios, y deposito en la atmósfera un torrente de sol,
como un suicida que pone su semilla
en el aire cuando hace estallar sus sesos en el resplandor del laberinto.

Ya sé que el sol de la muerte me está haciendo girar en un eterno proceso
de rotación y traslación llamado falsamente Poesía.
A veces, como hoy, esta aparente confusión me hace reír a carcajadas.
Este torbellino de palabras volcánicas como una erupción,
que son una amenaza para los sacerdotes del soneto y el número.

Pero es un sol innumerable lo que me sale por la boca,

como un vómito de encendido carbón que me abrasara las ideas y las vísceras.

Estoy perdido para el mundo,
aunque mi reino sean todos los mundos posibles,
porque yo soy el testigo de mi propia creación.
Mi creación es mi pasión. Por eso hago soplar los vientos
para que den testimonio de mis llamas.

Yo estoy en el medio de las pasiones que imitan la ululación de mi cólera,
porque de los apasionados es mi reino.
Cada lágrima derramada con pasión es un grano de arena robado al desierto del vacío.
Cada beso es una llama para el resplandor de los muertos.

Que el tiempo de los encantos es un baile de máscaras,
y nada vale rehuir su hechizo.
Las personas son máscaras; y las acciones juegos de enmascarados.
Los deseos, contribuyen al desarrollo normal de la farsa.
Los hombres denominan toda esta multiplicidad de seres y fenómenos,
y consumen el tesoro de sus días disfrazándose de muertos.

Yo vi el principio de esta especie de reptil y de nube.
Se reunían por la noche en las cavernas.
Dormían juntos para reproducirse.
Todos estaban solos con sus cuerpos desnudos.
En sus sueños volaban como todos los niños,
pero estaban seguros de su vuelo.

He nacido para conducirlos por el paso terrestre.
Soy la luz orgullosa del hombre encadenado.
Soy el torrente que echa a volar la moda y la costumbre,
y me encarno en los hombres de mil naturalezas
porque gusto mostrarme como un monstruo,
para que el hombre entienda cuándo soplan mis vientos.

Yo canto por la lengua de los arrebatados,
los que me identifican con su sangre y su rostro.

Todo hombre vuelve a mí cuando sube a buscar
el origen de su soledad que tanto lo alucina.
Cuando niños, los hombres me dan su corazón.
Después empiezan a podrirse,
y pierden el contacto con su animal sagrado.

El hombre que quería ser Dios, se está muriendo desde el comienzo de sus días.
El guerrero que quiso toda la superficie del planeta,
se está muriendo.
El hombre que soñaba
la conquista del sol, se está cada mañana obscureciendo.

Todo, y todo,
y todo
se está muriendo de sí mismo.

Pero yo soy el viento que sopla sobre el mar del tormento y del gozo.
El que arranca a los moribundos su más bella palabra.
El que ilumina la respiración de los vivientes.
El que aviva el fuego fragmentario de los pasajeros sonámbulos.

Yo soy el viento de su origen
que sopla donde quiere.

Mis alas invisibles
están grabadas en su esqueleto.
En este instante,
todos los hombres están oyendo mi golpe y mi palabra,
pero los dejo en libertad.

HIMNO A LA NOCHE

Eres la solución del sistema solar,
la incógnita resuelta de las ondulaciones
que establece en la tierra y el mar el equilibrio,
la madre de los sueños, donde empieza
toda sabiduría.

Tu cuerpo es el principio y el fin de la belleza,
pues su espiga renace de otra espiga quemada,
y el encanto supremo de la gran posesión
hace sangrar de gozo frenético el vaivén
de tus entrañas convulsivas.

Engañada por todos, y por tu corazón,
tú partiste las sábanas y el pan de tu belleza
con los abominables mercaderes viciosos,
en la ciudad moderna donde el sol es hollín
y un horno la existencia.

Diste la vuelta al mundo por un sol varonil
que te besara duro en la boca y las venas.
Por las plazas de todos los placeres inútiles,
nunca viste la carne y el hueso de los hombres
sino el miedo y la paja.

¿Quién mordió tu pasión? ¿Quién cogió tu cintura?
¿Quién te tumbó en la arena? ¿Qué varón primitivo?
¿Quién te habló con la lengua común del bien y el mal?
¿Quién te sació la sed? ¿Quién te fue la visión?

de la ráfaga eterna?

Oh mujer combustible. Ya el tiempo se ha cumplido.
Tú eres la hija del fuego y yo soy tu salvaje.
Y yo somos el aura de la videncia. Tú
virgen materia, y yo lucero necesario
para engendrar la poesía.

Duerma pegado a mí tu cuerpo estremecido:
mujer única y múltiple, tocada por la mano
de la sublimidad, oh rústica hermosura.
Semillas somos de la salud de los hombres,
oh memoria perdida.

El viento se aproxima. ¿Pero qué puede el viento
que descifra la consistencia de las rocas
contra ti, contra mí, ciclón del vaticinio?
-Nada. Porque ese viento no es sino el gran fantasma
de lo que el hombre ignora.

LA CORDILLERA ESTÁ VIVA

I

Por fin te has ido al fondo de mi visión. Por fin
palpita el cataclismo de tu piedra en mi boca
y ya puedo decir la verdad hacia todos los vientos.
Hiciste claro el aire para mis ojos fijos,
cegados por el cráter de la nada.

Hoy miro como tú
de espaldas contra el sol. Lo veo todo adentro de su llama
concreto y puro. Todo lo contemplo
como recién nacido a la verdad del día.

Todo es festín bajo la luz quemada
del hueco que el sol deja por la noche.

Que el mar me pase entero por encima,
como cuando se pisa un insecto extraviado.
Que la muerte se ría de mi fiel juramento.
Nada me importa el mar ni el sacrificio.
Juro que soy el ventarrón de piedra
que limpia el mundo de alto a bajo,
y juro por la cólera del trueno
que tú pariste al hombre para vivir en él,
porque tuvo es el aire que sopla el pensamiento
del hombre. El aire irrespirado y puro.

EL ABISMO LLAMA AL ABISMO

II

Nacido de mujer, rayo de un día,
siglo de sinsabores, fui azotado
en mi niñez por la peste divina.

Turbado y conturbado, mi torrente
hoy vuelve su caudal a la cascada,
por donde canta el trueno del verano.

¿Por qué caía una ciudad del cielo
para llevarme, para seducirme
con el pan, con el vino y el pecado?

Tal vez mi lengua es hoja traicionera
que abre una herida honda en su caricia,
al rescatar del labio la inocencia.

¿Quién era yo para vestir de duelo,
para cambiar el curso de la luna?
¿Quién era sino el hambre de las cosas?

La ruina fue mi ley. Subí al cadalso.
Bebí mi cáliz de amarga cicuta.
Y no morí. Ni salí de la tierra.

Entré cantando a las grandes ciudades
donde hervía la noche en su miseria.
Donde todas las calles me lucían
el animal variable de su amor.
Entré cantando en todas las tabernas,
y no pude embriagarme ni reír me.

Huésped fue de constante madrugada.
Debajo de sus pies puse mis besos
como signos de rosas funerarias.

El hombre se alimenta de mujeres.
De calor y de frío. El hombre llora
su soledad perdida y extranjera.

El hombre corta el aire como un rayo,
sus cabellos comidos por el vértigo,
llamado por la pulpa del pecado.

¡Oh serpiente de amor, hermana mía!
Tú me perdiste. Tú me levantaste.
Oh tú, pecado original del hombre.

Oh lluvia de la fe. Tú me nevaste
con el bláncor de antaño, en mi sepulcro.
Tú me diste a comer la poesía.

Patria de realidad: siempre la noche.
Por conquistarla, vivo en el combate,
escribiendo en el mar con mi cuchillo,
hasta abrir el espíritu en mi letra.

ROTACIÓN Y TRASLACIÓN

Mi estrella:
tú, tan partida, y tan única,
y tan total como mi vida,
y mi muerte:
tú
eres la llama
que sale
de mis ojos.

Pareces pájaro,
y eres
cólera
porque tienes tus pétalos
manchados
por la sangre.

No te rompes en lágrimas
ni ríes
cuando tu rueda gira
frenética
en su órbita.

Todo lo haces tuyo
con un golpe
de vista.

Todo
cobra tu vuelo
profundo.

Traspasas el día
con tu eje,

como una aguja
su perla.

Tu rayo
es la piedra
que cae
a remover
las aguas
estremecidas
hacia abajo
como una flecha
sin fondo
donde posar
su cabeza.

Mi estrella:
he salido de ti
para nombrarte
en el mundo,
para comunicarte
con los gusanos,
y los peces,
y las flores,
y el silencio.

Soy tu demonio
divino,
el príncipe
de otras edades,
parecido
a un árbol
por el sismo
arrancado
desde su puesto
de combate,
para volver
al final
de un milenio
de nebulosa
a su fuego
de origen.

Tal vez
la máquina
es mi cadáver.

La guerra
me permite
respirar

a gusto.

La mujer
me recuerda
un precipicio.

Mi estrella;
¿por qué
nací
sobre tu roca?
¿Por qué
crecí
sobre tu espina?

Mi estrella;
mi dominio
es tu vértigo.

A mi alrededor
quemaba tu luz,
pero
yo te destruyo
por dentro.

DESCENSO A LOS INFIERNOS

Yo no descanso nunca. Yo no tengo reposo
porque me estoy haciendo y deshaciendo.
Soy la lengua incesante del mar que anuncia el éter y el abismo.

Mi palabra anda en boca de todos los amantes
que descuartizan su alma por los besos
para honrar con su llama la acción de la semilla.

¿Por qué veo a los hombres en catástrofe?
¿Por qué los veo presos
si siempre fueron libres, con las alas cortadas?

¿No soy hijo del hombre? ¿No soy parte del día?
¿No soy sobreviviente de otros ojos vaciados,
ojos que hace mil años se abrieron en el niño
que era mi propio cuerpo?

¿No heredarán mis ojos los hijos de mi canto
hasta hacerse otra vez un niño misterioso
que llorará ante el mar sin poder comprenderlo?

Me paseo furioso,

cortado en dos mitades milenarias,
como el gran mar que tiene dos cabezas erguidas
para mirar arriba y abajo la tormenta.

¿Dónde empieza y termina la pasión de mi cuerpo,
libre de la mentira? ¿Es mi sangre la estrella
del movimiento, sol de doble filo,
en que lo oscuro mata a lo confuso?

Me alimento de sangre.
Por eso estoy hundido,
en esa posición de quien perdió su centro,
la cabeza apoyada en mis rodillas,
como una criatura que vuelve a las entrañas
de millares de madres sucesivas,
buscando en esos bosques las raíces primeras,
mordido por serpientes y pájaros monstruosos,
nadando en la marea del instinto,
buscando lo que soy, como un gusano
doblado para verse.

¿Es la pasión la forma de mi conocimiento?
¿Son mis ojos las manchas
del aire? ¿O es el aire padre de la mentira?

El sol, todo este sol que me desvela al fondo de las últimas formas
con su estallido inexplicable,
me está poniendo ciego de mirar lo perdido.

Yo veo por mis actos mucho más que a través de mis visiones
que mi ceguera es parte de la total videncia,
cuya luz me fascina con sólo obscurecerme
debajo de esos soles ociosos y enredados
que componen los días de este mundo.

Mi obscuridad se sale de madre para ver
toda la relación entre el ser y la nada,
no para hacer saltar el horizonte,
ni para armar los restos de lo que fue unidad,
ni para nada rígido y mortuorio,
sino por ver el método de la iluminación
que es obra de mi llama.

Así vivo en lo hondo de mis cinco sentidos
mil años boca arriba y otros mil boca abajo,
pues necesito entrar a saco en cada cosa,
sembrar allí un volcán y dejarlo crecer
hasta que estalle solo.

Yo no explico las causas como si fueran flores
encima de una mesa llena de comensales,
mientras suena la música.

Oh miseria del hombre,
desde hace miles de años
la mentira es el único cadáver
que contamina el éter de las cosas:
el cadáver sin fin, ese pelo infinito
que aparece en el punta de la lengua.
Ese pelo de muerto que cae de la noche,
nuestro peor cuchillo,
que nos corta los ojos con dulzura.

Me imagino que todos los cobardes
viven de la mentira,
todos esos que buscan
los principios debajo de las piedras,
seres que no son hijos de sus obras
sino esclavos del miedo.

AL SILENCIO

Oh voz, única voz: todo el hueco del mar,
todo el hueco del mar no bastaría,
todo el hueco del cielo,
toda la cavidad de la hermosura
no bastaría para contenerte,
y aunque el hombre callara y este mundo se hundiera
oh majestad, tú nunca,
tú nunca cesarías de estar en todas partes,
porque te sobra el tiempo y el ser, única voz,
porque estás y no estás, y casi eres mi Dios,
y casi eres mi padre cuando estoy más oscuro.

CONTRA LA MUERTE

Me arranco las visiones y me arranco los ojos cada día que pasa.
No quiero ver ¡no puedo! Ver morir a los hombres cada día.
Prefiero ser de piedra, estar oscuro,
a soportar el asco de ablandarme por dentro y sonreír
a diestra y a siniestra con tal de prosperar en mi negocio.

No tengo otro negocio que estar aquí diciendo la verdad
en mitad de la calle y hacia todos los vientos:
la verdad de estar vivo, únicamente vivo,
con los pies en la tierra y el esqueleto libre en este mundo.

¿Qué sacamos con eso de saltar hasta el sol con nuestras máquinas
a la velocidad del pensamiento, demonios: qué sacamos
con volar más allá del infinito
si seguimos muriendo sin esperanza alguna de vivir
fuera del tiempo oscuro?

Dios no me sirve. Nadie me sirve para nada.
Pero respiro, y como, y hasta duermo
pensando que me faltan unos diez o veinte años para irme
de bruces, como todos, a dormir en dos metros de cemento allá abajo.

No lloro, no me lloro. Todo ha de ser así como ha de ser,
pero no puedo ver cajones y cajones
pasar, pasar, pasar, pasar cada minuto
llenos de algo, rellenos de algo, no puedo ver
todavía caliente la sangre en los cajones.

Toco esta rosa, beso sus pétalos, adoro
la vida, no me canso de amar a las mujeres: me alimento
de abrir el mundo en ellas. Pero todo es inútil,
porque yo mismo soy una cabeza inútil
lista para cortar, por no entender qué es eso
de esperar otro mundo de este mundo.

Me hablan del Dios o me hablan de la Historia. Me río
de ir a buscar tan lejos la explicación del hambre
que me devora, el hambre de vivir como el sol
en la gracia del aire, eternamente.

LA LOBA

Unos meses la sangre se vistió con tu hermosa
figura de muchacha, con tu pelo
torrencial, y el sonido
de tu risa unos meses me hizo llorar las ásperas espinas
de la tristeza. El mundo
se me empezó a morir como un niño en la noche,
y yo mismo era un niño con mis años a cuestas por las calles, un ángel
ciego, terrestre, oscuro,
con mi pecado adentro, con tu belleza cruel, y la justicia
sacándome los ojos por haberte mirado.

Y tú volabas libre, con tu peso ligero sobre el mar, oh mi diosa,
segura, perfumada,
porque no eras culpable de haber nacido hermosa, y la alegría
salía por tu boca como vertiente pura
de marfil, y bailabas

con tus pasos felices de loba, y en el vértigo
del día, otra muchacha
que salía de ti, como otra maravilla
de lo maravilloso, me escribía una carta profundamente triste,
porque estábamos lejos, y decías
que me amabas.

Pero los meses vuelan como vuelan los días, como vuelan
en un vuelo sin fin las tempestades,
pues nadie sabe nada de nada, y es confuso
todo lo que elegimos hasta que nos quedamos
solos, definitivos, completamente solos.

Quédate ahí, muchacha. Párate ahí, en el giro
del baile, como entonces, cuando te vi venir, mi rara estrella.
Quiero seguirte viendo muchos años, venir
impalpable, profunda,
girante, así, perfecta, con tu negro vestido
y tu pañuelo verde, y esa cintura, amor,
y esa cintura.

Quédate ahí. Tal vez te conviertas en aire
o en luz, pero te digo que subirás con éste y no con otro:
con éste que ahora te habla de vivir para siempre
tú subirás al sol, tú volverás
con él y no con otro, una tarde de junio,
cada trescientos años, a la orilla del mar,
eterna, eternamente con él y no con otro.

¿QUÉ SE AMA CUANDO SE AMA?

¿Qué se ama cuando se ama, mi Dios: la luz terrible de la vida
o la luz de la muerte? ¿Qué se busca, qué se halla, qué
es eso: amor? ¿Quién es? ¿La mujer con su hondura, sus rosas, sus volcanes,
o este sol colorado que es mi sangre furiosa
cuando entro en ella hasta las últimas raíces?

¿O todo es un gran juego, Dios mío, y no hay mujer
ni hay hombre sino un solo cuerpo: el tuyo,
repartido en estrellas de hermosura, en particular fugaces
de eternidad visible?

Me muero en esto, oh Dios, en esta guerra
de ir y venir entre ellas por las calles, de no poder amar
trescientas a la vez, porque estoy condenado siempre a una,
a esa una, a esa única que me diste en el viejo paraíso.

SI DE MI BAXA LIRA

Te nombro, Realidad,
y renace en tu nombre lo profundo
del abismo del Génesis,
como un pájaro
de la corteza de mis secos labios.

RETROIMPULSO

Me consta que se guarda la fórmula, el cadáver
de cada idea, lo ilusorio,
el sudor, la saliva,
mientras se arroja el semen al pantano
por temor a que estalle la semilla:
este es el mito aciago
de la idea molida por el sol de la muerte.

Por eso veo claro que Dios es cosa inútil,
como el furor de las ideas
que vagan en el aire haciendo un remolino
de nacimientos, muertes, bodas y funerales,
revoluciones, guerras, iglesias, dictaduras,
infierno, esclavitud, felicidad; y todo
expresado en su música y su signo.

Por eso estoy hundido,
en esa posición de quien perdió su centro,
la cabeza apoyada en mis rodillas,
como una criatura que vuelve a las entrañas
de millares de madres sucesivas,
buscando en esos bosques las raíces primeras,
mordido por serpientes y pájaros monstruosos,
nadando en la marea del instinto,
buscando lo que soy, como un gusano
doblado para verse.

LA RISA

Tomad vuestro teléfono
y preguntad por ella cuando estéis desolados,
cuando estéis totalmente perdidos en la calle
con vuestras venas reventadas, sed sinceros,
decidle la verdad muy al oído.

Llamadla al primer número que miréis en el aire
escrito por la mano del sol que os transfigura,

porque ese sol es ella,
ese sol que no habla,
ese sol que os escucha
a lo largo de un hilo que va de estrella a estrella
descifrando la suerte de la razón, llamadla
hasta que oigáis su risa
que os helará la punta
del ánimo, lo mismo que la primera nieve
que hace temblar de gozo la nariz del suicida.

Esa risa lo es todo:
la puerta que se abre, la alcoba que os deslumbra,
los pezones encima del volcán que os abrasa,
las rodillas que guardan el blanco monumento,
los pelos que amenazan invadir esas cumbres,
su boca deseada, sus orejas
de cítara, sus manos,
el calor de sus ojos, lo perverso
de esta visión palpable del lujo y la lujuria:
esa risa lo es todo.

VIOLETA PARRA

(1917)

Principales obras: *Décimas, autobiografía en verso* (1970).

DEJEMOS LO TRISTE A UN LADO

Dejemos lo triste a un lado,
pongámonos en camino;
escuchen el dulce trino
de un cuento muy agradecido.
Estoy en el campo amado
arriba de una higuera,
abajo hay unas chiquillas
desparramando triguito,
gallinas, pollos, pollitos
comiéndose la semilla.

Presento primeramente
con verdadera alegría,
la casa en que yo vivía
de mis lejanos parientes;
con ellas cándidamente
reviso los pormenores
de pájaros y de flores
y los insectos del suelo,
de los misterios del cielo
la lluvia y los arboles.

Al centro de los viñales
la huella real culebreaba
donde un pueblo empezaba
perdido entre los nogales,
le orillan verdes zarzales,
lo ensombrian los ocaliptos,
anduv'este caminito
cuando me fui pa' Malloga,
saltando, con una sogá,
como feliz ternero.

Por la mitad d'esta ruta,
como que se hace una loma
como que gira y que toma,
la forma de una herradura.
Al centro hay una espesura
de arbusto' entre las higueras,
divid'el patio la hoguera
del horno en que arde el sarmiento,
y una barra cubr'el centro
del corredor d'esta puebla.

Dos puertas y tres ventanas
debajo del corredor,
por ellas penetra el sol

entero por las mañanas;
en la cornisa, una llama
de cebollares maduros,
y en cada poste los nudos
del árbol de la montaña;
y en los rincones, las cañas
de los choclitos dientudos.

Aquí, la piedra moliendo
la fragancios' harinita,
del fuego la calentita
tortilla del mate, hirviendo.
Allá, las vacas mugiendo
al son de la ordeñadora,
que llena las cantimploras
con música sin igual,
cuando le saca el raudal
de leche por las bordonas.

PARA EL QUE DEJA LA TIERRA

Para el que deja la tierra,
la muerte es el fin del mundo;
con un dolor sin segundo
le puso fin a esta guerra.
Le ha dado esta vida perra,
por un minuto de gusto,
ciento veinte mil disgustos,
y no es un exagerar,
se viene el mundo a pasar
las penas de San Jobundo.

Yo digo, dónde estará
la luz de la explicación,
de llegar uno al panteón
y otro a la maternidad.
Me falta capacidad
pa' hablar con inteligencia.
Por qué con tanta paciencia
se va el cristiano del mundo,
tal vez en aquel segundo
principia la deligencia.

Sepa Dios qué paraíso
le destinaron al alma,
de no, por qué tanta calma
cuando se apaga el granizo.
Se olvidan los compromisos,

las deudas, los juramentos,
se apagan los sentimientos
en el minuto fatal;
seguro que la verdad
la vive el que yace muerto.

El vivo llora doliente
la muerte de su difunto,
éste no entiende el asunto
como se calla sonriente;
durmiendo tranquilamente
con cuatro velas flameantes,
diciéndonos arrogante
que hay gran placer en la jaula,
y que no entiende la maula
de no enjaularlo más antes.

En esta vida engañosa
el alma es la que molesta,
en una y otra protesta
se pasa la tragediosa.
Ya ven, distinta es la cosa
cuando se duerme el humano,
pero si agarra el cristiano
en sueño seguir viviendo,
la pesadilla al momento
lo apresa de pies y manos.

ME FALTA COMPRENSIÓN

Me falta la comprensión
par' explicar el grandioso
momento tan venturoso
que dentra por mi razón;
s'embarga mi corazón
en este siglo moderno,
veo que aflojan los cuernos,
los toros quedan sin astas
y el pueblo diciendo: basta
p'al pobre ya los infiernos.

Vamos entrando en Varsovia,
soy la feliz cenicienta
que va cayendo en la cuenta
que estoy como que de novia,
atrás quedó l'hidrofobia.
Viendo mi delegación,
mostrando su corazón

en pálpitos uniformes,
porque se sienten conformes
con este lazo de unión.

Entramos en la coluna
humana del aquel desfile,
miles y miles de miles
de voces fundida'en una,
de todas partes los hurras;
allí todos son hermanos
van tomados de la mano
como formando cadena,
porque la sangre en las venas
fluye de amor sobrehumano.

Repletan las galerías
Asia, Chile y Argentina;
son miles de golondrinas
Pekín, Canadá y Bolivia;
Caupolicán y Bolívar,
San Martín y los Carrera,
son una sola bandera
más pura que la mañana;
ochenta razas hermanas
arrullan las mensajeras.

Las juventudes polacas
mostraron su gallardía,
su amor y su bizarría
como gallitos d'estaca;
allí presente Caracas,
judíos con italianos,
malayos samaritanos:
es éste un jardín de flores
de fraganciosos primores,
jardín del amor humano.

ROSITA SE FUE A LOS CIELOS

Rosita se fue a los cielos
igual que paloma blanca,
en una linda potranca
le apareció el ángel bueno,
le dijo: Dios en su seno,
niña, te v'a recibir,
las llaves te traigo aquí,
entremos al Paraíso
que afuera llueve granizo,

pequeña flor de jazmín.

Pequeña flor de jazmín,
del mundo vienes llegando;
aquí t'están esperando
la Madre y un querubín,
glorioso ha sido tu fin,
cuéntaselo a tu mamita
cuando ella esté dormidita,
así le darás paciencia,
valor y condescendencia
y resignación infinita.

Resignación infinita,
por voluntad del Señor
le quiso dar bendición,
tú eres la causa bendita,
apúrate palomita
que la Virgen del Carmelo
te ha de cuidar con desvelo,
lo mismo el ángel guardián;
los ángeles cantarán
el canto del arroyuelo.

El canto del arroyuelo
lo habrás de oír de mañana,
el coro de tus hermanas
v'a derramarse en los cielos,
de allí verás que en los suelos
marcha tu maire querida,
tú irás en su compañida
en forma de mariposa
para cuidar l'afanosa
cuando se sient' afligida.

En este jardín de flores
entremos por un momento,
te doy el despedimento,
niñita de mis amores;
los pajaritos cantores
dividen esta mansión,
a la derecha el Señor
con todo el apostolado
y allí el vergel encantado
del angelado mayor.

HOY DÍA SE LLORA EN CHILE

A Gabriela Mistral. «verso por despedida», «mochito».

Hoy día se llora en Chile
por una causa penosa:
Dios ha llamado a la diosa
a su mansión tan sublime,
de Sur a Norte se gime,
se encienden todas las velas
para alumbrarle a Gabriela
la sombra que hoy es su mundo;
con sentimiento profundo
yo le rezo en mi vihuela.

Presidenta y bienhechora
de la lengua castellana,
la mujer americana
inclina la vista y llora
por la celestial señora
que ha partido de este suelo,
yo le ofrezco sin recelo
en mi canto a lo divino,
que un ave de dulce trino,
la acompañe al alto cielo.

En medio del Paraíso
hay un sillón de oro fino,
y un manto de blanco lino
que la misma Virgen le hizo,
un ángel de bellos rizos
está esperando a la entrada
a la mejor invitada
que ocupará aquel sillón
hasta la consumición:
Santa Mistral coronada.

Hay una fiesta en la Gloria
y un llorar aquí en la tierra,
como si una grande guerra
haya manchado la historia;
jamás de nuestra memoria
has de borrarte, Gabriela;
los niños de las escuelas
ya no tienen su madrina:
la Providencia Divina.

MARÍA SILVA OSSA

(1918)

Principales obras: *De la tierra y el aire* (1942), *Cuatro voces* (1988), *Del origen* (1996).

MATERNIDAD

Y ahora partiré el fruto jugoso de mis senos.
Pondré mi cuerpo en el racimo azul de las mañanas
y mi sangre en delgado río
coloreará tu rostro, tus pies y tus manos.
Y seré pura. Pura en mordedura, en dádiva y encanto;
pura, hijo mío, colmo el agua y la tierra. . .
¡Porque he llevado en nueve lunas
tu comunión gloriosa!

PRIMAVERA

Vi que en el río
llevaba sus vestidos,
y al agua alegre, de color tornaba;
y en el río, entonces, saltando por la vía
iba esparciendo su olorosa grama.
Sentí a lo lejos un canto sin garganta
y mil requiebros de vidrios que caían
deslumbrando sin sol, mis ojos bajos;
sentí olor de tierra removida;
que sabíale frescas las entrañas,
mi incompleto deseo me cubría,
¡y aún está la flor entre la savia!

NATIVIDAD DEL MAR

Antes que mi sangre detuviera
las aves tristes en tu azul cintura,
madre, mucho antes, la bravura
del mar cantaba en sus profundas cuencas.

Cantaba el mar con voces derramadas
en cada vaso de sombras o de auroras;
antes que el sol descompusiera el trébol
o entibiara la infancia de la rosa.

Más allá del alba y de la piedra,
antes que el legendario hierro y su derrota,
cuando la tierra era una semilla
en infinitas larvas sin memoria...

Antes que hiciera el hombre
navegar los bosques;
antes que al profundo vientre de la tierra
bajara el grano como dulce soplo.

Antes, más allá del hemisferio
que ata ciudades por que no se rompan,
cuando el mundo era sal y sangre unidas,
encarcelada planicie de la noche,
antes de todo cantaba el mar tranquilo,
en la mano de Dios, como una gota.

ELIANA NAVARRO

(1920)

Principales obras: *Antiguas voces llaman* (1955), *La ciudad que fue* (1965), *La pasión según San Juan* (1980).

ANGELUS DE MEDIODÍA

Dios está en el paisaje, abierto, omnipotente,
surgiendo desde el hondo clamor de la montaña,
rodando con el blanco rodar de la vertiente.
¡Todo el rumor del mundo va cantando en su entraña!

En jubiloso hosanna se agitan los trigales;
el sol entona un salmo viril en la colina;
un suave incienso agreste sube de los jarales
y hay un temblor de llama bajo la niebla fina.

Dios está en el paisaje. Como un vino violento,
lo he gustado en el vaso tremolante del viento,
lo he mirado sangrar en la flor de los notros,

y mientras de los surcos su mano se levanta,
es la tierra vibrante la que conmigo canta:
El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.

LA PASIÓN SEGÚN SAN JUAN: JUNTO A LA CRUZ (Fragmentos)

PERSONAJES

La Madre

La Magdalena

San Juan

Voz de Jesucristo

El Sol

El Mar

El Viento

El velo del templo

Coros

La Madre:

¡Hijo, hijo adorado!

Si pudiera sangrar con tus heridas,
restañar con mis manos tu sangre
y tomar tu dolor sobre la sangre mía;
tomarlo sobre mí, como se toma un manto
y envolverlo en mis venas, para que la tortura
no pudiera tocar tu cuerpo santo
ni la tiniebla atroz te desgarrara.

Coro:

En el principio era el Verbo
y el Verbo estaba en Dios
y el Verbo era Dios.

La Madre:

Quisiera recordar mis canciones de cuna,
aunque fueron cantadas con el presentimiento de tus llagas,
del inmenso mar ronco que hoy te envuelve
con sal quemante y áspera.

Coro:

En el mundo estaba
y el mundo fue hecho por El
y el mundo no le conoció.

La Madre:

Si pudiera acercarte las visiones de infancia,
abatir con su luz la oscuridad terrible;
acercarte el rumor de las hojas de Nazareth
y el canto de sus arroyos claros.
Bajábamos corriendo para buscar el agua
y mientras descendíamos,
mirábamos el valle con su niebla dorada
y los lejanos humos de las casas
ascender en el aire.

Coro:

Vino a su propia casa
y los suyos no le recibieron.

La Madre:

Un día, de la mesa resbaló una manzana
y rodó sobre el piso
perfumando las tablas
de color y de música.
Reías, persiguiéndola,
con tus pasos tan torpes
de reciente aprendiz.
En el taller, a veces,
cogíamos viruta
y hacíamos con ellas
torres sonoras, frágiles,
derribadas con nuestro propio aliento...
¡Todo regresa a mí
como si fuera un sueño,
como esas tenues torres de la infancia,
fugaces, aventadas
en un soplo sangriento!

Coro:

¡Ah, vosotros los que pasáis por este valle,
ved si hay dolor
semejante a mi dolor!

La Magdalena:

Amor, amor, aquel que no se nombre,
el que rojo -mar, viento-
se incorpora a la sangre
y desde allí nos deja prisioneros,
invadidos, postrados.
Nada puede expresarlo.
Como el dolor, su sima inalcanzable
se oculta a las miradas.

No sé, no sé entender lo que tú has explicado:
Ahora vas al Padre. Esta es tu hora.

Coro:

Si el grano de trigo no muere,
permanece infecundo;
pero si muere, da mucho fruto.

Juan:

Creo en ti, Señor. Te amo.
Dices que esta es tu hora. Es también la hora mía.
Sobre mi pecho guardo el calor de tu abrazo,
hace poco, en la Cena,
cuando nos diste el pan como tu cuerpo.

Coro:

El pan que os daré
es mi carne, por la vida del mundo.

Juan:

Mas ¡ay!, ya no resisto contemplar tu martirio,
ver tu sangre, tus ojos arrasados.
Quiero morir, quiero morir contigo.
Quiero gritarles que conozcan su error.
Sí. Es verdad.
Soy el discípulo de un ajusticiado,
de un hombre escarnecido,
puesto en cruz.

Coro:

¿Quién es ése que avanza teñido de rojo,
con vestidos más rojos que los de un lagarero?

Juan:

Creo en ti, Señor. Te amo.
En tu roja marea me siento arrebatado,
por tu viento quemante conducido,
con tus llagas, entero, estoy llagado,
carne de tu sufrir, sal de tu llanto.
Maestro, amigo amado,
desconozco el oscuro designio de tu mano,
pero aquí está mi sangre,
descienda en un torrente sobre el campo
y dé la vida a los que sin amor,
quietos, en las tinieblas han quedado.
Señor, Maestro amado,
hoy recibo de tus manos la llama,
con ella iré incendiando el mundo,
con ella moriré, para vivir por siempre.

un solemne temblor sacude los cimientos.
La verdad muestra su fulgor sin mancha.
Tu dolor develó todo misterio.
No tengo que ocultar ya al Santo de los Santos.
Me rasgo, me deshago -polvo, llanto-
sobre el sagrado suelo.

Coro:

Yo soy la luz del mundo.
El que me sigue no anda en tinieblas.

La Madre:

¡Hijo, hijo adorado!
Ya no te puedo hablar.
No sirve la palabra.
Un ronco grito se ahoga en mis entrañas.
No te alcanzan mis labios.
Mis manos no te alcanzan.
Que mi dolor se sume a tu dolor.

Coro:

He aquí a la esclava del Señor.
Hágase en mí según su palabra.

Coro Final:

1a. voz:

Levanta alrededor de ti tus ojos y ven:
Tus hijos se han juntado y han venido a ti.

2a. voz:

Tus hijos de lejos vendrán

y tus hijas a tu lado se levantarán.

3a. voz:

Y las naciones marcharán a tu ley
y los reyes al esplendor de tu triunfo.

1a. voz:

Vendrán hacia ti los hijos de los que te humillaban
y todos los que te insultaban
adorarán la huella de tus pasos.

2a. voz:

Mira. Vendrán a ti con el amor de los días antiguos.

3a. voz:

Vendrán a ti radiantes de juventud,
con el amor de los nuevos desposados.

CARLOS DE ROKHA

(1920)

Principales obras: *Cántico profético al primer mundo* (1943), *El orden visible* (1956),
Memorial y llaves (1964).

CÁNTICO PROFÉTICO AL PRIMER MUNDO

I

Sobre toda porfía el hombre aviva su sagrada soberbia porque quiere volver al principio del mundo. Su cuerpo real toma los destellos del bronce y es arrastrado al sueño para así no ceder: Veámosle venir, su ceniza cubramos con la nuestra.

Su himno oigamos con júbilo y su entrada feérica nos siga: sea su imagen trocada por el furor maligno.

De ningún modo podrá ese exorcismo cumplir si abandona su gloriosa esencia. No caerán las visiones como secreta retribución que llamean en su imagen. Él lo sabe y aguarda tranquilo.

A ratos busco algo más; la misma luz me hace creerme irrevelable, pero después retorna a la muerte entre los que a gritos la anuncian.

¿Acaso yo quiero abolir lo terrestre? ¿Despreciar ese límite que a veces toco y me deslumbra? ¿Arrancar de mi espada los signos del sueño y cambiarlos por los del sueño?

Nada conjuro sin tentación, nada conjuro para en mis adentros alcanzar lo inefable.

Igual a mí mismo voy lleno de fugaces poderes e irreparables pérdidas.

Hay algo además de un secreto temor que informa mis sentidos; barcas llenas de ojos que son los del ser, angélicos y feroces, luego brillan.

¿Ahí no es dónde estoy y me descubro con cólera y fría reserva?

Soy yo el que se predice entre los lobos.

Cada ángel pierdo en un sollozo: en su costado agitanse carbones y nada retiro de su justo lugar.

Yo me muevo con signos: aprendo a tomar del sueño lo necesario. Así me bato entre los estériles hijos de la tierra.

Aparece oh madero de luz y condéname, aparece precedido de jaurías de lobos que ahí llegan y en tus alturas me estremecen.

Aparece arrebatado de mí y cíñeme, tu corona destrocen mis pies dulce y solitaria.

Tú te desprendes de mis bienes, luego soy yo el desheredado.

Oh, cúbreme de horas para en ti sobrevivir. Mi lengua llena de sangre y mi espalda de orgulloso brillo.

¿Qué visión recóndita me nombra a ciegas?

Hacia esa total amplitud ensálzame y adentro de mí y en la luz prefíereme al que te desolla.

Bebe lo que arde en mis sellos según la hondura del tiempo.

Hago brotar lo sagrado apenas estalla en mi memoria revestido de admirable sentido.

Cógeme en tu aceite, tu luminoso aceite arrancado a la entraña de los peces.

Mas, ¿qué inmortal ráfaga terrestre me transfigura a su sola posesión?

Vivo entre los criados de mi casa y oigo sus sollozos mientras descubro el misterio: vigilan a la puerta acompañados de blancas liebres y armas de caza.

Abro en señas el cuerpo, el sagrado cuerpo colérico, abro a los lobos y exclamo: "¡Levántate la liberación del durmiente es llegada!"

Restituidos son a su origen los primordiales misterios del ser cuya frente entrega a las águilas de una calle nocturna.

¡Oh, blanco cuerpo saciado de alas, las lámparas volcad una a una!

A nadie muestro la suprema escritura del pacto, a nadie detengo para ello; la marca invisible hará que retrocedáis, pero al fin la tocaréis con vuestra hacha.

Mi corcel mojo en la lengua de los ancianos parecida a lúcidos testimonios de promisión, recibo la heredad endurecida de la muerte y su ceniza retengo.

Llenadme de su sentido como de una llave, pues nada poseo y cae mi alma para adorarte entre los ángeles.

De la muerte soy: ved en mí al enemigo que se ensancha, al iniciado por los brujos.

Así me cubro de desvelados confines aparecidos, desahogados animales me siguen y yo abro los molinos a los bandoleros de agua del invierno.

Quiero caer, extendido estoy, pero necesito resplandor.

Oráculos fríos del hombre despertadme entre lo que yo otorgo.

Ofrecedme el profundo designio que a viva fuerza reclamo.

Pero del tiempo nazco acaso en segunda forma.

Ocaso de altivas resonancias en mí te reproduces.

Mas sólo la sombra del ámbar de tus brazos es la que forma una copa sobre el cielo pero esa copa yace quebrada: animales en cuya frente yo veía el jade, bebían en ella; reyes y leprosos lloran al pie de sus ruinas y la copa se rehace para volver a perderse.

Aparición de profundos conjuros hechízame si a tu cetro me condenas.

Para ti descubro ¡ay!, no imito el mundo inmolado, lo insondable, lo cruel.

Otorgado a mi sangriento linaje el sueño obra tu rostro he de poner contra el día en secreta obstinación.

MIGUEL ARTECHE

(1926)

Principales obras: *El sur dormido* (1950), *Otro continente* (1957), *Noches* (1976).

NAVIDAD

La eternidad de Dios crece en mi vientre.
Todo el pañal está sobre la tierra.
¡Qué diminuto el sol y qué simiente
para estas manos tan pequeñas!

La eternidad de un niño en el pesebre.
¡Tan clandestino Dios, tan primogénito!
El mar es una gota de esta frente
y en estos ojos tan pequeños.

El firmamento lleno de belenes;
todo el cielo de parto; el archipiélago
de los ángeles mudo se detiene,
porque ahora Dios está pequeño.

Inclínate, montaña: que no gima.
Protéjalo el planeta, y el rocío
se haga leche en su boca. ¡De rodillas:
que en este montoncito no haga frío!

No haga frío en los clavos: que el establo
meza de río a sol de cuna arriba,
meza de continentes en su mano,
haga de nube a pluma la mantilla.

No haga frío en el árbol: que los vientos
corderos se arrodillen a sus pies;
pero en sus dientes tan pequeños siento
la esponja de la sed,

el agua del costado, y el vinagre
que espía en las ventanas más allá.
¡Detente, espina, al borde de su sangre!
Pero ¿te detendrás?

¿Te detendrás, sudario, en sus pañales?
Las monedas, ¿no empiezan ya a gemir
de treinta en treinta sobre el mundo?
¿Hay alguien más indefenso aquí,

más huesito nevado de mi entraña,
más azúcar de encía en mi pezón,
yema de uñita en mi regazo, rama
de leche, más amor?

La eternidad de tres sobre la paja.
¡Tan íntimo del buey que está mi niño

durmiendo forastero de su cara!
¿Van a azotar al trigo?

¿Van a escupir la miga de sus dedos
y a clavar este pan que está dormido
de mí, fuera de mí, pero pequeño,
umbilical y mío?

¿Van a horadar los pies de la azucena
y a morder sus rodillas
con tinieblas y hiel, donde te espera
una lanza que brilla,

donde talan un árbol, donde el mundo
unas manos se limpia
en vano de rojez? ¿No estás oscuro,
sol, sobre esta gavilla

de carne apenas? Si tu cuerpo pesa
la estatura de un hilo,
¿de dónde sacaran cruz tan pequeña,
copo recién nacido?

ESTE ES EL FIN DEL CRISTO ABANDONADO

Este es el fin del Cristo abandonado,
el fin de la lanzada, el clavo y el vinagre,
el nunca más de la Resurrección,
el siempre de la muerte en el Sepulcro,
el fin del pan que multiplica
la sangre, el fin del buen ladrón y Magdalena,
el fin del hombre Lázaro sin muerte.
Este es el fin del traidor en Judas,
del cobarde en tu Juan,
el fin de la ramera perdonada,
la huida en Mercader y a latigazos,
el balbucear del rico que entra al cielo
cada cien mil años, y el sisear del pobre
descoyuntado a huesos por el rico.

Esta es la fuga a noches en el asno,
el apagarse de la estrella,
el reventar de los belenes, el estallido
de la pregunta que no dice
José de Arimatea.
Este es el fin
del centurión y de los lirios
del campo (mirad los lirios del campo, y Salomón

con toda su gloria
no pudo alimentarte).
Este es el fin: buscadme ahora,
decidme ahora que no sea
el fin de la Palabra
(en el principio de la Palabra, en el principio
las Tinieblas que jamás
se van), y el Río que a los mares
se va, según el Cristo, y el Cristo no regresa:
se va, se fue: lo dejo escrito
a ver si no es el fin, a ver si en esta noche
Tú no me has abandonado.

BIENAVENTURADO PORQUE ABRIÓ UNA PUERTA

Bienaventurado porque abrió una puerta en el hombre,
se asomó a su oscuridad y vio que no era buena.
Bienaventurado porque entonces abrió otra puerta,
y por las dos puertas entró la luz, y no dejó que la luz se retirara.
Bienaventurado porque al hacer la luz y unir las dos puertas
nos dio la eternidad de ser dos y ser uno y estar iluminados para siempre.

LA ASCENCIÓN

Recuerdo que comenzaba a amanecer: brillaban
como el sol la túnica y su rostro. El resplandor glorioso
nos sumió en la Palabra, porque El era la Palabra.
Como la nieve sus cabellos, llamas sus ojos,
y en sus pies un relámpago quieto.
Esos ojos fueron lo último que vimos,
no sus manos, ni sus pies, ni sus cabellos,
sino sus ojos. Y en sus ojos
el paño tierno del amor. Todo eso, recuerdo,
cuando comenzaba a amanecer.

Nunca creyeron cuando lo contamos.
Dijeron que fue llevado: eso fue lo que escribieron.
Ya se había entregado suavemente a las tinieblas,
y era ahora la luz de los ojos del mundo.

Todo eso recuerdo, y no sé si esta tierra
será otra vez igual cuando El estaba aquí.
De aquellos que lo vimos, sólo he quedado yo,
y mis ojos, para buscarlo, no encuentran sino noche.
Tengo frío, y el viento se ha levantado de pronto.

Mis días ya se han ido con el viento.

LA ÚLTIMA CASA

Oscuras son las calles, y hay una mesa sola
en una casa sola. Me interno en el jardín
que mojan las tinieblas y tres cipreses guardan.
Abajo van y vienen las llamas de las olas.
Las islas se estremecen en la noche.
El poderoso viento sale del mar oculto
y parece que a todos nos llevara.
Alguien abre la puerta, y entro en la oscuridad.
El agua cae: siento que en ella cae
el agua de este mundo ¿Acaso hay agua
más allá de este mundo?

Llegué a desierta playa
jamás pisada por alguien que quisiera volver.
Las islas me hablan en la noche: me dicen que esperan.
En la casa hay susurros de voces nunca oídas,
resplandores de voces que me invitan. ¿Adónde
me invitan? Es una casa sola con una mesa sola.
¿Acaso soy de aquí?, ¿y por qué estoy aquí?
"Te esperamos. Ahora que ya llegaste, toma
este esplendor, la copa de cristal, levántala:
es la llave de plata que cerrará tus años.
El agua que cruzarás jamás se atravesó.
Mana el agua de aquí: debes seguir tras ella.
Nadie la cruzará sin que alce la copa".

¿Quién me tendió la mano? Esa mano penetra
en mi mano, y se funde con ella, y se enciende
de claridad. ¿En dónde he tocado esa mano?

En esa mano hay llamas de otras manos que amé,
de otras manos que nunca pensé que yo amaba,
de otras manos que nunca supe yo que me amaban.
Sólo ahora descubro el amor que no sacia,
en esta casa sola, en esta isla sola,
cuando el agua no deja nunca ya de caer
como el amor, y se llena la casa de llamas.

"Pero debes partir", me ha ordenado la mano.
"Lo que tú has descubierto es apenas un soplo
del amor, una sombra de sombra en la sombra".
Y de pronto me hallé de nuevo en el jardín
que empapan las tinieblas y custodian tres cipreses.

Y las islas se estremecen en la noche, y las islas
estremecen la noche.

Y otra vez el silencio.

Las islas enmudecen y la noche enmudece.
Ya no hay sino silencio, el silencio
de la copa que llevo levantada hacia el agua.
La luz que de la copa se levanta me lleva.
Sobre el agua sin fin me está esperando el barco.

Y me veo en el barco. El poderoso viento
nos arrastra al espacio centelleante de estrellas.
Constelaciones de olas regresan sobre el barco,
y en el barco no hay nadie, ni siquiera silencio.
"Estás perdido ahora: no hay mano que te lleve;
el agua está podrida; ya no hay luz en la copa;
arrójala a las olas que vomitan pasado
de tus años. ¿Dónde estaba la copa
y la luz de la copa?"

El agua ya no existe,
y el barco se desliza sobre arenas oscuras.
¿A quién llamar ahora si he lanzado la copa
a las olas de arena de la nada?

Los muertos

aparecen con sus alas de musgo, y el barco
se está hundiendo en la arena.

"No tiene madre el cielo"

me dicen. "Sólo la nada es madre.
Todo lo que creaste fue a la estéril arena.
y fue estéril tu amor, y tu odio fue estéril.
Ya no hay islas ni casa, ya no hay olas ni viento.
Ahora ya lo sabes. No hay agua de otro mundo".
Y otra vez el silencio regresó sobre el barco.
A lo lejos las islas. Nunca las olas fueron
arenas: a lo lejos las islas se estremecen
en la noche, mecidas por el agua que vuelve.
Resplandece el cristal de la copa en la proa
y el viento poderoso nos lleva hacia la Casa.
El agua que ahora cae me vuelve transparente.
Sólo entonces me acerco a la Copa y levanto
todo lo que hay en ella de muerte y nacimiento.
Y en el puerto la Mano dice que hemos llegado.
El aire es de diamante, fúlgidas son las calles,
brilla el jardín; de pronto los cipreses
levantan sus tres llamas.

En la Casa la mesa
radiante nos espera, y en la mesa la Copa
que levanto es ahora un relámpago quieto,
y mis segundos ojos y mis segundas manos
me dicen que he llegado a la última Casa.

STELLA DÍAZ VARÍN

(1926)

Principales obras: *Razón de mi ser* (1949), *Sinfonía del hombre fósil* (1953), *Tiempo, medida imaginaria* (1959), *Los dones previsibles* (1988).

RAZÓN DE SER

De la mujer que desparramó las larvas milenarias
de sus pechos en el dintel del tiempo;
de la mujer que se envolvió a sí misma
dentro de una madrepora en su mundo de algas
y desanduvo su agonía decisiva junto con las estrellas...
de la mujer que amaba las palomas en éxtasis de virgen,
y amamantaba lirios por la noche con su pezón dormido;
de la mujer que supo antes que dios del clavo y del silicio.
De ella, la tentadora de la muerte durante ocho siglos,
la que en sus manos tiene dos trigales y en sus sienes de niña
una rama florecida de lágrimas,
de ella la novia que tendió sus velos por sobre los abismos
de ella vencedora, la cercana,
de esa mujer soy hija.

CANTOS DE ANADIR

I

Yo estaba como aquel a quien le han sido arrancados los ojos por una manada de serviles águilas. Y mi sangre entonces era vertida en el pozo más oscuro de mi casa junto con el estiércol y las palomas muertas.

Yo era aquel a quien servía de morada la tumba de sus antepasados; -silvestre, como todas las tumbas silvestres.

Yo era aquel a quien el amado confundió con una sola de sus caricias aprendidas de la esposa. Me venía por el costado un suave sopor, y me dormía queriéndola a ella, pensando en ella con en la primera amadora. Para mí, ella era él; entonces ya no sabía si mis venas eran mías o si mis dedos recorrían verdaderamente mis muslos, deseando encontrar los poros, más debajo de la piel.

Pero un día fui mío y me escurrí como un pez sediento hasta mi vientre, y estuve en él por largo tiempo y nací.

¡Oh, extraña coincidencia! Me sentía suave y voluptuoso porque era el comienzo –y creí en esos instantes, que cada vez podría hacer lo mismo; era tan bello no compartir nada, no dar nada, aun cuando recordaba haber besado ardientes labios.

Más, el amado repitió mi nombre varias noches y fue como si el hijo recién nacido cantara una canción de cuna para su madre. Ya no lloraba, y sin embargo tenía las cuencas salobras y prendidas de las comisuras. Para mí, nunca se arrodilló el día, y veía el sol a través de la noche, porque toda mi vida era una sola noche precipitada y solitaria.

Anadir, agita tu mano blanca y aguda y dime si la noche alguna vez dejará sus pisadas procelosas y habitará en tus ojos para siempre.

Anadir, eres suave como el tallo de una flor de esparto y puedes ser mía; te daré a beber inolvidables zumos y serás inmortal como tu amante. Ven, acerca tu aguda mano blanca hacia el nacimiento de mi cabello y sabrás cómo crece, bulliciosamente, como las cascadas y la hojas y la hierba perezosa del camino.

Anadir, si te dijera que acabas de nacer junto conmigo me tendrás más confianza, pero ya ves, la fatalidad ronda mis puertas y no puedo mentirle, pero descenderé desde mis comienzos para estar contigo y podré besar tu ardiente mejilla. Entonces tu planta bailará sobre los cristales líquidos de la lluvia y reirás como una niña recién parida.

ELLA

Ella estaba parida tristemente
sobre una ola, también recién parida.
Y era su sustancia, de amortiguado rostro redivivo,
como la mano empuñada de rojo.
Y perennemente sola como el signo de su frente.

Ella, y el viento azul, meciéndola como un padre con algo de brutal y algo de amoroso.

Ella tenía asida a su cintura
la acordonada mano del amigo.
Tanta enramada para tanta sangre.

Ella estaba parada como un pequeño invierno sedentario
y en los ojos le bailaba la muerte.

Para existir después de tanta primavera,
ella debió tener un silencio estatuario
en su única arruga frontal.

SINFONÍA DEL HOMBRE FÓSIL

I

Desde un mundo de carbón vegetal, me levanto,
como empujada ola, compañero.
Me vibran las acústicas marinas
y enhebro el silencio de la greda,
y escupo a la muerte por encima del hombro.

Pero nada es igual dentro del agua
sino el agua y el pez dentro del agua.

Si a cada día, si a cada espacio vengo,
por la noche mis manos enloquecen,

y el vértigo fustiga la horadada simiente.
No sólo el ritmo es propensión al canto,
pues entonces la muerte
no podría tener un significado de vocales.

El paso se acostumbra al silencio
como el agua a los muelles,
y voy cantando risas a olvidadas aceras
con detalles ambicionados por la nieve.
¿A qué viene entonces el deseo de sentirse viva?
-Así es una niña azul en su traje de verano-.
Yo tengo una cabellera de yodo
y en cada ojo un barco con forma de mirada,
y asida a un mástil sin cuidado fumo
mi cachimba de hierbas suburbanas,
y en un sonoro vientre mi corazón apoyo
y a oscuro corazón mi corazón allego.

Soledad, me acostumbro a diversas costumbres.
Eternamente verde, muerta en el alga verde,
y el sudor de los vinos agotados, me ciñe
y abandono deseos vertebrales.

En corporales nieblas,
me desvisto de sal y resinas oscuras
y asisto al panorama de besos y crujidos
y a latitudes verdes me incorporo.

Amigo, ya lo sé.
Dejaré al tiempo saber su estación olorosa.
El habitante de mi sangre no está conmigo ahora.

Iba con su hombro izquierdo en dirección al norte
y la piel erizada y oculta prometida a la pampa roja.
Ay astro mal herido por el día,
desde tu corazón te he suicidado
ayudada por tu propia luz.
El habitante de los cristales no está conmigo ahora.
A qué venir entonces a medir el espacio con el hueco de los ojos.
El habitante de mi sangre no está conmigo ahora.

Desde donde la luz inicia la distancia,
desde los puros astros montañeses,
oigo tu voz de aletargado vino,
tu esencial continencia de agua dura.
Y no soy yo en el fuego devorando crisoles
y no estoy en la fécula de sabor prohibido
ni en la silenciosa multitud.

Y así, entre advenedizos y distantes,
desastillando la mano del leñador junto a su único árbol derribado.
El habitante de mi sangre no está conmigo ahora.

Su misteriosa voz de océano,
su labranza de anillos,
su escondida raíz,
su pétrea contextura,
su esmerilada boca de diamante
agoniza en la tierra su secreto;
en ahogados espasmos de vertientes inéditas
-claras constelaciones subterráneas-
siderales ramajes suspendidos en el viento del sur.

Ay compañero;
tu rasgada piel de animal quebradizo,
ay, hombre, muriendo e inconcluso,
hombre de intentos pétreos,
de prohibidas féculas candeales.
¿De qué espiral renacerá tu canto,
de qué aullido infantil se hará tu corazón?

Qué importa tu experiencia de abdomen
envejecido y virginal,
qué tus huesos florecidos,
qué tu angustia de cineraria seminal.

Yo me levanto
sobre tu semblante de alga seca
y avizoro olas escasas de pelaje marino,
y a verticales sombras verticales me uno
como a su sombra, un ahorcado suspendido de noche.

VEN DE LA LUZ, HIJO

Que te ciegue la luz, hijo.
Ven de la luz;
Desde donde la pupila sueña
y vuelve atormentada,
como un escombros vivo,
como especie de flor, como pájaro.
Carbón de víscera terrestre,
así como víscera de árbol.

Deja que se ensañe la luz, hijo,
Desciende como los antiguos ángeles,
como los malos discípulos,
ardiendo en su pasión, desheredados.

Así como las fieras, hijo.

Incomprendidas del río, intocadas
absolutas, tristes.

Ese será el día
-presentimiento que no quise,
tú sabes, los conoces-
que tomaré la forma deseada.

Ojo de estiércol, húmedo;
aprisionaré tu llama,
tu superficie extraceleste
tu mirada de centro obscuro,
tu trigal;
la tibia voluntad de tu piel
me ayudará y seremos.

Nunca antes pudimos.
Yo era como esas pequeñas fuentes secas.
Desciende, hijo, de la luz;
avizora el espacio,
avizora el horizonte.
La curva que deja el corazón de un muerto,
la mano que se esconde,
la mano que nadie quiso acariciar.

Seremos.
Tú y yo venidos
irremisiblemente;
unidos como dos tallos jóvenes aún;
Queriendo apenas lo que no se nos dio.
Amando
lo que la luz aconseja:
el vértigo, la hondonada, el silencio.
El color de las piedras;
tantas cosas simples y distintas.
Llegaremos a amar la contextura de Dios
tan difusa;
tan perfecta como tus pequeños ídolos.
La madera de Dios
tan bella y roja
como el corazón de los árboles.
Tan bella y roja
como el corazón del veneno.
Que te ciegue la luz, hijo.
Que te atormente.
Ven de la luz, inúndate;
Ten la luz y desmiente la tiniebla.
Ven, hijo, arrodíllate.

Cree en los amaneceres.
En la luz son más bellos los ojos de Dios.

PROMESA

No te preocupes
Querido niño ávido
Tendrás tu perro azul
Te lo prometo
Siempre que lo fabriquen.
Además
Te prometo un puro tiempo
para lanzar anillos de por vida
En la cercana sombra de los
parques.

LOS DONES PREVISIBLES

I

Eran los dones previsibles.
El espacio habitable
En una tierra
Donde a poco de hurgar
Nos entrega la cosecha
En las manos germinadas de arándanos

Estos, los dones previsibles...
Entonces el asombro moribundo pez
Abstracto en la dimensión de una sonrisa
Súbito en lo profundo del dolor
Desecha una escalera de agua.

GUILLERMO TREJO

(1926)

Principales obras: *Así como en la muerte* (1951), *La poda* (1964).

CARTA A EVA

Te dijo la serpiente: "Eritis
sicut dii". No hirvió tu sangre y no supo
sentir, ahí, el brazo de la muerte
que os envolvía a ti y a Adán. Se hizo
presente la ambición primera, luego
seguida en los siglos por los sátrapas.

Ahora somos los despojos míseros
de unos perdidos dioses muertos. Vamos
cubiertos de la piel sombría y áspera
de nuestra propia sierpe. Y de su saña.
¡Somos dioses de estiércol! Pero somos
también los rescatados del infierno.
Y aquello que se nos repite siempre
es la pérdida, Eva: vuestra pérdida
del Paraíso, cotidianamente.

PARADISE

Dormiremos amados en los brazos
impalpables de Dios como sin sueño;
seremos luz en torno de las sombras
agudas de la muerte pasajera.

Habrà una fluencia que ama
al viento más vernal
en una tibia
y eterna primavera
de pétalos heroicos y felices.

Desde una móvil, íntima
quietud que baja y sube
iremos ambos
por un amor sin brechas confundidos,
a modo de un vapor que trepa y clama
por ser nube en el cielo y agua próxima
contra la sed terrena de las flores.

Y estaremos dormidos en los brazos
de Dios, con impalpable sueño insomne.

CECILIA CASANOVA

(1926)

Principales obras: *Como lo más solo* (1949), *De cada día* (1958), *Los invitados de tu memoria* (1993).

ANTE LA LLAMA DE LA LIBERTAD

Al cruzar ante la llama de la libertad
un ángel ordenó en tu oído
sóplala
Pero ella continuó ondulando
mofándose de tu fantasía.

EL DESPERTAR DE UNA MONTAÑA

Versículo uno

La tocó
y se tendió sobre ella
de cara al mediodía
Luego se volvió a besar la tierra
por años petrificada
y se miraron a los ojos
y él fue montaña
y ella mujer
Y jugaron intercambiándose papeles
hasta llegar a ser una pareja
-Volvamos al Paraíso
propuso el hombre
y de la
mano llegaron
hasta un Dios que no reconocieron.

Versículo dos

Dios se alegró al verlos
Comprendió que lo mejor de su creación
fue el fruto prohibido.

Versículo cuarto

Y él la quiso caliente
sexual
arrulladora
Tierna
receptiva
Esposa.

Versículo quinto.

A su partida
los pájaros se convirtieron en alambres
el cielo en rocas

Pero ella siguió viviendo ahí
al cateo del hombre
Alarmada de que Dios no se percatara
del deterioro.

Versículo seis

Por primera vez
tuvo miedo a la muerte
al abandono
Muchas veces trepó a una palmera
por si lo divisaba
y superticiosa consultó su oráculo
y orante el horizonte
Desencantada arrancó de sus cabellos
los diminutos corazones
los anillos de sus dedos
de un tobillo
la pulsera fulgurante
Doliéndose de que la hubiera despertado
Como en cámara lenta
recorrió el Paraíso
Dándose cuenta
que hasta Dios había volado
se tendió junto al árbol de la sabiduría
Cerrando los ojos
esperó.

Canto final

El despertar de una montaña

Despertó en un lugar irrespirable
rodeada de espejos
luces
bajando por una escalera mecánica
De las vitrinas
la acechaban mujeres inesperadas
Cubiertas
brillantes
pintarrajeadas
estáticas
¿Dónde estaba?
La vio venir de lejos
distinguiéndola entre todas
olfateándola como cuando era montaña
y se miraron a los ojos
e hicieron el amor
intuyendo que ya no escaparían

de aquel mundo delirante
Hicieron el amor
añorando el Paraíso.

DOMINGO

El día color resurrección
te vi entre nosotros
Mañana
habrás subido al cielo
y a esa distancia
te pierdo

QUITAPENAS

Cada poeta que muere
baja con Dios al Quitapenas
a tomarse una cañita

SI DIOS ME HUBIERA PREGUNTADO

Si Dios me hubiera preguntado
¿Quieres nacer?
Lo habría pensado dos veces

LUDWIG ZELLER

(1927)

Principales obras: *Los elementos* (1953), *Exodo y otras soledades* (1957).

A UN DEMONIO. LAMENTO

¿Quién eres, di, de qué pasado vuelves
a soplar en mi vida? ¿Quién te creó sollozo
de tierra calcinada; qué soledad, qué aliento
te pulió desde dentro como una quemadura,
y qué deseo oculto musitas en la noche
de fiebre, de nosotros, oh espectro?

¿Sabes tú de la sed que nos devora; que cae
el polvo, cae sobre la vida? ¿Has visto, sí,
has visto, cómo la angustia curva su sal
sobre los días, has sentido cómo golpea
el tiempo, cómo se mustia el ser bajo sus alas,
y al destino rugiendo sobre el hombre?

¿Vibras tú, dura forma, fría mudez, silencio,
o eres tan sólo piedra donde canso la sangre?
Velo en la noche, solo, te oigo llorar,
hay cosas que no pueden ya ser en las palabras,
playas que no verán ya nuestros ojos, quemados
por el sol, vueltos a la visión que no vive ni muere.

Divinos, dad al hombre el sentido de sus días.
Quiero el labio que vierta, que sople en mí, ¡Oh Sagrados!,
las formas de la vida, la voz que no se quiebre.
Quiero ser una llama al flujo y al reflujó de su aliento,
un eco en esa frente de donde mana el sueño,
un ala en esas venas en donde late el mar.

DAVID ROSENMANN-TAUB

(1927)

Principales obras: *Cortejo y epinicio* (1949), *Los surcos inundados* (1951), *El cielo en la fuente* (1977)

GENETRIX

Acabo de morir: para la tierra
soy un recién nacido.

INMORTALIS

Basta mirar las rosas de vuelta a los rosales,
basta lamer la brisa,
basta cantar la luz y herir los nidos.
La luna muere hoy, pero nace mañana.
Y la noche de hoy es una antigua noche
que sola y aterida encuentra su regazo
en las mantas pasivas
del luto que hoy es dueño del sueño de los hombres.

Adiós para los rayos del sendero agostado,
que el tiempo que ha de hacerse ya lo hemos vivido.
Qué dulce es no sentirlo.
Las hojas que están secas
están en primavera.
Las blancas cabelleras ondean en lo hondo del corazón terrestre.
Un niño es un anciano que mañana será
a escondidas de Dios, una criatura
de pan de sortilegio.

El lirio religioso lanza su sacudida:
se propaga en la sombra trémula y calcinada,
y completa el perfume de todo lirio muerto.

El mármol es el mar que siempre se prepara.
Los árboles: las nubes: Dios que va pasando.

Porque si nos morimos,
que nuestro Paraíso sea volvernó niños.

'CRECE EL AIRE. ES DE NOCHE'

Crece el aire. Es de noche cuando a la faz de Dios
cae el ojo del hombre. La canción de los astros
es altura de altura su garganta expandiendo
en la fina cubierta de Dios. Los astros cantan
en ola rumorosa. Solemnemente eterno
miro la Mano Fábula saludando los salmos.
Voy haciendo al rocío. Es Su paso el que surge
en las voces. No hay hora ni camino ni escarcha

en los campos vencidos. Su infinita sonrisa:
una aguja estelar. Agua viva, mi fragua
se puebla de sonido: como la mariposa
que destroza sus alas en las acedas lanzas
de un insecto de plata. Crece el aire. Es de noche
cuando a la faz de Dios cae el ojo del hombre.
El cielo enardecido late lampos llameantes.
Es la boca de Dios la que muerde la cumbre.

ALBERTO RUBIO

(1928)

Principales obras: *La greda vasija* (1952), *Trances* (1987).

AUTORRETRATO RETROSPECTIVO HASTA BOSQUE

Un bosque de eucaliptos me recuerda,
un olor de eucaliptos me hace aire;
me recuerdo y me olvido hacia mi infancia.

Soy un niño y también soy el estero
que corre por el fondo.
Yo también me hago estero cuando niño.

Rumoreo entre piedras.
De claro que me vuelvo,
en mí guardo los sauces,
y los sauces me llevan en corriente.

Y luego bajo el bosque
me tiendo hacia los sueños.
Voy durmiendo en raíces de los árboles,
voy subiendo soñando por los troncos,
con abiertas pupilas,
me hago fronda en la fronda de los árboles,
me briso entre las ramas,
me hago hojas, rumoreo,
y azuleo de cielo.

Un olor de eucaliptos me denuncia.
De pronto me hago el bosque entero

TIERRA

Te van reconociendo, amándote tendida,
si a tropezones te hallo, mis besos compañeros.
Abrupta tierra, antigua, mía, reconocida,
si doy pasos en falso serán los verdaderos.

Si por quererte tanto me cayera seguido
tropezando tus brazos, perdóname, mi tierra:
es que hace tanto tiempo que te cargo al olvido,
que mi hueso cayéndose con tu hueso se emperra.

Mas con besos burlados tu cuerpo se me pierde,
porque tú lo falseas, abrupta tierra, antigua,
hundido de sorpresas, con una hierba verde,
con hierba verdadera que nos anda contigua.

Fieles ansiosamente, reconocidos bríos
hacia ti desembocan, tropezando sus besos.
Serán tuyas verdades tus falseamientos míos,

tus besos tropezones, mis abruptos tropiezos.

INVIERNO

Los ángeles de lluvia hacen la lluvia.
Elevan la guitarra con sus cuerdas de lluvia,
y lanzan la tonada seminal del invierno.
Una cueca de pájaros se cierne inversamente.
Son pañuelos las nubes que cubren todo el cielo.
Allá arriba los ángeles chilenos bailan cueca,
sordamente extendidos, zarandeando los cielos.
Los árboles se embriagan, sin hojas musicales,
de un vino lleno de hojas allá en su savia adentro,
De raíz en raíz van creciendo, creciendo.
Y bailan una cueca primavera los árboles.

EL ESTERO

Con profundos pidenes, con tu paso encendido,
estero el compañero, llévame de la mano,
por todos los rincones que brillas escondido,
que me puedo perder en la sombra lejano.

Entona todo el bosque con voz alegradora,
y que tus dientes piedras me alegren con tu risa.
Yo también crié un sauce que me conoce ahora,
y que también me empuja, rumoroso de brisa.

Después que haya pasado, tan límpido de cara
te quedarás mirándote la cara que te hendí.
He de sumirte lejos aunque te vayas para
no volver nunca más, tan dejándome a mí.

Pero tú te has perdido, y ahora no te encuentro.
Estero el compañero, te tengo de memoria.
Si en mí mismo rebusco te camino allá dentro,
enredado en tus barbas con nidales de historia.

En fronda vena mía tú sigues tus caminos.
Vamos ambos al fin empujados de brisa,
en tu cauce de sangre, bajo sauces destinos.
De cuando en cuando escucho tu clara mía risa.

Antiguo compañero que a lo lejos te pierdes,
acordaré mis pasos a tus pies vagabundos.
Con tus ojos de agua, con tus cabellos verdes,
me marcharé por siempre contigo hacia otros mundos.

ENRIQUE LIHN

(1929)

Principales obras: *La pieza oscura* (1963), *Escrito en Cuba* (1969), *El Paseo Ahumada* (1983), *Diario de muerte* (1989).

LA PIEZA OSCURA

La mixtura del aire en la pieza oscura, como si el cielorasso hubiera amenazado una vaga llovizna sangrienta.

De ese licor inhalamos, la nariz sucia, símbolo de inocencia y de precocidad juntos para reanudar nuestra lucha en secreto, por no sabíamos no ignorábamos qué causa; juego de manos y de pies, dos veces villanos, pero igualmente dulces que una primera pérdida de sangre vengada a dientes y uñas o, para una muchacha dulces como una primera efusión de su sangre.

Y así empezó a girar la vieja rueda –símbolo de la vida– la rueda que se atasca como si no volara, entre una y otra generación, en un abrir de ojos brillantes y un cerrar de ojos opacos con un imperceptible sonido musgoso. Centrándose en su eje, a imitación de los niños que rodábamos de dos en dos con las orejas rojas –símbolos del pudor que saborea su ofensa– rabiosamente tiernos, la rueda dio unas vueltas en falso como en una edad anterior a la invención de la rueda en el sentido de las manecillas del reloj y en su contrasentido.

Por un momento reinó la confusión en el tiempo. Y yo mordí, largamente en el cuello a mi prima Isabel, en un abrir y cerrar del ojo del que todo lo ve, como en una edad anterior al pecado pues simulábamos luchar en la creencia de que esto hacíamos; creencia rayana en la fe como el juego de la verdad y los hechos se aventuraban apenas a desmentirnos con las orejas rojas.

Dejamos de girar por el suelo, mi primo Angel vencedor de Paulina, mi hermana; yo de Isabel, ninfas en un capullo de frazadas que las hacía estornudar –olor a naftalina en la pelusa del fruto–. Esas eran nuestras armas victoriosas y las suyas vencidas confundiéndose unas con otras a modo de nidos como celdas, de celdas como abrazos, de abrazos como grillos en los pies y en las manos. Dejamos de girar con una rara sensación de vergüenza, sin conseguir formularnos otro reproche que el de haber postulado a un éxito tan fácil. La rueda daba ya unas vueltas perfectas, como en la época de su aparición en el mito, como en su edad de madera recién carpintereada con un ruido de canto de gorriones medievales; el tiempo volaba en la buena dirección. Se lo podía oír avanzar hacia nosotros mucho más rápido que el reloj del comedor cuyo tic-tac se enardecía por romper tanto silencio. El tiempo volaba como para arrollarnos con un ruido de aguas espumosas más rápidas en la proximidad de la rueda del molino, con alas de gorriones –símbolos del salvaje orden– libre con todo él por único objeto desbordante y la vida –símbolo de la rueda– se adelantaba a pasar tempestuosamente haciendo girar la rueda a velocidad acelerada, como en una molienda de tiempo, tempestuosa.

Yo solté a mi cautiva y caí de rodillas, como si hubiera envejecido de golpe, presa de dulce, de empalagoso pánico como si hubiera conocido, más allá del amor en la flor de su edad, la crueldad del corazón en el fruto del amor, la corrupción del fruto y luego... el carozo sangriento, afiebrado y seco.

¿Qué será de los niños que fuimos? Alguien se precipitó a encender la luz, más rápido que el pensamiento de las personas mayores.

Se nos buscaba ya en el interior de la casa, en las inmediaciones del molino: la pieza oscura como el claro de un bosque.

Pero siempre hubo tiempo para ganárselo a los sempiternos cazadores de niños. Cuando ellos entraron al comedor, allí estábamos los ángeles sentados a la mesa ojeando nuestras revistas ilustradas –los hombres a un extremo, las mujeres al otro– en un orden perfecto, anterior a la sangre.

En el contrasentido de las manecillas del reloj se desatascó la rueda antes de girar y ni siquiera nosotros pudimos encontrarnos a la vuelta del vértigo, cuando entramos en el tiempo

como en aguas mansas, serenamente veloces;

en ellas nos dispersamos para siempre, al igual que los restos de un mismo naufragio.

Pero una parte de mí no ha girado al compás de la rueda, a favor de la corriente.

Nada es bastante real para un fantasma. Soy en parte ese niño que cae de rodillas dulcemente abrumado de imposibles presagios

y no he cumplido aún toda mi edad

ni llegaré a cumplirla como él

de una sola vez para siempre.

ELEGÍA A GABRIELA MISTRAL

Dirán que se ha dormido para siempre, dirán

que un ala color fuego y otra color ceniza

el ángel de su voz baja por ella

lleno de un Cristo único: impaciente en la espera;

que espereándose de su vida profunda

nunca bien conciliada como sueño de exilio

con ojos que sus ojos de polvo le cegaron

todo lo ve en su Dios que lo ve todo.

Y cae allí donde estuvo su pecho

desenredado el nudo que la hizo cantar;

silencio ahora guarda, feliz, como de niño.

Dirán que está en la Gloria.

Dirán que está en la Gloria y que se encuentra en ella

una a una sus pérdidas como en un arrenal

donde acampara el reino del que fue reina.

Su madre se le ofrece nuevamente en la jarra

en que le bebe el rostro con el suyo mil años.

Se yergue y he ahí los niños que no tuvo;

su amor luce en el cielo carne y hueso divinos.

Jóvenes de otra edad, fantasmas vivos
callan para que hable y es en Elqui, su valle
a un paso de países que le dan alegría.
Dirán que es suyo el seno de los suyos.

“Son palabras, palabras” creo oírle a la tierra
que, como siempre tiene la razón, coge y muele
su presa en un silencio que desvela a las víboras.

Palabras, sí. Pero algo suena en ellas
como en un verso mío un verso suyo
de vivo y cierto y creo y se abre el cielo
bajo la sombra que le da mi mano.
No hay secreto ninguno en el azul
que no sea el azul de su secreto
y si otro mundo existe el sol lo abrazaría.
Enero corre incrédulo, apegado a sus días
hombre y buey a la vez, perro salvaje...

Y un absurdo solemne se prepara:
una misa solemne
No me muevo de aquí, no bajo a la ciudad,
viene en su lugar otra que era apenas su sierva.
La tierra apoderada del cuerpo de Gabriela
bailará al paso lento del cortejo en las calles
y el Cristo mendicante que amó como mendiga
será solo una cruz de una pieza, dorada
esplendorosa y fría como treinta monedas.
Niñas de blanco, en blanco, demasiado inocentes
bostezarán el sol hasta que entre en escena
seguido del ejército de su primo, el gran soldado.

No me muevo de aquí donde está ella,
en su libro, en su voz que leemos
toda una noche de cerrada vigilia.
Agua que se bebió vuelve a embriagarnos
de una sed, maravilla de las aguas.
Compañía nos hace el pan, su hermano
y la sal que aprendieron, poco a poco, sus sienas.

Envejecemos con sus criaturas
en el desierto que las guarda vivas
para un día feliz no venidero;
y muere, ante nosotros, la extranjera
en una soledad que nos ahoga.

Cabe en un redondel de luz la América
que un corazón contuvo en un gesto de amor.
La vida innominada no vive en nuestra vida

y cuando es justa como lo es su palabra
parece que las cosas sólo existen
para corroborarla desde lejos.
Al sol del Trópico lo alumbra Gabriela
la que levanta a signos toda una cordillera;
y el maíz tiene ojos que ella mira y la miran
innumerablemente como a madre gigante
como el verde amarillo de agradecimiento.
Mil años esperaron que naciera, sus hijos.

Y no ha nacido el día de los días para ella
cuerpo sólo es ahora que se encarna en la tierra,
ola que pierde espumas de su nombre
en la fosa común del mar del fondo.
Por mi parte yo nada le deseo,
busco su dicha allí donde encontró su dicha;
el canto, cuando es bello, cura el dolor que mienta
y le sobra belleza para el dolor más ancho.
Creo verla poner a su desgracia
el rostro grave y dulce que espejea en su verbo.
Escuchémosla hablar, roto el silencio
no atinaremos a llamarla ausente.

FIN DE SEMANA

“Volveremos a la vida”, nos prometieron las flores
por boca de su hermana mayor. Me parece estar viéndola. De pie frente a la mesa
ofreciéndonos el canastillo
donde las frutas confirmaban a las flores. “Sí. Sí. Como nosotras”.
Está claro que el sol entra también por los oídos; sucede cuando uno cree escuchar
visiones,
porque, de veras, las flores dijeron por su boca, en un momento de ansiedad:
“Volveremos a la vida”.
O bien: “¿Vendrán Uds. el año que viene?” Y algo así como: “Entonces, los conejos...”

La tentación es el primer recurso de la mujer y el último.
En esa aldea tan próxima al cielo lo natural era que la serpiente jugara en un pequeño
papel
como antes de entrar al paraíso, cuando éste era un pueblo entre otros, el tosco letrero de
madera borrado por el polvo de la gran ruta.

Sí, se asiste al nacimiento del mundo en las aldeas que visitamos sólo una vez
cuyo camino extraviaríamos si se nos ocurriera rehacerlo.
El agua se distingue apenas de la luz, la tierra abraza en los rincones, la tierra color
negro fuego que, de repente, fluye,
los elementos no responden sino al eco de su nombre.

ZOOLÓGICO

Las palabras que callo cambiarán de sentido:

yo no puedo decir una cosa por otra, la poesía no se hace en los labios
sólo puedo llamarte por tu nombre, lo siento. Aunque del lado tuyo esté la tierra
y te parezcas como nunca al amor, bajo la astucia de sus manos que encaminan los
pasos de cada una de sus hijas.

Sí, todas las mujeres se te parecen, ahora que no te pareces a ninguna
bajo este sol que vuelve a mirarnos de frente como en los buenos días.
Al alcance de la aridez de la memoria, allí ensaya el olvido un canto como de aguas,
una inocente canción sin asunto que uno terminaría por aprender a oír.
Y se está bien encaminado a tu lado en cualquier dirección, del lado de la tierra,
en dirección al zoológico donde el mono espera en su cátedra
para enseñar al hombre la gracia original, la impudicia, la alegría, la ternura originales,
el desdén por la miseria en que lo educa su locura.

Bello desierto de la inteligencia poblado estrechamente por el capricho del instinto
que gusta de encarnarse en variados disfraces.
Esta isla absorbida por su único ídolo viviente es un camello.
Nadie más monstruoso que este naufrago de la carne en la carne; pero él ignora otro
culto que el propio
y no se reconoce en los demás ni en sí mismo.
También del lado suyo está la tierra que no hace distinción entre ninguno de sus siervos.
El horrible bufón cuenta con la piedad de la reina, su madre; ella trabaja para él en la
doble gruta hermética:
le adereza la cena frugal, cuida de que el desierto no le provoque en sueños
al despertar, la náusea del exilio,
y la bestia es un cauce por el que, en un tumulto de frescura, el olvido celebra su triunfo
a toda orquesta,
una inocente canción sin asunto que uno terminaría por entonar.

Y se está bien encaminado a tu lado en cualquier dirección, del lado de la tierra.
Frente a la jaula de las aves acuáticas, la poesía vuelve a hacerse en los labios.
Es una exclamación, por un instante, como cuando fue dicha la primera palabra;
las hadas no vivieron en un palacio semejante, porque en la fantasía ¿pudieron ser tan
bellas como lo son de hecho estos dibujos lineados en la altura, por el ocio del cielo?

Y es de nuevo el amor el tema de esta danza. Ni un drama alegre ni una triste comedia,
una acción que no vuelve sobre sí misma, deteniéndose, para dar lugar a un problema de
conciencia.

La ceguera del acto puro, diré en término que quisieran retener el resplandor de estos
tres pares de alas
más blancas que la nieve de otro mundo;
el amor en su ceguera de acto puro, sin asomo de corazón ni de cabeza.
En esta lucha la perdedora es la vida, la triunfadora es la vida y, cuando la balanza
emplumada se incline por uno de los finos guerreros
ya el otro estará pronto a incorporarse –armonía del triángulo– par del esposo en
privilegios.

Sus hermanos lo olvidan ahora, ellos giran del lado de la tierra
como un solo diseño de elegancia febril en el que todo trazo se define por otro.
Los largos cuellos se evitan en lo alto, alternativamente ascienden y descienden
para que no venga a turbar la ceremonia ni el más ligero juego de miradas con el calor
que humaniza a las máscaras.
Ojos como de peces bastan al sacerdote cuyo templo es el huevo, para quien la pasión es
sólo el desarrollo de su templo en la tierra;
y la sacerdotisa del amor por la especie pudo nacer en medio de los hielos donde se
ignora la ternura.
Con todo ésta es la primavera al desnudo. El engaño nos mueve a abandonar un
espectáculo del que fuera expulsado
y henos aquí, otra vez, cristianamente, en la exclusión de las aves del cielo. En un
sábado inglés, por la tarde.
¿Qué es tu pequeña historia comparada con tu historia?
Aquí tienes la vida bajo su única forma: el momento que vives, el día de mañana.
En todo lo demás te engaña la memoria, sólo la tierra recuerda a lo vivo.
Las nuevas hojas de este árbol recuerdan a las antiguas hojas, no obstante mira cómo.

Y se está bien caminando a tu lado, del lado de la tierra que hace hablar por ella al
corazón, sin descanso
en un viejo lenguaje enjoyado de lugares comunes.
Una inocente canción sin asunto que yo también podría aprender fácilmente.
Pero el amor no se hace en los labios, la poesía no vuelve con las hojas.
Ella florece en el destierro, nunca en la misma estación, de año en años
y yo la serpiente, casi invisible en su celda de vidrio, en el rincón más sombrío del
parque,
ajena a la curiosidad que apenas despierta, ajena a los intereses de la tierra, su
madrastra;
yo soy ese insensible amante de sí mismo que duerme con astucia, mientras todo
despierta.

EFRAÍN BARQUERO

(1931)

Principales obras: *La piedra del pueblo* (1954), *La compañera* (1956), *Mujeres en oscuro* (1992).

MIMBRE Y POESÍA

Mimbrero, sentémonos aquí en la calle,
y armemos con tus hilos blancos y con mis hilos azules
los esenciales artefactos de uso diario:
La paz, la mesa, la poesía, la cuna,
el canasto para el pan, la voz para el amor.
Armemos juntos las cosas más esenciales y más simples,
más hermosas y útiles, más verdaderas y económicas,
para cualquiera que pase nos comprenda y nos lleve.
Nos ame, y se pueda servir de nosotros. Nos necesite,
y podamos alegrarlo sin ninguna condición.
Tú armaras el canasto que la lavandera
necesita para sembrar la camisa más blanca,
y yo armaré una canción con olor a jabón y a pureza
para que ella junto al río halle más dulce su trabajo.
Tú tejerás la maleta para que el minero regrese,
para que los novios se casen, para que el hijo pobre
vaya a la ciudad a conquistar un oficio.
Y yo tejeré con los hilos más férreos de mi poesía
el descanso más digno, el amor más profundo, la esperanza más grande,
para que el obrero mire confiado su casa
y no parta el pan con recelo y a oscuras,
para que los recién casados puedan anidar todos los pájaros
y no tengan que apartarse por una gota de agua,
para que el hijo menor halle la herramienta en su sitio
y no tenga que volverse porque otros la escondieron.

Mimbrero, hermano mío, que es bello nuestro oficio
cuando a ti te encargan una cuna y a mí una esperanza,
cuando a ti te piden una mesa, un velador, un canasto,
y a mí un arma que defienda ese amoblado tan simple.
Que es bella la jornada cuando tocamos con el mimbre o las canciones
la forma desnuda de la vida: su cintura de trigo,
sus senos llenos de luna, su vientre cubierto de musgo,
sus muslos como ríos, sus brazos como ramas,
sus ojos como un camino en paz bajo la noche.
Que es bello nuestro oficio cuando tentamos ese cuerpo
y yo le pongo el nombre más dulce del amor,
y con mi verbo le digo: levántate, eres libre,
labora en paz, procrea primaveras y veranos,
y lega a toda la tierra tu apellido.
Y tú, oh mimbrero hermano, le vas tejiendo
todos los artefactos que ella necesita
para repartir el pan entre sus hijos:
canastos para almacenar la nieve y la salud,
pequeños cestos para guardar el polen y semillas
de una primavera a otra, cunas para continuar
el sol fecundo, maletas para traer la lluvia,

mesas para que las hojas caigan y vuelvan a ser verdes,
y sillas para descansar delante de la paz ganada.

MI AMADA ESTÁ TEJIENDO

Mi amada está tejiendo en la ventana.
Está tejiendo una inmensa mariposa.
Me mira en silencio, y yo la miro
pensando en el hijo que volará sobre ella,
sintiendo lo bello que es haber luchado juntos,
tejiendo con nuestras manos una enredadera,
para que suba aquél más alto que nosotros.

Mi amada está tejiendo en la ventana.
Toda la tierra está tejiendo con ella
la mariposa verde de la primavera.
Todo el mar está tejiendo con ella
la ola blanca que limpiará los cielos.
Todos los hombres están tejiendo con ella
la palabra que aromará la vida.

Mi amada está tejiendo en la ventana.
Me mira en silencio, y yo la miro
contemplándonos los rostros tan queridos,
examinándonos las manos laboriosas;
pensando en las hojas que tiene en su regazo
para abrigar ese fruto milagroso;
pensando en las alas que tiene a medio hacer
para que vuele el hijo como un pájaro
hacia donde nosotros no alcancemos.

LA MIEL HEREDADA

Mi abuelo era el río que fecundaba esas tierras.
Lleno de innumerables manos y ojos y oídos.
Y, al mismo tiempo, ciego y taciturno como un árbol.
Era la barba antigua y la voz profunda de la casa.
Era el sembrador y el fruto. La cepa rugosa.
El índice del tiempo y la sangre propicia.
Mi abuelo era el invierno con las manos floridas.
Era el propio río que poblaba las tierras.
Era la propia tierra que moría y renacía.

Mi abuela era la rama curvada por los nacimientos.
Era el rostro de la casa sentado en la cocina.
Era el olor del pan y la manzana guardada.
Era la mano del romero y la voz del conjuro.

Era la pobreza de los largos inviernos
envuelta en azúcar como humilde golosina.
Quince hijos comían de sus manos milagrosas.
Quince hijos dormían con su sueño de águila.
Muchos nietos y biznietos hemos seguido
pasando por sus brazos enjutos.
Pero ella es siempre la mano que mezcla agua y harina.
Es el silencio de la noche lleno de pájaros dormidos.
Es el brasero de la infancia con la tortilla corredora.

Mi padre era el que más se parecía a la tierra.
Debe haber nacido junto con el maíz o el trigo.
Mi padre era moreno, y dormía en su caballo.
Era como el jinete lento de la primavera.

Mis otros tíos todos se parecían a las aves del lugar.
Todos tenían algo de los árboles y las serranías.
Algunos eran poderosos como los caballos percherones.
Pero todos recordaban las cosas más cercanas a la tierra.
Era un enjambre turbulento que llenaba la casa.
Era una bandada de queltehues que anunciaba la lluvia.
Eran los zorzales que se robaban las cerezas.

Yo nací cuando eran viejos ya; cuando mi abuelo
tenía el pelo blanco, y la barba lo alejaba como niebla.
Yo nací cuando ardían las fogatas de mayo.
Y lo primero que recuerdo es la voz del río y de la tierra.

ROSA CRUCHAGA

(1931)

Principales obras: *Bajo la piel del aire* (1978), *Sobremundo* (1985).

POR ENCIMA

Por encima de la aurora,
Dios dormido es de un negro inmacillable;
con su otro infinito iluminado
un poco me amanezco.

De Dios tengo las mitades
en mi mano sombreada y la que fulge.
Nada puedo escribir sin que me falte.
Nada puedo esquivar sin que me inunde.

CREO

Creo en lo contradictorio
de mi único ojo dividido
y en la puerta rasgada por sedas
y en el hierro horadado por carne
y en las bocas con lágrimas:
porque los ojos se besan.

Creo que el veloz candado
nos llevará al claustro primero.
Donde retrocederemos virginales:
hasta morir de nacimiento.
¡qué serías mi Dios si te midiere
no con ojos llorando: sino abiertos!

DELIA DOMÍNGUEZ

(1931)

Principales obras: *Simbólico retorno* (1955), *La tierra nace al canto* (1958),
Parlamentos del hombre claro (1963)

SILLA DE VIENA

El reino no es el mismo:
sólo está Dios en todo lo que amabas.
Manos desconocidas tiran piedras al sueño:
no hay amparo posible.
Arriba pasan las aves de alas blancas
mientras el canto de los madereros
llega desde las barracas del oeste.

Algunos saludaron
con un toque de gorra esta mañana:
eran los nietos de los leñadores alemanes
que conociste en las casetas de relevo
cuando el bosque todavía era un gigante verde,
y en las tonelerías de Rahue Alto
se cargaban los vasos con pólvora del diablo.

El reino no es el mismo:
sólo está Dios en todo lo que amabas.
Los postigos del lado de la lluvia
se entornaron
el año que una mujer partió de negro,
y aún no sabes si la casa de tablas
está parada en este mundo, porque
disimulas tus fantasmas, cuando
lo que vale es el coraje
de hincarse a conversar de amor.
mientras se están muriendo tus raíces.

Abre el pestillo: un perro ciego
todavía dormita a los pies de tu silla de Viena.

DEL AGUA Y DE NOSOTROS

Hoy andamos el río
con los ojos descansados
en el resplandor sonoro del agua
libre y viva.
Desencadena el cielo su elegía celeste
tú y yo sentimos el alarido
encima de la entraña
sin miedo amor, sin miedo,
tenía que ser a través de lo más simple
de una consagración primaria
al uso de las pequeñas bestias puras
que se entregan desatadas
como la avanzada de las flores madres en calor,

unirnos esenciales, tremendos
hasta lo más querido.

Tú traes la consonancia trágica
del augurio y la muerte.
Yo tengo los salmos vivientes en la boca
He aquí la armonía.

Te digo que somos
la columna agarrada a la inmensidad
por donde el lenguaje de los seres sube.
Con qué soberbia apareamos
nuestra condición al agua,
al aire, al vuelo interminable
de los pájaros legendarios
a la sabiduría intuitiva del universo.

Nadie sabe en la tierra
cómo nos amamos
amor.

PARLAMENTO I – INVOCACIÓN

«el asomo a la luz y
consagración del alba».

Cuando la primera luz
resuelva la inmortalidad de las estrellas
tendrás que despertar conmigo, hombre,
irremediablemente un día
otro día
en la sonora desnudez del alba
ceñido aún de negras trizaduras
harás memoria entre tus huesos viejos
sin desalegrarte a mis palabras.
Estamos comenzando, es el preámbulo,
pobre pequeño poblador del mundo
abónate a los bronces agoreros
que nada quede fuera de los signos
pues podrían herirse los violines
y así desbarrancarse la mañana.
Vamos cantando este festín azul de resonancias
la violación del tímpano primario
nos dará la armonía. Flauta y oboe
clavicordio estirado en su metálica amargura
corno, piano solo, ronco y solo.
Hijo de Dios, los gallos le ganaron al sol
el estruendoso viento nos carcome

los pastorales de la aurora se refriegan
en la garganta de los poetas muertos
para encender las profecías diurnas que sollozan
preparándose.

He aquí la ventana elegida
para mirar la creación como yo quiero
o como tú quieras, pagano Apóstol,
recuerda que cada cosa tiene un nombre
y una sombra,
y con toda honradez hay que morder,
ese nombre y esa sombra
para saber entonces qué pasa debajo de nosotros.
«tendrás que responder conmigo
e invocar».

(No sé si cuando se nos despedaza la infancia
comenzamos a vivir o a morir
y el tiempo nos envilece hasta los tuétanos
y la niñez se amontona en una bohardilla de trapos amarillos
porque amarillos son siempre los recuerdos).
Pero aquí arbolaremos la tempestad heroicamente,
en vano procurarán taparnos de silencio
volcaremos las desangraderas por los rayos del éter
hasta la consonancia de la última cuerda.
Suelta los pájaros del arpa y armoniza
que nadie en su conciencia calle
chupa esta leche de alba
la leche original del paraíso
y enciéndete de savia las entrañas.

«no quiero verte un día Apóstol
como un muerto estéril -tranqueando
sin saberte muerto- la miseria ignorante
del ateo no cabe en tus bolsillos».

Con los brazos abiertos los remeros derrumban la tiniebla
-emigraremos-
la almohada se tira como un ancla
en los primeros nimbos del universo.
Reconoce la forma hereditaria
no cambian los pies sobre el origen,
las bestias se desgarran en los acantilados
porque no pueden pensar
y somos tan hermanos, Apóstol,
-emigraremos-
despierta el contorno de las formas
la flor se nos abre a borbotones
-invoca sin pavor-

el aire atrapa la trágica eufonía
la encarnadura de la sombra hacia la luz
y nos llevamos en este aguardamiento
con un perfil de árbol amanecido
suspensos, escombros.
Gruoso sudor burilado en la caverna de los cuerpos
hijo de Dios, hermano de la bestia, Apóstol mío,
con suavidad te pido que despiertes
pero también te mando;
la hora reverdece en los olivos
viril el trompetero se levanta
andante sempiterno en los timbales
algo sagrado transfigura el alba
un despedazamiento ¡apróntate!
la madre alumbrada, tiene mojadas todas las caderas
la arcada de las venas se dilata
¿hueles la sangre, el flujo, el oleaje tibio de las valvas?
es la vaciante iluminada
el feto astral que reproduce y canta
es la consagración del hombre ante la nada
es tu existencia, mi existencia,
somos el ser te digo, hijo de Dios,
tendrás que desnudarte el alma.

DEL AMOR HUMANO

I

Al poniente
las venas reparten sus incendios
igual a un sueño envuelto en meteoros.
Adentro
los metales nos van quemando el mundo
como una desgracia irreparable.
El fuego vivo atiza por la espalda
y un pulmón se nos queda en silencio.

Alguien vuelca en el cielo
la brea que sobra de los puertos.
Así de pronto emigra el pan dorado,
la vacilante alquimia de la infancia,
entonces desde antiguamente
una resaca ahonda por los huesos del hombre,
la marcha se hace natural
como los años aprendidos, y un poco más de tiempo,
aconcha en la frágil membrana de los sueños.
Llegaron pequeños hipocampos
en tu savia postrera.

Brilla una luz adentro de tus ojos, amor.
Una fogata de milenios, recuece,
y tienes un dios sentado en las pupilas.
Una gran batalla de eternidad primera
que yo entiendo, te transfigura;
pero estás a mi alcance, a ras de tierra
tan sólo
a una pequeña distancia de mejilla
en la que de amanecida
destilo el agua pálida
para que afloren los rasgos dulcemente.

HABLAREMOS CON CALMA ESTE DÍA

Las horas se vienen abajo
como los nidos en invierno,
y una tristeza inevitable resucita
en este momento
en que inmóviles oímos necesariamente
el paso verdadero de la vida
aquí donde nacimos y antes de salir
a cualquier parte.
Mi actitud te enseña las trágicas rodillas
por las que resbalaron nuestros hijos;
la mutación secreta, los ecos compartidos
de aquella equivalencia
terriblemente propia para sobrevivirnos.

Tú hendiste los embriones primitivos
el cuajo semental de los instintos.
(Herencia de esa celeste harina
sentenciando mi rústica armonía
cada vez más al fondo).

Por la médula te trajinan los siglos
y el enjambre trémulo creciendo
en estrellados manantiales.

Nada sobra. Es preciso recordar
y darnos cuenta.

ROLANDO CÁRDENAS

(1933)

Principales obras: *Tránsito breve* (1961), *Poemas migratorios* (1974).

LAS NOCHES BLANCAS

Y era una luz que parecía estar a toda hora,
cuando los días comenzaban a crecer
curvándose hacia lentos países nevados.

Se transmitía sin límites
en un quehacer casi silencioso
desde los cielos rojos y llenos de colinas
donde hasta tarde navegaban los pájaros.
También parecía venir por el mar
con un rumor misterioso y un color ceniza.

Antigua claridad de los hielos que se quedó allí
desde la primera noche polar,
verificando un remoto rito que detenía las sombras,
pero que al mismo tiempo transcurría.

Se estaba con nosotros largas horas
como si nos quitara el sueño o el cansancio,
envejeciendo con los pastos y el viento.

Como un recuerdo que lo inunda todo
emergen esos días meridionales
desde el tiempo del hombre que perdió su sombra,
porque esas noches lejanamente iluminadas
venidas por el hielo, el mar y el cielo rojo,
no parecían extrañas en la tierra dispersa,
rodeando esa casa
perdida en un gran soplo blanco.

EDELWEISS

Como una sombra de la luz blanca del hielo
creciendo desde el secreto del agua más dormida,
la primavera de la tierra te hace más distante,
tu transparencia azul aleja al mar más oscuro
vigilante del poderoso vuelo de las águilas,
breve estatua impalpable
sacudida por el viento de la cima,
los vientos de la cima de las noches más vertiginosas.

Silenciosa en tu forma,
resplandeces en el día
Invisible lágrima pura del cristal de la escarcha,

pronta a emprender la huída del preocupado terrestre
donde nadie habite más intacta en tu meridional altura,
en la atmósfera enrarecida de tu centro aparente
lejana al aire cálido que rondan las colinas
flor precisa del invierno del que sabes brotas
extraterrestre hija de un recuerdo blanco,
porque alguna vez
los hombres de los valles de ti tuvieron noticias
y entonces asomaste a la estancia de sus ojos más hondos.

De ninguna raíz,
de ninguna rama te desprendes,
pero de pronto destellas como la emersión de un astro,
de ningún tránsito,
de ninguna orilla del tiempo
sino de la memoria de los que creen en tu espera de las cumbres,
sino de los que te adivinan en el espejo del cielo
de tu casa ignorada que gira con la tierra
y con la boca que quiere empañar con su soplo tu vaso límpido,
con el rostro que busca su imagen en el lugar de tu llamado
al pie del muro hacia altas migraciones
para el hallazgo de la mano trémula que toca un sueño.

SELK'NAM

Era en la tierra distante y en el comienzo de las fogatas
con llanuras azotadas por despiadados vendavales,
cruzada a veces por bandadas de caranchos o bandurrias,
con un sol leve arriba como de otro tiempo.

Es posible que no siempre haya sido así,
como aquellas numerosas lagunas
que se formaban en invierno y desaparecían en verano
entre cadenas de montañas que se mueren de pronto en el Canal Beagle
y bosques espesos de calafates, maitenes y canelos.

En esta espesura antártica,
en ese pesado aire vegetal
cargado con el aroma deforme de gigantescos árboles podridos
desde el comienzo del Estrecho hasta Navarino.
aparecieron en medio de la lluvia
como salidos de remotos continentes de hielo,
igual que arrancados del tiempo de la luz blanca de la noche,
en el origen de la gran familia.

Nómades de su propia lejanía,
cruzaban los silencios con la vieja sabiduría de sus dioses,
sabedores de la magia de la Festuca
que crece al sur de Río Grande
y que antes de botar sus hojas verdes
se transforman en un admirable púrpura de otoño,
dueños eternos de su primordial soledad
en sus frágiles toldos, cónicos como campanarios.

Sólo les bastaba el roble para sus arcos
y el mar para su alimento
antes de la simple faena de sus muertes
a tantas libras esterlinas la cabeza,
y aún podían celebrar la llegada del buen tiempo
adornándose la cara con colores de tierra roja
o de huesos calcinados de guanacos.

Venidos desde el agua,
más bien desde los hielos
cuando los polos empezaron a desplazarse,
hoy se alejan acurrucados dentro de un tronco por los archipiélagos,
hacia la misma soledad de sus sueños
parecido al más profundo sueño
de esa tierra milenaria y extraña,
confundiéndose con la bruma del mar,
del cielo y de las piedras,
a integrarse para siempre en los astros, los cerros y los fiordos,
a petrificarse en el agua.

ARMANDO URIBE

(1933)

Principales obras: *Transeúnte pálido* (1954), *El engañoso laúd* (1956), *No hay lugar* (1971).

MI AMOR SE AQUIETA ENTERO...

Mi amor se aquieta entero
como un cubo de hielo.
En mi amor no hay destello sino luz que reparte
en dosis blanca y lila su inestabilidad.

Ay ángel del color, el más ingrato ángel,
admíteme en tu seno
revuelto y melancólico.
Mírame despojado
de cuanto Amor ensalza:
la cara, el brío, el ojo
soñador y las ansias.

Ay ángel sin pasión,
ángel de los poetas,
mira este tonto bueno,
límpialo...
Y yo me anuncio el día
cuando la Gran Señora
me diga que ha perdido al Ángel del color.

LO VISTO POR MIS OJOS ES UN FRAUDE...

Lo visto por mis ojos es un fraude,
descomunal parque infantil, prado de florecillas,
pero las florecillas rodeadas por insectos,
moscas pequeñas, nubes silenciosas.

Y una mosca me confunde con una flor enorme,
putrefacta tulipa esperando su polen,
y me ronda la mosca y me prefiere.
Ah ser de las alturas, casi arcángel,
mi pureza es la pureza de la tumba.

MAÑANA EL DILUVIO...

Mañana el diluvio,
el sueño de la lluvia,
un sol de rayos heridos y mojados,
un grisáceo ángel sin complicaciones.

Los paraguas se abren
y el pueblo camina por la calle como siempre,
y el tonto, el escribiente, el poeta,
creen que Dios ha visto sus almas de papel.

CÓMO DESAPARECES, CÓMO NO ESTÁS...

Cómo desapareces, cómo no estás; te busco.
Mis manos desoladas te buscan, aire o fuego.
Mi corazón te busca debajo de las piedras
donde hay pájaros muertos, caracoles.

Tú sueñas, ay, tú duermes, tú conoces el día;
tú me dices adiós y adiós es «nunca».

LLAMA...

Llama.
A tu casa voy
con ángeles, palabras.
Dame algún consuelo de amor,
sonrisa pálida.
Pálida paloma, ausencia de mis ojos,
fortuna que perdí
y hallo vestida, hermosa.

YO ESTOY AUSENTE, LEJOS DEL MUNDO...

Yo estoy ausente, lejos del mundo, solo
mirando el cielo azul como una garza
y espantando las nubes de mi frente.

Pero no veo cielo, ni nube o cabellera,
porque asistí al prodigio de los siglos,
el nacimiento gris del sol una mañana
que se reía suave en sus balcones.

LAS HOJAS QUE CAEN DE LOS ÁRBOLES...

Las hojas que caen de los árboles
son como barquillos de otoño
que se comen con los ojos y se deshacen
en los párpados delicados de las mujeres.

Yo no he querido decir nada de particular
pero si a ti, mi amor, te parece bien
te dedicaré esta hoja de boj que cae.

Y ese instante es el más dulce,

el más recordado de toda la vida:
cuando una hoja cayendo mezcló sus colores
al frío de la calzada, al calor de nuestra alma.

ANTES DE LLAMARME COMO ME LLAMO...

Antes de llamarme como me llamo
me puse a llorar, dispuesto
a elegir un nombre más dulce: ángel.

Pero no se podía, estaba
el cielo poblado de ángeles. Y yo existía
en mi nombre y hablaba.

PERDIDO EN LA FLORESTA...

Perdido en la floresta
reflexionaba así:
estoy perdido; qué hago,
dónde paso la noche; estoy perdido;
no tengo un amoroso lecho, un ángel
que haga mi cama con sus manos de ángel.
Soy una bestia,
pequeña bestia aquí; ¿dónde esconderme
ahora que en las calles de este bosque anhelante
suenan los pasos grises de las bestias mayores?

Y me contaba cuentos
y cerraba los ojos
y desaparecía
mientras el bosque entero preguntaba por mí.

NADA ES DEMASIADO CIERTO...

Nada es demasiado cierto.
Si me preguntas qué veo,
veo alas y veo siglos,
y veo ángeles y veo mi cara gris
y un caballo de ceniza
y un alimento que se deshace al imperio del tiempo,
y veo un ángel.

Pero no me veo a mí mismo
porque sueño con los demás pero me evito.

Ángel que me haces ángel ven a verme

a ver si me ves,
a ver si mis ojos se ven en el aire.

ANTES DE NACER...

Antes de nacer
me dedicaba al aire.
Qué bello pájaro fui,
qué nube sonrosada.
Al nacer
me dediqué a volar en línea recta hacia el vacío
donde estoy ahora
donde te veo
donde camino con las alas desplegadas
buscando el cielo que perdí por azar.

VOY A SUBIRME A UNA MONTAÑA...

Voy a subirme a una montaña
a gritar a los cuatro vientos
éste es Armando Uribe y va a hacer un milagro
que levantará el polvo debajo de los pies.

Y ésta es la montaña donde estoy parado
y éste es el río que no existe
y yo atravesando el río saqué un pez
que habla de este modo:

Creedle amigos, es un hombre sabio,
bueno, virtuoso, quitado de bullas,
habla como un ángel y ríe como un arcángel
y verdaderamente merece el cielo por su buena
conducta.

Pero nadie quiere seguir oyendo tantas sandeces,
algunos bostezan, otros se retiran,
y yo sigo en la montaña
como un rey, como un ángel, como un pez.

CUELTAN LOS HOMBRES

Cuentan los hombres
que hace años hubo un crimen en el Paraíso:
algo así como un robo de manzanas.
Los culpables se enfermaron de la fruta mal habida
y fueron asistidos por los gusanos que moran en las manzanas
y la tierra fue de los gusanos.

DESPUÉS DE MUERTO, HIERBAS

Después de muerto, hierbas, y después
alguien pisa las hierbas y en el cielo
azul cantan los pájaros gozosos.

EN EL PRINCIPIO ESTABA...

En el principio estaba, Dios mío, ¿quién estaba?
El verbo ser y el verbo estar estaban,
colgados de una escobilla de dientes

¡qué original, qué mentiroso!
Y estaba el espíritu invisible
creando cosas como un loco,
sacándose las de la manga como un manco.

EL ÁNGEL DE MI GUARDA, EL MÁS QUERIDO...

El ángel de mi guarda, el más querido
de los ángeles, es también el peor:
porque es el único ángel que conozco
y no lo veo nunca y él ¿me ve?
Yo creo en él por razones de fe.

EL DIOS QUE ME HUASQUEA...

El Dios que me huasquea no es un Dios.
Es un ángel verdugo medio hermano
del Diablo que castiga y da una mano
de azotes; y ambos cantan a una voz
para el Dios verdadero en que uno piensa
y al que le reza infantilmente fiel.
Pero él no es Él. Si hay Dios, éste no es Él.

LA MALA FE, LA ESTUPIDEZ, LA LATA...

La mala fe, la estupidez, la lata
matan más gente que la guerra.
Más que la muerte mata
la vida que al lugar común destierra.
Si no puedes ser gato serás rata.
Gato serás si no puedes ser perra.
Como a judíos Dios nos trata.
Nunca verás la prometida tierra.

ME DICEN QUE HABLE DEL INFIERNO...

Me dicen que hable del infierno. En esta vida hay todo
lo necesario para hacer sufrir. El ritmo de las tortugas
altera el canto de los pájaros y el gemido de los niños
con dolores de estómago. La vida es un infierno.
Peor que el del dante, es un libro en minúscula. No sabría decir
ni menos cantando en cantata poética lo que he vivido en el infierno.
No digo visto porque nada he visto. Estaba ciego
y ciego sigo ahora hablando de esto para darles gusto.
Pero hay sequía de palabras, impenetrables serían las metáforas
si pretendiera hablarles de este río de sangre que me ahoga
ahora mismo. Miren como me atorán los coágulos.

SOMOS DE LOS QUE VIMOS EN LOS CAMPOS...

Somos de los que vimos en los campos al caer la tarde,
espantapájaros tétricos, porque en esas partes perdidas de la tierra habitan
más muertos intranquilos que en las ciudades iluminadas,
y como somos de los que vimos y nos cayó la noche encima,
nos pusimos a salmodiar, tapándonos la boca para que no oyeran nada
y fuimos de los pájaros amenazados, y revoloteamos alejándonos.

JORGE TEILLIER

(1935)

Principales obras: *Para ángeles y gorriones* (1956), *Poemas del país de nunca jamás* (1963), *Crónica del forastero* (1968), *Muertes y maravillas* (1971).

OTOÑO SECRETO

Cuando las amadas palabras cotidianas
pierden su sentido
y no se puede nombrar ni el pan,
ni el agua, ni la ventana,
y la tristeza ha sido un anillo perdido bajo nieve,
y el recuerdo una falsa esperanza de mendigo,
y ha sido falso todo diálogo que no sea
con nuestra desolada imagen,
aún se miran las destrozadas estampas
en el libro del hermano menor,
es bueno saludar los platos y el mantel puestos sobre la mesa,
y ver que en el viejo armario conservan su alegría
el licor de guindas que preparó la abuela
y las manzanas puestas a guardar.

Cuando la forma de los árboles
ya no es sino el leve recuerdo de su forma,
una mentira inventada por la turbia
memoria del otoño,
y los días tienen la confusión
del desván a donde nadie sube
y la cruel blancura de la eternidad
hace que la luz huya de sí misma,
algo nos recuerda la verdad
que amamos antes de conocer:
las ramas se quiebran levemente,
el palomar se llena de aleteos,
el granero sueña otra vez con el sol,
encendemos para la fiesta
los pálidos candelabros del salón polvoriento
y el silencio nos revela el secreto
que no queríamos escuchar.

BAJO UN VIEJO TECHO

Esta noche duermo bajo un viejo techo,
los ratones corren sobre él, como hace mucho tiempo,
y el niño que hay en mí renace en mi sueño,
aspira de nuevo el olor de los muebles de roble,
y mira lleno de miedo hacia la ventana,
pues sabe que ninguna estrella resucita.

Esa noche oí caer las nueces desde el nogal,
escuché los consejos del reloj de péndulo,
supe que el viento vuelca una copa del cielo,
que las sombras se extienden

y la tierra las bebe sin amarlas,
pero el árbol de mi sueño sólo daba hojas verdes
que maduraban en la mañana con el canto del gallo.

Esta noche duermo bajo un viejo techo,
los ratones corren sobre él, como hace mucho tiempo,
pero sé que no hay mañanas y no hay cantos de gallos,
abro los ojos, para no ver reseco el árbol de mis sueños,
y bajo él, la muerte que me tiende la mano.

FIESTA

Qué importa recordar que una vez cerramos la puerta de nuestro cuarto,
para llorar, con el rostro oculto entre las manos.
El aire dice que una vez sonreímos por nada,
y que nos conoce, desde antes que supiésemos quiénes somos,
cuando éramos fantasmas entre ruinas
contempladas por estrellas muertas hace siglos.
Qué importa recordar que todo quedó a oscuras
cuando los labios amados olvidaron nombrarnos,
que los vidrios de la ventana se llenaron de polvo,
y la nieve obscureció al día en vez de iluminarlo,
y en la calle había sólo papeles sucios,
y los bellos, veleros de las estaciones
eran detenidos por algas informes.

Un aguacero azul hace más claro el bosque,
el sol torna la iglesia abandonada
en un campo salpicado de amapolas,
y de los carruajes cuya llegada nos anuncia
una joven sonámbula,
aparecen niños vestidos, como guerreros de otra época
mientras giran los carruseles
entre la música de organillos resucitados.

Nos despojamos la máscara que nos pusimos
para que nos viera la vida que no era nuestra vida,
y no tememos a la pureza ni a la verdad,
porque los relojes se liberan del día y de la noche,
el pan vuelve a ser trigo,
la boca no huye del canto,
y el vino es el mensaje que nos envía el cielo liberado.

EPÍLOGO

Tal vez nos queda contemplar el cielo.
Nunca estuvo entre nosotros.
Aun cuando la lluvia se escurrió entre los dedos,
y los dedos capturaron al humo en el sueño.
No sabíamos nada.
Lo miramos porque un amigo
nos reveló el nombre de una nube,
porque una muchacha nos pidió le eligiéramos una estrella,
o a la salida de la fiesta
creyendo que su rostro nos libraría
de la falsa música y el vino.
Ahora nuestros ojos deben olvidar que lo vieron,
así el niño olvida su primer paso, y la luz olvida la obscuridad,
cuando duerme como una joven bajo la sombra de los castaños.

Miramos el cielo por primera vez,
hasta que se pierde la memoria de ese otro cielo,
cuyo espectro velaban las fúnebres antorchas de los pinos,
o aquel resplandor hizo resucitar el trigo
y relinchar los caballos:
el cielo abierto a nosotros como fruto sin corteza.

Recobramos el cielo,
padre del agua y del fuego
apenas torpes reflejos de la tempestad y el rayo;
el cielo a quien en vano tratan de hablar
el mar y las estaciones
con palabras como: peces de oro, oleaje de lomas florecidas-
El cielo cuya imagen tratamos de copiar nosotros
enmudecidos y cegados
al ver que en ella está nuestra verdadera imagen,
hasta que la quietud de la obscuridad nos rodea y aísla.
La quietud de la oscuridad
donde se sumerge el cielo.

DALE LA LLAVE AL VIEJO OTOÑO...

Dale la llave al viejo otoño,
Háblale del río mudo en cuyo fondo
yace la sombra de los puentes de madera
muertos hace muchos años.

No me has contado ninguno de tus secretos.
Pero tu mano es la llave que abre la puerta
del molino en ruinas donde duerme mi vida

entre polvo y más polvo,
y espectros de inviernos,
y los jinetes enlutados del viento
que huyen, tras robar campanas
en las pobres aldeas.
Pero mis días serán nubes
para viajar por la primavera de tu cielo.

Saldremos en silencio,
sin despertar el tiempo.
Te diré que podremos ser felices.

EL AROMO

El tiempo lo guardó en su memoria
para soñar con él, en las noches de invierno.

Los labios del tiempo despiertan,
y pronuncian, mojada de lluvia,
la primera palabra que recuerdan.
Y se enciende la llama del aroma
sin temor al viento, sin envidia del sol.

El aroma es el primer día de escuela,
es una boca manchada de cerezas,
una ola amarilla de donde nace la mañana,
un vaso de vino en la mesa de los pobres.
El aroma es un domingo en la plaza de provincias,
es lo que nace de la semilla
de un hueso de niño muerto,
la amistad de las ovejas y el molino
en los viejos calendarios
y la alegría de los brazos
que renacen cuando estrechan el cuerpo de quien aman.

EDAD DE ORO

Un día u otro
todos seremos felices.
Yo estaré libre
de mi sombra y mi nombre.
El que tuvo temor
escuchará junto a los suyos
los pasos de su madre,
el rostro de la amada será
siempre joven
al reflejo de la luz antigua de la ventana,

y el padre hallará en la despensa la linterna
para buscar en el patio
la navaja extraviada.

No sabremos
si la caja de música
suena durante horas o un minuto;
tú hallarás -sin sorpresa-
el atlas sobre el cual soñaste con extraños países,
tendrás en tus manos
un pez venido del río de tu pueblo,
y Ella alzará sus párpados
y será de nuevo pura y grave
como las piedras lavadas por la lluvia.

Todos nos reuniremos
bajo la solemne y aburrida mirada
de personas que nunca han existido,
y nos saludaremos sonriendo apenas
pues todavía creeremos estar vivos.

ALEGRÍA

Centellean los rieles
pero nadie piensa en viajar.
De la sidrería viene olor
a manzanas recién molidas.
Sabemos que nunca estaremos solos
mientras haya un puñado de tierra fresca.

La llovizna es una oveja compasiva
lamiendo las heridas
hechas por el viento de invierno.
La sangre de las manzanas
ilumina la sidrería.

Desaparece la linterna roja
del último carro del tren.
Los vagabundos duermen
a la sombra de los tilos.
A nosotros nos basta mirar
un puñado de tierra en nuestras manos.

Es bueno beber un vaso de cerveza
para prolongar la tarde.
Recordar el centelleo de los rieles.
Recordar la tristeza
dormida como una vieja sirvienta

en un rincón de la casa.
Contarles a los amigos desaparecidos
que afuera llueve en voz baja
y tener en las manos
un puñado de tierra fresca.

CUANDO TODOS SE VAYAN

A Eduardo Molina.

Cuando todos se vayan a otros planetas
yo quedaré en la ciudad abandonada
bebiendo un último vaso de cerveza,
y luego volveré al pueblo donde siempre regreso
como el borracho a la taberna
y el niño a cabalgar
en el balancín roto.
Y en el pueblo no tendré nada que hacer,
sino echarme luciérnagas a los bolsillos
o caminar a orillas de rieles oxidados
o sentarme en el roído mostrador de un almacén
para hablar con antiguos compañeros de escuela.

Como una araña que recorre
los mismos hilos de su red
caminaré sin prisa por las calles
invadidas de malezas
mirando los palomares
que se vienen abajo,
hasta llegar a mi casa
donde me encerraré a escuchar
discos de un cantante de 1930
sin cuidarme jamás de mirar
los caminos infinitos
trazados por los cohetes en el espacio.

LOS TRENES DE LA NOCHE

2

Nos alejamos de la ciudad
balanceándonos junto al viento
en la plataforma del último carro
del tren nocturno.

Pronto amanecerá.
Los fríos chillidos de los queltehues

despiertan a los pueblos
donde sólo brilla la luz
de un prostíbulo de cara trasnochada.

Pronto amanecerá.
En las ciudades
miles de manos se alargan
para acallar furiosos despertadores.

Pronto amanecerá.
Las estrellas desaparecen
como semillas de girasol
en el buche de los gorriones.
Los tejados palpitan en carne viva
bajo las manos de la mañana.

Y el viento que nos siguió toda la noche
con cantos aprendidos
de torrentes donde no llega el sol,
ahora es ese niño desconocido
que se despierta para saludarnos
desde un cerezo resucitado.

BAJO EL CIELO NACIDO TRAS LA LLUVIA

Bajo el cielo nacido tras la lluvia
escucho un leve deslizarse de remos en el agua,
mientras pienso que la felicidad
no es sino un leve deslizarse de remos en el agua.
O quizás no sea sino la luz de un pequeño barco,
esa luz que aparece y desaparece
en el oscuro oleaje de los años
lentos como una cena tras un entierro.
O la luz de una casa hallada tras la colina
cuando ya creíamos que no quedaba sino andar y andar.
O el espacio del silencio
entre mi voz y la voz de alguien
revelándome el verdadero nombre de las cosas
con sólo nombrarlas: "álamos", "tejados".
La distancia entre el tintineo del cencerro
en el cuello de la oveja al amanecer,
y el ruido de una puerta cerrándose tras la fiesta.
El espacio entre el grito del ave herida en el pantano,
y las alas plegadas de una mariposa en calma
sobre la cumbre de la loma barrida por el viento.

Eso fue la felicidad:
dibujar en la escarcha figuras sin sentido

sabiendo que no durarían nada,
cortar una rama de pino
para escribir un instante nuestro nombre en la tierra húmeda,
atrapar una plumilla de cardo
para detener la huida de toda una estación.

Así era la felicidad:
breve como el sueño del aroma derribado,
o el baile de la solterona loca frente al espejo roto.

Pero no importa que los días felices sean breves
como el viaje de la estrella desprendida del cielo,
pues siempre podremos reunir sus recuerdos,
así como el niño castigado en el patio
encuentra guijarros con los cuales forma brillantes ejércitos.
Pues siempre podremos estar en un día que no es ayer ni mañana,
mirando el cielo nacido tras la lluvia
y escuchando a lo lejos
un leve deslizarse de remos en el agua.

UN DESCONOCIDO SILBA EN EL BOSQUE

Un desconocido silba en el bosque.
Los patios se llenan de niebla.
El padre lee un cuento de hadas
y el hermano muerto escucha tras la puerta.

Se apaga en la ventana
la bujía que nos señalaba el camino.
No hallábamos la hora de volver a casa,
pero nos detenemos sin saber donde ir
cuando un desconocido silba en el bosque.

Detrás de nuestros párpados surge el invierno
trayendo una nieve que no es de este mundo
y que borra nuestras huellas y las huellas del sol
cuando un desconocido silba en el bosque.

Debíamos decir que ya no nos esperen,
pero hemos cambiado de lenguaje
y nadie podrá comprender a los que oímos
a un desconocido silbar en el bosque.

FIN DEL MUNDO

El día del fin del mundo
será limpio y ordenado
como el cuaderno del mejor alumno.

El borracho del pueblo
dormirá en una zanja,
el tren expreso pasará
sin detenerse en la estación,
y la banda del Regimiento
ensayará infinitamente
la marcha que toca hace veinte años en la plaza.
Sólo que algunos niños
dejarán sus volantines enredados
en los alambres telefónicos,
para volver llorando a sus casas
sin saber qué decir a sus madres
y yo grabaré mis iniciales
en la corteza de un tilo
pensando que eso no sirve para nada.

Los evangélicos saldrán a las esquinas
a cantar sus himnos de costumbre.
La anciana loca paseará con su quitasol.
Y yo diré: "El mundo no puede terminar
porque las palomas y los gorriones
siguen peleando por la avena en el patio".

EN LA SECRETA CASA DE LA NOCHE

Cuando ella y yo nos ocultamos
en la secreta casa de la noche
a la hora en que los pescadores furtivos
reparan sus redes tras los matorrales,
aunque todas las estrellas cayeran
yo no tendría ningún deseo que pedirles.

Y no importa que el viento olvide mi nombre
y pase dando gritos burlones
como un campesino ebrio que vuelve de la feria,
porque ella y yo estamos ocultos
en la secreta casa de la noche.

Ella pasea por mi cuarto
como la sombra desnuda
de los manzanos en el muro,
y su cuerpo se enciende como un árbol de pascua
para una fiesta de ángeles perdidos.

El temporal del último tren
pasa remeciendo las casas de madera.
Las madres cierran todas las puertas
y los pescadores furtivos van a repletar sus redes

mientras ella y yo nos ocultamos
en la secreta casa de la noche.

HISTORIA DE HIJOS PRÓDIGOS

I

Aquí se encienden velas.
Poco a poco nos reconocen los parientes y las cosas.
La arrugada pared de madera que de nuevo recorren nuestras manos.
La escalera quejumbrosa
en donde espera un sueño
que en vano intentará cerrar nuestros ojos.

En el silencio no se sonrío a nadie.
Sólo una niña que aún no sabe hablar
sigue hablando con su sombra.
Quizás es la sombra de una muerta
que quisiera comunicarse con nosotros.

Se cierra rechinante una ventana
abierta hacia el cementerio del cerro. Va a haber temporal.
Van a guardar los animales . Nadie se acuerda de la luna cansada de delatar
a los ratones que roen manzanas en la bodega.
Los postes del telégrafo
hacen más desnudos y vastos los caminos solitarios.

Aquí se encienden las velas.
Un espejo despierta.
En su fondo muestra una calle en donde sentados en la cuneta
veíamos a otros niños elevar volantines.
Una calle atravesada por un tren fatigado (desde la ventanilla del carro mirábamos pasar
sin amor ni odio al pueblo).
Una casa con un cuarto abandonado. El viento se entretiene en lanzar cartas y cuadernos
por la
 ventana.
Un sendero olvidado en donde el último caballo de la tierra y una muchacha que aún no
nace
esperan que apaguemos las velas.

(No nos hallábamos aquí.
No nos hallábamos en ninguna parte.

El cuerpo de toda mujer era el fin de una casa extraña y deshabitada.
Las palabras de los amigos
eran las mismas de los enemigos.
Nuestro rostro se transforma en el rostro de un desconocido).

Bajo las oscuras vigas soñolientas
la madre saca el pan recién nacido
del vientre tierno de la cocina.
El padre ofrece el vino
y los vasos se alzan con un gesto inmemorial.

II

Porque una niña que no sabe hablar habla con su sombra.
Porque esta noche de temporal deben encenderse velas y un espejo despierta para
contarnos nuestra historia.
Porque una ventana se ha cerrado rechinando tras una última mirada al cementerio del
cerro.
Porque en un gesto inmemorial nos han sido ofrecidos el pan y el vino,
así como toda la vía láctea cabe en el cuadrado de la ventana,
cabe en un solo momento de esta herrumbrosa noche de invierno
un tiempo verdadero
del que sobreviven las semillas del pan y del vino.
Un tiempo como el girar de un trompo en la mano o el girar de las estaciones y los planetas
en donde todos tenían su tarea perfecta
y artesanos y comerciantes,
pastores y labradores,
escribas y sacerdotes,
bebían en paz el vino fraterno al final de la jornada, rodeados de la música de las
constelaciones y los árboles,
mientras las mujeres aguardaban junto a los niños y frutos dormidos en el hogar, con el
fuego y el amor que no cesan.

III

La niña ha callado.
La madre lleva a dormir a la niña y apaga el fuego de la cocina.
El temporal habla a la casa en un lenguaje que ya hemos olvidado.
El padre nos ha acogido pero somos nosotros los que no lo reconocemos.
Quizás nuestros rostros queden en el espejo
junto al último caballo de la tierra y una muchacha que aún no ha nacido
esperando ser recuperados por nuevos Hijos Pródigos.
Hemos consumido el vino y el fuego.
Los caminos que van a la ciudad nos esperan.

LA PORTADORA

Y si te amo, es porque veo en ti la Portadora,
la que, sin saberlo, trae la blanca estrella de la mañana,
el anuncio del viaje
a través de días y días trenzados como las hebras de la lluvia
cuya cabellera, como la tuya, me sigue.
Pues bien sé yo que el cuerpo no es sino una palabra más,

más allá del fatigado aliento nocturno que se mezcla,
la rama de canelo que los sueños agitan tras cada muerte que nos une,
pues bien sé yo que tú y yo no somos sino una palabra más
que terminará de pronunciarse
tras dispensarse una a otra
como los ciegos entre ellos se dispensan el vino, ese sol
que brilla para quienes nunca verán.

Y nuestros días son palabras pronunciadas por otros,
palabras que esconden palabras más grandes.
Por eso te digo tras las pálidas máscaras de estas palabras
y antes de callar para mostrar mi verdadero rostro:
«Toma mi mano. Piensa que estamos entre la multitud aturdida y satisfecha
ante las puertas infernales,
y que ante esas puertas, por un momento, llenos de compasión,
aprimamos amor en nuestras manos
y tal vez nos será dispensado
conservar el recuerdo de una sola palabra amada
y el recuerdo de ese gesto
lo único nuestro».

DARÍA TODO EL ORO DEL MUNDO

Daría todo el oro del mundo
por sentir de nuevo en mi camisa
las frías monedas de la lluvia.

Por oír rodar el aro de alambre
en que un niño descalzo
lleva el sol a un puente.

Por ver aparecer
caballos y cometas
en los sitios vacíos de mi juventud.

Por oler otra vez
los buenos hijos de la harina
que oculta bajo su delantal la mesa.

Para gustar
la leche del alba
que va llenando los pozos olvidados.

Daría no sé cuánto
por descansar en la tierra
con las frías monedas de plata de la lluvia
cerrándome los ojos.

CRÓNICA DEL FORASTERO

I

“En el fondo de toda lejanía se alza
tu casa”.

Hermann Broch

"No hay que silbar en la oscuridad".
Sí,
no debo llamar al perro ya desaparecido.
Debo regresar solo.
Se sale y se entra a solas.

La casa se abre
y es una fosa donde dormir
amparado por las hojas, un manantial interminable
para el desierto mediodía.
Mi rostro quiere recuperar la luz que lo iluminaba
en el verano traído por la corriente del río.
Frente al molino
descargan los sacos de una carreta triguera
con los gestos de hace cien años.
Los gestos son los mismos
aunque la tierra se llene de cohetes
que llevan hacia otros mundos.

En el patio invadido de colas-de-zorro
un caballo se acerca a oler
la trilladora mohosa.

Frente al umbral
recibo la volcada
copa de vino añejo
del sol de un nuevo día.

Los gallos me despiertan
y sus cantos
prometen a ayudarme a alzar la casa.

XVI

A Beatriz, de nuevo, siempre

Eres el peso profundo y secreto
de los granos de trigo
en la balanza de mi mano.
El frescor del sorbo de cielo
que bebe el pájaro marino.

Por el verano corren los claros esteros
de tu espalda desnuda.

Eres un puente entre los marjales de las pesadillas.
Las madejas de nuestros sueños se entrelazan,
estrechas desechas en lava.
Tú derribas
los muros coronados por trozos de botellas
que sitiaban mis días.
Ya no voy solo por los viscosos corredores
de los sueños adolescentes.
Desde la buhardilla que escojo
para recibir tu cuerpo
vemos las tardes libres e infinitas
y caballos marcados sólo con estrellas en la frente.

Tu cuerpo es el frágil latido de flores con ojos de nieve
que me traen los vientos
venidos del país donde nunca se llega.
Me anunciaron que me estabas prometida
todos los gallos de las veletas,
todos los puentes construidos por los antepasados,
todos los andenes y todos los campanarios.

Tú extiendes las sábanas del alba,
tú haces que la noche sea la otra vida.
Pero si tu sombra aparece en todos mis muros,
ya no estarás más.
Soy extraño a toda fiesta para mí mismo.

Tú sabes que veo el sol y la muerte viajar juntos,
tú sabes que siempre hay un cuarto que no debe abrirse
y que el viento de pronto apenas se atreve a hojear los trigales
por miedo a encontrar un sol más oculto.

XVII

Y que el árbol del tiempo me entregue la primicia
de un mundo seguro en torno mío
como el fruto alrededor del carozo,
y que sólo la palabra cosecha de nuevo.

XX

Quedé solo en medio de un bosque.
El bosque ya no me reconocía.
Hermanos y amigos partieron

hacia los cuatro brazos del horizonte.
En la lejanía encendían fogatas en círculos de piedra.

Me senté junto a una hoguera a punto de extinguirse
sin poder recordar
cuales eran las piedras de donde nacía el fuego,
esas piedras que me enseñaron a frotar
una mañana de caza.

El bosque se estremece soñando
con los grandes animales que lo recorrían.
El bosque cierra sus párpados
y me encierra.

XXI

"But I wake to bitter winds".
Henry Treece

Soñabas en una torre incendiada.
De tu estrella derribada
brotaría una extraña sangre.

En el pozo hecho para recoger
la plata centelleante de la estrella
contemplamos animales muertos.

Caballos encabritados
se abalanzan sobre nosotros
desde los espejos de sueños prohibidos.

Quizás será necesario perder hasta la casa natal.
Que nuestras manos no reconozcan nuestros rostros.
Que todos nos nieguen.

Salgamos a dar de comer a las ratas,
nuestras buenas amigas.
Cae, lluvia pulverizada
sobre huérfanos extraviados de un paraíso.

XXII

"El viento sabe que vuelvo a casa,
ha detenido el ruido de las goteras de lluvia en el alero".

Así escribía un poeta de hace diez siglos.
Pero ahora el viento ignora quién vuelve a casa.

Por eso grita en estos espacios más fuerte que en las ciudades
en donde muere el noble tiempo en que todos eran pioneros, guerreros o poetas.

Que siquiera se oiga en los pueblos,
pero también ha perdido su sentido en los pueblos.
Ya no aparecen las bandadas de choroyes y torcazas
que abrumaban los manzanos silvestres.

No hay pudúes, ni guanacos, ni avestruces y los lobos
marinos no se apiñan en las costas.

*"La tierra daba el triple de lo que le pedían. Las máquinas no alcanzaban a trillar el
trigo de las sementeras. Rebaños innumerables asomaban sus ojos entre los altos
pastizales, las vegas y las llanuras. Sobraba la comida".*

Ahora,
bosques quemados
Tierra
que muestra su desnuda y roja osamenta.
Faltan madera y trigo.

Sobran radios portátiles
y mañana tendremos televisión.
Sin embargo,
la tierra permanece.

Lo sabe la ciudad en sus pesadillas
y las bombas preparan las mortajas
para los deslumbrantes rascacielos.

Un día
volveremos al primer fuego.
Y los sobrevivientes
apenas podrán conservar
"un ramo de gencianas y una palabra amada".

POEMA DE INVIERNO

El invierno trae caballos blancos que resbalan en la helada.
Han encendido fuego para defender los huertos
de la bruja de la helada.
Entre la blanca humareda se agita el cuidador.
El perro entumecido amenaza desde su caseta al témpano flotante de la luna.

Esta noche al niño se le perdonará que duerma tarde.
En la casa los padres están de fiesta.
Pero él abre las ventanas

para ver a los enmascarados jinetes
que lo esperan en el bosque
y sabe que su destino
será amar el olor humilde de los senderos nocturnos.

El invierno trae aguardiente para el maquinista y el fogonero.
Una estrella perdida tambalea como baliza.
Cantos de soldados ebrios
que vuelven tarde a los cuarteles.

En la casa ha empezado la fiesta.
Pero el niño sabe que la fiesta está en otra parte,
y mira por la ventana buscando a los desconocidos
que pasará toda la vida tratando de encontrar.

EL RETORNO DE ORFEO

In memoriam de Rosamel del Valle

La sangre blanca de un cerezo
era el anuncio de nuevas puertas.
Te marchaste junto al invierno
que con su lámpara desenreda las raíces
y hace surgir los sueños de los antepasados.
Viajas junto al invierno,
a las ardillas y a los pájaros nevados
que siempre recuerdan tus manos
alimentándolos en los parques transparentes.

La primavera quiso retenerte
para que descifraras una vez más
los jeroglíficos de sus ramas.
La primavera prometía en vano
el naranjo de la infancia en el patio de cemento
o transformaba en viñedo tu copa de vino.
Ya el tiempo había escrito “muerte” con tinta invisible.
Tú leías sus cartas
sabiendo que cada mañana uno debe despedirse de la muerte
diciendo “Hasta mañana”.
“—Tu muerte o mi muerte —decías— serán como el derrumbarse
fortuito de una lámpara”.
Ahora el invierno ha recogido esa lámpara
y te ilumina en el viaje del retorno
hacia lo más profundo de la noche
“lejos de donde la luz pueda alcanzarte”.

PAISAJE DE CLÍNICA

A Rolando Cárdenas

Ha llegado el tiempo
En que los poetas residentes
Escriban acrósticos
A las hermanas de los maníaco-depresivos
Y a las telefonistas.

Los alcohólicos en receso
Miran el primer volantín
Elevado por el joven psicópata.

Sólo un loco rematado
Descendiente de alemanes
Tiene permiso para ir a comprar "El Mercurio".

Tratemos de descifrar
Los mensajes clandestinos
Que una bandada de tordos
Viene a transmitir a los almendros
Que traspasan los alambres de púa.

William Gray, marino escocés,
Pasado su quinto delirium
Nos dice que fue peor el que sufrió en el Golfo Pérsico
Y recita a Robert Burns
Mientras el "Clanmore", su barco, ya está en Tocopilla.

Ha llegado el tiempo
En que de nuevo se obedece a las campanas
Y es bueno comprar coca-cola
A los Hermanos Hospitalarios.

El Pintor no cree
En los tréboles de cuatro hojas
Y planea su próximo suicidio
Heborizando entre yuyos donde espera hallar cannabis
Para enviarla como tarjeta de Pascua
A los parientes que lo encerraron.

Los caballos aran preparando el barbecho.
En labor-terapia
Los mongólicos comen envases de clorpromazina.

Saludo a los amigos muertos de cirrosis
Que me alargan la punta florida de las yemas
De la avenida de los ciruelos.

La Virgen del Carmen
Con su sonrisa de yeso azul
Contempla a su ahijado
Que con los nudillos rotos
Dormita al sol atiborrado de Valium 10.

(En el Reino de los Cielos
Todos los médicos serán dados de baja).

Aquí por fin puedes tener
Un calendario con todos los días
Marcados de rojo
O de blanco.

Es la hora de dormir -oh abandonado-
Que junto al inevitable crucifijo de la cabecera
Velen por nosotros
Nuestra Señora la Apomorfina
Nuestro Señor el Antabus
El Mogadón, el Pentotal, el Electroshock.

EN EL MES DE LOS ZORROS

*My dreams are of a field afar
And blood and smoke and shot
A. E. Housman.*

En el mes de los zorros
En el mes de los días de sol frío
Los ancianos que habían abandonado sus ojos a las
tinieblas vieron a las montañas ebrias
mirarlos fijamente y luego disolverse
como relojes de arena.
Es otro sol el que se anunció con el ruido reluciente
de los cuchillos en la cocina
que despertaron buscando las gargantas de las aves
de los brezales.

El pozo familiar cerró su boca
acallando las ranas parientas de aquellas con que
jugábamos con los rústicos en las cantinas.
Y llegaron las hechiceras a reanimar los fríos
braseros de la nevazón de los ciruelos.

Quién nos devolverá los amigos muertos
ese mes de los zorros y los días de sol frío

después que los ancianos olvidaron sus juegos en el
pozo y hundieron sus cuchillos
en la garganta de los pájaros descubridores de la
ventana por donde no entra la noche.

Quién nos devolverá
esa calle que ahora los ancianos vigilan airados
porque no pueden extirpar la zarza de ardientes raíces,
porque el viento mueve las hojas del bosque
predicando esperanza
mientras las hechiceras remueven en sus calderos
la sangre de sus víctimas que beben friolentas
porque ningún sol cantará en sus oídos.

Grande fue nuestra caída
bajo la burla de los zorros y el sol frío
deslumbrados por las hechiceras de grandes pechos blancos.
Insomnes oíamos el rechinar de la horca,
nuestro amigo el grillo no cuidaría nuestras tumbas.

Pero las hechiceras nada pudieron
contra el ciruelo inmaculado de la casa que incendiaron
y sus pétalos caídos formaron la alfombra
que enviaremos a los viajeros inesperados del retorno
mientras los ancianos de nuevo se hundirán
en un pozo que el cielo no conoce
sin dejar una sombra que legar a sus nietos que sólo
se acordarán de nosotros que nunca
dejamos de escuchar a los bosques secretos
predicando libertad con cada una de sus hojas.

ERAS UNA CANDELILLA EN TU CASA

Eras una candelilla en tu casa
O si querías una estrella errante en el cielo
En la casona
Yo te buscaba
Tropezando
Con un caballo de madera inmóvil desde la muerte de los hermanos
Con mis zapatos hundiéndose en el aserrín de los títeres
Y las muñecas de cabeza rota
Y tú ríes
Porque despierto
Y tú sabías
Que despertaría para seguir soñando contigo
Y sólo me queda
Esperar en vano el timbre del cartero
Y me despierta

El ruido de los vendedores de gas
La casona se la llevó la última crecida
Nunca supe cuál era tu pieza
Nunca supe cuál era la ventana oculta
Por la que te asomabas
La ventana cerrada que nos unía para siempre
En un siempre que nunca ha sido siempre.

HERNÁN MONTEALEGRE

(1937)

Principales obras: *Convocatoria* (1993), *De mundo en mundo* (1996).

DESTINO DE ÁNGEL

Cuando estoy en el cielo
y escribo poesía con los ángeles
y me torno uno de ellos,
luminoso y potente y lejano,
y siento el universo puro y poderoso,
las estrellas caen en mí como en un río interminable,
como en un alto abismo ávido de más altura.

Crecido más allá del aire, hundo mi cabeza en mi alma como en un lago
suave, inmenso y cercano,
y entonces soy más que un hombre,
más que un espacio denso y luminoso.

Soy entonces un íntimo reflejo
que me contempla desde adentro
llenándome y llenándome con substancia suya.
Y la poesía me va naciendo desde su inmensidad
como brota la luz de los ángeles
iluminando desde arriba toda la creación.

Hermano de ángeles y poeta de la eternidad
desciendo a la tierra con mi celestial destino.

AVES DEL PARAÍSO

Los pájaros no escuchan
pasan en bandadas pero no escuchan
no hay hombre que no esté enamorado de las golondrinas
no hay hombre de quien no huyan las golondrinas
nada más adorable que un ruiseñor
pero los ruiseñores no se acercan a los hombres
ese mundo de los pájaros que es el más hermoso de los mundos
es un mundo que huye del hombre
nunca fueron los pájaros desterrados del paraíso
habitan el cielo como siempre lo habitaron
desde el quinto día de la creación
alguien le puso alas a la ternura de Dios
que pasa como una bandada de pájaros que no escucha
nadie puede pedirle a las aves del paraíso
que entiendan a los hombres expulsados del paraíso
ignoran que para nosotros el paraíso terminó
porque nunca ha terminado para las aves del cielo
¿por qué el pecado del hombre iba a perjudicar a los pájaros?
¿por qué iban los pájaros a perder el paraíso
sólo porque el hombre lo perdía?
así quedó una creación confundida

el paraíso mezclado con la tierra
seres inocentes coexisten con seres que han perdido la inocencia
el hombre convoca a los pájaros como quien convoca a la inocencia
los pájaros pasan en bandadas pero no escuchan.

VIRGEN ARRODILLADA

Me arrodillo ante ti mujer arrodillada
ante el ángel que te anuncia que eres más que un ángel
en tu vientre el Espíritu retorna a las aguas del génesis
para que las cosas vuelvan a nacer de ti
hágase la luz dice Dios nuevamente
esta vez no voy a oscurecer las noches
no separaré los días con sol de los días sin sol
no pondré a un lado los mares y a otro lado la tierra
no volveré a ser el jardinero del paraíso
donde dos seres yacen bajo la sombra de un árbol
esta vez desposaré yo mismo a una doncella
pondré sábanas limpias para sus pies limpios
en un cuarto sin techo abierto a las estrellas
todo lo haré de nuevo
será una creación virgen que nace de una virgen
una guirnalda de flores blancas pondré en sus cabellos
y un ramo de eternas flores que guardé del paraíso
como si ya hubiese empezado el mes de María
ay Virgen cuídate de las espinas en esas flores
no puedo verte pisarlas con tus pies descalzos
aunque veo que las pisas con tus pies descalzos
como si ya hubiese empezado la Semana Santa
me arrodillo ante ti mujer arrodillada
bajo la bóveda que Dios te hace con las manos
bajo la cúpula que los ángeles te hacen con sus alas
tú mujer te arrodillas aunque estás coronada
reina del universo y sin embargo te arrodillas
estás en la cumbre para siempre arrodillada.

HERNÁN LAVÍN CERDA

(1939)

Principales obras: *La conspiración* (1971), *Música de fin de siglo* (1998).

‘SOBERANA REINA DEL CIELO AYÚDAME’

Soberana Reina del Cielo
ayúdame a escribir este poema,
tómame bajo tu protección y a tu amparo sacaré fuerzas
para gritarles ¡tengan la audacia del amor! y abandonen
a tiempo las riquezas injustas, salgan del Templo.
Hermosísima Señora, vuélvete esta vez a favor de tus indios,
de tus pobres rotos.
Y que baje tu luz. La gula
vive en el hombre blanco y rubio.
(En ellos el poder de la lengua).
Por eso ven ahora como un rayo
y aunque sea con dolor y con angustia
tírales tierra a los ojos.
Ellos son aquí los bárbaros.
Soberana Reina del Cielo
no permitas que me nuble
y ayúdame a continuar este justo poema.

MÚSICA DE FIN DE SIGLO

Música de fin de siglo: cornetas, bombos, pífanos, flautas y platillos. Fuegos de artificio: remolinos, voladores y cohetes. El universo de Federico Fellini, que descubrí durante mi último viaje al sur de Italia, lo redescubro ahora, junto a la iglesia de La Candelaria en Coyoacán. Escucho el sonido de los flautines que se alejan y siento que en esta música, ingenua y algo cruel, tal vez se oculta el primer anuncio del fin del mundo. Carcajadas, estremecimiento y llanto. Certidumbre popular, anónima, de que todo lo que al fin regresa, está a punto de desaparecer una vez más y para siempre.

LA CREACIÓN

Se supone que Dios, apresuradamente, creó el mundo en seis días. Lo hizo sin mucho cálculo y las cosas no le salieron muy bien: los monos, como si fueran humanos, perdieron su equilibrio y empezaron a hablar de manera confusa, enredando las palabras o provocando un ruido infernal. Lo mismo sucedió con los árboles: se confundieron unos con otros hasta crear una atmósfera babélica. Enredo de árboles como monos y de monos como árboles. En estas condiciones, algunos monos le ayudamos a plantar otro tipo de árboles, pero Dios nunca reconoció nuestra ayuda. Y una noche, aprovechando un descuido de vigilancia, nos caímos por uno de los agujeros que a Dios se le fue de las manos, y desaparecimos del Universo para siempre.

DONDE SE DECLARA QUE LA MUERTE NO EXISTE

De pronto, eso que llaman nuestro mundo
se quedó en silencio por primera vez.
Entonces descubrimos que no existe la muerte
de eso que llamamos nuestro mundo:
su silencio es el soplo del Génesis
y en las profundidades de aquel silencio
continúa la transfiguración de nuestra larga vida.

¿Ves esa piedra que palpita como un conejo blanco
desde el fondo del agua? ¿Todavía no la ves?
Sólo me atrevo a decirte que esa piedra tiene ojos
y también ha descubierto que la muerte
es invención de algún biólogo arrepentido
cuya melancolía puede ser sustancialmente peligrosa:
tanto como decir que Dios ha muerto
cuando tal vez está más vivo que nunca
en los juegos malabares de su aparición, desaparición,
aparición
desde la profundidad de aquel silencio
convertido en pájaro
que viene a beber un poco de agua
en cuyo fondo sonríe la misma piedra
que ahora trata de moverse y al fin cambia
de postura
para que el pájaro pueda habitar junto a ella,
y así ocurre bajo la superficie del agua donde todo
se multiplica:
pájaro y piedra se abrazan como ancianos
que a su modo han descubierto el enigma
de la infancia,
o como niños con la precocidad o la gracia
de la senectud.

De pronto, eso que llamábamos nuestro mundo
se quedó en silencio por última vez.
Entonces, como si en nosotros viviera el espíritu
de los zancudos cristianos
que caminan sobre la superficie del agua,
descubrimos que no existía la muerte
y la naturaleza estaba en paz consigo misma:
una nueva dimensión de lo real
a partir de la alegría inagotable del pájaro
que no deja de volar abrazado a su piedra blanca
bajo el agua.

JONÁS

(1940)

Principales obras: *Signos* (1978), *Tierra madre* (1980).

EL NACIMIENTO DE ADÁN

Y Adán escarba la tierra que le cubre
hasta trizar la tierra
y se abre paso la luz inunda su oquedad
y un grito
le ilumina los labios.
Y arrancándose los terrones que le cubren
los ojos
baja al río
y chorreado de peces se levanta
y corre
y desnudo extiende sus brazos
adonde el sol asoma.
Y es Adán, y al crecer
Adán
sólo invoca al cielo
lo que el cielo sea para los pájaros,
sólo invoca a la paz, al silencio,
donde arde la eternidad.
Y pide al aire lo sustente y lo embriague
y fuertes sean sus alas
para volar,
volar,
sin cansancio, sin sed.

ESTABA DIOS AHÍ

I

Estaba Dios ahí detrás del árbol
en sueño de yuyo transformado
meciendo pies y brazos bajo el sol.
No quise despertarlo.
La tierra entera parecía acunarlo
y el mar repetía su nombre.
Contemplé sus misteriosos colores
en la abismada quietud.
Y era todo el Universo alrededor temblando
abierto en la simpleza de la flor.

II

Entre las cañas del jardín estaba Dios.
Un aire movía sus sueños en el aire
como esperando a alguien.
Todo era silencio alrededor.

Entre las raíces
los ojos del agua abriéndose y cerrándose.
Mil rostros me miraban.
Mil voces me hablaron con un lenguaje raro
al corazón.
Un puente sin eco se abrió entre cielo y tierra
a cruzar
solo
el silencio.

III

Cuando a la miga baja
un trozo emplumado de eternidad,
Dios baja entre los pájaros.
Canto sagrado, transparencia de luz,
delgada menudez de pies descalzos.
Aparición fugaz.
O voz de cielo.

EL ESPANTAPÁJAROS

Con el traje raído por el aire
y la luna
está Cristo Palo en el potrero,
oteando el horizonte, espantando los cuervos.
Crece, a su alrededor, la tierra verde.
Y con sus manos llenas de vacío,
y con sus ojos secos de desiertos,
está Cristo Trapo, entre los coles,
con su corazón de paja amando al cielo.
Espantando los pájaros, risueño,
con el traje raído
por los besos del viento.

EL ÁNGEL CAÍDO

Una noche, en el noviembre de 1978
vino el ángel.
Yo estaba en un café, salí a la calle,
recién la lluvia había detenido su canto entre los árboles
(no sé por qué recuerdo este detalle).
Subí la solapa de mi abrigo,
me soplé las manos
y al alzar la cabeza,
estaba el ángel.
Sus ojos redondos,

llenos de alegre eternidad,
Nos miramos despacio.
No nos dijimos nada. Tendría tal vez 2.000 años
volando
y estaba frente a mí, descalzo,
tiritando en el aire.
Me inundó las pupilas un relámpago,
me tendió la mano
y me tocó el corazón con una espada
De pronto, algo pasó,
se trizó la alegría en su mirada,
cayó a la tierra, de pie, sucio,
sin alas.
Y era sólo un niño triste, ajado,
un hijo pequeño y solo de la calle,
un niño triste
mojado por la lluvia.

SOLEDAD FARIÑA

(1943)

Principales obras: EL Primer Libro (1985), Albricia (1988), En amarillo oscuro (1994).

TODO TRANQUILO, INMÓVIL

Había que pintar el primer libro pero cuál pintar
cuál primer tomar todos los ocres también
el amarillo oscuro de la tierra
capas unas sobre otras: arcilla terracota ocre
arañar un poco lamer los dedos para formar
esa pasta ligosa
untar los dedos los brazos ya estás abierto
páginas blancas abiertas no hay recorrido previo
tratar de hendir los dedos

- Por qué tan tristes por qué así estos colores,
dicen, preguntan los choroyes de alas verdes
que pasan en bandadas
- Por qué esa oscuridad, gritan
- Hay un negro que sombrea que nos cubre

Se alejan pero no alcanzan a ver el rojo que descubro
debajo de mi axila

- No hay claridad, no hay claridad, graznan
- Ha caído la nube gris sobre mi vuelo: eran granizos
era hielo el que quebró mis alas

Y ahí en las alambradas, suspendido su vuelo
se dan a murmurar

todo tranquilo inmóvil apacible

BANDADA DE ALAS VERDES

(la lengua)

ASFALTADA

NO MAS
NO MAS melaza negra
caliente

-grita

le horada el cerebro la excavadora

DONDE PLUMAS DONDE PICOS

le habían preguntado
DONDE ANILLOS TATUADOS
excavando el pelo largo
azulado tieso y duro

Y EN QUE LENGUA

asfaltada ligosa tararea
sus últimos gorjeos
manto de plumas verde-choroy
nadando en la laguna
ahí

las fauces de los perros
lo habían empujado
al límite
a las orillas
a los bordes

Y QUE HACER

tobillos muslos
vientre apretado
cuello
nadar nadar nadar

EN ESTA OSCURIDAD

ALFA

-le digo

ALFA

Alfalfa olorosa
 brota

 enjugo el rostro
 enjugo el paño
 surca carne la huesa
 la angosta
 la prieta
 la marga huesa

ALFA

Alfalfa amorosa

 mi tierno dulce
Falfa mi suave
 la escama cae
 trepa la larva
 el rostro el paño la marga huesa
 - me dice

VIAJO EN MI LENGUA

de arena pantanosa

dos vocales O E

Viajo y rozan los bordes mi arenilla dormida
Adentro más adentro de la cavidad sonora
 tus vocales las mías
 en el ronco gemido

Me aferro a mis moluscos Penetro las papilas
Adentro más adentro llego hasta el estertor

al eco de otra lengua La camino
recorro la nostalgia la cerco
Pero a la piel no llegan claros los envíos

Qué sintaxis Qué paisajes que mis ojos no vieron
Quieren brotar desde esas aguas

y tu lengua mi lengua

ENTONCES CELEBRARON EL CONSEJO...

"Entonces celebraron consejo sobre el
alba de la vida, cómo se haría la
germinación, cómo se haría el alba,
quién sostendría, nutriría".

HE TRAÍDO TODA LA LUZ...

He traído toda la luz hasta mis caras

he dado a mi ojo el tiempo
y descanso mirando con pupila
de trapecio

SOY EL PÓRTICO A LA LUZ...

Soy el pórtico a la luz
responden desde el oscuro mis aristas
intentando dormirse

PAZ MOLINA VENEGAS

(1945)

Principales obras: *Memorias de un pájaro asustado* (1982), *Noche Valleja* (1990).

HISTORIA DE ÁNGELES I

Entonces fue que el Ángel se acercó desnudo y dijo:
tendrás sed de mi carne y vagarás hambriento.
Luego, haciendo ondular su oscura cabellera
se hundió en la incertidumbre de su concepto.

Intentaba el ingenuo comprender los alcances del Ángel
entre fiebre y bostezo, vagas contemplaciones;
pertinaz, sin embargo, se enfrascaba en conciertos
de incomprensible música, salvaje y presuntuosa.

Tendrás sed de mi carne y vagarás hambriento.
Y su cadera trascendió la condición humana.
el Único, obstinado, doblegó el idioma
y lo hizo parir la flecha.

Quiso luego ejercitar su arco inconfesable.
Premunido de un cóndor se dispuso a la barbarie.
Y no logró más quietud que un deambular inédito
por las inmediaciones del hastío.

Quiso luego la forma, cogió su flecha,
la cadera del Ángel se apagaba, a lo lejos,
hacia ella apuntó con intención diabólica
y un alarido turbó la paz inadmisibile.

Tendrás sed de mi carne y vagarás hambriento,
dijo el Único al Ángel
y lo ensartó en el Infinito.

HISTORIA DE ÁNGELES III

He pecado, se dijo el Ángel y una
repentina oscuridad asomó a su mirada,
(antes sus ojos eran dos alondras)
dos pájaros muertos se asomaron a sus ojos.

He pecado y debo aguardar mi castigo.
Mientras tanto
cavaré una tumba
para dos pájaros muertos.

HISTORIA DE ÁNGELES V

No quiero tu castigo, Señor, apiádate.
No he de volver al mundo con este traje estúpido.

Pisotearé mis alas de cartón.
Escupiré la muselina barata de mi túnica.
Arrojaré al Infierno mi aureola plastificada.
Y así has de llamarme nuevamente rebelde.
Quiero volver a la tierra como el más oscuro
de tus hijos.

JUAN PABLO RIVEROS

(1945)

Principales obras: *De la tierra sin fuegos* (1986).

ARCHIPIÉLAGO I

"Sólo el tiempo más allá de los archipiélagos,
el tiempo convertido en un horizonte desesperadamente vacío...."

Rolando Cárdenas

Siempre el mismo paisaje barrido,
las mismas tormentas, el mismo
corte, la misma espesura de bosques
y las móviles turberas siempre las mismas.
Corazas de hielo gruñen
en el fondo de los fiordos.
En parte alguna, la ternura
de un cambio.

¡Oh, Impresión! Desmesurado Poder
de las furias naturales. Brumosos
valles perdidos en glaciares cordilleranos
y pantanos y climas inaccesibles.
¡Oh, demasiada grandeza! Desproporción
demasiado aplastante.
Costas de granito indefinibles
con su cinturón de bosques pútridos,
congregación de rocas púberes.
Pantanos, hendiduras de agua,
vastas lagunas absolutamente desiertas.
Tal
la lúgubre Grandeza, tal
la pequeñez.

AVES

Solitario
como un cormorán pescando
en la aurora.

Avutardas
procreándose en el estuario de los ríos.
Como un monje
el Martín Pescador sobre
las lentas bahías del Imperio.

Garza,
¡Alteza real de los archipiélagos!

Y, en los raros días de verano,
como viniendo de estados en sordina,
una floración de pájaros brota del bosque.

Picaflores de un verde oro viejo
con sus vibrantes alas inmóviles
frente a la fucsia,
y barnizados rayaditos de colores
y el revoloteo puro de las largas plumas
del Tijeral.

Solitario
Un carancho monta guardia
con su hambre al hombro.

DISCURSO DE QUENÓS

Quenós nos reunió
y enseñándonos la palabra, no
ésta sino otra más antigua,
habló así:

EL HABITANTE DEL CIELO
no tiene necesidades. No
depende de nadie ni de nada.
Es inmensamente libre.

EL HABITANTE SOLITARIO
desea que dependáis lo menos posible
unos de otros. Pero
no seáis total y completamente solitarios:
Convivid. Sed generosos.

Que jamás falte la carne
en vuestros hogares. Trabajad.
No padezcáis hambre. Dos arcos,
no uno, para cazar el guanaco.

Ejercitad vuestro cuerpo
con toda clase de prácticas: Caminad,
nadad por ríos y mares, ascended
las nevadas montañas.

Transformad vuestro peso en algo
ligero y leve, como el caspi.
Un buen ona es veloz y se adapta
a los Enormes Accidentes terrenales,
como el guanaco.

Dominaos en tal forma
que nadie conozca vuestros pensamientos.
Sed reservados sobre el conocimiento

que atesora vuestro pueblo.

¿La mujer? Como el hombre,
no una bestia de trabajo. Ella en
sus asuntos, vosotros en los vuestros.
Su alegría en el hogar es como el sol
de primavera luego de la nieve.
¿Hay, en realidad, mayor encanto
que ver a nuestras mujeres marchar
a través de las selvas de coihues y de ñires
por nuestras verdes colinas?

EL ANTIQUISIMO desea
que cada ñire, cada cerro, cada ave
cada guanaco sean vuestros antepasados.
Quizá entonces reconoceréis que
hasta las cosas más inermes de este mundo
son caspi.

¡Imitad al SEÑOR DE LOS ESPACIOS!

ORÁCULO ONA

Vosotros, los kolliot, creéis
haber dominado nuestra tierra,
pero ella pronto
se apoderará de vosotros.
Dejad pasar los años.
Vuestro Dios
se transformará imperceptiblemente,
aquí, en nuestro Temáuquel.

Vuestros antepasados
adquirirán el espíritu de los nuestros.
Al contemplar estas pampas,
selvas, ríos y montañas
nuestros hohuen resucitarán una vez más
en vuestros hijos. Y no perecerán
mientras exista esta tierra,
porque son ella misma.

Eso es todo.

CARMEN BERENGUER

(1946)

Principales obras: *Boddy Sands desfallece en el muro* (1983), *Huellas de Siglo* (1986), *A media asta* (1988).

YO NO LO QUISE AMADA IRLANDA

Yo no lo quise amada Irlanda
Ellos los cuervos
Entran en los jardines
y lo destruyen todo

DÍA 14

Los ojos Los ojos
De qué sirve el pasto
en los jardines
El humor vítreo
llena las cuencas vacías

DÍA 44

Entrego mi vida como una acción de amor.
Me entrego a una agonía lenta
Como único modo de cambiar
la pólvora por jardines de paz
Como única forma de esperar la alondra
y nuevas primaveras
Como único sostén para limpiar
las heridas de Cristo torturado

RAÚL ZURITA

(1950)

Principales obras: *Purgatorio* (1979), *Anteparaíso* (1982), *Canto a su amor desaparecido* (1985), *La vida nueva* (1994).

XXXIII

Les aseguro que no estoy enfermo créanme
ni me suceden a menudo estas cosas
pero pasó que estaba en un baño
cuando vi algo como un ángel
"Como estás, perro" le oí decirme
bueno eso sería todo
Pero ahora los malditos recuerdos
ya no me dejan ni dormir por las noches

XLII

Encerrado entre las cuatro paredes de
un baño: miré hacia el techo
entonces empecé a lavar las paredes y
el piso el lavatorio el mismo baño
Es que vean: Afuera el cielo era Dios
y me chupaba el alma -sí hombre!
Me limpiaba los empañados ojos

XCII

El vidrio es transparente como el agua
Pavor de los prismas y los vidrios
Yo doy vuelta la luz para no perderme en ellos

A LAS INMACULADAS LLANURAS

i. Dejemos pasar el infinito del Desierto de Atacama

ii. Dejemos pasar la esterilidad de estos desiertos

Para que desde las piernas abiertas de mi madre se levante una Plegaria que se cruce con el infinito del Desierto de Atacama y mi madre no sea entonces sino un punto de encuentro en el camino

iii. Yo mismo seré entonces una Plegaria encontrada en el camino

iv. Yo mismo seré las piernas abiertas de mi madre

Para que cuando vean alzarse ante sus ojos los desolados paisajes del Desierto de Atacama mi madre se concentre en gotas de agua y sea la primera lluvia en el desierto

v. Entonces veremos aparecer el Infinito del Desierto

vi. Dado vuelta desde si mismo hasta dar con las piernas de mi madre

vii. Entonces sobre el vacío del mundo se abrirá completamente el verdor infinito del Desierto de Atacama

PARADISO

REEGA-ALVAR-Electronic

REEGA-ALVAR-Electronic

264080



1



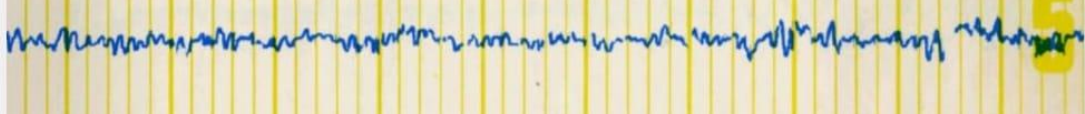
2



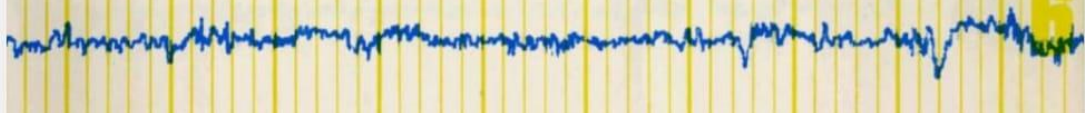
3

del amor que mueve el sol y las otras estrellas

4



5



6



7

8

Yo y mis amigos/
MI LUCHA

LAS PLAYAS DE CHILE VII

Muchos podrían haberlo llamado Utopía
porque sus habitantes viven solamente
de lo que comparten, de los trabajos
en las faenas de la pesca y del trueque.
Ellos habitan en cabañas de tablas a las
orillas del mar y más que con hombres
se relacionan con sus ánimas y santos que
guardan para calmar la furia de las olas.
Nadie habla, pero en esos días en que la
tormenta rompe, el silencio de sus caras
se hace más intenso que el ruido del mar
y no necesitan rezar en voz alta
porque es el universo entero su catedral

- i. Solitarias todas las playas de Chile se iban elevando como una
visión que les bañara las pupilas
- ii. En que Chile fue el hijo lanzándonos un adiós desde esas playas y
nosotros el horizonte que lo despedía eclipsado clavándole los ojos
- iii. Y en que lejanas ya no hubo playas sino la solitaria visión donde
los muertos lanzaron el adiós que nos clavaba en sus miradas
renacidos vivísimos como corderos bajo el cielo emocionado
en que la patria llorando volvió a besar a sus hijos

IDILIO GENERAL

i. Abrácese entonces las llanuras de este vuelo

ii. Que cuanto vive se abrace inmaculado sobre estos
pastos

Para que todo rubor Chile salga a mirarse por los valles
y cuanto vive vea entonces la paz que ellos se pidieron:
el verde inmaculado de estos pastos

iii. Porque volados lloraron de alegría sobre las
llanuras

iv. Como abrazados desde sus cenizas infinitos
Irguiéndose con los pastos

v. Porque Chile entero se abrazaba jubiloso
con las criaturas inmaculadas del firmamento

Para que todo el firmamento relumbre extendiéndose sobre
los valles y Chile salga a mirar allí el verdor que para
ellos se pidieron esplendentes: las criaturas que les
bañaba de paz el universo

vi. Porque adorados te decían los verdes pastos de Chile

vii. Allí miraron esplender las llanuras embelesados
como volándose

viii. Entonces como si un amor les naciera por todo
Chile vieron alzarse las criaturas de este vuelo
ay paloma de paz por siempre sí todos los valles

ALLÍ ESTÁN

Con una paz indecible lentamente sus oídos iban
recubriendo este suelo

Por el sur del nuevo mundo emergiendo llorosos de
amor desde esas malditas como si ahora sí pudieran
ser ellos los más queridos estas cabezas negras
mucho más vivos sonriéndonos entre sus lágrimas

Maravillosos subiendo hasta la voladura final los
ojos que de puro humanos se les arrebataban allí
mismo enmudecidos con una expresión tal de paz
y de dulzura que ni el otro mundo podría igualarlos

LOS POBRES ESTÁN POBLANDO EL PARAÍSO SI TÚ MISMO ME LA
ANUNCIASTE
LOS POBRES UNA PURA DE AMOR VOLANDO LAS BARRIADAS Y YO ESTA
PERDIDA
DEL ALMA O “LA NIEVE” COMO ME APODAN MIRA YO MISMO LOS SEGUÍA
TODO RESPLANDECIDO DE MÍ

CANTO A SU AMOR DESAPARECIDO
(Fragmento)

Canté, canté de amor, con la cara toda bañada canté de amor y los muchachos me sonrieron. Más fuerte canté, la pasión puse, el sueño, la lágrima. Canté la canción de los viejos galpones de concreto. Unos sobre otros decenas de nichos los llenaban. En cada uno hay un país, son como niños, están muertos. Todos yacen allí, países negros, África y Sudacas. Yo les canté así de amor la pena a los países. Miles de cruces llenaban hasta el fin el campo. Entera su enamorada canté así. Canté el amor:

Fue el tormento, los golpes y en pedazos nos rompimos. Yo alcancé a oírte pero la luz se iba.
Te busqué entre los destrozados, hablé contigo. Tus restos me miraron y yo te abracé. Todo acabó.
No queda nada. Pero muerta te amo y nos amamos, aunque esto nadie pueda entenderlo.

- Sí, sí miles de cruces llenaban hasta el fin el campo.
- Llegué desde los sitios más lejanos, con toneladas de cerveza adentro y ganas de desaguar.
- Así llegué a los viejos galpones de concreto.
- De cerca eran cuarteles rectangulares, con sus vidrios rotos y olor a pichí, semen, sangre y moco hendían
- Vi gente desgredada, hombres picoteados de viruela y miles de cruces en la nevera, oh sí, oh sí.
- Moviendo las piernas a todos esos podridos tíos invoqué.
- Todo se había borrado menos los malditos galpones.
- Rey un perverso de la cintura quiso tomarme, pero aymara el número de mi guardián puse sobre el pasto y huyó.
- Después me vendaron la vista. Vi a la virgen, vi a Jesús, vi a mi madre despellejándome a golpes.
- En la oscuridad te busqué, pero nada pueden ver los chicos lindos bajo la venda de los ojos.
- Yo vi a la virgen, a Satán y al señor K.
- Todo estaba seco frente a los nichos de concreto.
- El teniente dijo "vamos", pero yo busco y lloré por mi muchacho.
- Ay amor
- Maldición, dijo el teniente, vamos a colorear un poco.
- Murió mi chica, murió mi chico, desaparecieron todos.

Desiertos de amor.

Ay amor, quebrados caímos y en la caída lloré mirándote. Fue golpe tras golpe, pero los últimos ya no eran necesarios.

Apenas un poco nos arrastramos entre los cuerpos derrumbados para quedar juntos, para quedar uno al lado del otro. No es duro ni la soledad. Nada ha sucedido y mi sueño se levanta y cae como siempre. Como los días. Como la noche. Todo mi amor está aquí y se ha quedado:

- *Pegado a las rocas al mar y a las montañas.*
- *Pegado, pegado a las rocas al mar y a las montañas.*
- Recorrí muchas partes.
- Mis amigos sollozaban dentro de los viejos galpones de concreto.
- Los muchachos aullaban.
- Vamos, hemos llegado donde nos decían —le grité a mi lindo chico.
- Goteando de la cara me acompañaban los Sres.
- Pero a nadie encontré para decirles "buenos días", sólo unos brujos con máuser ordenándome una bien sangrienta.
- Yo dije —están locos, ellos dijeron —no lo creas.
- Sólo las cruces se veían y los dos viejos galpones cubiertos de algo.
- De un bayonetazo me cercenaron el hombro y sentí mi brazo al caer al pasto.
- Y luego con él golpearon a mis amigos.
- Siguieron y siguieron pero cuando les empezaron a dar a mis padres corrí al urinario a vomitar.
- Inmensas praderas se formaban en cada una de las arcadas, las nubes rompiendo el cielo y los cerros acercándose.
- Cómo te llamas y qué haces me preguntaron.
- Mira tiene un buen cul. Cómo te llamas buen culo bastarda chica, me preguntaron.
- Pero mi amor ha quedado pegado en las rocas, el mar y las montañas.
- Pero mi amor te digo, ha quedado adherido en las rocas, el mar y las montañas.
- Ellas no conocen los malditos galpones de concreto.
- Ellas son. Yo vengo con mis amigos sollozando.
- Yo vengo de muchos lugares.
- Fumo y pongo con los chicos. Sólo un poco del viejo pone y saca.
- Es bueno para ver colores.
- Pero nos están cavando frente a las puertas.
- Pero nos están rajando, te digo.
- Oh sí lindo chico.
- Claro —dijo el guardia, hay que arrancarlo de raíz.
- Oh sí, oh, sí.
- El hombro cortado me sangraba y era olor raro la sangre.
- Dando vueltas se ven los dos enormes galpones.

- Marcas de T.N.T., guardias y gruesas alambradas cubren sus vidrios
- rotos.
- Pero a nosotros nunca nos hallarán porque nuestro amor está pegado a
- las rocas, al mar y a las montañas.
- Pegado, pegado a las rocas, al mar y a las montañas.

QUERIDAS TODAS LAS COSAS

Del amor de Chile, del amor de todas las cosas que de Norte a Sur, de Este a Oeste se abren y hablan
 Los torrentes y los nevados que se tocan y hablan amándose porque en este mundo todas las cosas hablan de amor; las piedras con las piedras y los pastos con los pastos
 Porque así se aman las cosas; las playas, los desiertos, las cordilleras, los bosques de más al Sur, los glaciares y todas las aguas que se abren tocándose
 Para que tú las veas se abren
 Sólo para que tú lo escuches Chile se levanta
 Sólo para que tú y yo nos miremos por todo el horizonte, sí mira:

se levantan

AMADAS PLANICIES NEVADAS

Sueño un mar nuevo, una nueva planicie, un blanco que se extiende y se extiende al Sur de este mundo
 Sueño con unos ojos nuevos, con una nueva vida, con el aire humano silbando las orillas del ventisquero y la Patagonia
 Sueño con los nuevos hermanos de las heladas praderas viniéndose como vendrá el nuevo mundo, como se congelarán los fríos de alma hasta el fondo de la escarcha
 Sueño con un nuevo poema en las heladas planicies
 Sueño con tu amor, con los párpados nevados de tu amor flameando sobre la libertad final de nuestros aires

EL NACIMIENTO DE CHILE

Allá entonces, descendiendo,
nos nacían los paisajes

-Mar, cumbres que nacen

Y así lentamente Chile empezó a descender sobre el
horizonte

Encajándose en los largos faldones que se crispan entre
las cordilleras y las rompientes del Pacífico como una
cuerda de espumas bajando por el oeste

Amarrando de sur a norte los desiertos los glaciares
los ventisqueros que no tenían dónde parirse en este
mundo mientras el cielo se horcaba y eran las
largas playas abriéndose igual que ríos de arena
entre las nubes Nací sólo para esperarte se gritan
las cumbres de los Andes chocando con las costas
abruptos estrechándose de frío frente a los roqueríos

LAS AGUAS DEL AIRE

XIX

Mira entonces partir tu vieja vida, sí mira las barcas de nuestra
vieja vida alejándose sobre las olas del aire. Levántate ahora y
escucha el viento golpeando las costas, allí está tu amor, allí sopla
tu amor y son los nuevos paisajes despuntando sobre el amanecer
nuevoamericano. Que tus nuevos aires sean entonces los aires y
que la pasión que encumbró los torrentes se despliegue ante tus
ojos para que los hijos de las piedras, del hielo, de los charcos
y desiertos que llorando llenamos de escrituras, se tiendan una
y otra vez y sean como los suspendidos torrentes brillando en
las alturas. Que así se despierte el alba y que el cielo que tanto
tiempo calló encima de manadas de búfalos que el polvo tragó
en las praderas y que hablen los bisontes, las olvidadas alpacas,
los desangrados huemules. Sí que hable y que hable la gente que
una vez pobló las ciudades. Que hable y que sea nuestra voz la
reencontrada vida y luego, como si nos viéramos de nuevo, como
si nos oyéramos de nuevo, como si nos palpáramos de nuevo,
despertemos flotando en los reencarnados cielos del nuevo día.

A LA CREACIÓN, AL SANTUARIO DE TODAS LAS COSAS

al color de tu sueño levantado entonces, al horizonte que no
conoce lenguas ni las requiere, al mar en que desaguan los estuarios.
A ese pueblo entero que marcha en ti, que rema en ti, y que se
mezcla con mi pueblo. A todos los hombres que terminan en
nosotros -como en un puerto- y a los hombres en que nosotros terminaremos.
A los que vuelven a ver por nuestros ojos (todos resucitan
diariamente en nuestros ojos), a esas piedras que tocaron otras
manos y que son la razón por la que te hablo.
A la ascensión del Pacífico en el cielo, a los ríos que ascienden y a
mis palabras describiéndolos.
A la imagen de los ahogados flotando sobre los Andes: a la más
bella de las imágenes en el más vasto de los poemas.
A esa visión de nosotros mismos en que doblados sobre los
flancos de los botes íbamos recogiendo cuerpos muertos. A la
visión de esos cuerpos vueltos a la vida por el amor en nuestra memoria.
A los que hicieron de sus vidas obras de arte (los boteros
del Yelcho) y que no están retratados en frescos porque es el firmamento su retrato.
A la piedad, al perdón. Al viento que perdona a las montañas
ya las rompientes que perdonan a los roqueríos. Al Poema del
Perdón escrito pensando en nosotros y en los que aún buscan a sus desaparecidos
(están, créeme, están; no los ves pero están, no los oyes pero están).
A los que ahora están en ti, a los que ahora lloran en ti, a los que hablan porque viven en
ti.
En fin; a la soledad, al abandono, a todo lo precario e indefenso
que habita desde siempre en nosotros porque es eso lo que creó al amor y la necesidad de
los amaneceres, de los bosques, de los
pedazos de papel, de las hojas, de la luna, del cosmos,
de los grandes poemas, de las marejadas.

ELICURA CHIHUAILAF

(1952)

Principales obras: *El invierno y su imagen* (1977), *De sueños azules y contrasueños* (1995), *Recado confidencial a los chilenos* (1999).

PORQUE SOY LA FUERZA DE LO INNOMBRADO

He soñado en la Luna creciente
—dice
y he trabajado los campos
Antes que las palabras
y que las flores fui
(y más lejos)
Para mis hijas construyo
la casa de plata
mientras con el cabello
al viento
cabalgo sobre el arco iris
Soy el agua que corre
Dormido va el mar en mí
y despierta la montaña
Porque soy la fuerza de
lo innombrado, dice
corona del sol: Tu canto.

NIENOLU VY TAÑI NEWEN TA IÑCHE

Pewman ta we Kvyen mew, pi
ka kvzawkefiñ ta lelfvn
Petu ñi zugu genon
ka rayen rume genon femvn
(welu zoy alv kamapu)
Tvfawla ñi pu ñawe zeumalkefiñ
lien ruka
ka kvrvf negvmvñ ma meke enew
ñi Ionko
pvrakawellkvlen wente relmu
Witrunko ta iñche
Umawtulen amuley lafken
iñche mew
ka nepey ta mawizantu
Nienolu vy tañi newen ta iñche, pi
tuway mane chi antv: Jami vl.

HABLANDO CON LA GENTE DE LA TIERRA DE ARRIBA

Cabalgo en círculo, llevado por el aliento
de los animales
que te ofrecí en sacrificio
Galopo, galopo, soñando voy
por los caminos del cielo
De todos lados vienen a saludarme

las estrellas
¡Oo! Anciana, Anciano
Doncella y Joven de la Tierra
de Arriba
en vuestro Azul se regocija mi sangre.

NVTRAMKALEYIÑ TAIÑ PU WENU MAPU CHE

Tretrogkvlén awvlerpun, pu kulliñ ñi neyvñ
yewkvlérpun
genoafelvwn mew elufeyu
Wiraf, wirafgen, Pewmantulen amun
Wenu Mapu rypv mew
Walke pvle chalipaenew ti pu wagvlen
Oo! Fvchakecheyem
Vlchakezomo ka Wechekeche mvlelu
Wenu Mapu
mi Kallfvmu ayvwyv ñi mollfvñ.

DESDE TUS SUEÑOS PADRE AZUL

Desde los ulmos que brotan en la cordillera
del gran Río del Cielo
me llegó, Padre Azul, la miel de tu ternura
Silba, canta, mi corazón, pasa volando
en los ojos ya vacíos del invierno
Canto y silbo yo también como un ave
posado sobre el Arbol del Contento
Y luego anuncio y entro jubiloso
Mi espíritu soñándose en la casa de tu
Primavera.

TAMI PEWMA MU KALLFV CHAW

Feyti chi choyvchi ulmo ina kallfvwigkul feyti
fvtra Wenu Lewfv mew
akuy, Kallfv Chaw, tami ayin kochv zugu
Wikeñi, vlkantukey ñi piwke, mvpvlen rupakey
genokintukey wellilechi ge pukemmu
Vlkantun ka wikeñvn iñche kay kvñe vñvm
pvralelu wenu Ayiwvn chi Aliwenmu
Fey feypin ayiwkvlen konvn
Tañi pvllv pewmantumekey tami Pewv ruka.

ARMANDO RUBIO

(1955)

Principales obras: *Ciudadano* (1983).

RENUNCIACIÓN

No.
No iré al Paraíso.

Luz,
me saldrías demasiado cara.

¿Quién cocinará mis platos
¿Esas radiantes cocineras
de blancos delantales
que obedientes caminan por el cielo?

¿Y el teléfono?
Me gustan las llamadas
de larga distancia.
Me cortarían la comunicación
por pretencioso.

¿Y dónde escribiré?
No creo que existan mesas
como las que hay en mi casa.

Además.
a mí me gustaría
estar siempre buscando a Dios.

No. Decididamente.
El Paraíso es realmente caro.

ANDRÉS MORALES

(1962)

Principales obras: *Por extrañas ínsulas* (1982), *Soliloquio de fuego* (1984), *Verbo* (1991).

BREVIARIO

2. DE LA MUERTE

Hay que morir en un desierto:
Yo no sé si exista sombra
en el infierno.

3. SAN MATEO XXVII. 46

Música de clavos y tinieblas:
Cristo se mira las manos
y abandona mis heridas.

4. JUICIO FINAL

¿Y si ese día,
Dios,
nos hemos ido todos?

5. PARAÍSO

Esa isla abandonada por las noches.
Esa isla de pájaros y cruces:
Esa isla, nada más,
y algún abrazo.

NADIA PRADO

(1966)

Principales obras: *Simple placeres* (1992).

UN HERMOSO LUGAR AL FINAL DEL CAMINO

Aquí te trajo mami tu vida fue un funeral
de qué manera te ofrecen la muerte
calma el espíritu dice la religión

Mami te trajo
y te dio esta enfermedad
que hoy no entiende

Mal de vivir asco asco a mirar
pero espera por ti

UN HERMOSO LUGAR AL FINAL DEL CAMINO

Ya nunca el cielo volverá a caer en picada
cabezas abriéndose
cuchillo sobre la piel

Tuve todo
hogar familia ingredientes mejoras calles
y expeditos caminos
cualquier cosa
una noche oscura enfrentada al techo
la alfombra desde el infierno ofreciendo una ayuda

UN HERMOSO LUGAR AL FINAL DEL CAMINO

El hogar
la casa de las flores
ese cementerio lápidas con ojos
Mami me trajo

No sé cuánto tiempo intenté protegerme
batiéndome a mano limpia con mi propia cara
y cada golpe trajo más obscenidad

Habrá algún sitio llamado auxilio

UN HERMOSO LUGAR AL FINAL DEL CAMINO

Desperté muy mal
transpirada por el cansancio
con el granulado efervescente en el bolsillo trasero del jeans
Nada para el corazón Nada para la soledad
Nadie para leer estos poemas tristes amargos
La mentira y los malos comentarios pasan como sombras por acá
estropean para cubrir estas imágenes turbias
que me completan a menudo

cuando estoy prendida al cuello de la muerte

En mí hay un dolor seguro que nadie ha podido sacar
ni siquiera tú cuando me haces el amor
no puedo reír totalmente contigo

JAVIER BELLO

(1972)

Principales obras: *La noche venenosa* (1985), *La rosa del mundo* (1996), *Las jaulas* (1998).

AHORA ESTÁN LOS SIGNOS EN EL LUGAR DE LA MISERIA

Ahora están los signos en el lugar de la miseria

La estrella de seis puntas se estremece en dibujos que cortan y toda su materia que gira adelanta el gemido que tiene la pobreza en los perros y la demencia en los juicios.

Las grandes caras de los niños toman el vino entre las flores y una porcelana blanquecina con rúbricas extrañas y cáscaras de naranja en el aguamanil y lámparas brillantes, que no les pertenecen, les hacen amarrarse a sus gestos.

Detrás, detrás siempre están los oficios, la arena del trabajo, los espejos extraídos del odio para que se arrepientan y sean solo un puño quebrada.

Los signos se encuentran en cualquier preámbulo de la muerte como ante las máquinas los ojos de los hijos indignos.

La realidad, su evidencia, no ha convivido con ellos ni los ha reconocido ni les ha dado su nombre, y en vez de huir despavoridos ante la intensidad de las pruebas se someten al polvo, al silencio y la nada.

En la contemplación de la muerte se dividen las armas, las linternas indican que el ojo es un coleóptero visitado por la imaginación de la escarcha y el miedo.

Los actos se suceden y la ciudad se convierte en la decoración de los gestos.

En las tardes de otoño, cuando ha venido el viento, la estrella se dedica a la narración de los hechos de la miseria, uno a uno atados por un ciego.

Ya no puedo marchar, los signos están muertos, los niños los mastican como flechas que hubieran labrado ante el alcohol y la maldad de sus amos.

Los signos ya no nos hablan de un gesto ni de un acontecimiento de mármol ni de la muerte sentada en la corona de los únicos divididos por la presunción de sí mismos, sino de la muerte del plancton, de la muerte del frío y del chillido de las especies como un cernícalo negro en el patio de la extinción.

Una plaza vacía en mitad del invierno es la patria en los ojos, la sutura de hierro donde avanzan campanas que no tienen sonido y no anuncian quién viene.

Ellos lloran por la erupción de su muerte, infectados a la hora de cantar, mientras tu eres seco y declamas ante el peso de la demostración del escorbuto.

Comprendo la oscuridad de tu rapto pero en mi boca cunden las manchas de la lepra, las cuentas del exterminio de una especie de cisnes enamorados de la pluma rosada.

Comprendo tu oscuridad pero tú eres tú cuando hay un receptáculo que define al terror, un viejo vasa de sangre.

En ese entonces la soledad se nos aparecía constelada y oída, un pasadizo donde estábamos regados de ceniza, pero nunca de alambres, y esparcidos en esa contemplación nos conducíamos y éramos náufragos, dichosos ante el canto de una sombra que no nos obligaba a ser esclavos bajo la carpa del circo.

No temimos entonces a los ecos ni al residuo de las señoras sentadas en el mármol de la ley, lo absorto ante el rocío como una hilera de dientes extraídos por otro.

El fulgor del vacío es una idea que se debe a lo reconocido en el territorio de la muerte y cuyo vaho es un cerco.

Todo lo que escucho se vierte a dentelladas, máquinas de la idiotez.

La aparición de los dioses ya no tiene que ver con el mármol sino con una interdicción sudorosa en la lengua.

El ánimo de los dioses es para nosotros un relámpago errado, un esqueleto de electricidad ebrio en la pimienta de altos fariseos con cabezas ahumadas.

La idea de la devoración, sin embargo, es un silencio que no tiene justicia.

Allí hay un cuerpo que arde y un sol definitivo de hormigas.

Me atrevería a los signos, éstos son y de ese modo pesan, pero nuestra sangre ya no es la misma, ni la sangre de los dioses nos ilumina ni fosforece desnuda ni triunfa cantando en los ríos.

Todo es un bosque como en mis manos todo es oscuro, una constelación de luminarias enfermas que conduce a lo espeso, a los días muy vivos, alambres excitados por la electricidad.

La lejanía está sentada en el cuarto, la lejanía está sentada en los ojos de una mujer sentada donde está sentada la muerte.

También tienes amigos miserables, amigos que raspan las mesas de metal con las cucharas.

Esta habitación fue construida con las monedas de la sed de los mamíferos.

El círculo más redondo de tu conciencia es una plataforma que gira soplada por los que son sorprendidos pensando en los muertos, ebrios por la pregunta de la desaparición y el sonido del viento, su materia y sus cajas.

Si, el sonido es oscuro, pero en tu conciencia esa voz es un rayo, un altar sostenido por una retórica parecida a lo gris, a la demencia de los mendigos abandonados en los colectores de sobras.

Es extraña para mí la sustancia de los dioses y es extraña para mí toda sustancia.

Ya no tengo sustancia, ni siquiera aparezco en la fotografía destinada a los fantasmas ni ellos me llaman a la reunión de los pozos.

Los fantasmas pasean por la muerte, sedientos por la experimentación de las formas y el vicio de la velocidad en las hélices de las cafeterías.

«*Hagan caso de mí, hagan caso de mí*», dice el heraldo.

No pienses en nadie que esté sentado en medio de la verdad.

Recuerda a los leñadores furiosos, recuerda el retrato en las mesas.

Todo lo besaste, muchacho, hasta los anos levantados en el error.

Entonces brillaron los cantos.

Elegir la electricidad es roerse los dedos y no cambiar de alimento es peor.

Ahora se abren semillas de luz cuando cierro los ojos y abjuro ante el espejo y el viento del mundo.

Todo se abre hacia la luz pero el espejo se oscurece de pronto y no oscila.

Nadie está con sus gestos más de lo que el mundo los sostiene, lo que tarda en dejarlos caer como si vertiera una jarra de mariposas muertas en un escenario vado.

Es mejor hablar en la oscuridad.

Lo que él dice de su lengua, lo que él dice que hace con su lengua es verdad, es la prueba de la invisibilidad de la muerte.

Aunque la muerte aparezca sabremos extenuar su erupción y no verla allí devorando cangrejos, en la sala contigua, en la sala, en la sala.

Dice que muerde el cielo, dice que se entromete en la máscara y gira, dice que habla con su lengua y posee un versículo, es favorito en la reunión de los cansados.

Los peregrinos se han puesto las gafas para convertirse en personajes, los niños los están mirando desde las balaustradas más pálidas, desde los balcones mismos de la enfermedad.

El escarabajo somnoliento en la garganta del gato es su joya pequeña, que han de extraer con los dedos.

Ellos poseen el gallo de fuego y la solapa de almirante, esperan la antorcha de sus prometidos.

Los niños están ciegos y dejan algo espeso en la blancura, si te acercas puedes ver que es una piedra o una aguja o una pluma o una carta perfumada de cera.

Ellos santifican la posesión de las vacas tras la mirada redonda de los patrones de los campamentos, amos ebrios y blancos que sobornan a la muerte ofreciéndole damas espigadas en la radiación de las voces ocultas.

Es mejor hablar en la oscuridad y morder la luciérnaga, apoderarse de un vagido como de un siglo entero y referirse a las rosas de hueso y al bronce de las hojalaterías y al trabajo de los matarifes y a la soledad de los vidrios y a los artesanos que cultivan miel y veneno para curar al cuerpo del demonio y la brisa.

Es mejor hablar en la oscuridad y concebir monstruos, monstruos que mugirán en tu cabeza como dentro de tus manos hay alfiles y copas que contienen los gritos, ánforas llenas de odio.

Es mejor hablar en la oscuridad y hablar así del vacío, de las pautas de música donde se descifran señales para la interpretación de la nada, la cabeza del hombre que mira el ejercicio del aire, perseguido por un astra sin tiempo, perseguido por una luminaria sin silencio y sin voz, sin día y sin noche.

Los signos están muertos, ya no podemos marchar por ese camino donde las madres resbalan y son fagocitadas por la verdad en penumbras, peligrosa demanda.

Ya no podemos marchar cuando miramos los cuerpos y los signos no hablan.

Resplandece el sosiego y los niños, con grandes caras y dedos sin nombre, entierran su miseria en el mundo.

Es mejor hablar en la oscuridad.

DE DONDE VIENE LA RISA

De donde viene la risa
de la cabeza del hombre sometida a la muerte

de la cabeza del hombre en cuyos casilleros se encuentra como una lengua azul el ahorcado, el ataúd, la culpa, los menesteres del día de todos los muertos

del gran banquete, de la gran comilona, las putas que parlamentan con el rey, el resplandor de los bellos caballeros en armas

definitivamente sale de la cabeza y sus partes, de su esqueleto más humano que el hueso del pie, la extremaunción, los candelabras del último desvío

viene el fuego que provoca el ejercicio del labio y el tendón, desequilibra al cerebro, sopla con el perro del viento si es tarde y cunde en las zarzas con fruto donde está agazapada la muerte

con qué suspicacia digna de aquéllas que abandona un demonio en el aire se cierne sobre los comensales, los niños dormidos, los viejos locos, y ataca.

De dónde viene entonces la risa sino es de la cabeza de alguien que quiere comprar resurrección con su llanto, de dónde sino del tibio palacio de la complacencia

de dónde sino del cangrejo del fondo que con sus patas disfrazo el escozor del estómago
de dónde sino del fragor de las altas señoras trastornadas.

Qué es la risa más que uno mismo convertido en un órgano.

La risa viene, aunque la partición de la cabeza reduce sus posibilidades de acierto, la risa
viene como un ramo de bendiciones ahogadas.

La risa viene de un pozo que nunca descansa, su sueño es la inmovilidad de los peces
flamígeros que sólo se aposentan al fondo.

La risa viene de un pozo que puede ser comparado con la triste cabeza del hombre, cuya
melancolía, sin embargo, produce una luz que no cesa.

La risa viene de un pozo cuyo sentido último es la oscuridad que se expresa sin miedo en
la fiebre, en los sueños malos y en las discusiones biliosas.

La risa viene de un pozo, ese pozo es de sangre.

Ese pozo se llama cabeza.

LA JAULA DE LOS ESPEJOS

Lo cierto es que los dioses no debieron dejarse ver,
su sombra muerde en el umbral de los ojos mortales,
una mano delgada apenas se posa sobre la madre selva,
medio rostro asoma quemado por el aliento de la vegetación,
un ojo encinta de luz, una luz decaída y musgosa
lame el cuerpo con suave piel de yedra
que apenas roza la lengua en el dintel, su saliva
de oscura anunciación teje en los dedos una red de silencio,
un resoplido tuerce el maicillo sin medir la ebriedad de la víctima,
es dorada la harija cuando cruza la luz con su manto
y su efecto es el mal,

un paso

abre la túnica cerca del hilván, el paso
de la cierva preñada que va a saltar al aire, un pie
desnudo en el boscaje del relámpago, el tobillo
donde toda la leche fosforece
y destila sin término por la garganta del encubridor.

Lo cierto

es que los dioses no debieron dejarse ver, menos de noche acercarse por un camino
invisible
que alguien más dibujó para que ellos vinieran
bellos, desposados con una soledad sin hospicio, con toda su falta de educación, cuando
estamos dormidos
nos palpan el borde de la piel

o el arco dulce de la cara, y entonces, sin ruido
una niña abre toda la luz al correr la cortina
de la estancia repleta de sombras, y en ese largo embudo
un alambre mojado tiritita en la red interior
y la niña se escapa, y la cierva nos huye
y aquello que deseamos es hambre
cuando reina el verano y en un tiempo redondo el estío
igual que un viejo encorvado se presenta, saciado en el, triunfante
con su pata de abeja, su pezuña
que quema el pasto seco
y lo devuelve sucio sobre sus mismas huellas,
infinito en la rueda de la transformación.

Sin dejarnos dormir se acercan con cuidado
por las piedras del río que divide aún la Eternidad
de este lado del mundo más sutil en las sombras.
Allí la claridad, sus reflejos que hechizan, aquí
las hermanas pequeñas se ríen del domingo final.
«Este niño no debe morir» piden las nanas
agazapadas en su solemnidad,
«En esta habitación viven los males».

«Ese Espejo es mi Espejo»,
me dice aparecida la Figura: «Ese cuerpo es tu cuerpo,
pero su peso es mío ~si me llevo mi parte
que te quedará?.»

Lo cierto
es que los dioses no se dejan ver
ni de día ni a la hora de la oscuridad
cuando el mundo se acaba y los ojos
rojos de los conejos expuestos en el desolladero
brillan bajo la luz del error. Los invitados entran

y heridos de tanta perfección, nosotros, nos callamos
mirando de reojo la belleza
que se golpea contra las bombillas de la realidad.

La verdad

no hace amistad con las potencias, ellas
no tienen corazón, pues en su estado
no hay más que liquidez de luz, finos hilos de baba
que descienden de un gran caracol
y esparcen un olor que no es de este mundo.

Llueve

sobre las tablas de la oscuridad la cabeza cortada de los dioses, llueve
sobre mi propia frente.

Abro los ojos
y en esta habitación miro mis males.

JAULA SIN LÁZARO

Lázaro estaba muerto, pero lo despertaron las voces,
lo despertó el desierto que entra por las orejas,
lo despertó la luz en las alas de la mosca,
pero también la oscuridad lo despertó
después de mucho pudrirse en las orillas
de la túnica roja por las heces del sol,
después de mucho llorar sobre los tiestos
donde las mujeres trajeron el bálsamo,
después de mucho hablar sin decir nada
con los espíritus que lo incendiaron todo
y lo asediaron días y noches de la muerte.

Lázaro estaba muerto, pero cuando despertó
los hombres se llamaban de un cerro a otro,
las ancianas reían aventando noticias
por la cáscara hueca de sus dientes,
los niños recogían el hilo de los árboles
para tenderlo en la necesidad,
los viejos que habían perdido la memoria
recordaban el camino de regreso a su casa
y al llegar ordeñaban a las cabras enfermas,
sólo porque él había despertado.

Pero Lázaro estaba muerto,
más muerto que tú y que yo y que todos los demás visitantes
y los pequeños cerebros en la raíz de la mandrágora,
más muerto que las esfinges que siempre te llevan de la mano
y te hablan del mal y del perjuicio de las sinagogas,
la piedra roja que se come la sal
y la convierte en caliza en los bordes del cuerpo.

Lázaro estaba muerto, pero caminó hasta la cueva
sin beber ni una gota de panagra, el único líquido que había en las alforjas,
sin comer los pasteles de pasas que envenenó el dragón
que vive en el horno de las ancianas,
sin hacer caso de las suspicacias que revolvían el aire
con la intención de que se detuviera.

Lázaro estaba muerto, pero en la cueva estaba
el enano sentado en la tortuga
que dice cada vez que alguien se acerca
«si aquí quieres entrar, festina lente,
pues este es el jardín donde todas las cosas
habitan el arden del azahar, paraíso
del mandato que vuelve a las bestias tan mansas
que cualquier invitado puede conversar con los ciervos,
sostener diálogos prohibidos con los perros asirios
que cultivan burbujas de plata a la salida del cementerio

y oír a los hurones que vienen de Bizancio
para enseñar latín en las escuelas»

pero Lázaro estaba muerto y no lo oyó
y se dio media vuelta para cantar un salmo.

ALEJANDRA DEL RÍO

(1972)

Principales obras: *Escrito en braille* (1999).

NUNCA FUE EL HOMBRE NUEVO

Nunca fue el Hombre Nuevo
siempre fue ese viejo hombre caminando
por el cementerio de la sed
siempre fue bebiendo con fruición de la boca seca
el surco de un dios transverberación en polvo
el surco que camina acompañado de alacranes.
Duerme Hombre Nuevo bajo el espino del conocimiento
no serás tentado por su fruto agudo
por los siglos de los siglos
entre sedientas tumbas nunca has nacido.

Desierto de Lavalle, Argentina, mayo de 1995

EL PARAÍSO ESTABA SALPICADO DE VINO TINTO

El paraíso estaba salpicado de vino tinto
los comensales abrazaban la mesa
con risas que se tenían por postreras.
Hubo un hambre insaciable
y conversaciones que arreglaban el mundo.
Engulliste feroz las migajas que cayeron
porque te soldaban a la boca de los otros.
No supiste en qué momento llegaron las manzanas
ésas que sacaron al bien y al mal de su sitio
y no supiste tampoco cuándo las risas
dejaron de sonar extremas.

DAVID PREISS

(1973)

Principales obras: *Señor del vértigo* (1994).

GÉNESIS

La rosa abrió sus párpados, acudieron las espinas
y corola adentro palpitaba un corazón.
Mostró el sol, entonces, sus pétalos solemnes
y acercóse la rosa enamorada.
Palpitaba, todavía palpitaba el corazón...
Bajó luego la lluvia arrugada y bondadosa;
palpitaba, todavía palpitaba...
Rodeadas de anillos vinieron exactas las abejas;
palpitaba, todavía palpitaba...
Descendió la noche blanca en una sola tela;
palpitaba, todavía palpitaba...
Alzáronse las montañas y acumularon en su frente la seda de la nieve;
palpitaba, todavía palpitaba...
Secóse la planta y palpitaba, todavía palpitaba...
Arrancaron la planta y palpitaba, todavía palpitaba...
Tomaron la rosa y palpitaba, mas, entonces,
robaron —¡ay!, primer dolor— el corazón.
Y luego el hombre, ya completo, rojo corazón,
tomó sus pasos, caminó...

JERUSALEM

Nunca se desvistió Jerusalem, siempre visité los brazos de sus
calles,
arrugadas,
elementales,
hundidas en la piedra;
siempre estuve en sus santuarios y bebí del sabor profano
de sus vísperas, siempre uní mi licor a sus mujeres,
nunca dejé atrás a sus umbrales, no partieron mis abuelos
ni los abuelos de mis abuelos en el largo clavel de las generaciones.

He cruzado el mundo sin dejar Jerusalem.

He desperdigado mi alma como una semilla bondadosa.
He amado en tierra extraña
He besado mis labios con un carbón encendido
y todavía no enmudezco.
Mis pies se quedaron en la piedra y mis pasos rodean el mundo
como a una laguna sin saciar su sed.
Volverán a Jerusalem sin haber salido de sus puertas:

no tendrá luto mi corazón: serafines y centinelas celan su alegría
como a un mineral sagrado y escondido.
Sólo el mar implorará por visitar Jerusalem.
Por tocar la fragancia de su piedra.

ANTONIA TORRES

(1975)

Principales obras: *Las estaciones aéreas* (1999).

PRIMERA INMERSIÓN

I

zambullirse en este río
abandonar, por algunos segundos siquiera
la realidad
sumergidos en su espejo
su infiel reflejo
desde donde toda perspectiva es mejor y más bella
punto de partida de cualquier travesía
río arriba
zarpan húmedas aves, abajo el Calle Calle
mi nariz asomándose sobre la existencia
o un paréntesis de ella.

EN EL PUEBLO SIN LÍMITES

quedan señales, marmóreos hitos
dejados por el mar
para la reconstrucción imaginaria.
La plaza es un potrero por donde cruzan animales
rumiando la nostalgia condensada de sus habitantes.
Tres caras tiene el recuerdo:
el poema, hora y día y los muertos
la inscripción como lápida
clavada en medio del que fue Toltén 1960
añosos cipreses dibujando el pleno ibérico
mapa sin el cual habría sido imposible la
/ reconstrucción del recuerdo
y el sol, como antigua luminaria
desenfocando un poco el primer plano
de este paisaje amarillo y empolvado.

7. Bibliografía

1. Bibliografía específica:

1.1 Poemarios

- Mistral, Gabriela. *Tala*. Buenos Aires: Sur, 1938.
- Mistral, Gabriela. *Lagar*. Santiago de Chile: Editorial del Pacífico S.A., 1954.
- Mistral, Gabriela. *Poesías completas. Recopilación por Margaret Bates*. Madrid, Aguilar, 1958. Biblioteca Premios Nobel. 1ª edición.
- Mistral, Gabriela. *Poema de Chile*. La Pollera Ediciones, 2015.
- De Rokha, Winétt. *Cantoral*. Editorial Antares, 1936.
- De Rokha, Winétt. *Oniromancia*. “Editorial Multitud”, 1943.
- Huidobro, Vicente. *Adán*. Ediciones Biblioteca Nacional, 2018.
- Huidobro, Vicente. *Poesía reunida*. Lumen, 2021.
- Cruchaga, Ángel. *Job*. Editorial Grimm y Kern, 1922.
- Wilms Montt, Teresa. *Inquietudes sentimentales*. Imprenta Mercatali, 1917.
- Wilms Montt, Teresa. *Los tres cantos*. Balder Moen Editor, 1917.
- Wilms Montt, Teresa. *En la quietud del mármol*. Casa Editora Blanco, 1918.
- Acevedo, Olga. *Los himnos*. Ediciones SECH, 1962.
- Acevedo, Olga. *La víspera irresistible*. Editorial Nacimiento, 1968.
- Gómez Rojas, José Domingo. *Elegías*. Editorial Nacimiento, 1935.
- Valle, Juvencio. *El hijo del guardabosque*. Editorial Nacimiento, 1951.
- Del Valle, Rosamel. *Orfeo*. Ediciones Interperie, 1944.
- Del Valle, Rosamel. *La visión comunicable*. Editorial Nacimiento, 1956.
- Neruda, Pablo. *Residencia en la tierra. Tercera residencia*. Seix Barral, 2019.
- Neruda, Pablo. *Canto General*. Seix Barral, 1997.
- Neruda, Pablo. *La espada encendida*.
- Díaz-Casanueva, Humberto. *Requiem*. Ediciones Cuadernos Americanos, 1945.
- Díaz-Casanueva, Humberto. *El sol ciego*. Ediciones Grupo Fuego, 1966.
- Castro, Óscar. *Viaje del alba a la noche*. 1938.

- Parra, Nicanor. *Poemas y antipoemas*. Santiago: Origo Ediciones, 2018.
- Parra, Nicanor. *Obra gruesa*. Santiago: Editorial Universitaria, 1969.
- Anguita, Eduardo. *Poesía entera*. Santiago: Universitaria, 1971.
- Rojas, Gonzalo. *Contra la muerte*. Santiago: Universitaria, 1965.
- Rojas, Gonzalo. *Del relámpago*. Segunda edición. México: FCE, 1984.
- Parra, Violeta. *Décimas, autobiografía en verso*. Editorial Poemaire, 1970.
- Silva Ossa, María. *De la tierra y el aire*. Santiago: Ediciones Orbe, 1942.
- Navarro, Eliana. *Antiguas voces me llaman*. Santiago de Chile: Ediciones del Grupo Fuego, 1955.
- De Rokha, Carlos. *Cántico profético al primer mundo*. Santiago de Chile: La Nación, 1943.
- Arteche, Miguel. *Destierros y tinieblas*. Santiago: Zig-Zag, 1963.
- Arteche, Miguel. *Noches*. Santiago: Nacimiento, 1976.
- Arteche, Miguel. *Fénix de Madrugada*. Santiago: Rumbos, 1994.
- Díaz Varín, Stella. *Obra reunida*. Santiago: Cuarto Propio, 2011.
- Rubio, Alberto. *La greda vasija*. Santiago de Chile: Carmelo Soria Impresor, 1952.
- Lihn, Enrique. *La pieza oscura*. Universitaria, 1963.
- Barquero, Efraín. *La piedra del pueblo*. Santiago de Chile: Editorial Alfa, 1954.
- Barquero, Efraín. *La compañera*. Nacimiento, 1956.
- Cárdenas, Rolando. *Poemas migratorios*. Santiago: N. Neupert, 1974.
- Teillier, Jorge. *Para ángeles y gorriones*. Ediciones “Puelche”, 1956.
- Teillier, Jorge. *El árbol de la memoria*. Santiago: Imprenta Arancibia, 1961.
- Teillier, Jorge. *Crónica del forastero*. Santiago: Imprenta Arancibia, 1968.
- Teillier, Jorge. *Muertes y maravillas*. Santiago: Universitaria, 1971.
- Jonás. *Signos*. Santiago: Unión de Escritores Jóvenes, 1978.
- Fariña, Soledad. *El primer libro*. Santiago, Ediciones Amaranto, 1985.
- Fariña, Soledad. *Albricia*. Ediciones Archivo Santiago de Chile, 1988.
- Fariña, Soledad. *En amarillo oscuro*. Santiago, Ediciones Surada, 1994.
- Riveros, Juan Pablo. *De la tierra sin fuegos*. Ediciones del Maitén, 1986.
- Berenguer, Carmen. *Bobby Sands desfallece en el muro*. Eic Producciones Gráficas, 1983.
- Zurita, Raúl. *Purgatorio*. Editorial Universitaria, 1979.

- Zurita, Raúl. *Anteparaíso*. Editores Asociados, 1982.
- Zurita, Raúl. *Canto a su amor desaparecido*. Editorial Universitaria, 1985.
- Zurita, Raúl. *El amor de Chile*. Montt Palumbo y Cia Ltda Editores, 1987.
- Zurita, Raúl. *La vida nueva*. Universitaria, 1994.
- Bello, Javier. *Las jaulas*. Madrid: Visor, 1998.
- Del Río, Alejandra. *Escrito en braille*. LOM Ediciones, 1999.
- Preiss, David. *El señor del vértigo*. Santiago: DAEX, 1994.
- Torres, Antonia. *Inventario de equipaje*. Editorial Cuarto Propio, 2006.

1.2 Antologías:

- Anguita, Eduardo y Teitelboim, Volodia. *Antología de poesía chilena nueva (1935)*. Santiago: Lom Ediciones, 2001.
- Arteche, Miguel; Massone, Juan Antonio; y Scarpa, Roque Esteban. *Poesía chilena contemporánea*. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1984.
- Brito, Eugenia. *Antología de poetas chilenas. Confiscación y silencio*. Prólogo de la antologadora. Santiago: Dolmen Ediciones, 1998.
- Arteche, Miguel; Canovas, Rodrigo. *Antología de la poesía religiosa chilena*. 2da edición, Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 2000.
- Prado, Pedro. *Antología*. Editora Gabriela Mistral, 1975.
- Hidalgo, Alberto; Huidobro, Vicente; Borges, Luis. *Índice de la poesía nueva americana*. Sociedad de Publicaciones el Inca, Ediciones Especiales, 1926.
- De Rokha, Pablo. *Antología*. Santiago de Chile: Multitud, 1954.
- Del Valle, Rosamel. *Antología*. Monte Avila Editores, 1976.
- Rojas, Gonzalo. *Concierto: Antología poética (1935 – 2003)*. Galaxia Gutermberg Círculo de Lectores, 2004.
- Uribe, Armando. *Antología Errante (1954 . 2016)*. Lumen, 2017.
- Teillier, Jorge. *Nostalgia de la tierra. Antología*. España: Cátedra, 2021.
- Teillier, Jorge. *Antología de poemas*. Fondo de Cultura Económica, 2022.

2. Bibliografía general:

- De Ercilla, Alonso. *La araucana*. Penguin Random House, 2018.
- Varela, Consuelo. *Cristóbal Colón textos y documentos*. 2ª ed., Alianza Editorial, 1984.
- Curtius, Ernst Robert. *Literatura europea y edad media latina*. Fondo de Cultura Económica, 1954.
- Maturo, Graciela. *La literatura hispanoamericana: de la utopía al paraíso*. Fernando García Cambeiro, 1983.
- Nietzsche, Friedrich. *El nacimiento de la tragedia*. 6ª edición, Alianza Editorial, 2004.
- Arteche, Miguel y Rodrigo Canovas. *Antología de la poesía religiosa chilena*. 2ª ed., Ediciones Universidad Católica de Chile, 2000.
- - Sociedades Bíblicas Unidas. *La Biblia*. CELAM, 1996.
- Schoennenbeck, Sebastián. *Ensayos sobre el patio y el jardín*. Orjikh Editores, 2020.
- Swedenborg, Emanuel. *Del cielo y del infierno*. Siruela, 2006.
- de Cervantes, Miguel. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Penguin Random House, 2015.
- Cirlot, Juan Eduardo. *Diccionario de símbolos*. 9ª ed., Labor, 1992.
- Bloch, Ernst. *El principio esperanza I*. Editorial Trotta, 2006.
- Bloch, Ernst. *El principio esperanza II*. Editorial Trotta, 2006.
- Jameson, Fredric. *Arqueologías del futuro: del deseo llamado utopía y otras aproximaciones a la ciencia ficción*. Ediciones Akal, 2009.
- Foucault, Michel Foucault, “*Utopía y heterotopías*”. Revista Licantropía. N°3, Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, diciembre de 1994. pp. 30-5.
- Bianchi, Soledad. *Poesía chilena (miradas, enfoques, apuntes)*. Santiago: CESOC, 1990.
- Milton, John. *El Paraíso perdido*. Cátedra, 2022.
- Goic, Cedomil. *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana*. Barcelona: Editorial Crítica, 3 vols., 1988.

- Goic, Cedomil. *Los mitos degradados: ensayos de comprensión de la literatura hispanoamericana*. Rodopi, 1992.
- Henríquez, Pedro. *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. Fondo de Cultura Económica, 1949).
- Bello, Javier. *Memoria y negatividad en la poesía chilena de postdictadura (1900 – 2005)*. Tesis doctoral (Literatura y Teoría de la Literatura). Universidad de las Palmas de Gran canaria, 2011.
- Virgilio. *Bucólicas y geórgicas*. Fondo Editorial de la Universidad Católica Sedes Sapientiae, 2004.
- Lévi-Strauss, Claude. *Antropología estructural*. Ediciones Paidós, 1995.
- Teillier, Jorge. *Los poetas de los lares*. Boletín de la Universidad de Chile. N°56, 1965.
- Montes, Hugo. *Altazor a la luz de lo religioso*. Revista chilena de literatura. N°18, 1981. Pp. 35- 46.
- Alegría, Fernando. *Las fronteras del realismo*. Literatura chilena del siglo XX. Santiago: Editorial Zig-Zag, 1962.
- Andieu, Didier. *El yo piel*. Biblioteca nueva, 2003.

